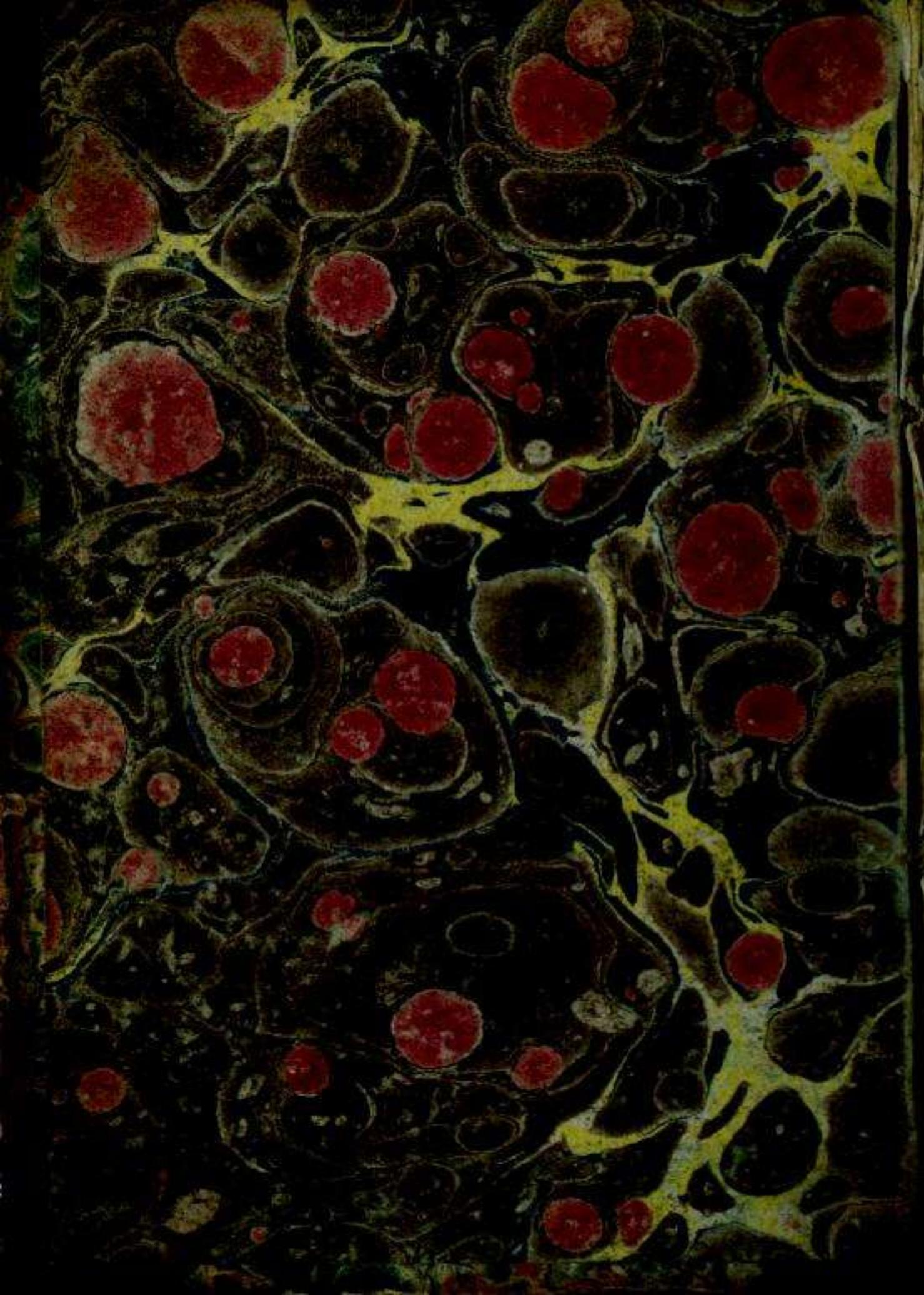


20





288

LARIO



MARTIN

EL ESPOSITO.



MARTIN

LIBRERIA

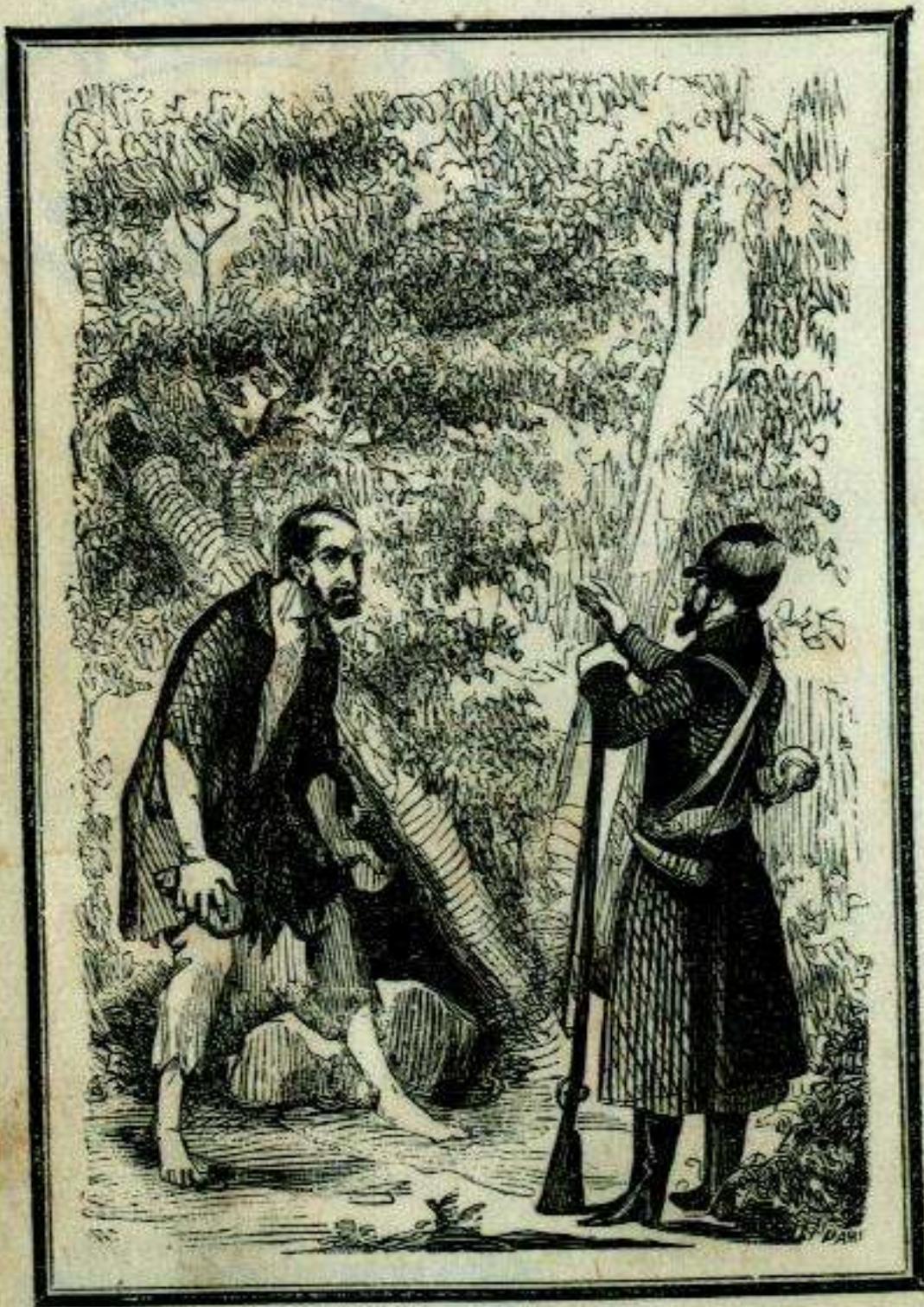
UNIVERSIDAD DE CADIZ



3720904194



THE HISTORY OF THE REFORMATION OF ENGLAND



retrocedió asombrado Bamboche al ver á Huron delante.....

MARTIN EL ESPOSITO,

6

MEMORIAS DE UN AYUDA DE CAMARA.

ORIGINAL DE EUG. SUE,

traducida por EL DONCEL.

TOMO 7.

MADRID—SOCIEDAD LITERARIA—1846.

Imprenta de D. Wenceslao Ayguals de Izco.

UNIVERSITY OF TORONTO

MEMOIRS OF THE REV. JOHN CALVERT

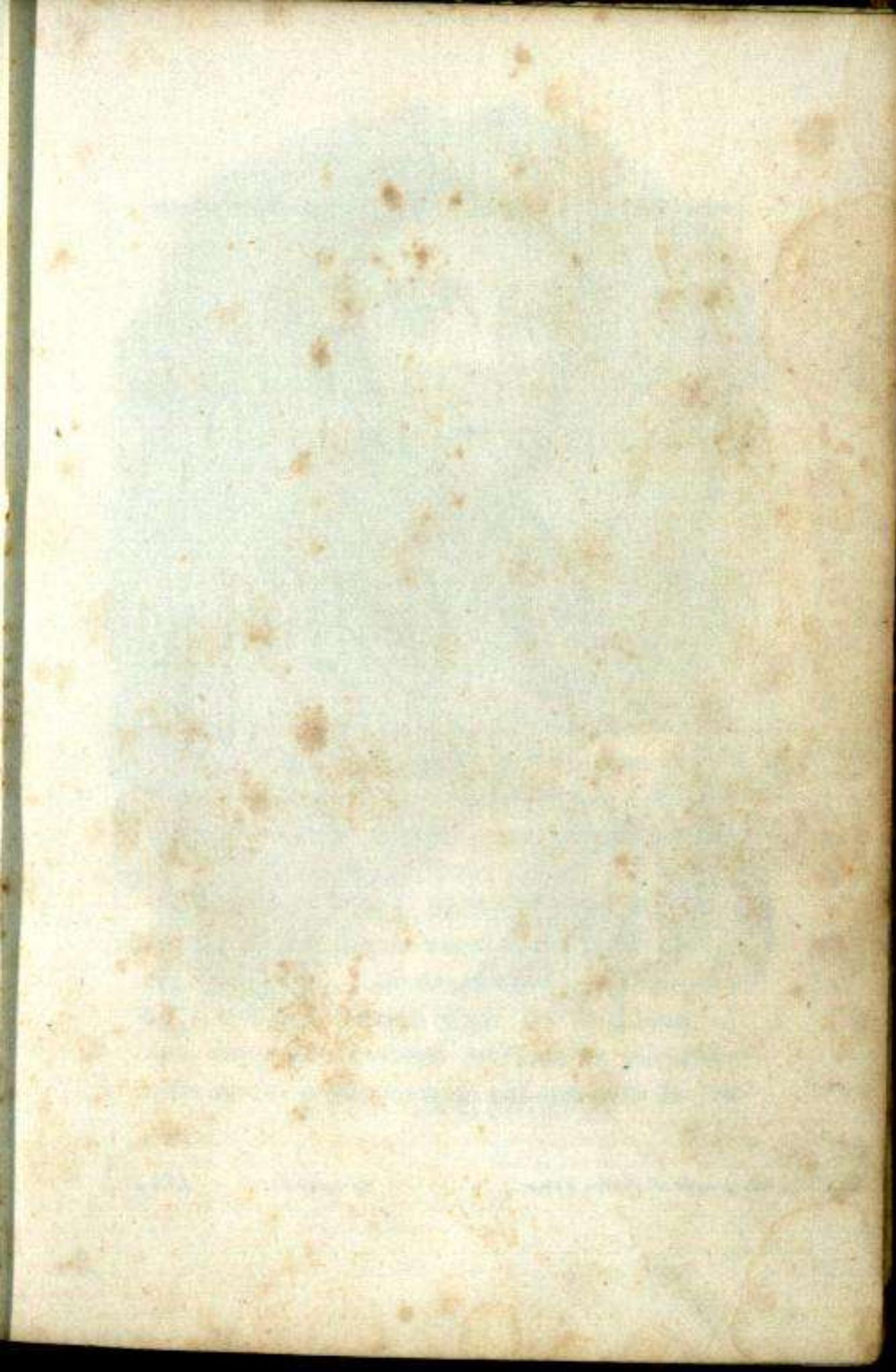
BY JOHN CALVERT

IN TWO VOLUMES

LONDON

PRINTED BY RICHARD CLAY AND COMPANY

1907





EUGENIO SUE.

Sociedad Literaria -

Madrid -

1854.

DEDICATORIA.

En París el 29 de junio de 1846.

Á MR. ALFREDO D'ORSAY.

Aceptad, mi querido Alfredo, esta obra como una prenda de mi muy antigua amistad y de las simpatías vivísimas que á vos me unen; á vos, el pintor y amigo de Byron, quien ha consagrado una de sus inmortales páginas á apreciar la nobleza de vuestra alma y la elevacion de vuestro talento; á vos, cuyo poderoso y severo cincel ha esculpido en marmol la colosal efigie de Napoleon; á vos, cuya generosidad extrema ha enriquecido nuestro Museo nacional con uno de los

productos mas sorprendentes del arte indí-
geno; á vos, en fin, fundador de ese carita-
tivo asilo en el cual todo francés pobre y que
se halla lejos de su patria, encuentra, por
lo menos, alimento y albergue.

Adios, mi querido Alfredo. No dudeis ja-
más del sincero afecto que os profesa

Eugenio Sue.

En Bordes 20 de junio de 1846.



8

INTRODUCCION.

I.

LA CAZA.

LA pequeña comarca de Sollogne sita en la parte meridional de Loir-et-Cher y límite de el departamento de Loir-et-Cher al Sur, ofrece un aspecto asaz salvaje en el valle de la Sualdre, formado por los dos departamentos

fronterizos; vastas llanuras cubiertas de brezos, terrenos argilosos algo negruzcos, merced al carbon de piedra, muy abundante en aquella tierra, corpulentos, copudos y espesos pinares, anchas lagunas bordeadas y contenidas por silvestres matorrales de apiñados lirios, floridos juncos y una que otra pradera cubierta de sombra por las frondosas encinas, destruyen la monotonía que presentaría ese pantanoso pais en el que las aguas no experimentan otra variacion que la debida á los rios y arroyos cuando salen de madre, ó al circular vuelo de los chorlitos, cercetas y otras aves que turban la superficie tranquila de aquellos espejos, dó se reflejan las verdes hojas y los amarillentos troncos.

No existe pincel alguno capaz de dar un traslado fiel de la melancólica tranquilidad de aquel desierto cuyo horizonte limitan los altos pinares:

nadie acertaría á describir exactamente el efecto que produce en la calma oír el siempre igual choque del hacha del leñador, reproduciéndose en varios ecos y retumbando en aquella soledad ó quizás, como suceder suele, percibir un rumor lejano, sordo, debido al balanceo de las ramas de los árboles, rumor muy semejante al lejano mugido del mar: auméntase aun lo grandioso é imponente del cuadro cuando á la caída de la tarde descenden á su ocaso los rayos del sol, hieren al soslayo las vastas llanuras á la par que la brisa del crepúsculo mece los floridos berzos y amarillentas aliagas que salen de la madre tierra tersa y bella entonces cual límpida onda en cuyo centro brotan verdes y esponjosas yerbas.

Los halcones, atahormas, águilas de Sologne, milanos y demas aves de

rapiña amantes de las desiertas selvas tienen su morada en aquellas solitarias playas en tan crecido número como las aves acuáticas.

Aumenta el extraordinario cuadro que ofrece aquel terreno, ver en invierno en perpétuo verdor los oscuros pinares entrelazados, digámoslo así, con abedules y encinas cuyo espesor sirve de guarida al zorro, á la cabra montés y tambien algunas veces de puerto y refugio á los ciervos y javalíes cuyos cubiles se hallan en los cercanos bosques.

El sinnúmero de liebres, perdices, faisanes y sobre todo de conejos á los cuales echan maldiciones desde el pobre labrador á quien aniquila y estropea los modestos barbechos hasta el acomodado propietario cuyos árboles recientemente plantados roe, razon por la cual consideran á aquellos bichos, que desgraciada-

mente germinan en demasiada abundancia, como á la plaga mas temible, hacen de aquel terreno la tierra de promision de los cazadores asi de los propiamente llamados tales, como de los de contrabando.

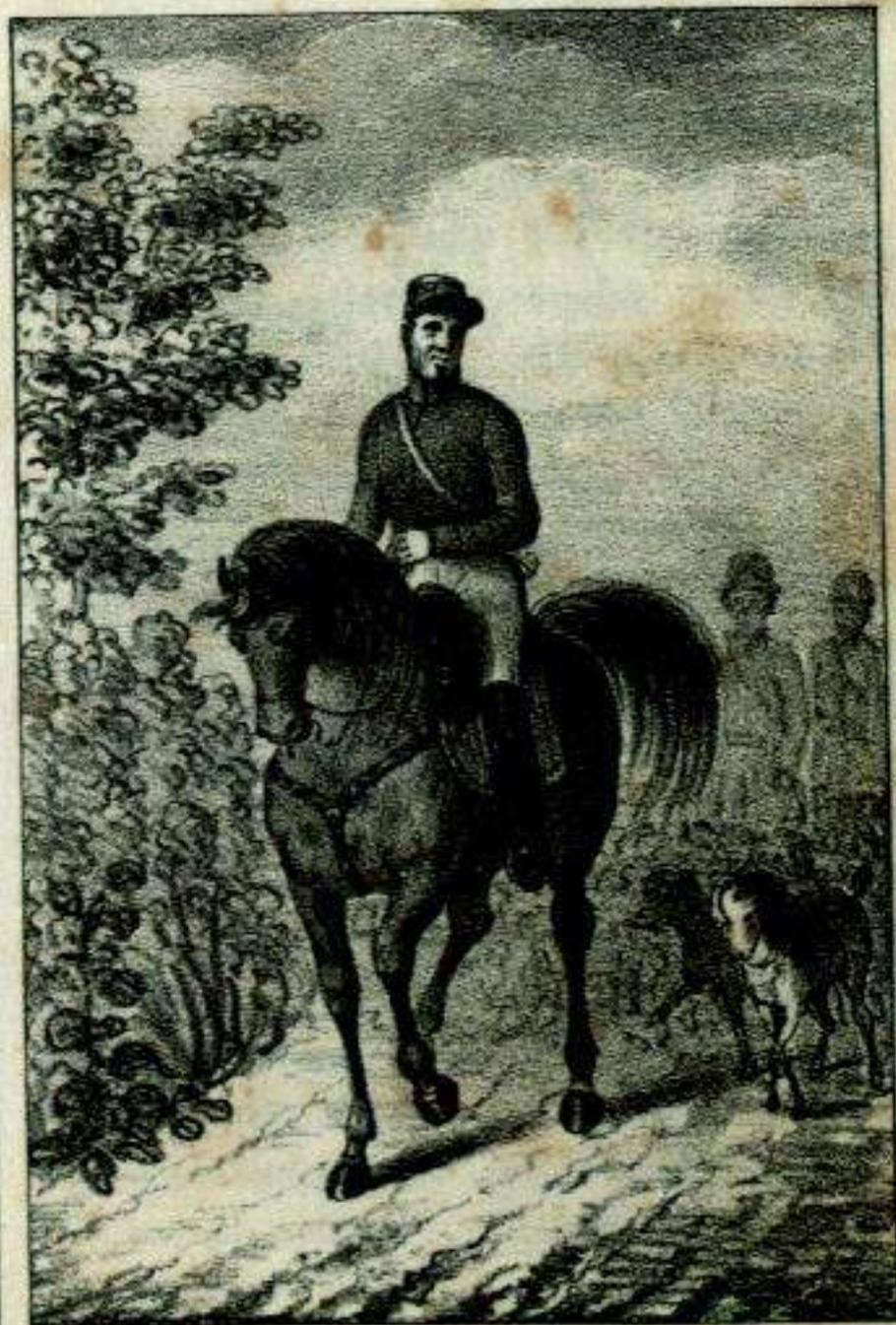
Por un sereno y bello dia del mes octubre de 1845, dos grupos de muy distinto aspecto atravesaban en direcciones encontradas una dilatada llanura sembrada de altos matorrales que terminaba en direccion al norte por un prolongado bosque.

Un picador ginete y dos monteros á pié conductores de unos treinta perros que llevaban atraillados, perros de la verdadera raza de los For-Hounds de piel anaranjada, blanca y manchas negras, formaban uno de los grupos. Reteniendo el freno del caballo iba á la cabeza del séquito el picador cuidando los monteros de que la trailla observára el mayor orden

valiéndose de vez en cuando de sus látigos persuasivos.

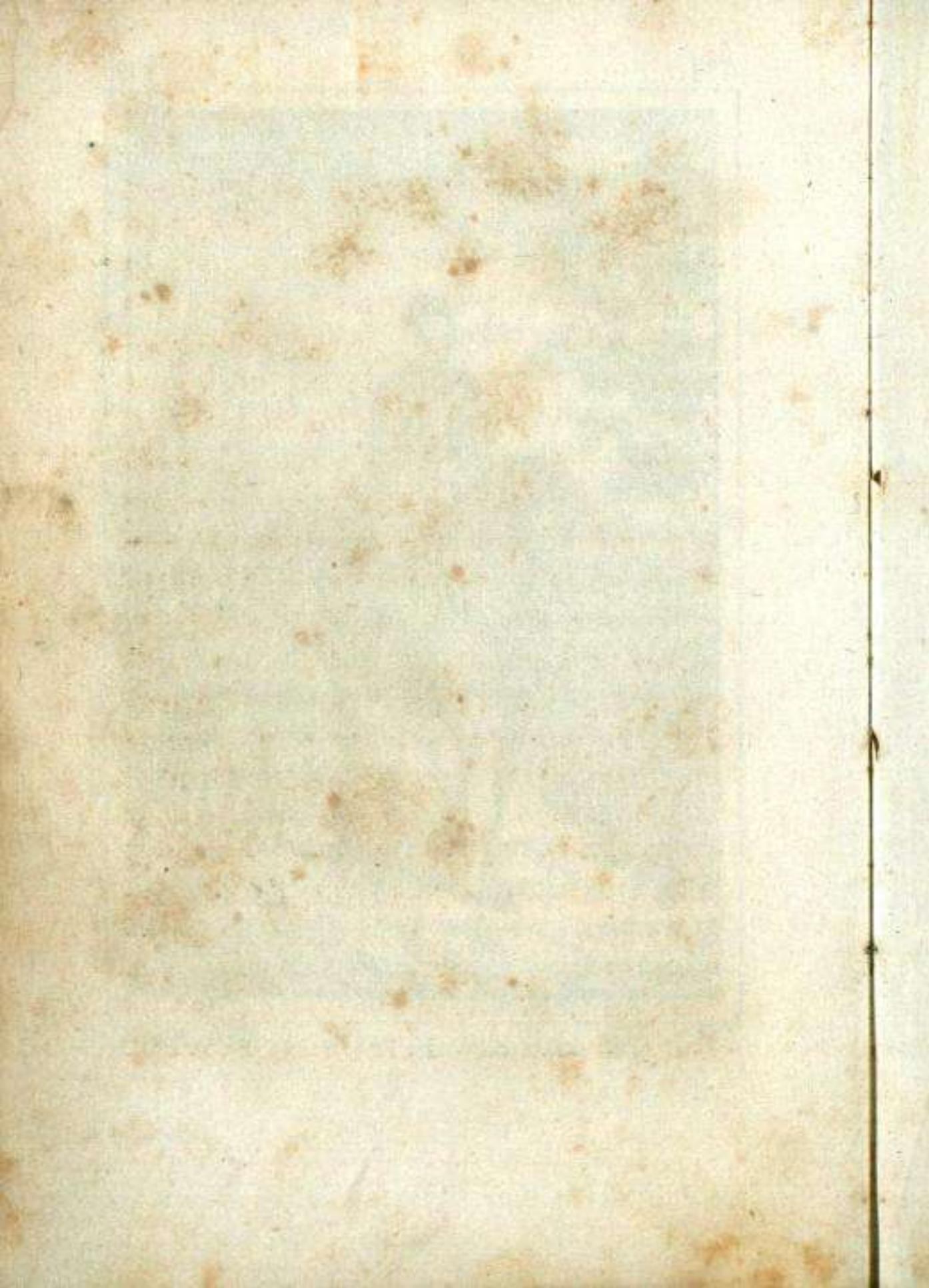
Rayaba el ginete en los sesenta, era hombre moreno de ojos negros sumamente vivos y de pelo cano; una gorra de badana cubria su cabeza; llevaba botas de montar, calzon de terciopelo oscuro, leviton color castaño con cuello azul claro y galon de plata en él, en las vueltas de las mangas y en las tapas de los bolsillos. Altos botines en vez de botas, casaca en vez de leviton é igual librea vestian los monteros, quienes ostentaban las bocinas de caza relucientes cual espejos, pendientes en las espaldas á guisa de mochila.

Cuatro gendarmes á caballo capitaneados por un sargento, hombre cuyo rostro revelaba haber pasado ya de su edad florida y una mezcla algo ridícula de simpleza y fanfarroneria constituian el otro grupo que iba á



F. Perez lit.

Lit. de Ayguals.



dar de manos á boca con el primero; un tricornio á lo Napoleon muy medido en puntiaguda frente, narices romas, remangadas, puestas entre dos patillas de maton, un pecho bastante saliente bajo de su uniforme azul con vivos y vueltas amarillas, proeminentes caderas merced al apretado cinturón, del cual colgaba enorme rapera, piernas sobradamente derechas sumidas en las botas forman el retrato de Mr. Beaucadet el sargento á quien hemos tratado de describir lo mas exactamente posible, pues nuestro personage no es nada menos que el comandante de la gendarmeria departamental, quien sin duda por lo alto de sus funciones hacia andar á su caballo el paso, apoyando su puño en el muslo y lanzando á su escolta, por intervalos, imperiosas miradas.

La fisonomía bajo la cual hemos

dado á conocer á Mr. Beaucadet no es mas que la exterior ó mas bien la que se ballaria en un pasaporte, pues con todo y ser gendarme era tambien hombre, y hombre afortunado en aventuras cual se complacia en repetirlo él mismo; no dejaba de tener pretensiones nuestro buen sargento y desde Salbris á Romorantin se estendia la fama de sus amorios no menos célebres que la de sus muchos procesos: el desempeño de las funciones civiles y militares que á la vez imponian deberes á Mr. Beaucadet le precisaban á cubrir su libertinage de cierto decoro, y tomaba en un todo el aire frailuno é hipócrita de un alcalde de monterilla en quien no anda escasa la lujuria. Imagínese que se cubre el uniforme del veterano con la ropa talar de un magistrado y se tendrá el retrato exacto y completo de Mr. Beaucadet, tipo harto original

de la necesidad forense prendada de sí misma.

La marcha de ambos grupos debía dar por resultado su encuentro en una encrucijada que por el lado de la llanura no tenia árbol alguno, y que por el del bosque se hallaba cubierta de compacto matorral.

—Oiga! dijo no sin recelo el picador á los monteros, parando el caballo cerca de una cruz colocada en el centro de la plazuela; saludémosle con toda cortesania, amigos, que bueno es no economizar saludos con los gendarmes, teniendo en cuenta las visitas que hacen los domingos en las tabernas, pues como no se atreven á echar un trago, andan muy rígidos con la sed de los consumidores.

Cortos fueron los instantes que tardó en llegar Beucadet donde los monteros estaban; hizo alto junto al picador y con retumbante tono y ai-

re de importancia, chocarrero á la par le dijo:

—Hola! tío Latrace, llegais con ánimo de no dejar en paz á cuantas fieras hay en estas selvas y montes?

—Demasiado nos honrais, señor Beaucadet, respondió el picador llevando la mano á la visera de su gorra: el cuadrúpedo á caza del cual andamos tiene mas astucia que fiereza pues no es mas que un pícaro zorro que espero echar al aire antes de la llegada del señor conde, su hijo y demas señores.

—Segun esto, es aquí el punto de reunion para la caza?

—Sí, y vive Dios que para vos aficionado como sois al bello sexo, la hay en la comitiva que se acerca, de la mejor y de mejor talante.

—Soy hombre y todo el que lo sea no debe ignorar jamas las leyes del... amor... repuso Beaucadet bambo-

leándose de puro satisfecho con haber aplicado un aforismo judicial, que con frecuencia repetía; pero veamos de qué caza se trata?

—De la señora Wilson y su hija, las vecinas del señor conde.

—Ah! ya caigo, las americanas; las que ha poco llegaron, la hermana y la sobrina de aquel señor barrigudo cual bota de convento. Dicen que se merecen mucho... lo tomo en consideracion... prosiguió Beucaadet metiéndose mas el tricornio y terciándole á unos cuarenta y cinco grados de coquetismo; no dejaré de ir á su casa para hacer visar la hoja de ruta y tantear de paso el terreno.

—Y con tan poco escrúpulo que-reis abandonar á la pobre Coscoja? dijo con tono burlesco el picador.

—A quién? á la Coscoja? repitió con desdeñoso ademan Beucaadet, la Coscoja? la pavera de la quinta del

Enebro, ese bichito de la estatura de mis botas de montar, esa á quien han dado los necios soloñeses en tener por hada ó poco menos y que se asemeja mucho á una loca con sus ojazos de serpiente y las coronas de hojas que se pone en la cabeza? Vaya vaya, tío Latrace, imagino por vuestras suposiciones que me creéis capaz de andar en la manada de la pavera?

—Vamos, vamos, señor Beaucaudet, prosiguió con irónica flema el viejo picador, que mas de veinte veces os he oido decir y eso que os preciais de entendido y emprendedor, que no hay muchacha mas linda que la Coscoja á pesar de su estatura, en diez leguas á la redonda.

—Si eso dije, abusé de vuestras canas.

—Toma! y no es solo eso, dicen por ahí haberos visto mas de una vez correr por el arenal sin tener en

cuenta las botas de montar y llevando el caballo del diestro á fin de servir á la pavera ayudándola á juntar sus dispersos pavos.

—A mí!

—A vos; y añaden que cierto dia en que la Coscoja no estaba de buen temple y quisisteis retozar con ella, sus dos pavos predilectos, que segun el vulgo pasan por estar hechizados, se os tiraron á la cara para defenderla sin que vuestros esfuerzos para contenerlos con la vaina del sable os libertaran de salir con las narices algo laceradas, mientras la muy indina de la Coscoja huia riendo como una loca.

Frunció el ceño Beaucadet, atufóse su arremangada nariz, y con voz de relator y con forzada sonrisa irónica repuso:

—Chancero estais, señor mio! Yo el representante en carne y hueso del

:

poder de la ley, me habia de esponer á recibir los picotazos de los pavos, por estar retozando algunos momentos con la maldita pavera! Pásemos á otro asunto, viejo marrullero, y dejémonos de chanzas pesadas... Con que está de regreso el señor conde? Trata de quedarse mucho tiempo por acá?

—Vive Dios! que lo ignoro; no es hombre que peque de hablador el señor conde; inflexibilidad y dureza cual las suyas!... no se anda en rodeos y manda á secas, hágase esto ó lo otro sin mas.

—El señor conde! yo lo creo! exclamó Beaucadet con entusiasta arrebatado... y luego á guisa de evocacion jaculatoria exclamó: salud y respeto! oh! propietario insigne, propietario modelo, tú que te curas tanto de lamentaciones y lloros como hacerlo pudiera una bala de cañon: tú que te

escudas con la ley, con tu derecho y con tu propiedad; alano de raza pura que muerdes sin ladrar, hombre digno que tienes á menudo la feliz complacencia de mandarme guardar en la cárcel á algunos de esos míseros soloñeses porque se llevaron la leña seca de tus bosques: tú que cuando quieres pones un rostro que das envidia á fiscales y alguaciles en tanto grado, que agentes y comisarios de policia hubiera capaces de sacrificar todos sus ahorros para tener el gusto de amedrentar con ese tosco aspecto á los malhechores. No me negareis, amigo Latrace, que su hijo el vizconde tiene á su lado, todo el aire de una señorita.

—Lo que hay cierto es que si el señor conde nada tiene de amable, no así de justo: no le pasará una al mas pintado, pero tampoco reñirá á nadie sin motivo. He oido decir no obstan-

te que ha sido muy bonazo en otro tiempo y que á nadie se contentaba con mas facilidad.

—Bonazo el señor conde! Quereis poner mi candor á prueba, tio Latrace?

—Y tan bonazo que de puro serlo pecaba en débil.

—El señor conde débil!... Tratais de poner mi pudor á prueba?

—Pero el cordero de antaño, se trocó ogaño en lobo.

—Toma! como que le raparon.....

—Ignoro lo que hubo: pero se muere por la caza, y esa calidad vale para mí, por todas las demas, repuso sonriendo Latrace.

—Dejando aparte el que todo cazador se muestra implacable, con esa maléfica plaga de los que los son de contrabando; y si no ahí tenemos á ese tuno de Huron, nombre que le

sienta como de perilla, ya sé yo que ese maldito se hace lenguas diciendo á todo el mundo que se burlará siempre de mí, pero yo le fio que tarde ó temprano caerá entre mis garras.

—Y hareis muy bien, añadió el picador esforzándose para disimular una ligera inquietud que su rostro revelara; sí, hareis muy bien y os lo tendrá en cuenta el señor conde, porque es en él la caza, su pasion dominante.

—Dígalo si no, haber llegado antes de ayer y verle hoy en campaña.

—Nada de estraño hay en ello. Ocho meses van á cumplirse sin que el señor conde ni su hijo hayan disparado una escopeta ni oido el sonido de una vocina; como que se marcharon por marzo en cuanto se publicó la veda. Y vos, señor Beaucadet, sois de bronce tocante á eso de vedas; seriais capaz de sumariar al

mismo sol como este cazara pasado el doce de marzo.

—Y hago de ello gala y vanidad: respeto ciego á la ley de cuya soy imágen. El doce de marzo concluye la temporada de la caza y debe saberlo todo el mundo porque debe todo el mundo saber la ley como dijo el legislador, y como lo repito yo diariamente á esos soloñeses pelafustranes, cuando con acento compungido me dicen: «Si nosotros ignorábamos esta prohibicion. No sabemos leer para enterarnos de la ley, ni tampoco nos la ha leído nadie.»

—No es fácil observar una ley, cuando no se sabe leer, ni se ha oído nunca publicarla, contestó meneando la cabeza el montero.

Mientras la conversacion del sargento, un gendarme de los de la escolta, veterano ya en el servicio, á juzgar por los galones que lucia en

su manga, y cruces que decoraban su pecho, de fisonomía rudamente franca y en cuyo rostro se destacaba una cicatriz, se habia encogido de hombros varias veces, hasta que al fin dando rienda suelta á su impaciencia y usando de una libertad concedida ó tolerada á causa de su edad, interrumpió el diálogo diciendo:

—Pasamos el tiempo en futilidades y nuestra batida no servirá de nada.

—Silencio! gritó imperiosamente Beaucadet mirando de reojo al atrevido.

—Para nada necesitábamos haber cargado las carabinas y las pistolas entonces! murmuró el veterano algun tanto amostazado.

—Una batida! armas cargadas! exclamó con sorpresa el picador. Andais á caza de algun reincidente ó cazador de vedado? Acaso de Huron?

Y la inquietud que poco há habia manifestado se marcó de nuevo en el rostro del viejo.

—Un cazador de vedado? repuso el sargento con menosprecio. Bah! bah! lo mismo se parece el animal que persigo á un cazador de contrabando, que un lobo ó un javalí al zorro que ostigais vos, tio Latrace; pero no me doy prisa en comenzar mis pesquisas, porque tengo para ello mis razones.

Recordemos al lector, antes de pasar adelante en esta conversacion, que el lugar donde se hallaban los grupos, estaba contiguo á un espeso pinar y á un soto de frondosas encinas.

—Andais á caza de algun famoso malhechor?

Mas el sargento en vez de responder y como si de pronto le asaltara una idea luminosa preguntó:

—Hacia donde dirigis la batida, tio Latrace?

—El zorro se ha metido en el segundo valle del monte viejo del espinar...

—Donde hay precipicios sin cuento?... una selva impenetrable? preguntó Beucaudet con marcado interés.

—Mansion de javalí que no hay mas que pedir; es tan espeso el sitio que mis perros tendrán que sudar el quilo para colarse allí.

Reflexionó un momento el veterano; pasado el cual exclamó:

—Lo mas probable es que allí tenga su escondite mi prófugo. Un leñador vió esta mañana que se internaba en el bosque, un hombre cubierto de andrajos; y segun las señas, son las del tuno á quien persigo; y como el bribon no se atreverá á salir del bosque de dia, estoy tan seguro de dar

con él, como vos, tío Latrace, con la pista de vuestro zorro.

—Y siendo así, á qué esperais que no poneis manos á la obra?

—Espero á uno de los míos que debe avisarme en cuanto principie la batida; acosado entonces el prófugo por tres puntos diferentes, no tendrá otra salida que esta donde me hallaré yo con mis soldados.

—Y de cuando acá, se halla por aquí ese malhechor?

—Cuanto tiempo hace que habeis estado en Salbris?

—Dos dias.

—En ese caso no veriais las señas de un arrapiezo insigne, que se fijaron en las puertas de la casa de la villa?

—No, señor.

—Voy pues á leeroslas; para que si dais con él, podais echarle la uña ayudado por los vuestros. Oid con

atención y también vosotros, prosiguió Beaucadet dirigiéndose á los monteros que se acercaron con curioso ademán.

Sacó entonces un papel de la faldriquera el sargento y leyó lo siguiente :

Señas del llamado el Bamboche.

—Vaya un nombre!

—No se le conoce otro y la justicia se ve precisada á deshonorarse anotando este, dijo Beaucadet y prosiguió luego :

«Este preso que se hallaba en la
«cárcel de Bourges, donde seguia
«encausado por dos asesinatos, y cuyo verdadero nombre y antecedentes se ignoran, logró evadirse de dicha prision en la noche del 12 al 13
«de octubre; graves indicios llevan á
«creer que despues de haber hallado
«un asilo en los bosques de Romo-
«rantin, donde por poco se le coge,

«se internó en los bosques y desier-
 «tos arenales, que circuyen los alre-
 «dedores de Vierzou, Salbris y La-
 «ferté Saint-Aubin.

«El prófugo de fuerzas hérculeas
 «y estraordinario arrojo, representa
 «unos treinta y dos años. Estatura:
 «cinco piés, siete pulgadas y dos lí-
 «neas; cabellos zanos á pesar de su
 «juventud; cejas de color castaño y
 «barba idem; frente ancha, despejada
 «y algun tanto calva; ojos pardos y
 «redondos; nariz aguileña; boca re-
 «gular; cara larga; mejillas muy
 «abultadas; color sano.

«Ese prófugo tiene en la parte su-
 «perior de la tetilla izquierda una
 «marca azul y colorada; (como las que
 «se pintan los indios y presidiarios)
 «que representa dos corazones atra-
 «vesados por una flecha y encima de
 «ellos una calavera: debajo de los
 «corazones dos puñales en cruz uni-

«dos por una cinta negra, y en esta
«cinta estan en letras encarnadas las
«siguientes palabras:

A LA VASCONA MIENTRAS VIVA
SU AMOR Ó LA MUERTE.

15 febrero de 1826.»

—Vaya otro nombre!

—Nombre digno de hallarse grabado en el pecho de un bandido que se llama Bamboche, contestó el sargento... Nunca oí otro parecido siquiera.

—Pues por mi vida que el señor Bamboche anduvo anticipado en jurar amor eterno á la señora... tendria unos doce ó trece años lo mas, puesto que este juramento lo hizo en 1826 y ahora cuenta el enamorado treinta y dos.

—Precoz es en amores el tal; bien que se dice que los precoces en amores suelen salir malas cabezas, ob-

servó en tono magistral Beaucadet, y prosiguió luego la enumeracion de las señas particulares del fugitivo.

«Otra marca tiene en la tetilla izquierda; encarnada y negra figura de dos manos enlazadas y debajo de ellas se lee:

AMISTAD FRATERNAL MIENTRAS VIVA
Á MARTIN.

10 diciembre de 1825.»

—Cáspita con el tal Bamboche! se anticipó aun mas en amistad que en amores.

—Este Martin será otro que tal baila, algun malhechor como él; se educarian juntos en la vivienda de algun viejo bandido y destinados al crimen, no han perdido su tiempo; dicho esto, continuó el sargento la lectura de las señas.

«Vése debajo de las mencionadas

«palabras una línea doble azulada y
 «en ella cinco pequeños hoyos trans-
 «versales é irregulares, cuyo conjun-
 «to solo puede compararse á la marca
 «que tienen para el pan los panade-
 «ros; los hoyos ocupan como la
 «cuarta parte de la longitud de la lí-
 «nea.

«Tiene además el fugitivo tres ci-
 «catrices: una de arma de fuego, al-
 «gun tanto mas abajo de la quinta
 «costilla de la derecha y las otras dos
 «muy hondas en el brazo derecho,
 «que parecen ser de arma blanca ó
 «cortante.

«La última vez que se le vió en el
 «bosque de Romorantin vestia una
 «blusa azul muy rota y un panta-
 «don viejo de grana, cual los que lle-
 «van los soldados de infantería; lle-
 «vaba un pié envuelto con trapos y
 «otro desnudo; tenia en una mano un
 «dó envuelto en un pañuelo de cua-

«dros y apoyaba la otra en un enorme
«y nudoso garrote.»

Leída la minuciosa filiación, guardó Beucadet el papel en las pistole-
ras y dijo al picador que se había
quedado reflexivo:

—No me parece difícil conocer á
mi hombre, ni es fácil que confun-
dais vuestra caza con la mia, señor
Latrace; pero en qué demonios es-
tais cavilando?

—Pensaba, contestó con lentitud
el montero, que hay en esto una ca-
sualidad particular.

—Cuál?

—Eso de leer en el pecho del ban-
dido:—Amistad fraternal á Martin.

—Y qué hallais de sorprendente
en eso?

—Toma, que el nuevo ayuda de cá-
mara del señor conde se llama.....
Martin.

—Cáspita! exclamó Beucadet po-

niéndose en pié sobre los estribos.

Pasado un momento de silencio debido á la sorpresa, preguntó al picador el gendarme:

—Con que el nuevo ayuda de cámara del conde Duriveau se llama Martin?

—Sí.

—Y cuánto tiempo hace que está al servicio del señor conde?

—Creo que muy poco.

—Le habeis visto vos alguna vez?

—Vino anoche á darme órdenes y entonces le ví por la vez primera.

—Qué señas tiene? es alto? bajo? gordo? flaco?...

—Es un buen mozo.

—Qué edad?

—Unos treinta.

—Y qué ojos, qué nariz, qué frente, qué boca tiene? Vamos, decid, añadió impetuosamente el sargento.

—Señor de Beaucadet, no puedo llenar vuestros deseos, no le miré con tanta atención que pueda ahora especificar todas sus señas. Era de noche cuando bajó al corral y solo pude verle á la luz de los faroles.

—Decis que hace poco que sirve al señor conde?

—No me cabe duda, porque habiendo preguntado al gefe de la cuadra si tenia un nuevo ayuda de cámara el conde, me contestó: Nuevecito.

—Oh! puedo prestar á la justicia un servicio sublime, dijo reflexionando Beaucadet; no se sabe ninguno de los antecedentes del fugitivo; y haciendo hablar bien ó mal de su grado á ese Martin, puesto que el otro lleva su nombre marcado en su maldito pecho....

—Poco á poco, señor sargento, dijo el montero interrumpiendo al ve-

terano; no olvideis el refran. Mas de un burro va á la feria que se llama Martin, y lo que se dice de los burros puede aplicarse tambien á los ayudas de cámara. Ademas...

—Qué?

—No olvideis que el señor conde tan severo y exigente con sus súbditos, no admite jamás á nadie en su casa si no es con prévios y circunstanciados informes.

—Y eso qué?

—Se comprende, decid, que un hombre honrado, como no puede dejar de serlo el señor Martin, y hallándose en la servidumbre de nuestro amo, haya tenido relaciones con el bandido á quien perseguis?

—Ya comenzó la batida, gritó Beaucadet. Ahí tenemos á Ramageau.

—Es algun galgo?

—Sí, un galgo que calza botas de

montar y lleva tricornio en la cabeza, respondió el sargento señalando á lo lejos á un gendarme que se acercaba corriendo.

—Felice caza, señor Beaucadet!... gritó el montero.

—Cuento con vos; que entre cazadores debemos ayudarnos recíprocamente. Si dais con el consabido, duro en él.

—No lo dudeis, señor Beaucadet; y puesto que os quedais en este lindero, si el zorro viniese hácia aquí, asustadle á gritos y haced que tome la llanura.

—Id tranquilo: presumo tener buena caza y aun doble; quién sabe si agarraré tambien á ese maldito Huron que hasta ahora se me ha escapado.

No pudo el montero disimular su inquietud al oír esta nueva amenaza lanzada contra el cazador; mas

de nada se apercibió el sargento preocupado con la llegada del gendarme.

Después de una corta pausa, añadió el montero:

— Fijaos en un solo objeto cuando os halleis en una cacería; pues ya sabéis el refrán: quien mucho abarca poco aprieta: contentaos con atrapar hoy al lobo, que mañana cazareis el gato montés.

— Vaya, señor Latrace, que me extraña oiros hablar así, siendo como sois veterano en el oficio: ignorais que en una batida se tira á cuanto se presenta, ya sea zorro, ya conejo? Póngaseme Huron delante y le diré cuántas son cinco. Ya sé que los del país le protegen y que esos soloñeses le ocultan, porque les cura sus calenturas; pero yo le aseguro al tal Huron, que ha rondado bastante y que llegó la hora de meterle en la jaula.

En este momento un chillido agudo y sonoro cual el de una ave, salió del espeso soto que cercano estaba.

Estremecióse el montero y se puso como la grana; sorprendido á su vez el sargento con tan inesperado ruido, dió un bote en la silla y dirigió curioso la vista hácia las verdes y frondosas copas de los pinos.

Merced á este movimiento no notó la sensación que experimentara el picador, como tampoco cierta agitación en el follage, por la parte mas cerrada.

— Vaya un chillido de ave raro! dijo Beaucadet.

— No conocéis el chillido del aguililla de Sologne? dijo tranquilo Latrace; vedla allá volando hácia su guarida, rasando las copas de las encinas. Observad qué aleteo!

— Por donde vá? no veo....

— Por allá, á la izquierda, junto á

aquel pino torcido... miradla, sube otra vez.

— Como no tengo ojos de cazador como vos, y que no soy ni Huron ni el fugitivo, quienes la distinguirían á cien metros, no la atisbo: ved ya á Ramageau; nos traerá nuevas de la batida.

A galope y cubierto de espuma el caballo, llegó el gendarme en aquel momento.

— Qué hay, Ramageau? preguntó el sargento.

— Se ha dado principio á la batida. Los aldeanos que se requisaron para recorrer el monte, tienen todo el espinar circunvalado y se dirigen aquí.

— Gendarmes! prorumpió Beaucaudet imitando á un general en jefe que arenga á sus tropas antes de empezar la batalla:—Gendarmes! El combate nos aguarda, cuento con vosotros: amartillen pistolas! saquen

sable!... de frente march!!.....

Y haciendo con la mano una señal protectora al montero, se alejó al frente de sus cinco hombres que apostó de centinela, en el lindero del bosque.

En tanto que habian lugar estas operaciones militares y estratégicas de Beaucadet, vióse á lo lejos un landó en el cual iban dos señoras acompañadas por varios caballeros vestidos con casacas coloradas, á quienes seguian algunos criados llevando del diestro caballos muy apuestos.

—Muchachos, gritó el picador á sus compañeros, el señor conde se acerca, reunir la trailla y que no se desvien los perros.

Dicho esto, apeóse Latrace para salir con el debido respeto al encuentro de su señor el conde Duriveau.



II.

EL SOTO.



TIEMPO hacia que duraba el reconocimiento, y los rayos del sol descendiendo á su ocaso daban al horizonte una tinta que reflejándose en la llanura la cubria de color de cobre candente formando un fondo pajizo del cual se destacaban los troncos de los pinos y los os-

curos carrascales: hallábase en lo mas espeso del bosque donde habia lugar la batida una plazoleta cubierta de musgosos y negros pedernales casi imperceptibles, pues el apretadísimo tegido de hiedras y madre selvas, ocultaba toda la superficie de aquella plaza rodeada de una frondosa espesura, en la cual se ostentaba con toda su fuerza la pomposa vegetacion de las retamas, zarzales, helechos y escaramujos.

Profundo silencio reinaba en aquella soledad, interrumpido tan solo por el susurro de las pasageras brisas al agitar las hojas de los árboles ó por los lejanos sonidos de las bocinas de caza, que repitiéndose en los ecos los hallaban tambien en aquel lugar.

Apartáronse de pronto los ramajes que rodeaban la plazoleta, partió un chasquido de lo interior del soto y

un hombre casi arrastrándose de puro encorbado, apareció jadeando y brotando por todo su rostro copioso sudor.

Este hombre cuyas señas ya sabe el lector, era Bamboche, el preso escapado de las cárceles de Bourges, donde estuviera por haber cometido dos asesinatos. Digno de lástima era el aspecto del infeliz prófugo: llenos de rasguños pies y manos, brotando sangre; raida y echa tiras la blusa azul dejando ver por todas partes su velludo pecho y sus hercúleos brazos, y lleno de girones y de lodo el pantalón que fué de color de grana en otro tiempo, estaba enteramente destrozado hasta las rodillas.

Paróse un momento y aplicó atento oído á fin de percibir el menor ruido; apoyóse en un árbol para tomar aliento y luego cogió un puñado de hojas que llevó á sus secos lá-

bios, mascándolas con avidez para aplacar su abrasadora sed. Brillaban sus ojos con salvaje resplandor; y sus canos cabellos herizados sobre su ya calva frente, contrastaban singularmente con su castaña barba y lo jóven de su enérgico y atlético cuerpo. Las hondas huellas de la zozobra y las privaciones se marcaban profundamente en su pálido rostro, y su fisonomía toda revelaba el espanto y el dolor.

De pronto una voz que salía de debajo de los piés del fugitivo gritó:
—Bamboche!

Cual chispa eléctrica hirió este nombre los oídos del infeliz; dió un salto de sorpresa, miró con terror en torno suyo y se quedó indeciso no sabiendo si huir ó permanecer allí. Pasado este momento de indecision, bajóse con velocidad, agarró dos enormes piedras que en sus manos

podian convertirse en mortíferas armas y esperó.

Todo habia tornado al primitivo y profundo silencio. Crecia mas y mas su inquietud, miraba con mayor azoramiento á todos lados, cuando un hombre vestido de un modo particular, se le puso delante á unos tres pasos de distancia y cual si saliese del centro de la tierra.

Era el nuevo personaje de mediana estatura; llevaba un holgado sobretodo y unos pantalones de piel de lobo; habíase hecho un gorro con el tupido y fino cuero de la cabra montés: la espesa y fuerte barba impedía ver sus tostadas facciones, curtidadas por la intemperie de las estaciones: una dilatada y fosforecente pupila parecia iluminar sus móviles y pardos ojos, como si la costumbre de dormir de dia y corretear durante la noche le hubiera vuelto nietálo-

pe, cual lo son todas las fieras: no se crea sin embargo, á pesar de esta descripción del personal de este hombre, que su conjunto presentára un tipo repugnante. Su brioso é inteligente rostro, contraído las mas veces por irónica sonrisa, llevaba el sello de ese aire indefinible de magestad, que suele marcar en la frente del proscrito el hábito de vivir en el peligro, en la soledad y en perpétua independendencia.

No dudamos que se habrá conocido ya al temido cazador designado con el apodo del Huron, quien mientras duró la conversacion del montero y Beucadet en la encrucijada, lo habia oido todo desde la espesura, sin ser visto.

Habiase estado el cazador hasta el momento en que apareció repentinamente, acurrucado en lo que en lenguaje de monteria se llama un *pues-*

to, lo que no es otra cosa que un agujero de cinco ó seis piés de profundidad, cubierto con helechos, retamas en forma de dosel, donde se cobija el cazador pasando allí horas y horas, inmóvil con la vista fija en acecho de su presa, hasta que la distingue y la puede tirar á quema ropa.

— Apesar de su audacia, retrocedió asombrado Bamboche al verse á Huron delante, y dejó caer de las manos las piedras de que poco ha se apoderára á fin de defenderse, ora fuese que las dos bocas de una escopeta de dos cañones que tenia el cazador le demostrasen cuán desigual seria su lucha, ora que un secreto presentimiento le advirtiera que debia existir necesariamente alguna afinidad de simpatía entre su condicion de prófugo y la vida azarosa del habitante de los bosques.

Fija la inquieta y feroz mirada en el cazador, fué sin embargo retrocediendo el prófugo.

—Te llaman el Bamboche, te has escapado de la cárcel de Bourges, te persiguen cual á un animal feroz y en vano intentarias escaparte. Yo vengo á socorrerte en nombre de... Martin.

Apenas hirió este nombre los oídos de Bamboche, que sus facciones contraídas hasta entonces se dilataron; que su fisonomía hasta entonces feroz y recelosa, reveló una sensación tiernísima; que una lágrima veló la salvaje brillantez de sus miradas, y que con los lábios entreabiertos, el corazón palpitante, azorado el pecho, y con voz apagada de puro enternecida, no pudo dejar de esclamar:

—Martin!

Sin duda se pintaría el recelo en la faz del fugitivo despues de esta

demostracion de tiernos sentimientos, pues el cazador se apresuró á decir:

—Sí, Martin... Vascona la Lebrasse....

Cual si estos apellidos hubieran sido una prueba harto suficiente de la identidad de Martin, interrumpió Bamboche al cazador y exclamó con el mayor enagenamiento:

—El es, sí, él es!

Así olvidaba el fugitivo la constante y cruel persecucion de que acababa de escapar milagrosamente, y á la cual podia sucumbir de un momento á otro.

La penetrante mirada de Huron no perdía ni una impresion de cuantas se revelaban en el rostro de Bamboche. Tomó el primero con la mano una especie de cilindro, aplicó el oído y aunque reinara el mayor silencio en aquella soledad, dijo en voz baja despues de escuchar otra vez:

—Se acercan; sois perdido.

—Conoceis á Martin? Segun eso ha vuelto del extranjero? preguntó olvidando su peligrosa posicion el fugitivo.

Conmovióse el cazador al ver esta total abnegacion de sí mismo en tan crítico momento y contestó:

—Martin está de vuelta, sé que te debe mucho, y ora seas culpable ora seas inocente te salvo en su nombre.

El prófugo se estremeció.

—Pero prométeme por la fraterna amistad que juraste á Martin que si él te mandase presentarte á la justicia, lo harás.

—Si Martin me dice:—entregate: me entregaré sin vacilar.

—Te creo: vamos yo te salvaré.

Internóse el cazador algunos pasos en la espesura á la izquierda del puesto donde habia estado agazapado y no sin trabajo descubrió una estre-

cha boca de una especie de caverna. Cerrábase esta con una trampa móvil cubierta de tierra y piedras hecha de troncos y ramas de pino en la que habian echado raices los zarzales.

Iba á entrar ya el prófugo en el inesperado asilo cuando con acento lleno de tristeza y solemne le dijo el cazador:

—Respeto y compasion á lo que veas, si no lo tuvieras serias indigno de piedad.

Examinaba con escudriñadora mirada Bamboche al cazador cuando empezó á oirse mas distinto el ruido de las trompas que apenas se percibia antes; y despues de haber escuchado de nuevo Huron impelió con viveza á su compañero y le dijo en voz baja.

—Presto.... presto.... escóndete, oigo el galope de los caballos.

Asaltado sin duda por una idea re-

entina el Huron, en tanto que el fugitivo desaparecia por la abertura, se echó de un brinco fuera de la espesura y dejando la trampa abierta, se puso de bruces en la tierra con el oido pegado á ella para percibir mas distintamente los mas lejanos ruidos.

Levantóse á poco rato y con desesperado acento esclamó:

—Maldicion! el zorro trae la caza hácia este sitio.

Alarmado por él y por su refugiado, corrió Huron á cerrar la boca de su escondite cuando vió delante de sí al prófugo que lívido, desencajado le dijo con temblorosa voz:

—Prefiero ser cogido... muerto... á quedarme en este subterráneo!... Ah! qué he visto!... si vos supiéseis cuánta fatalidad lleva consigo ese nombre de Coscoja! oh! Dios mio!... yo voy á enloquecer!

Aproximábanse los aullidos de la jauría y con aterrador estrépito retumbaban en los ecos de aquellas solitarias y silenciosas selvas. Una ráfaga llevó á sus oídos los gritos de varias voces, una confusa gritería que se acercaba por todos lados á la vez. Esta gritería emanaba de los que perseguían al fugitivo.

Habia sucedido esto en un abrir y cerrar de ojos y en el momento en que el Bamboche exclamaba saliendo de la caverna y de todo punto aterrorizado :

«— Prefiero ser cogido... muerto... á permanecer en este subterráneo!... Ah! qué he visto! Si vos supiéseis cuánta fatalidad lleva consigo ese nombre de Coscoja! oh! Dios mio!... yo voy á enloquecer!»

—Morirás! gritó con aterrador acento el cazador, levantando en alto su escopeta de dos cañones como si

tuviera una maza en la mano. Te mato, te mato, si llegan á encontrarte aquí antes que yo pueda cerrar esta guarida.

No bien habia acabado de pronunciar esta amenaza, cuando ya se movió el follage cual sacudido por un objeto que cruzaba con suma rapidez. Ya obedeciera el prófugo á la desesperada órden del cazador, ya siguiese el instinto de la propia conservación y prevaleciese en él este móvil, estremeciósse y se precipitó dentro de la caverna.

Colocó de nuevo Huron la pesada trampa, destruyó las huellas de los piés de Bamboche y le faltó casi tiempo para acurrucarse de nuevo en su puesto.



III.

EL RASTRO PERDIDO.



PENAS acababa de esconderse el cazador, cuando al ruido causado por el movimiento de las hojas, siguió otro debido á la veloz carrera de un animal; en efecto un zorro enorme de tostada piel, cabos y orejas negras entró de un bote en la plazoleta; iba el

veloz perseguido chorreando agua, pues acababa de atravesar una laguna, valiéndose de este ardid para hacer perder la pista á los perros, y logrólo sin duda, pues los ladridos de la jauria que antes se oyeran mas y mas cercanos no así despues que se alejaban progresivamente.

La roja, seca y colgante lengua, los verdosos ojos chispeantes, las caidas orejas, el rabo entre piernas, los convulsivos hijares y un jadear febril manifestaban cuan rápida habia sido su carrera y cuan abatidas se hallaban sus fuerzas; en cuanto se halló en la espesura, paróse un momento, descansó algunos instantes, volvió y revolvió el negro hocico para buscar el viento; alzó las orejas y escuchó con atencion suma y sin igual ansiedad. Nada oyó.

El hallarse á corta distancia el

puesto del cazador y el estar además en una hondonada, hizo que nada el zorro olfateara; y como los aullidos habian cesado de todo punto, merced á la estratagema del zorro, aprovechó este aquellos cortos instantes para reposar y recuperar las perdidas fuerzas; dejóse caer al suelo, estiró las patas y recostó la cerviz: al verle en esta postura, con la boca entrea-bierta, se le hubiera podido creer muerto á no notar la agitacion continua de sus orejas que á todos momentos levantara para percibir el rumor mas leve.

De repente y cual si una máquina le moviera incorporase el zorro, contiene la cansada respiracion, cuyo ligero ruido era nocivo á la sensible percepcion de su fino oido, y escucha atento.

Acercábase de nuevo hácia á aquel lugar la caceria, merced sin duda á

las infinitas evoluciones que siempre tienen lugar en esta clase de pasatiempos, y los ecos de las bocinas y el aullar de los sabuesos se aproximaban otra vez.

Viéndose el animal en tan crítico momento amenazado de una muerte cercana, tentó un último esfuerzo, una estratagema desesperada, á fin de hacer perder de nuevo la pista á los anteriormente desorientados perros. Multiplicó las huellas de sus pasos, dando mil vueltas y revueltas en la plazoleta, formando así un laberinto complicadísimo en el cual los perros no pudiesen acertar; agazapóse luego y de un salto bárbaro, se puso de la plazoleta en la espesura, cayendo encima de unas piedras junto á la trampa que cubrian los zarzales; sentando apenas las patas en el musgo, dió otro brinco de seis piés lo menos con direccion al lado mas frondoso, repi-

tiendo luego lo mismo, y echó en seguida á correr con cuanta velocidad le permitiera el baño frio que acababa de tomar y que habia enervado sus ágiles miembros.

Con aquellos saltos mortales y consecutivos, guiado por un sorprendente instinto de conservacion, cortaba el zorro en un espacio de treinta ó cuarenta pasos, la continuidad de los suyos y destruia la ardiente pista que formaba y el olor acre que deja estampado en el suelo la presion de sus piés; destruia tambien las fuertes emanaciones, los penetrantes vapores, que sentidos por el fino olfato de los perros, hacen que estos se guien por estas causas y le den caza.

En cuanto hubo desaparecido el zorro, salió de su guarida el cazador, púsose de bruces, buscó las huellas del perseguido animal, que

reconoció al momento, y no solo se dió prisa en borrarlas todas una á una, si que tambien pudo así desvanecer el olor que dejaran los piés del zorro; de este modo secundaba la huida del vicho, é impedia que los cazadores y la jauria se dirigieran hácia donde él estaba, que era lo mas interesante.

Distintamente se oian ya los ladridos, el sonido de las bocinas y los gritos de los que al prófugo perseguian, todo en confusa mescolanza, pero por tres partes diferentes y con suma claridad.

Creciendo en el cazador el temor con la proximidad del bullicio, internóse en el bosque, borró cuantas huellas del zorro hallára, hasta que encontrándose junto á un corpulento tronco de un arbol derribado, que obstruia el paso y por cima del cual habia saltado el perseguido cuadrá-

pedo, dejó de examinar é internóse por lo mas enmarañado del bosque, persuadido de que rota toda continuidad en la pista, se perderian en breve los perros y se verian precisados á alejarse.

Realizóse enteramente, en un principio, cuanto Huron habia pensado.

A poco de haber desaparecido el cazador, estallaron furibundos los perros; mas cesaron de repente y como por encanto, en cuanto hubieron saltado el tronco, desde donde destruyera Huron el olor y las huellas del veloz animal; y como es sabido que la jauria solo ladra al seguir la pista, enmudeció desde que la hubo perdido, volviendo, girando en todas direcciones sin dar con ella y con el hocico barriendo la tierra deshaciéndose de puro impacientes; así prosiguieron los perros en las pesquisas hasta que á cosa de unos doscientos

pasos del subterráneo de Huron, quedaron desorientados enteramente.

El repentino enmudecer de los sabuesos notificó al montero de la novedad que ocurría, y apresuróse á juntarse con ellos á fin de secundar su natural instinto; mas cuando menos lo esperaba se halló con el tronco derribado, cuyo volúmen unido con las ramas que en derredor tenia, se hacia mucho mayor á la par que peligroso, ya para el caballo como también para el ginete; por esto sin duda, y como apesar de su mucho arrojo tenia Latrace sobrada prudencia para esponerse con una valentía sin fruto, decidióse á dar un grande rodeo para unirse á la jauria, viendo que las estremidades del tronco se hallaban en los mas espesos matorrales.

No bien se habia alejado el prudente montero, cuando se presentaron

delante del tronco dos señoras, que en traje de amazonas y montadas en soberbios corceles, atravesaban el bosque: detras de ellas venian dos caballeros que al reparar en el tronco gritaron á la vez:

—Señora, retened el caballo!

—Señorita, parad!

Mas sin curarse de estos gritos, y ora no pudiera la que iba delante refrenar el empuje del animal, ora tuviese temerario deseo de arros-
trar el riesgo, aguijó su corcel y le hizo saltar el tronco con no menos osadía que soltura; la fuerza del salto y el impulso del viento que levantó el largo vestido de amazona de la osada cazadora, dejó ver el torneado contorno de una pierna elegantemente calzada con fina media de seda, á la par que un breve pié no menos lindo ni graciosamente ceñido por negro botito,

cuyo tacon lucia un espolin de plata.

No pudieron contener los dos cazadores un grito de terror al ver tamaña temeridad, y dirigiéndose á la otra jóven que se disponia á imitar á la primera le gritaron á una voz:

—Señorita, parad en nombre del cielo!

—Voy á juntarme con mamá, repuso con encantador acento la intrépida cazadora, señalando á la que ya habia pasado el peligro.

Con risueño semblante algun tanto animado por la sensacion y orgullo del peligro arrostrado, permanecia esta con el caballo quieto en el otro lado del obstáculo, mirando á los demas con todo el aire que dá la satisfaccion interior: pero al notar que su hija se preparaba á imitarla, palideció de repente y no pudo menos de esclamar:

—Rafaela!... hija mia!...

Era ya tarde porque la jóven tan valiente como su madre, hacia saltar el tronco al obediente bruto, mientras sujetaba con modesta gracia, la parte inferior del vestido, con la punta del látigo, á fin de que aquel no se levantára cual le habia sucedido al de su madre.



IV.

UN PADRE DE OGAÑO.

LAS osadas amazonas no eran otras que la señora de Wilson y su hija, y los dos ginetes acompañantes el conde Duri-veau y su hijo.

El dueño de la jauria que revolvía aquellos bosques, era el conde; debía este el ser á un mesonero de Clermont-Fer-rant, quien dotado de una avaricia poco comun, habia aglomerado una

fortuna escandalosa , que empezara con el oficio de usurero , aumentara con las compras de bienes del estado y asegurara con contratas de suministros durante el reinado del directorio; contratas en las cuales no economizó cuantas arterías, infamias y robos legales dan estas de sí , y merced á tales circunstancias secundadas por la mayor avaricia , llegó el antiguo usurero á doblar , triplicar y centuplicar sus cuantiosos capitales.

A la muerte de su padre se encontró Adolfo Duriveau , que distaba mucho de ser conde entonces , dueño de inmensos bienes que le producian trescientos mil francos de renta. Apenas salió Adolfo del estado salvaje y penoso , que la avaricia de su padre le hiciera llevar con sin igual dureza , se halló confiado á su tutor , hombre probo quien le encaminó al bien.

Por esto sin dūda propendió el

nuevo millonario á todo lo bueno en un principio, apesar de la pésima educacion que habia recibido; al verse trasladado á una posicion brillante, posicion que le permitia gozar de todos los placeres desconocidos para él, y cediendo, ya á las propensiones de su jóven corazon, ya al arrobamiento hijo de una repentina ventura, fué bueno y generoso.

La generosidad del jóven Duriveau halló las mas veces la ingratitude por pago... la ingratitude, ese crisol en el cual deben ponerse á prueba las almas verdaderamente generosas. Fué demasiado rudo este desengaño para un corazon novicio, y pasando por grados de la afliccion á la acritud, de esta á la irritacion, acabó por endurecerse en tamaño grado, que su corazon se hizo de risco. Como otros muchos, que víctimas de ingraticudes, sofocan todo instinto de

generosidad escudándose en el resultado que les cupo cuando fueron buenos, erigió Adolfo en principio el ser ingrato, y estableció, como un deber, la dureza de alma. La falta de paciencia, desinterés, cálculo, resignación y sobre todas estas cuálidades, la falta de tacto y pudor, si podemos expresarnos así, en la bisoña y bulliciosa generosidad del jóven, destruyeron con sobrada ligereza cuantas ilusiones podia crearle la virtud, no conociendo que le habia faltado la inteligencia de las penas, que habia querido aliviar, penas que él mismo hacia á veces mas intensas con ser rudo, impaciente y cruel; cuando para aliviar á ciertos infortunados, tímidos y nobles, se requiere tacto muy predilecto, estremada prudencia y dulzura á la par.

Aquella laudable prueba, si bien de fatal resultado, en la senda del

bien y generosidad, debía dar por fruto, como lo dió en efecto, una reaccion funesta en el ánimo de Adolfo; así es que calificaba de: «conocimiento del corazón humano» la insensibilidad sistemática, de «flaqueza» la compasion, de «discrecion,» el egoismo, de «prevision» la codicia, de «conciencia de verdadero valor» el desden continuo; y de «merecido castigo de los deslices, fatalidad aneja á todo estado social, hijo del primer pecado ó voluntad de Dios, etc.» las ajenas desgracias.

Era en resúmen partidario energúmeno de aquel sacrílego axioma de los fanáticos:

«Un Dios de bondad inmensa creó al hombre para que fuese infeliz.»

Basado en este cruel axioma, daba un sello de legitimidad á la dureza de su inalterable egoismo, buscando en él razones que se lo apoyáran, ra-

zones llenas de escepticismo.

«Nacieron los hombres para la desgracia, decía con sarcástica insolencia, así la Providencia lo ordenó! respetemos sus insondables arcanos; lejos de nosotros toda idea que tienda á desmentirlos, y vivamos nosotros los esceptuados en la abundancia, esplendidez y alegría que nos da esa excepción felice, que como toda excepción prueba la existencia incontestable de... la regla...»

Segun su propia calificación y análisis de las cosas, podia Duriveau decir como decía:

«Fuí bueno, humano, generoso, y solo me cupo en recompensa desengaño tras desengaño. Los desgraciados merecen la suerte que sufren; valiente necio será el que se apiade.»

Es fuerza confesar que Mr. Duriveau, dotado de notable talento natural, grande firmeza de voluntad y de

carácter extraordinariamente enérgico, hallaba de este modo los medios de dar á fuerza de cinismo y desfachatez, cierto lustre novelesco á sus escépticos cuanto crueles argumentos, argumentos que desgraciadamente encontraban, no pocas veces, ecos y aun prosélitos en la clase de sociedad en que vivía.

El roce con ciertas gentes, en extremo envanecidas con sus inmensas riquezas y flamantes blasones, el contagio de la ociosidad, la casi siempre fatal influencia que tiene una posición holgada adquirida sin trabajo, tardaron muy poco en sofocar los primeros y nobles instintos del joven Duriveau. Sin dejar de ser fátuo, se volvió avaro, y luego quiso ser noble cual otros muchos á quienes las riquezas no satisfacen. Engalanóse con el pomposo título de conde por medio de un casamiento con la hija de

un duque del Imperio, amigo tambien de la restauracion, y Adolfo Duriveau el hijo del tio Duriveau, del mesonero ladron, del infame usurero, del de alevosos contratos, se creyó un conde cuyo árbol genealógico llegaba hasta los tiempos de Carlo-Magno. El vizconde Escipion de Duriveau (título de rigor) fué el fruto que le dejó á Adolfo su esposa, que falleció muy jóven.

Dos eran las faustuosas pretensiones, en las cuales reasumia y hacia consistir toda su dicha, ó mejor aun todo su orgullo, Mr. Adolfo Duriveau: ser uno de los mas pudientes propietarios de Francia y hacerse dar por sus criados, colonos, administradores y demas servidumbre el dictado de SEÑOR CONDE. Otra ambicion política se despertó en el ánimo de nuestro noble de nuevo cuño, ambicion política que mas adelante dare-

mos á conocer, y ambicion ó capricho que debia necesariamente ocupar la no satisfecha imaginacion del ricocho.

Su hijo fué para el conde-millonario, un nuevo medio de hacer gala de opulencia, fijando en ello todo el porvenir y felicidad del jóven, y dando una prueba inequívoca de cuanto imperaba mas en él la vanidad que la codicia. No desmintió Escipion las lisonjeras esperanzas de su padre; muy al contrario, dió pábulo á su mal entendido orgullo; pues á los quince años la elegante figura del jóven y su precoz inteligencia cultivada por un ayo de vuelos altos, llenó las miras del vanidoso conde, permitiéndole sacar á luz aquel tesoro de soltura, gentileza é impertinencia.

Tenia por aquel entonces la buena sociedad de Paris en su seno, lo

que se llamaban *padres jóvenes*.

Eran estos, viudos de juvenil aspecto, gente alegre, aguda y amiga aun de jaranas, quienes tuteaban á cuantas mugeres entretenidas de alto copete encerraba París; estos *padres jóvenes* partiendo del principio, excelente en el fondo, de que nada hay tan dudoso ni de peores consecuencias, como la avaricia y despotismo que egercen los padres, no permitiendo á sus hijos frecuentar diversion alguna, ni concediéndoles la menor libertad con el laudable objeto de hacer de ellos unos santos, salvo luego en verlos transformarse en diablos, estos padres decimos, no solo no sujetaban á sus herederos, mas aun hacian ostentacion de la mayor tolerancia cuando no rayaba esta en otra cosa peor.

Padre habia que, teniendo dos hermosas niñas de seis ó siete años, las

llevaba al teatro donde él pasaba las horas muertas con algun objeto de tiernas relaciones, en tanto que el gracejo y charla infantil de los pimpollitos formaban la admiracion y solaz de las actrices.

Entre los varios planes que para educar prácticamente á sus hijos, adoptaban los padres jóvenes, entraba en algunos de ellos ser los primeros tenedores de las primeras letras de cambio que sus hijos firmáran, calificándolo con el nombre de *Virginidad de la aceptacion*. A fin de lograrlo, facilitaba el padre por debajo mano empréstitos de estremada usura, de la cual no se aprovechaban sin embargo, sentando por axioma que un padre es acreedor de su hijo por naturaleza.

Otros habia que, á fin de inspirar desde la primera edad horror profundo é inmenso, y repugnancia á la

embriaguez, á sus vástagos, eran los primeros en emborracharles con vino malo, obteniendo así hacerles tener odio, horror profundo, grande, y repugnancia invencible al..... vino malo.....

En el número infinito de padres jóvenes de mas alta alcurnia, contaba el conde tres ó cuatro amigos de placeres, y como este no cabia en sí de puro hueco con las lindezas de su angelito, quiso entrar tambien en el gremio, cosa que oia á *Regencia* de cien leguas, y educar á su hijo cual lo hizo el mariscal Richelieu con el suyo Mr. de Fronsac en aquella época, en la cual la minoría de Luis XV dió las riendas del gobierno á hombres entregados á la molicie y á toda clase de desenfrenos.

No tardó mucho nuestro conde en pasar por uno de los *padres jóvenes* mas calaveras de Paris, quedando su

orgullo, el orgullo siempre, sumamente lisonjeado al ver que su digno sucesor Escipion eclipsaba á los hijos de otros nobles. Por esto apenas contaba el jóven diez y siete años cuando podia disponer de cien luises mensuales para sus malos gastos, ademas de tener habitacion separada en la casa de su padre, seis caballos para montar en la cuadra, y su asiento con el conde en un palco donde se reunian hombres solos que todos tenian su correspondiente papeleta para poder entrar á los cuartos de los artistas.

Creemos inútil decir cuantos obsequios le valdrian á Escipion sus diez y siete años y fortuna en aquel mar voluptuoso, donde le presentó su padre con la mas escrupulosa solemnidad. Algunos meses despues ya podia el bisoño tronera enumerar sus fáciles conquistas; á los diez y ocho años

habia muerto en desafio á un hombre con la mayor indiferencia , siendo su padre el padrino del duelo , y no una vez sola sorprendió el dia á padre é hijo sumidos en desenfrenadas orgias.

Aunque parezca sumamente raro este método de educacion , fuerza es confesar por poco que se conozca el mundo : Que á dar á cien jóvenes la posicion social y riquezas del vizconde Duriveau, los noventa harian una vida igual en un todo, con la sola diferencia que á otros no les seria fácil mantenerse en ella si no era contrayendo deudas y mas deudas, sin reflexionar ni ver los escollos , ó tambien quizás á despecho de las justas y prudentes reflexiones de sus familias , despertándose en ellos un deseo de heredar la fortuna de estas, deseo un si es no es... parricida.

Despues de lo dicho no trataremos de manifestar que los *padres jóvenes*

carecían de cierto buen tacto de educación práctica, pues trataban de dirigir por sí mismos unas locuras juveniles que no sabían impedir.

No se nos oculta que á los ojos de todo hombre pensador, el remedio no se queda en zaga á la enfermedad; ni tampoco que es deplorable ver desperdiciarse de este modo sumas enormes, ni como se agostan en la primera juventud cuantos instintos grandes la caracterizan, ni como se apagan y embotan iuteligencias vastas, colocadas en aquella pestífera y turbia atmósfera; pero todos estos males y muchos otros nacen indudablemente del actual estado *de las familias y de la propiedad.*

Es indudable que la costumbre de vivir muchos años como padre jóven debía enturbiar la dignidad paternal y el filial respeto de Escipion para con su padre, como también las

consideraciones que este último tenerle debía ; mas la senda en que se habian internado era tan en sumo grado resbaladiza que ya no les permitia volver atrás ; mas de una vez la impertinente calma del hijo habia sujetado la altivez natural del padre y la enérgica voluntad del conde , mas semejante á algunos maridos de la sociedad , reputada por buena , que por tal de no parecer celosos , devoran en silencio sus pesares , sus lágrimas y su vergüenza , así el conde Duriveau habia infinitas veces sostenido con la sonrisa en los labios y la rabia en el corazón su papel de padre jóven.

No le quedaba , sin embargo , mas remedio que sufrir la impertinente familiaridad con la cual su hijo le trataba , pues él la habia autorizado con ser su compañero de placeres bajos é indignos , y esta familiaridad que en su aurora hacia reir á los

únicos amigos del conde, apagó en el corazón del joven todo sentimiento de consideración y respeto filial.

Era el conde un hombre de unos cincuenta años, poco menos, aunque su agilidad, presencia juvenil, aspecto, vigor y energía le hacían representar apenas cuarenta, sus ojos muy azules y sumamente rasgados, llenos de viveza y fuego, el color moreno de su tez, las cejas, barba y cabellos negros como el azabache á pesar de su edad, y los anacarados y bien colocados dientes que ornaban su graciosa boca, formaban una fisonomía que si bien habrá otras muchas de facciones mas regulares y atrayentes no la aventajaba ninguna en lo expresiva, agradable y resuelta, y sobre todo, en la que se marcara mas una firmeza de carácter indomable; por eso sin duda inspiraba el conde, cual todos los hombres de genio entero,

muy poco cariño, y si cabe aun menos simpatías, pero imponia generalmente temor, recelo y respeto.

Apesar de ser la energía la calidad dominante en él, convirtiase en débil niño, cuando se trataba de su hijo y acababa de palidecer y estremecerse de piés á cabeza, al ver á madama Wilson arrostrar un peligro real con tamaño arrojo y serenidad; así en aquel momento como durante la caza, no habia el conde quitado ojo un solo instante de madama Wilson, la habia seguido anhelante en los menores movimientos; y sus miradas azoradas, apasionadas, ardientes y llenas de ternura y ansioso interés, cuando la encantadora viuda se esponia por alguna imprudencia, revelaban á no dudarlo que á no contenerse por las leyes del buen tono, hubiera explicado á la hermosa con mayor franqueza, el irresistible im-

perio que en él egercia.

Padre é hijo iban vestidos del mismo modo; gorritas de terciopelo negro, levitas de color escarlata con boton de plata, calzon blanco y botas de montar.

Singular era el contraste que ofrecian las fisonomías de los dos apuestos cazadores; todo en el exterior del padre daba á conocer la agilidad, viveza, pasion, fuerza y virilidad: al paso que las facciones mugeriles del hijo, marchitas ya por prematuros escesos, denotaban muy poca robustez. Contaba apenas veinte años Escipion y ya su rostro adornado con patillas rubias y sedosas, cual sus cabellos y naciente bigote, estaba hundido y flaco como el de todos los jóvenes cuya existencia precipita una conducta desenfrenada. Tiempo hacia que al rosado y fresco tinte de la juventud, habia sustituido la palidez.

hija de la postracion de fuerzas; hondas ojeras circuian los grandes y bellos ojos velados por párpados encendidos, merced al calor acre de noches enteras pasadas entregado á inmundas bacanales; esta era la razon del abatimiento que en él se veia, porque Escipion acababa de llegar de Paris, donde animado por varios amigos del conde, nuestro infeliz jóven, figuraba como uno de los corifeos de la vida holgazana y enfermiza, en la cual se deslizan las horas entre juego, mugeres, zambra, festines y orgías. Solo dos rivales conocia el vizconde en el baile que la ley prohíbe; un par de Francia, diplomático muy distinguido y Chicard, el *Nestor del Cancan*.

Sin embargo, nuestro vizconde se vanagloriaba de hallarse ya inútil para los placeres. En verdad debia sucederle así, eran tantas las veces que

por puro pasatiempo habia abusado de los mas ricos vinos, que ya daba la preferencia á un aguardiente en bruto, gustándole tanto mas, quanto mas materias estrañas contuviera ó falsificado fuese; tan acostumbrado estaba á la sociedad pestífera y licenciosa de las filis, que le dieron las primeras lecciones de amor, que hastiado de él, porque solo conocia lo sensual, tenia siempre por querida la que mas bebia, la que mejor fumaba ó echaba ternos con mas desparpajo, y sobre todas preferia siempre á aquella á quien pudiera despreciar mejor. Cuando llegaba este caso, y que el jóven lanzaba insultos tras insultos, si cabe hacerlos á mugeres de tal clase, no solia quedarse corta la modesta ninfa y contestaba devolviéndole desprecio por desprecio, ultrage por ultrage, en ese idioma aparte llamado *caló*, idioma que tampoco igno-

raba el noble vizconde, quien se solazaba en aquellas polémicas, sin que por esto perdiera jamás su insolente calma, ni su seriedad de hielo; los hombres gastados no rien nunca. En cuanto á los sentidos del jóven, podemos considerarlos como embotados, muertos, porque el sin número de tempranos excesos y la accion de los vinos espirituosos, debian necesariamente haber destruido en él toda sensacion. Sin embargo quedábanle aun al vizconde, las febriles emociones hijas del juego, de apuestas ó de otros amorios horribles que daremos á conocer en el curso de nuestra obra.

No obstante, aunque marchito, cascado, y á pesar del aire hastiado é impertinente (Escipion se quejaba de no estar ya en edad, ni con humor para cacerias), era aun el vizconde jóven de muy graciosa fisonomía, y á

juzgar por el pensamiento secreto de la señorita Wilson, no habia ni figura mas elegante, ni talle mas esbelto, ni conjunto mas seductor.

Madama Melcy Wilson (nacida en Francia y viuda de Mr. Stephen banquero americano) y Rafaela Wilson, que vivian con Mr. Alcides Dumolard, hermano de la viuda, tomaban parte, como ya lo manifestamos, en la caceria á que les convidaron el conde y su hijo.

A no haberse hecho tanto abuso de la mitológica comparacion de Juno y Hébe, nos serviriamos de ella para aplicarla á las dos lindas cazadoras; y no se crea que la empleásemos porque madama Wilson tuviera en su fisonomía ó porte, algo de la régia magestad de la pagana diosa; pues madama Wilson, era por el contrario, y á pesar de contar ya cerca de treinta y dos años, lo que se

llama una muger hermosa, en toda la estension de la palabra. Así pues al referirnos á Juno y Hébe, fué nuestro intento marcar tan solo la diferencia que existe entre la belleza enteramente desarrollada, y la hermosura temprana de una niña de solos diez y seis abriles, que tal era la edad de Rafaela.

Era la madre un tipo de viveza, donosura y movilidad, en tanto que la hija, el de la melancolía y candor.

Imposible de todo punto fuera dar un traslado fiel de la ideal belleza de la jóven; el aristocrático pincel de Lawrence (1) y las vaporosas viñetas inglesas, distan mucho, como distaría todo lo que la pintura pudiese

(1) Tomas Lawrence, natural de Bristol (muerto en 1830), fué el retratista de los reyes y corte de Inglaterra, y en general de la nobleza; hacia pagar 50,000 rs. por un retrato.

emanar, de reproducir el azul de sus rasgados ojos, asiento de dulzura y expresion, la trasparente palidez de su cutis mas bello todavia por un ligero sonrosado que lo realzaba, la albina blancura de su cándida frente, algun tanto encubierta por las sedosas hebras castañas que la coronaban y que undulando en rizos naturales en torno de la lindísima cabeza, revoloteaban, juguetes del viento, mas aeréos aun que el velo de gasa verde, sujeto al sombrerito de montar.

El airoso corpiño del trage de amazona que ambas llevaban, dibujaba admirablemente sus graciosas cinturas; era la de la madre mas formada y voluptuosa; la de Rafaela mas esbelta, gentil y casta, si toda vez se nos permite espresarnos de esta suerte.

El corte de los vestidos hacia resaltar aun mas esta diferencia; el

cuerpo del de Rafaela era alto, dejando tan solo ver un cuellecito doblado y sujeto por una corbatita del color de los celestes ojos de la jóven; no así el corpiño de madama Wilson que abierto y con solapas, descubria un chaleco de casimir, amarillo claro, con botones dorados, debajo del cual se veia un camisolin de batista, en el que lucian dos rubíes, carceles de las marmóreas y elásticas formas, que la finísima tela rozaba; para completar en fin estos vanos cuanto espresivos detalles, añadiremos que el pañuelito que sujetaba el cuello de hombre de madama Wilson, era de seda, color de púrpura muy menos suave, fina y bella que la de sus constantemente risueños y encantadores lábios.

La espresion de las fisonomías de ambas cazadoras, cambió enteramente en cuanto se hallaron juntas en la

parte opuesta del tronco derribado, pues la viuda en cuyo rostro se vió impreso el temor al considerar el peligro á que su hija estaba espuesta, mirábala entonces con el gozo inefable de toda la ternura maternal, mientras Rafaela sin acordarse ya de la pasada esposicion, buscaba pertinaz las vagarosas miradas del vizconde.

Consideramos inútil decir que los dos ginetes no se manifestaron menos intrépidos que madama Wilson y Rafaela; y que á muy corto espacio uno de otro, salvaron el obstáculo que de las bellas los separaba, el conde con todo el ardor de su impetuoso carácter, y el hijo haciendo gala, como siempre, de profundo desden é indiferencia, llevó su temerario prurito hasta el punto de elegir el momento en que impelido el corcel con la mano izquierda, atravesaba

el enorme tronco para sacar con la derecha el cigarro de sus labios y echar una bocanada de azulado humo.

Si el hallarse en la presencia de dos señoras, hubieran impulsado al joven á hacer esta locura, llevándola luego á su término con esa vanagloria, hija de los pocos años, hubiese entonces tenido todo el brillo inseparable de cuanto lleva consigo el sello de osadía é improvisacion, pero el vizconde, en su mania de pasar por hombre gastado ya, se envanece con mostrar en todas las cosas de la vida la mayor sangre fria y el mas impasible desprecio, por esto no dió su rostro ninguna señal de beneplácito, ni de emocion alguna, cuando madama Wilson y mayormente su hija, le felicitaron por su presencia de ánimo y sereno valor.

El conde que lleno de sorpresa vió la aptitud de su hijo, acercóse á él y

aprovechando un momento en que no podían notarle ni oírle las señoras, le dijo en voz baja y con acento, que apesar de ser cordial, disimulaba el mayor desagrado:

—Cómo Escipion! en qué piensas? ni cortés eres con Rafaela y sin embargo...

—Oiga! Vaya que estás desempeñando lindísimo papel! le contestó Escipion, interrumpiéndose para encender otro cigarro; ya sé que es con buen fin, mas esto mismo te hace imperdonable. Oh! tú, desventurado, que me diste el ser!

Apesar de lo acostumbrado que estaba Mr. Duriveau, á las burlas de esta clase, no pudo en aquel entonces y por razones poderosas, sofocar el enojo que la salida de su hijo le causó, y sin levantar la voz, pero con tono lacónico y enérgico le dijo:

—Basta de zumbas; hablo formal-

mente, tal conducta es incomprensible, hablaremos esta noche y...

Sin curarse Escipion de acabar de oír á su padre, ni quitarse el cigarro de los labios gritó:

—Madama Wilson?

—Qué me quereis? contestó la hermosa volviendo la cabeza mientras el conde esperaba lo que diría su hijo con ansiedad suma.

—Cuando querais ver á papá en todo su apogeo, rogadle que represente el papel de *barba*, es inimitable.

Contraídas estaban las facciones del conde, y revelaban despecho y enojo á la par, mas apesar de su interior agitacion, le fué preciso acoger sonriendo la mirada de madama Wilson, la cual repuso al vizconde con jovial acento:

—Y vos, querido Escipion, des-
empeñais á las mil maravillas el vuestro de calavera... mas hed aquí á

nuestro Rodrigon, quien os enseñará si es menester la deferencia y respeto que debeis á una muger de mi edad.

Y dirigiéndose la linda amazona á un nuevo personage que aparecia por el lado opuesto del tronco al que se hallaban las dos parejas circumbaladas, digámoslo así, por la jauria que en derredor se rebullia, añadió :

—Vamos, hermano mio, vamos, llegad.

Era este nuevo personage M. Alcides Dumolard, hermano de madama Wilson.

Mr. Alcides Dumolard, viudo, y sumamente gozoso de serlo, tenia cuarenta años, cara sin pelo de barba y era de obesidad-mónstruo. Su rostro repleto de molletes á guisa de racimo, de puro colgantes, sus hundidos ojos y elíptico cráneo, formaban un conjunto comparable tan solo

con las preponderantes formas de los mandarines que se ven pintados en los zócalos de china; los botones y ojales de su levitín de caza se hallaban en perenne riesgo, merced á sus anchas y gruesas espaldas, tan abultadas como su abdómen; imposible fuera dar con mas grotesco tipo que el de su cara, que situada debajo de la gorrita de terciopelo, puesta en la coronilla, rebosaba por todas partes. Ginete de extraordinaria prudencia, montaba Mr. Dumolard uua jaca recia, de fuerzas hercúleas, cual indispensable era para llevar aquel disforme dromedario.

Las primeras palabras del vizconde nos dispensarán de decir que nuestro nuevo personage tuvo la discrecion de pararse delante del derribado tronco.

—Vaya un brinquito, Mr. Dumolard! Veamos cómo se aligera esa bu-

:

manidad ! Ea ! nada temais , caeréis como encima de colchones , dijo el vizconde con impertinente flema.

—Que salte ! no mientras viva ! son estos juegos demasiado pesados para que se comprometa en ellos un hombre que ha llegado á poseer ciento cincuenta mil francos de renta , respondió el barrigon pavoneándose y examinando el terreno para ver si daba con otro camino de menor es-
posicion.

—Os pesan acaso los escudos para saltar ? Repuso con socarronería Escipion. A no ser que finchado con vuestras riquezas... vinierais envuelto en billetes de banco !

—Callad por Dios ! gritó el panzudo con acento de inquietud , esta broma pasa de castaño oscuro. Vaya ! ponerse á gritar que vengo envuelto en billetes de banco ; aquí , en un pais de lobos y mendigos... Como os

oyeran, ya podia encomendarme á Dios !

Y dirigiéndose luego al montero que acababa de juntarse con la jauría le gritó:

—Decid, buen hombre, no hay otro camino? porque, de veras, malditas las ganas que tengo de aplastarme los sesos.

—Seguid á la derecha por el bosque, y un poco mas arriba hallareis una vereda que viene á salir aquí.

—Una vereda! exclamó Escipion contaos con los difuntos, os mata quien os saque de la carretera.

Encogióse de hombros Dumolard y desviando la rienda del caballo tomó la senda que el montero le indicaba.

Pasemos á relatar ahora lo que sucedió por haber perdido los perros el rastro del zorro á unos doscientos pasos de la cueva del cazador Huron.



V.

LUMBRERA.



ESORIENTADOS, mudos, recorrian los perros en todas direcciones el ámbito del bosque, en el cual habia el cazador cortado la continuidad de las huellas del zorro; animado el montero con hallarse delante de su amo y demás personas que tomaban parte en la cace-

ría, examinaba minuciosamente, encorbado en el caballo, todo aquel circuito, procurando hallar el rastro y animando á los perros con los gritos acostumbrados de :

«A la pista, valientes, á la pista!»

Esta circunstancia proporcionó al conde una ocasion de distraer el enfado que le causó la conducta de su hijo, pues como era tan vivo para abandonarse á los placeres como á los pesares, se alejó de madama Wilson y de su hija, y desplegando su natural actividad secundaba los esfuerzos del montero, ya alentando la jauria, ya tambien tratando de hallar la perdida huella.

En tanto Escipion apoyado con indolencia en la silla del caballo bamboleando la pierna izquierda, se divertia en hacer chocar la espuela con el estribo, siguiendo con los ojos las bocanadas de humo del cigarro y sin

dirigir una sola palabra á la viuda ni á Rafaela, junto á la cual se hallaba entonces.

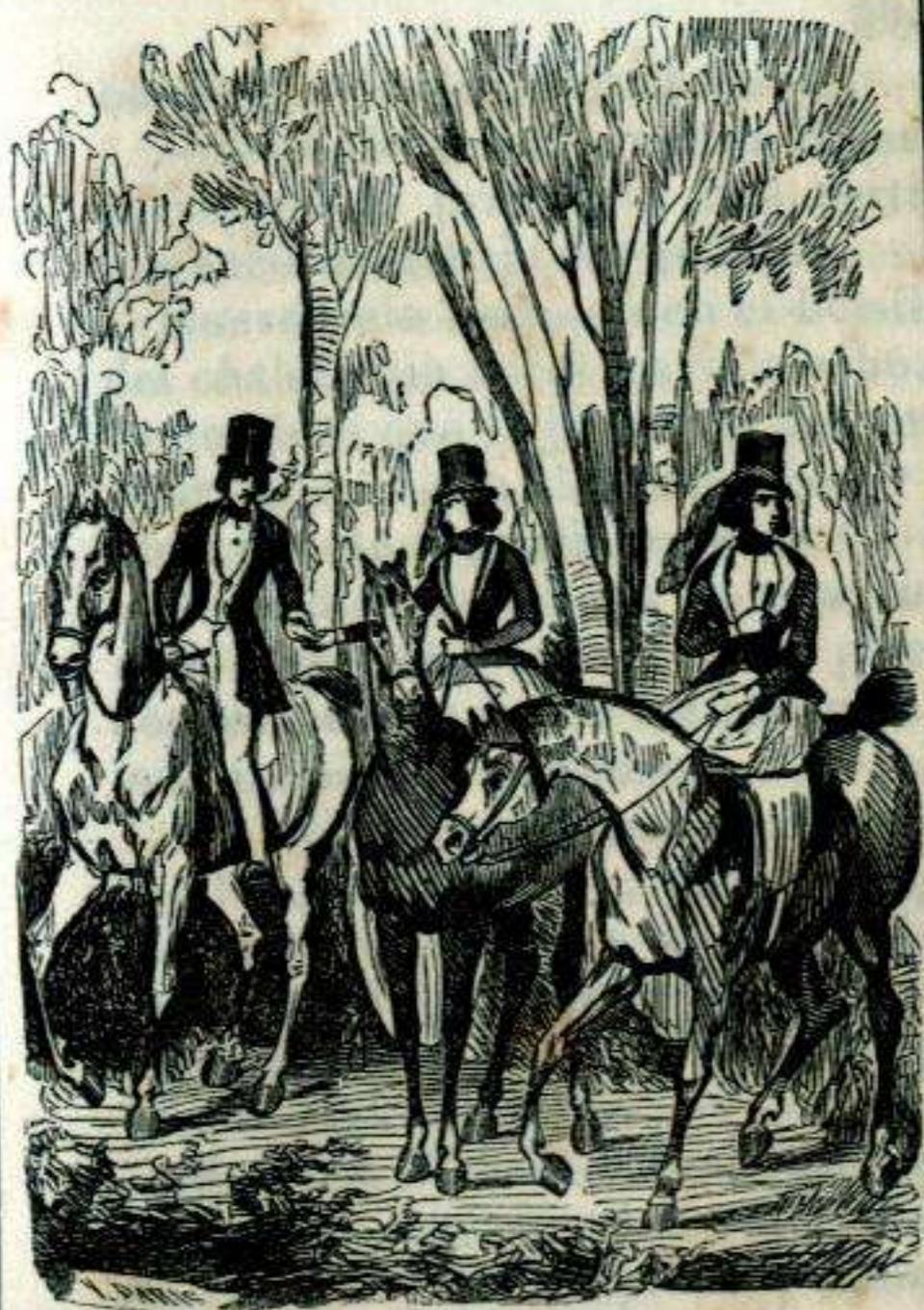
Aprovechando la jóven un momento en que, atraída por uno de los mil pequeños lances de la cacería, volvía madama Wilson la cabeza, acercó su caballo al de Escipion y con acento dó se marcaba una pena acerba y voz temblorosa y baja, le dijo :

—Qué os he hecho yo, Escipion?

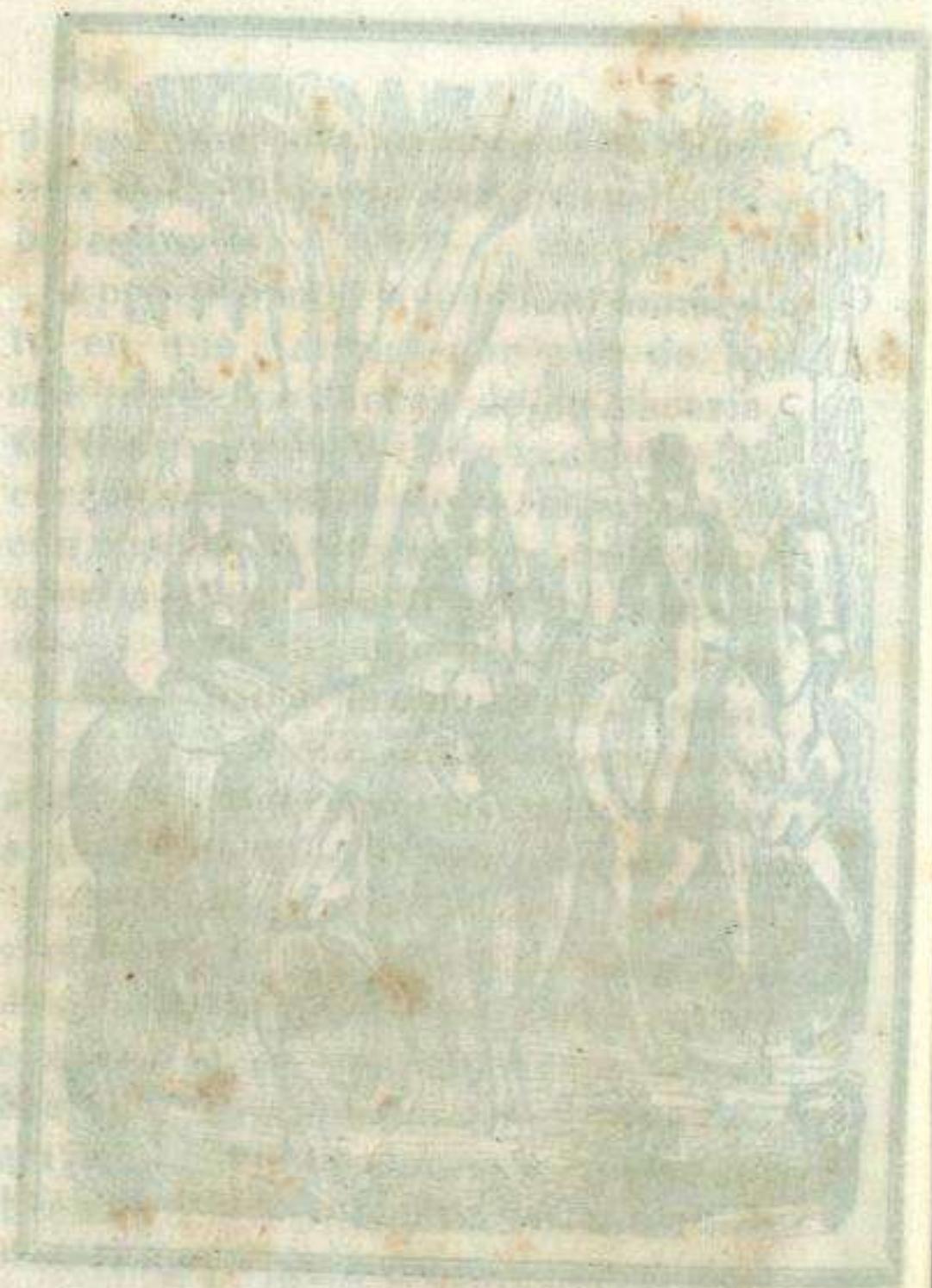
—Nada; respondió el vizconde sin apartar la vista que fija tenia en las azuladas bocanadas de humo.

—Escipion, repitió la jóven con suplicante, alterada voz, y esforzándose para contener las lágrimas que chispeaban de sus hermosos ojos; Escipion, por qué esa indiferencia? esa frialdad, esa dureza?... Qué te he hecho yo?

—Nada; volvió á contestar el viz-



• leed aqnesto, repuso Rafaela entregándole una cartita.....



... sicut non elinige... alaf... mar... 100 ...

conde con desden é igual flema.

—Leed, leed esto, repuso Rafaela entregándole presurosa una cartita que sacó de debajo del guante.

Guardóselo Escipion en el bolsillo del chaleco sin apresurarse mucho, y como viese que la jóven iba á continuar, dijo en voz alta para llamar la atencion de la graciosa viuda:

—Os divertís mucho en esta funcion? confesad que es un placer convencional como el teatro, como... los casamientos por amor.

No bien acabó de pronunciar estas palabras el vizeconde, cuando finjió Rafaela que el velo se le caia á la cara para impedir que su madre al volverse no viese las lágrimas que de sus ojos brotaban.

Madama Wilson habia observado de reojo á Escipion durante la batida, y á pesar de su aparente animacion y buen humor, mas de una vez

el necio desden con que trataba el vizconde á Rafaela marcó en su lindo rostro la sorpresa y una vaga zozobra... Pero armada ya con algunas reflexiones acogió con sonrisa irónica la impertinente interpelacion del vizconde.

—Apuesto, mi querido Escipion, dijo riendo la viuda, que en vez de contentaros á los doce años con llevar las airosas chaquetas redondas que tan bien caen á los niños, deseábais vestir un frac horrible para tener todo el aire de un hombrecito...

Esta inesperada salida no pudo menos de desconcertar al jóven, á pesar de su aplomo; sin embargo, recobró su acostumbrada sangre fria y repuso :

—No caigo, señora....

—No? nada mas sencillo; es muy natural que el niño mimado que á la edad de doce años ansia tener to-

do el aspecto de un hombre, quie-
ra pasar por viejo y gastado á los
veinte.

Era esto herir de lleno las preten-
siones del vizconde... pretensiones
que desgraciadamente justificadas por
la costumbre de aparentarlas y por
el abuso de mortíferos placeres.

Disimulando su despecho el jó-
ven, y con mas indiferencia y aplom-
mo preguntó :

—Bah ! represento acaso yo el pa-
pel de hombre gastado ?

—Sí, amigo mio, y asaz mal por
cierto á los ojos de personas inte-
ligentes, aunque desgraciadamente
harto bien á los ojos de espectadores
cándidos, repuso madama Wilson
lanzando una mirada llena de ternu-
ra á su hija, y como se habia aperci-
bido de su tristeza y no dudaba que
la tranquilizaria en breve, prosiguió
con jovial acento :

—Vamos, vamos, mi querido Escipion, no querais pasar por viejo siendo jóven, apariencias de esta clase no penetran nunca, mas allá de la epidermis. Seguis en eso la moda..... pero aunque sumamente ridicula, es imposible que alcance á desfigurarnos..... Oh! perdonad mi franqueza, á mi edad puede una muger espre-sarse así. Por mas que llameis á la *caza placer convencional!* os espondeis sin embargo por ella á romperos la cabeza corriendo tras de los galgos. *Llamar al casamiento de amor placer convencional!* Mas nada le arguyamos sobre el particular, nada le arguyamos, Rafaela, no sea que se nos tache de vanidosas.... *Placer convencional el teatro!* Que cante madama Holtz' (1), que baile Car-

(1) Prima donna de la Academia real de Paris.
N. del T.

lota (1) y que baile ó cante la señorita Vascona, y veremos á palcos y lunetas en revolucion, prorumpir en aplausos entusiastas. Y sobre todo con la señorita Vascona, gacela y ruiseñor á la vez. Os atreveréis todavía á decir que estais gastado?

Una espresion singular que podia interpretarse por orgullo comprimido, ironía ó altivo desafio, animó el rostro del vizconde al oír el nombre de Vascona, y fijando en madama Wilson una mirada escudriñadora, sin dejar el sempiterno cigarro la dijo :

—Qué! sabeis si estoy ó no enamorado de la Vascona?

—Veis como dais al traste con vuestro papel? Se enamoran acaso los

(1) Carlota Grissi, bailarina de la misma, y la primera en su género. N. del T.

hombres gastados? repuso riendo madama Wilson. Hablemos formalmente, mi querido Escipion; creo que estais gastado en realidad y me doy por ello el parabien; estais gastado para los placeres efimeros, para todo goce engañoso, á lo menos así lo creo yo; estoy intimamente convencida de que cuanto hay noble, grande, generoso, debe tener y tiene para vos todo el irresistible encanto de la novedad; ese encanto seductor que os ligará enteramente á los únicos y dignos obgetos de un hombre de corazon y talento. Pero vuestro padre vuelve; cuento, señor tronera, con que no ireis á decirle, cual antes hicisteis, con respecto á él, que yo me acabo de espresar como una madre de melodrama.

Dicho esto dirigióse al conde la hermosa viuda y le preguntó :

—A qué altura estamos de caza?

—Vengo señora á pedirnos mil perdones por haberos convidado á una diversion que tiene tan desagradable fin.

—Pues qué hay?

—Tenemos que renunciar á ver el zorro.

Y por qué?

—Porque los perros están desorientados y no hay medio de hacerlos dar con la pista.

—Segun eso la batida es inútil?

—De todo punto, señora; se pierde el rastro aquí de un modo incomprendible, todo lo hemos recorrido y registrado para ver si hallábamos alguna boca, y nada.

—Consolaos entonces con el placer de haber paseado.

—Y con la esperanza de teneros en mi casa todo el dia, pues confio en que vos, vuestra linda hija y Mr. Du-

molard hareis penitencia con nosotros y algunos vecinos, viniendo á comer al Tremblay.

—Apuesto á que elegisteis esos vecinos entre los electores de mas valía, porque no creais, tambien sé yo vuestros ambiciosos proyectos; vaya, acepto; colocadme junto al mas remolon y vereis como...

—No dudo de vuestro poder, señora, repuso el conde sonriendo; si os tengo por abogado, cuento por ganado mi pleito.... así pues, despidámonos de la cacería. Latrace, recoge la jauria.

—Hija mia, dijo madama Wilson á Rafaela, quien merced á algunas palabras que su madre la dijo al oido, habia recobrado su encantadora sonrisa, tenemos que renunciar á ver el zorro.

En aquel momento apareció Dumolard, que habia por fin termina-

do su rodeo sin hostigar mucho á su fuerte jaca. Apenas se halló entre nuestros personajes cuando acercóse al conde y le preguntó misteriosamente :

—Qué hace esta gente armada con hoces y palos que recorre el bosque, y de distancia en distancia da un grito como si fuese una señal convenida?

—No sé nada, mi querido Dumolard, contestó sorprendido el conde.

El montero que notó la sorpresa del conde, acercóse á él y le dijo :

—Son los paisanos de los alrededores, que ayudan al señor Beauca y á sus gendarmes.

—A qué? preguntó el conde con mayor admiracion.

—A las pesquisas que se hacen para sorprender á un terrible asesino, prófugo de las cárceles de Bourges y que desde ayer dicen que se

ha escondido en estos bosques.

—Aquí? En el parage mismo en que estamos? preguntó azorado monsieur Dumolard.

—Sí señor; viéronle esta mañana unos leñadores y...

Enmudeció de repente el montero, se desvió un poco de sus señores y se puso á escuchar con atento oído.

—Un asesino terrible! murmuró Alcides en presa á retroactivo miedo; y yo que he cruzado solo estos bosques despues de decirme Escipion que iba envuelto en billetes de banco!

—Callad, amigo mio, callad, repuso Duriveau con un gesto de impaciencia, no nos amenaza el menor peligro, y es inútil asustar á las señoras, que afortunadamente nada han oído.

—Señor conde, señor conde, no hay que desesperar, gritó Latrace

despues de escuchar algunos momentos atentamente.

—Cómo?

—Lumbrera da la señal de alarma.

—Nada oigo. Estás seguro?...

—Segurísimo. Es Lumbrera el astro de los perros, su faro, y como siempre les llevará una delantera de un cuarto de legua. No le ois ahora, señor conde?

—En efecto, percibo algo; pero de qué lado viene el ruido?

—Del raso contiguo á las piedras que está á unos doscientos pasos de este sitio.

—La fortuna nos favorece, señoras, dijo el conde dirigiéndose á las de Wilson; desesperábamos há poco mas no así ahora; si damos caza al zorro, será un milagro debido al sin par Lumbrera.

—Oh! oh! Lumbrera... es siempre lo mismo! osó decir el picador mo-

vido por el orgullo sin duda.

Y partió á galope hácia el mencionado punto muy poco distante de la guarida del cazador.

—Ninguna dicha arroba nuestro corazon como la esperanza que renace en él cuando la desesperacion lo anonadaba, exclamó la viuda lanzando á su hija una mirada de inteligencia: marchemos, conde, y veamos si ese prodigioso Lumbrera dá cima al milagro que anuncia.

Partió la cabalgata en seguida tomando el mismo camino que el montero.

—El pobre Dumolard que ni aun ginete adocenado era, tardó muy corto espacio en quedarse atrás pues era preciso saber llevar un caballo y manejarlo con mucha maestría para ir á escape en aquel laberinto de gigantescos pinos. Como Mr. Dumolard distaba mucho de querer exigir de su

montura aquella prueba de serpentina habilidad, no la hostigó, contentándose con seguir desde lejos á la comitiva, y con hacerla ir unas veces al paso, y otras al trote corto: sin embargo, como á pesar de sus esfuerzos le separaba mayor distancia de los cazadores cada vez, le vino á la memoria el feroz bandido, errante en aquellos bosques, y no pudo contener por mas tiempo el miedo invencible que embargaba todas sus potencias; aguijoneó su jaca á fin de hacerla tomar toda la rapidez compatible con su prudencia, y mientras la cabalgadura cruzaba trotando por aquellas revueltas, el barrigudo medroso murmuraba:

—Es tan solitario esto! Y ese Duriveau dejarme solo... largarse así... sabiendo que en momentos desesperados un bandido es capaz de todo... y que en un abrir y cerrar de ojos

sucede una desgracia, mayormente despues que su hijo ha cometido la imprudencia de preguntarme si iba envuelto en billetes de banco..... Dios mio!..... ah! afortunadamente los diviso allá merced al encarnado de los levitines que se ve de lejos.

Impulsado por el miedo y la esperanza de alcanzar á los demas cazadores, aprovechó un terreno menos intrincado para meter espuela á su caballo, y partir á galope.

—Ah! ah! ah! héme ya cerca; decia abriendo campo á su comprimida respiracion. Voy á darles una voz para que me aguarden.

Y sin parar el galope de su jaca por miedo de perder la ventaja obtenida, empezó á gritar:

—Hermana mia! Melcy, espérame!

Mas no le oiria sin duda su hermana, porque siguiendo á su hija

desapareció entonces por un atajo cortado entre espesísimos árboles y carrascales.

—Duriveau! Duriveau! qué diablos! aguardad! gritó de nuevo el panzudo á pique de quebrarse los pulmones.

Mas Duriveau desapareció con toda la comitiva.

—Qué cruel indiferencia! añadió nuestro Alcides con tanto miedo como amargura; pero á Dios gracias apercibo la direccion que han tomado... hácia la izquierda...

No pudo proseguir; paró de repente el caballo su galope, y fué tan fuerte la reaccion de esa imprevista é inesperada sacudida, que el pobre estuvo en un tris de dar consigo en tierra.

Asentóse en la silla refunfuñando y trató de investigar qué causa habia motivado el repentino parar del ga-

lope; era un canal de salubridad de ocho piés de largo y siete de ancho, que atravesaba el bosque en toda su latitud, perfectamente construido para el desagüe de las aguas pantanosas.

Horrible desesperacion se apoderó de Mr. Dumolard al verse en frente de aquel boqueron que le interceptaba el paso, desesperacion que llegó á su apogeo, viendo por las huellas de los caballos que los cazadores habian saltado el obstáculo. Como Dumolard hubiese preferido cien muertes á intentar el salto, debia perder toda esperanza de reunirse con los demás. Retroceder, era alejarse y el sol descendia á mas andar, pues acaecian los referidos sucesos, durante uno de los pocos dias del equinoccio en los cuales se pasa de la noche al dia, sin casi crepúsculo.

—Me han perdido! esto equivale

á entregarme al asesino! exclamó lanzando un suspiro Dumolard. Maldita levita colorada... servirá de atalaya desde una legua al ladron... y si llamo, puede oirme... Pobre de mí! costeemos la orilla, veamos si termina en algun camino.

Hízolo así Dumolard hasta llegar á un punto donde formaba un recodo el canal, mas tropezó con nuevas dificultades; corpulentas encinas, altos y espesos carrascales impedían de todo punto proseguir la marcha, y para el pobre é infortunado Alcides engolfarse en aquel mar, le parecia tan peligroso como saltar el canal, pues si queria avanzar en aquellas enmarañadas vueltas y revueltas, era preciso abandonarse al instinto del caballo, resguardar el rostro con el codo y seguir á ciegas.

Apesar de el miedo que le inspiraba servirse de este recurso, vien-

do Dumolard que venia la noche á pasos agigantados, y temiendo ser visto al hallarse en parage mas descubierta, eligió de dos males el menor, é internóse en la espesura, esperando volver á encontrar á la comitiva.

Dejemos á Mr. Dumolard abandonado á las alternativas de sus perances, y espliquemos en pocas palabras cual era el prodigio que motivó el aullar del famoso Lumbrera, á cuyo ladrido se reunia toda la comitiva en los alrededores de la cueva del cazador.

En todas direcciones corrian los perros sin hallar la menor pista del zorro: guiado Lumbrera por su instinto singular y esperiencia, se apartó de la jauria y paróse á meditar sobre el modo mas propio de descubrir al animal; calculó y con suma razon, que vista la astucia natural del zorro,

habria sin duda dado algunos saltos enormes para desorientar á sus perseguidores, mas si bien era esta una dificultad, era tambien una certeza de que el animal no se habia evaporado, y por lo tanto á mayor ó menor distancia se debia encontrar su huella, cuando despues de haber brincado á derecha é izquierda hubiese seguido al fin un camino cualquiera; convencido de su buen racionio, se persuadió de que el único medio de acertar era ensanchar á cada vuelta el círculo que recorria. Así lo hizo, empezó á galopar describiendo cada vez curvas mayores, insensiblemente se alejó de las matorrales, llegó al raso despues, y luego hasta las peñas donde se hallaba la cueva, refugio de Bamboche; bueno es recordar que el zorro descansó tan solo un instante en la trampilla y que saltó á una distancia enorme, pero este ardid no le

valió, y Lumbrera, perspicaz como pocos, olfateó un olor acre y juzgó que su triunfo era seguro: sus ladridos penetrantes llamaban imperiosamente á la comitiva de cazadores que ya estaban completamente desesperanzados.

Hecho este primer descubrimiento, no hay duda que si Lumbrera hubiese ido un poco mas lejos, daba con el rastro, pero sintiendo que el terreno no era firme creyó el inteligente perro, que el zorro tenia allí su madriguera, y ladró de nuevo con mas fuerza, escarbando entretanto con las manos, y destapó parte de la abertura.

En este intervalo hallábanse ya en el sitio el montero, el conde, su hijo, Madama Wilson y Rafaela.

—Albricias! albricias! exclamó el gefe de montería, nuestro es el zorro, sin duda alguna le tenemos ahí

agazapado; no veis cómo escarba Lumbrera?

Y se apeó para acercarse al perro á fin de ayudarle á abrir el hoyo.

Tambien el conde Duriveau saltó del caballo, y olvidando por un momento su orgullo, corrió alegre á ponerse de hinojos junto al picador para trabajar tambien y descubrir presto lo que ellos juzgaban ser la madriguera del zorro.



VI.

LA CAVERNA.



RAPIDAMENTE se quitaron las piedras cubiertas de tierra y pronto iba á descubrirse la tapa de la cueva donde Bamboche halló tan á punto un escondite.

Las señoras de Wilson, observaban con el mayor interes este nuevo incidente, y hasta

el vizconde sentia cierta curiosidad apesar del desden con que miraba cuanto le rodeaba.

De pronto el conde encontró la trampilla y grió:

—Nos hemos engañado, no es esto madriguera de zorro.

Y sorprendido al ver por entre la reja de madera un espacio profundísimo completamente oscuro dijo:

—Es extraordinario; parece esto un subterráneo.

—Cueva ó subterráneo no hay duda que es la guarida del zorro, dijo el montero, el cual abriendo la trampilla distinguió una pequeña entrada sumamente inclinada.

—No tenia yo conocimiento de que esta cueva existiese en mis dominios, dijo el conde sorprendido, y tú, La-trace, la conocias?

—No... señor conde, no...

Esta sencilla pregunta llamó la

atencion del montero, y reflexionando un poco tuvo algun recelo.

—Quiero penetrar yo mismo en el subterráneo, dijo el conde, á fin de examinar cuál es su estension y dónde vá á parar.

—No tiene que molestarse el señor conde, pronto nos avisará Lumbrera si el zorro está dentro. Ea aquí! busca! le gritó al perro, que de un brinco se precipitó en la cueva.

Sin hacer caso de la observacion de Latrace, el conde se disponia á marchar tras de Lumbrera, pero le detuvo Madama Wilson diciéndole:

—Querido amigo, os suplico no seais imprudente, qué necesidad tenéis de entrar en esa cueva tan oscura?

—No hay cuidado, yo os aseguro que no me acometerá ninguna fiera, los tigres y los leones desdeñan estos

bosques y habitan lejos de nosotros. os ruego que me dejeis satisfacer mi curiosidad, escitada vivamente con este singular encuentro.

—Y para que no os asustéis tanto dijo Escipion, voy señora, á acompañar á mi padre y correremos juntos los eminentes riesgos que vamos á desafiar.

Y echando pié á tierra despues de entregar la rienda de su caballo á un criado, se acercó á su padre para seguirle.

Agachado el conde miraba atentamente por entre las aberturas de la reja y dijo:—Se me figura que penetra dentro alguna luz, es singularísimo.

—Sorprendente! repitió Escipion sacando el lente, vamos á presenciar alguna escena de un drama fantasmagórico.

Paróse el conde, que tenia ya

puesto un pié en la entrada, para examinar el ruido que distintamente iba aproximándose : de pronto vióse llegar por diferentes puntos una chusma de hombres mal vestidos y armados unos con instrumentos de labranza y otros con palos, amo y criados quedaron inmóviles mirándolos curiosamente.

Se acercaron unos grupos á otros, y se interpelaron del modo siguiente:

—Tú! hay algo?

—Nada... y vosotros?

—Chicos, tiempo perdido, no ha quedado un rincon sin registrar, y nada!

—Pues nosotros lo mismo, no ha quedado ni árbol ni mata por ver.

—Y ni rastro.

—Como el sargento no haya sido mas feliz!

—Dime tú, Latrace, dijo el conde, frunciendo el ceño, quién es esa

canalla, que se atreve á meterse en mis tierras?

—Señor, son los descubridores, que andan buscando al criminal de quien os hablé antes.

—Un delincuente! exclamaron á un tiempo las señoras.

—Efectivamente, dijo el conde, se asegura que un malhechor que ha escapado del presidio de Bourges; se ha refugiado en estos bosques, y si bien os lo oculté para no turbar vuestra tranquilidad, confieso que esa circunstancia y el descubrimiento de este subterráneo nos proporciona un dia de emociones.

—Pero, observó madama Wilson, puede ser muy bien que este hombre esté escondido en la cueva.

—Toma, es muy probable, contestó el conde, volviendo hácia la entrada de donde se habia alejado un poco para conversar con la intere-

sante viuda: pronto lo sabremos, voy á descubrirlo.

—Jesus que locura! exclamó madama Wilson, no hagais tal. Reflexionad que si el preso está ahí escondido, antes de entregarse, se defenderá con la fuerza de la desesperacion, y bajándose apresuradamente del caballo se acercó al conde, y le dijo en tono suplicante: No os espongais por Dios!

—Sois una medrosa, querida amiga; recordad que poco há, tambien yo os supliqué, que no dieseis un salto peligroso y fué en vano, ahora voy á castigar vuestra inobediencia, por la ley del Talion.

Escipion fué á ayudar á Rafaela á apearse y aprovechó la ocasion para hablarle en voz baja, mientras la conducia cerca de su madre, la que le dijo:

—Escipion, unid vuestros ruegos

á los míos para que desista vuestro padre de una loca temeridad.

—Padre mío, dijo Escipión en tono irónico y chancero, admiro vuestro valor, vuestra abnegación sublime, pero opino que no es de razón. Has reflexionado que usurpas los derechos de los gendarmes?... Mira, no te enfades, pero es gracioso que tú les quieras disputar su presa, ó por mejor decir, su esquisito bocado: si me crees, serás generoso y les mandarás decir á estos señores que no andan lejos, que aquí está el vicho y que vengán á prenderle.

—Escipión es un atolondrado, dijo madama Wilson, pero en fin en lo esencial tiene razón, y por lo tanto os pido encarecidamente que no espongáis!

—Señora, contestó el conde con voz firme, mi hijo raciocina como un niño: todo hombre honrado debe

prender á un delincuente , mayormente cuando es peligroso.

—No sigas el sermón, me avergüenza oírte hablar como á un agente de seguridad pública, dijo Escipion.

La insolente burla del jóven, hirió fuertemente al conde, pues era delante de una muger adorada, que tenia que sufrir sus sarcasmos, en el mismo momento que queria admirarla por un rasgo de valor; mas seguro de que si contestaba aumentaria la insolencia de su hijo, calló, se encogió de hombros, y se encaminó apresuradamente hácia la entrada.

Asustada madama Wilson y no sabiendo á quien recurrir, exclamó:

—Buena gente, no abandoneis á vuestro amo, acompañadle, amparadle si es preciso.

Es de advertir que el conde no era

querido de sus vasallos, su orgullo, la dureza con que castigaba la menor falta, el menor descuido, su porte severo y desdeñoso le hacian temer; de modo que fué desoida la súplica de madama Wilson, y hasta hubo uno que dijo entre dientes.

—Que nos importa á nosotros que el señor conde se empeñe en prender solo al presidiario?..... toma, si quiere, que lo prenda.

—Cierto, dijo Mr. Duriveau con desden, siempre cobardes.

—Bueno... bueno, si somos cobardes, dijo un pobre infeliz consumido por las tercianas estacionarias del pais, lo somos porque si el bandido nos imposibilita, lo pagarán nuestra muger y nuestros hijos.

—Entes despreciables! exclamó el conde, mucho será que vuestras pesquisas tengan algun buen resultado, un dia mas de holganza, una

ocasion de reuniones, de gritar, correr, impedirme la cacería, robarme algo, si podeis, hé aquí lo que se conseguirá. Ociosos!

— Señor conde, se atrevió á decir uno de ellos, no estamos aquí voluntariamente, en nombre de la ley nos ha mandado el señor alcalde, que buscasemos al prófugo: bien sabeis que para los desgraciados un dia sin trabajo, es un dia de hambre.

— Pues mal se conoce: los domingos que por no ser dias de trabajo debian ser dias sin pan, os atracais de vino, y las tabernas están rebo-sando de miserables borrachos: y sonriendo aun con mas desprecio, añadió el conde: apartaos, animales! ya pasó el tiempo en el cual os compadecia, tarde conocí mi necesidad.

— Enhorabuena! dijo Escipion á su padre, veo con gusto que empleas un language juicioso; pero no

ha mucho olian tus máximas á pura filantropía.

Pobre y pacífica gente, acostumbrada á doblar la cerviz bajo un yugo injusto, obligada á respetar al hombre que chupa el sudor de su frente, incapaz de romper la cadena que le ata, porque la miseria y la ignorancia le envilecen: pobres aldeanos, escuchaban sin sorpresa y con resignacion los insultos de monsieur Duriveau, y solo un anciano contestó haciendo alusion á el ócio de los domingos:

—..... El Creador, el Dios de misericordia, trabajó seis dias y descansó; quién puede vedar al pobre un dia de reposo?

—Calla! bastante tiempo os he escuchado, dijo el conde con orgullo. Yo solo haré lo que tanto os asusta.

Y marchando resueltamente sin escuchar los ruegos de las señoras,

animado por el deseo de mostrar su superioridad sobre los villanos que le rodeaban, que él creía de veras ser de una especie diferente á la suya, lleno de valor entró sin titubear en el subterráneo, sin armas, y prohibiendo con imperioso gesto á Latrace que le siguiera.

En pos de él fué su hijo que previamente habia encendido otro cigarro; siempre impasible se volvió hácia la señora de Wilson y le dijo bromeando:

—Implorad la proteccion del cielo para estos nuevos adalides, vamos, entonad una plegaria semejante á la de Moisés...

Y con el látigo que tenia en la otra mano se quitó el polvo de las botas, como si fuese á entrar en un baile.

Bajaron unos cuantos escalones rústicos, y de pronto se hallaron en

una gruta grande, formada por la naturaleza y débilmente alumbrada por la escasa luz que penetraba al través de alguna rendija.

Unida esta débil luz á la llama vacilante de la hacha de viento, iluminó fúnebremente un extraño espectáculo que hizo retroceder al conde Duriveau.

No menos sensacion le causó á Bamboche, pues en él no era solo horror de lo que veia, sino tambien un recuerdo terrible que despedazó su corazon.

Veíase encima de una especie de pequeño catafalco hecho de piedra, una cuna de mimbre, cuyo lecho era de flores aromáticas; colocado en él estaba el cadáver de un niño blanco, sonrosado y risueño; á lo mas debía tener un mes y el estado natural en que aun estaba, daba á conocer que era reciente su muerte. A su lado

ardía otra hacha de viento en forma de antorcha fúnebre.

La poca claridad permitía sin embargo distinguir en el fondo de la cueva una caja de madera que servía de cama, cubierta con ramas secas; muy próximo á este duro lecho se descubría una pequeña boquera semejante al principio de una galería minera, y se comprendía que á gatas podía un hombre abrirse paso; efectivamente era este un larguísimo callejon que subía progresivamente hasta el exterior, y de ahí se infiere que Bamboche tuvo una salida fácil.

Hemos dicho ya que el conde impresionado por la vista de aquella cuna mortuoria y embalsamada, dió unos pasos atrás. Su hijo que realmente tenía el corazón gastado, miraba aquel tierno espectáculo con una verdadera indiferencia, pues viciado desde la edad de quince años, todo

sentimiento noble caducó en él; además acostumbrado á mofarse de cuanto veía por respetable que fuese, tuvo la impudencia de contestar á su padre, que olvidando en aquel instante las quejas que de él tenía, le dijo:

—Escipion, ves á esta pobre criatura, mírala, está muerta; y el jóven echando el lente respondió:

—Oh miseria humana! pobre angel... disminuyes el número de los llorones... fruta temprana de algun amor campestre, la guadaña implacable te ha segado... *epílogo de la vida de alguna muger.*

Y dando un vistazo en torno suyo, señaló con su látigo la segunda abertura y prosiguió:

—Observo que si el ladron estaba aquí, ha tenido por donde tomar las de villadiego, y nos quedamos sin bandido y sin zorro. Sabes, padre

mio, que me maravilla la pureza de las costumbres campestres, pero basta ya; vámonos de aquí.

El conde sintió como un movimiento de despecho al oír las palabras insensibles de su hijo, pero como el final de la frase correspondia á su idea dominante que era desprecio y humillacion al pueblo, le dijo:

—El pueblo siempre es pueblo, canalla en los campos, canalla en las ciudades, animal estúpido aquí, bestia degradada allá.

Y obedeciendo á su repentina inspiracion que nunca podia dominar, cogió el conde la cuna del niño, dejando sorprendido á Escipion, subió velozmente las ocho ó diez gradas, y acercándose á los aldeanos que esperaban con zozobra el resultado de la visita á la cueva, les dijo con tono imponente:

—Recibid este regalo que os hago,

gente virtuosa y desgraciada! mirad bien como tratan vuestras mugeres á sus hijos... cuando les pesa tenerlos. Y puso la cuna sobre una peña.

A ruegos de madama Wilson, mientras el conde bajaba á la cueva, fué Latrace en busca de la fuerza armada, y en el momento en que el conde acababa su pequeña alocucion llegaban un sargento y dos gendarmes.

—Un cadaver! exclamaron los labradores llenos de espanto.

—Ay! madre mia! dijo Rafaela angustiada.

—Ah! conde, exclamó madama Wilson, habeis podido olvidar que estaba presente mi hija.

—Duriveau comprendió al recibir esta reconvencion el inoportuno resultado de su ímpetu.

—Un in-fan-ti-ci-dio, pronunció Mr. Beaucadet con pausa solemne,

como acostumbraba á hacerlo cuando sucedia algo importante. Un infan-ti-ci-dio, no cabe duda, repitió, y abriéndose paso por entre los aldeanos fue á apoderarse del cuerpo del delito, diciendo: bueno, solo á mí me incumbe esto; es negocio exclusivamente mio.

E inclinándose á observar el niño, vió, lo que el conde en la oscuridad, no pudo notar y exclamó.

—Un papel!... sí, señores, la víctima sacrificada tiene un papel colgado del cuello... silencio!

Por un movimiento rápido cuantos presenciaban esta escena, hicieron corro al rededor de Beucadet, menos madama Wilson ocupada en sostener á Rafaela medio desmayada.

—Tiene un papel suspendido al cuello!

Beucadet lo desató de un cordoncito negro de donde colgaba, y sin

reflexion alguna leyó en voz alta :

«*Quiero que mi hijo se llame Escipion Duriveau como su padre.*»

—Christoso lance! dijo Escipion encendiendo su cuarto cigarro, y chanceándose, como si nada tuviese que ver con este nuevo descubrimiento.

No puede pintarse la conmocion que causaron estas palabras en Rafaela Wilson: sintió moralmente lo que debe sentirse cuando un puñal atraviesa el corazon; sintió hasta el frio del acero, pero por un esfuerzo sublime no sucumbió, y solo un instante tuvo que agarrarse fuertemente del brazo de su madre para no caer al suelo. El golpe era tanto mas rudo cuanto que era inesperado: recobrada algun tanto se miraron las dos mugeres con una espresion indefinible de dolor.

VII.

MISTERIOS.



COLGADO del cuello del cadáver del niño estaba el papel en que se habían leído estas palabras:

*«Quiero que mi hijo
se llame Escipion Duriveau
como su padre.»*

—Chistoso lance! había exclamado el vizconde encendiendo un puro.

Es imposible dar un traslado fiel

del asombro doloroso de los demas testigos de esta escena al oír leer este papel y al mirar la sangre fría, imperturbable del vizconde invencible á esta cruel revelacion.

Atónito miraba el conde á su hijo con terrible severidad, y su silencio demostraba que su razon se resistia á creer lo que estaba presenciando, y que comprendia el duro golpe que sufría la pobre Rafaela Wilson. Esta infeliz estrechó dolorosamente la mano de su madre mirándola con ternura, con sus hermosos ojos azules preñados de lágrimas. Durante este tiempo los aldeanos generalmente bondosos, tímidos y de un carácter pacífico, dejaban oír murmullos desaprobadores, exasperados por la insolencia impasible de Escipion. Monsieur Beucadet no sabia que partido tomar; comprendia que por culpa suya, se veía Mr. Duriveau (á quien él

:

respetaba y admiraba como el mejor hacendado) en una situación desagradable, y maquinalmente miraba el billete, lo leía de nuevo sin acertar á decir una sola palabra. La tormenta iba aumentando de momento en momento, cuando de repente se le ocurrió una idea al sargento, idea que él juzgó buena para calmar los ánimos exaltados, y fué la de descubrir el nombre de la víctima, circunstancia que habia callado á impulso de una natural generosidad. Siguiendo pues lo que él viese como buena inspiración, dijo en tono importante, según su costumbre:

—Amigos míos, os lo habia callado, aquí leo también el nombre de la desgraciada..... de la infame que.... en fin que mas puedo decir, se ha atrevido á firmar.

—Firmado! repetían todos en voz baja.

—Sí, la infanticida criatura sin entrañas y desvergonzada, ha estampado aquí su nombre, exclamó monsieur Beucaudet con voz imponente, ¿quereis saber su nombre?

Nadie contestó, escuchaban con ansia las palabras de Mr. Beucaudet, llenos de inquietud y zozobra.

—Pues la culpable es... la Coscoja, la pavera del cortijo de Enebro.

Escipion al oír estas palabras, se estremeció é incapaz de dominarse, como siempre, se cubrió su rostro de un vivo color encarnado, pero solo Rafaela que le observaba atentamente percibió esta fugitiva sensación.

Era la Coscoja una niña de diez y seis años á quien el vulgo atribuía ciertas influencias sobrenaturales. Su hermosura deslumbradora, su carácter algo extravagante, pero dulce y caritativo en extremo, le daban en la comarca cierta celebridad, lo que hi-

zo que cuando los aldeanos supieron que era ella la víctima y la culpable, se aumentára la ira, y el odio hácia el vizconde.

Beaucadet advirtió su necio cálculo que indudablemente empeoró la posición del vizconde, pues no eran ya solo murmullos, los que lanzaban los aldeanos, sino quejas fuertes y acusadoras.

—La Coscoja! pobrecilla!

—Nuestro ángel tutelar!

—Tan buena! con un corazón tan noble!

—Haber seducido á esta infeliz criatura!

—Oh! estos ricos son capaces de las mayores infamias para con los desgraciados.

—Y se atreven á decir que mató á su hijo...

—Esto no es verdad, no, es ella incapaz...

—Es claro, estos señores nos dicen eh! sois unos villanos... unos cobardes, unos animales.

—Pero ya verán que tambien el pueblo se venga...

Y uno de ellos se acercó á Escipion que seguia fumando y le dijo:

—Sí; echadnos humo con aire de desprecio, pero lo entendeis? yo no os temo.

—Otro levantó su palo con ademán amenazador diciendo: si fuese hermana mia la Coscoja, cara os habia de costar la fiesta...

—Pobre niña! dijo otro con la mayor emocion, hermana de todos nosotros, que hechizada y todo, solo ella sabe querernos, solo ella nos sirve, ella tan solo es nuestro consuelo.

Estas exclamaciones escitaban mas y mas los ánimos ya exaltados por la impasibilidad de Escipion que segu-

ramente en esta ocasion demostraba mucho valor, pues fácil era que en semejante efervescencia, pagase sus desvarios, y tambien las faltas de un padre inhumano é injusto para los infelices que le servian, ya cansados de sufrir el yugo pesado que en esos sitios despoblados aun hace sentir el rico al pobre.

Los labradores reunidos en grupo levantaban la cabeza con orgullo, y su aspecto era cada vez mas amenazador. Por un movimiento espontáneo Rafaela y su madre se acercaron al conde y á su hijo, llenas de temor, mientras Beaucadet blandiendo el sable gritaba:

— Orden! órden! yo lo mando!

Pero los revoltosos, sordos á su voz, adelantaban terreno, y estrechaban el sitio en cuyo centro se hallaban el vizconde y su padre. Temiendo el sargento algun desórden gritó

de nuevo con tono imponente:
—En nombre de la ley, que todos deben respetar, apartaos; cese la rebelion y marchen todos á sus respectivas faenas.

Tan inútil fué esta órden como la anterior, miraban á Escipion (siempre desdeñoso y altivo) y se aumentaba la rabia al par que veian con qué desprecio desafiaba sus amenazas, escena singular semejante á la del juicio final de don Juan, cuando accechado por una muchedumbre en delirio, solo se levanta con la frente erguida, con continente orgulloso pronto á luchar sin auxilio de ninguna clase contra el tropel furioso que le rodea. Del mismo modo estaba Escipion de pié sin pestañear, sin parecer ver á los que quizás van á despedazarlo, tiene una mano metida en el bolsillo de su pantalon y en la otra un látigo, con el cual, como ju-

gando, se quita el polvo de las botas. Su rostro, animado por la cólera ó el desprecio, se despoja de ese aspecto demasiado mugeril que le era propio: brillantes los ojos parecían lanzar chispas, y al través de su bigote rubio y fino se veía una sonrisa insultante, mientras sus lábios dejaban pasar el humo ligero de su cigarro.

Rafaela pegada á su madre, sobrecogida de terror, buscaba al vizconde con la vista, y sus miradas dolorosas parecían reconvenirle amargamente, mientras en el fondo del corazón admiraba su interesante rostro.

Hasta el mismo conde Duriveau, que por razones particulares debía sentir doblemente esta desagradable ocurrencia, contemplaba con orgullo el impávido valor de su hijo. Sin embargo, cediendo á un instinto de

moralidad que no se borra fácilmente aun en los hombres mas escépticos, comprendió que á la faz del mundo debia interpelar á su hijo y calmar de ese modo el descontento general; en consecuencia, con voz fuerte y severa le dijo :

—Se os acusa, hijo mio, de un hecho tan increíble, que apesar de las apariencias que os condenan, tengo un firme convencimiento que las desvanecereis, y no es por temor de las amenazas, que os suplico me deis una esplicacion, sino porque quiero hacer patente vuestra inocencia.

Mientras pronunciaba el conde estas palabras, escuchaban todos con religioso silencio, ansiando la contestacion del jóven, que Rafaela le pedia tambien con mirada tierna y suplicante, anhelando el término de esta penosa situacion.

—Escipion, respondedme, yo os

lo mando, exclamó el conde.

—Bien está, me explicaré brevemente. Largo rato hace que estoy escuchándoos, y si al principio me hizo gracia la original ocurrencia de esa chica de poner mi nombre al fruto de sus ilícitos amores, cansado de las amenazas necias de estos Quijotes prontos á poner lanza en ristre en defensa de su Dulcinea, creo mas oportuno declarar solemnemente que soy padre de esta criatura.

Un grito general de furor acompañado de exclamaciones terribles fué la respuesta de los espectadores; Escipion lejos de amedrentarse se adelantó vivamente hácia sus enemigos, cruzó los brazos sobre el pecho y levantando la voz dijo :

—Os lo repito, es mi hijo, qué os importa ?

Era su porte tan magestuoso, revelaba un valor tan intrépido, que

infundió por un momento el respeto que todo sentimiento grande inspira y se retiraron algunos paisanos. Mas este movimiento debia producir una reaccion rápida y terrible, así fué; uno de los mas atrevidos, se echó sobre el vizconde, le dió media vuelta y lo paró delante de la cuna, gritando con acento atronador :

—Desgraciado, mira á tu hijo, si llega hasta ahí tu... levanta los ojos, ahí le tienes.

Por segunda vez el vizconde se inmutó, no de temor, no, pero una emocion indefinible se apoderó de él é involuntariamente fijó la vista en el cadáver del niño.

—Canalla! exclamó el conde, te atreves á levantar la mano sobre mi hijo, dijo agarrando fuertemente al que hizo volver á Escipion.

—Y á vos tampoco os temo, caballero, y haré con vos lo mismo que

con él si me tocais siquiera al pelo.

Algunos gritaron: tan bueno es el padre como el hijo.

No se puede calcular cuál fuera el término de este motin; que ni Beaucaudet ni los gendarmes ni los criados del conde podian calmar, cuando se oyeron gritos descompasados pidiendo *Socorro! socorro, que me asesinan!* Mientras este incidente hacia olvidar al conde y á su hijo, estos que conocian la mala situacion en que se hallaban, se deslizaron por entre sus agresores, ocupados en descubrir algo por el camino.

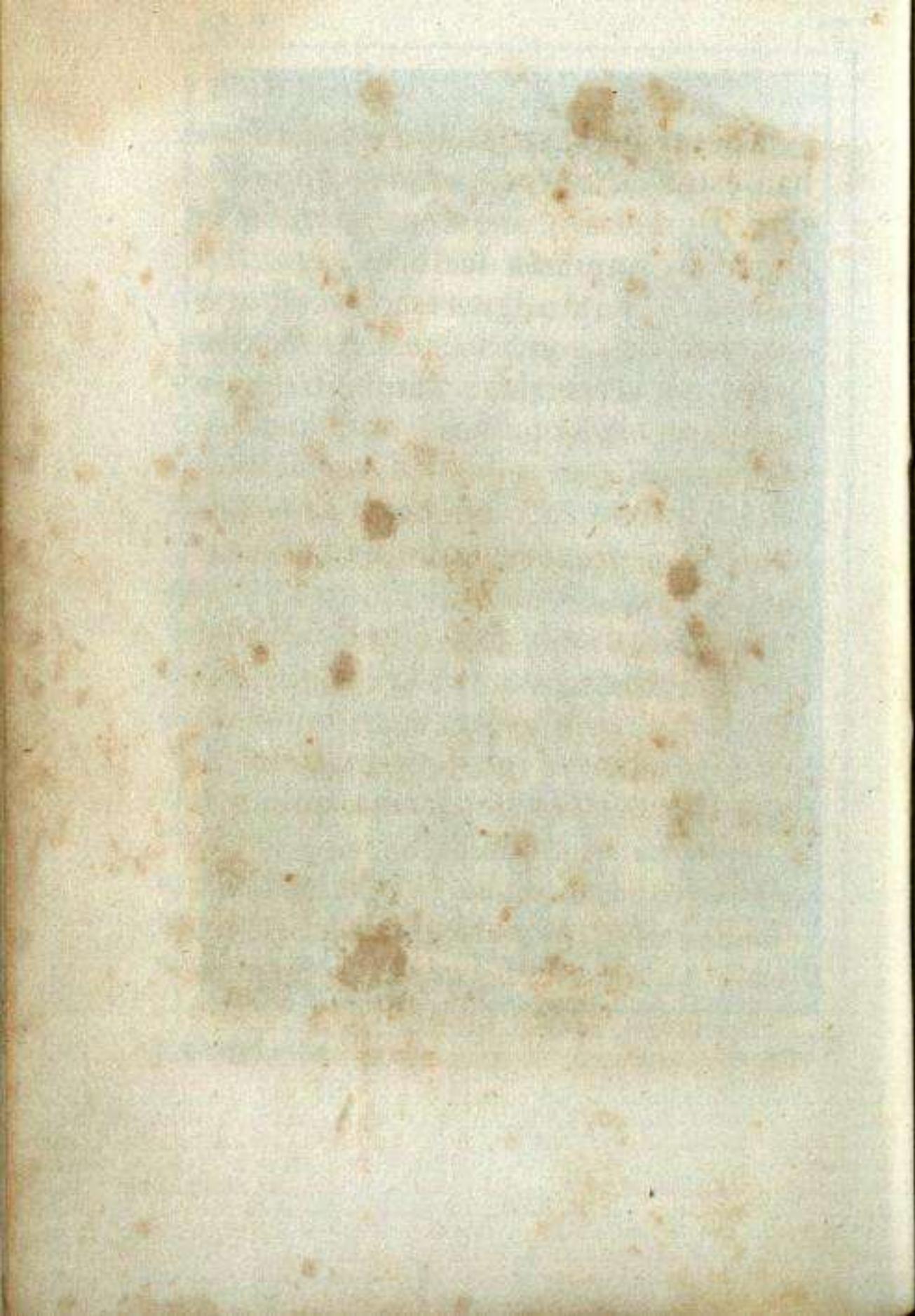
Pronto vieron á un hombre enormemente grueso, despojado de sus vestidos, conservando solo la camisa y los calzoncillos, lleno de lodo, corriendo como podia, y repitiendo sin cesar:

—Socorro! amparadme! me persigue...



E. Perez lit.

Lit de Ayguals.



Apesar de la sensacion que causaban estos clamores, la facha de monsiur Dumolard, á quien ya habrán conocido nuestros lectores, era tan ridícula, y tan grotesco verlo en calzoncillos con su cabeza calva (pues en la refriega tambien habia desaparecido la peluca) y su anchurosa panza, que todos los espectadores olvidaron su rabia contra los dos nobles, y prorumpieron en ruidosas carcajadas.

Dumolard solo notó que Beaucadet era un representante de la justicia que sin duda le protegía, é impelido por el miedo se echó con tal fuerza en los brazos del gendarme que casi le ahogó.

—Caballero, decia el sargento haciendo esfuerzos para desasirse de los brazos de este elefante, no pensais que vuestro trage demasiado sencillo no es honesto, y que aquí hay seño-

ras, id á buscar otro trage mas decente y luego os escucharé.

— Socorro, señor gendarme, el asesino..... auxilio! por Dios, gritaba Dumolard con voz en cuello.

— Pero, nuevo Adan, contestaba Beaucadet, sois sordo, os digo que aquí hay señoras, y que no sé cómo os atreveis á presentaros en semejante aliño.

— Ay! suspiró dolorosamente Dumolard, cómo quereis que esté vestido, si me han despojado de mi levita, de mi chaleco, de mis pantalones, y últimamente hasta de mis botas..... ay! me ha asesinado...

— Quién os ha jugado esa mala pasada, preguntó Beaucadet.

— Figuraos que por fuerza me quitó cuanto llevaba; hasta la peluca! y delante de mí se disfrazó perfectamente, llevándose ademas los cincuenta luises que tenia en un bolsi-

llo, diciéndome con la frescura del mundo, siento que esta ropa esté tan ancha. Infame ladrón! mi gorra también; ay!

—Pero veamos quién es el culpable repeta Beaucadet?

—Por último se apoderó de mi caballo, que conmigo estaba en unos matorrales, le sacó fuera y el asesino echó á correr.

—Pero hombre de Dios, acabareis de decirnos quién es? dijo Beaucadet perdiendo toda paciencia.

—Y para colmo de desdichas, he visto... prosiguió Dumolard sin poder interrumpir el relato de su fatal aventura, le he visto ahora hace un minuto tropezar con una patrulla de gendarmes estúpidos, que le han saludado y abierto paso. Ay! ay!

—Está visto que vos sois el estúpido y no los gendarmes, pues ni siquiera acabais de decirnos el nom-

bre del que os ha robado.

—Pues que no le sabeis? quién ha de ser sino él!

—El, él, quién es él? dijo Beaucaudet desesperado.

—El vuestro.

—El mio! qué quereis decir, quién es el mio?

—Aun no acabais de entenderme con mil de á caballo.

—Quién ha de ser? El infame á quien buscáis.

—Bamboche! exclamó atónito el sargento.

—Ah! esto es demasiado, dijo el pobre Dumolard, os mofais de mí para colmo de desdichas. El que yo sea obeso, es un mal físico que no puede remediarse, pero lo repito, esto no autoriza una grosería.

—Jesus que disparate! yo no hago alusion á vuestra reverenda rotundidad, Bamboche es el nombre ó mas

bien apodo de nuestro ladron fugitivo!...

—Pues tambien es ocurrencia llamar de ese modo á un bribon dedicado á tan vil oficio, dijo Dumolard entre dientes.

—Con que mi gente le ha tratado cortesmente? preguntó Beaucadet.

—Ni mas ni menos que á un caballero, le tomaron por uno de los cazadores y le saludaron.

—Yo te cogeré al fin perro sollastran, tú que turbas la tranquilidad de estos alrededores, bribon, que mereces la borca por haber sustraído la ropilla y peluca de un ciudadano de tanto peso, dijo Beaucadet.

—De repente madama Wilson gritó: Socorro!... socorro! mi hija se muere! Hija de mi corazon, qué tienes? decia á la jóven que estaba desmayada en sus brazos.

Este nuevo incidente causó la ma-

yor emocion é hizo olvidar al pobre Dumolard. Como pueden inferir mis lectores no era la situacion de este individuo la causa del penoso estado de Rafaela. Largo rato hacia que sentia desfallecerse: su rostro fué poniéndose poco á poco pálido, sus piernas flaquearon y al caer al suelo su cabeza adolorida descansó en las rodillas de su madre, que no habia podido sostenerla. Su sombrerillo de montar se desató, y cubriéndola su magnífica cabellera, parecia estar envuelta en su finísimo velo; de sus ojos entre abiertos caian lágrimas que revelaban el dolor profundo causado á la interesante jóven por el principio de esta cruel escena. Su madre se arrodilló á su lado y auxiliándola con ansiedad, lloraba amargamente y le daba mil cariñosos besos.

Tierno espectáculo que acabó de

calmar los ánimos exaltados de los campesinos, ya distraídos anteriormente por la estraña aparición de Dumolard.

.

A poco rato, mientras los últimos rayos del sol poniente doraban el horizonte; se alejaban de estos sitios los testigos de estos sucesos, formando tres grupos bien distintos.

En una carretela conducida por briosos caballos, iban Rafaela y madama Wilson, en quien estaba recostada: seguían detrás varios criados conduciendo los caballos del diestro, y á un lado marchaba Dumolard tiritando, aunque tapado con la capa de un gendarme.

A la derecha del coche veíase al conde Duriveau sério y taciturno, absorto en hondas cavilaciones.

El vizconde siguiendo su sistema

hasta el fin, galopaba en la otra portezuela, aparentando su acostumbrada indiferencia, pero un observador notára de tiempo en tiempo movimientos convulsos que oscurecían su semblante y arrugaban su frente á despecho suyo.

Formábase el segundo grupo de una camita hecha de ramas secas donde descansaba el niño muerto, y dos aldeanos que lo llevaban, seguían al cabo de gendarmes puesto allí por mandato de Beaucadet: detrás silenciosos, pensativos y tristes marchaban los aldeanos. El niño debía ser depositado en manos de la autoridad civil, á fin de que esta nombrase médicos para reconocerlo.

El tercer y último grupo que á paso apresurado salía de la Selva se componía de Beaucadet y tres gendarmes mas, que se dirigían hácia el cortijo de Enebro con el objeto

de prender á la Coscoja acusada de infanticidio.

Terminada esta delicada diligencia, debia Beaucadet dar parte inmediatamente á la autoridad del nuevo disfraz de Bamboche, que tan á punto le ofreció el encuentro con el voluminoso Dumolard, y á quien debió seguramente el poder salir salvo del bosque.

Pero otro individuo que invisible habia presenciado cuanto acababa de pasar, partió velozmente por otro camino en direccion á el cortijo de Enebro.

Era este, Huron el cazador.

VIII.

EL CORTIJO.



la caída de la tarde Beau-
cadet seguido de sus gen-
darmes, marchaba acelera-
damente hácia el cortijo de
Enebro, dependencia de la propie-
dad del conde Duriveau, llamada
Tremblay; su fin era prender á la
Coscoja.

Los cortijos de la Sologne son
de tan repugnante aspecto, que es

difícil, por no decir imposible, dar una idea exacta, á los que no han recorrido aquel país, del estado miserable que presentan. Figúrese el lector un conjunto de chozas medio arruinadas, súcias, húmedas y hasta hediondas; en ellas viven confundidos arrendadores, criados, peones, animales, y sus rostros amarillentos y descarnados demuestran los estragos producidos por un ambiente corrompido y por las emanaciones pestíferas de los pantanos, que cubren un radio tan estenso; uno y otros originan una especie de calenturas intermitentes que consumen poco á poco á los habitantes de estas pobres comarcas, que carecen también de alimentos abundantes y sanos.

Habíasele puesto el nombre de cortijo de Enebro, porque un árbol de esta clase de edad avanzadísima, como de unos doscientos y más años,

estendia sus pobladas ramas muy cerca de la casita del Colono. Formaban la hacienda varias obras colaterales cuyo conjunto era semejante á un paralelógramo, y estaban construidas con una especie de almasijo hecho de piedras, cal y heno.

La habitacion como el habitante sufría la accion de una humedad intensa, y no era estraño ver el techo que en unas partes era de tejas cubiertas de paja larga de centeno, y en otras de maderas tapadas con ramas secas, no era estraño, digo, ver las tejas carcomidas y las maderas podridas hundirse insensiblemente.

Un corral estaba en el centro al rededor del cual estaban el cortijo, la cuadra, el aprisco, el establo y la vivienda del arrendador. Este corral inmundo estaba casi cubierto de un estiércol repugnante remojado por aguas súcias, nauseabundas y pare-

cido á una laguna, pero qué laguna! Una costra cenicienta medio azul se habia hecho encima, y lentamente habia ido cundiendo hasta la habitacion del Colono, el cual se vió precisado á mandar llenar el terreno continuo de cascajo, para poder subir y bajar la escalerilla deteriorada por donde se llegaba á su único cuarto.

No solo los miasmas del corral eran mortales para los que vivian en el cortijo; situado en medio de un valle hondo, y teniendo á oriente una llanura estensa, receptáculo de hornagueras, mientras al norte un bosque cercado interceptaba el aire puro: al mediodia tenia por confin una vereda estrecha sumamente pendiente, convertida en los tiempos de aguas, en un lago, que secándose luego bajo los ardientes rayos del sol, cargaba la atmósfera de exalaciones pestife-

ras y harto dañinas para los desgraciados, condenados á pasar su existencia en medio de este lodazal.

Acercábase la noche y volvian las reses del pasto: unas cuantas vacas flacas, secas, descarnadas, atravesaron la ancha laguna, y manchadas de lodo se encaminaban hácia su establo: su aspecto decia bien claro que el pingüe alimento de los juncos y ramas solo era suficiente para que no muriesen de hambre. Un pastorcillo de unos quince años aunque solo aparentaba ser un niño de diez, las conducia. Iba descalzo, y tenia las piernas amoratadas y llenas de grietas de resultas de andar siempre entre cieno húmedo: reducíase su traje á unas tiras que un dia fueron pantalones, y en la parte superior del cuerpo llevaba un saco de tela (pues estos infelices nunca se han puesto camisas) medio mojado por la niebla que siempre hay

en aquellos parages cuando cae la tarde. El pobrecillo tenia el pelo amarillento y lácio por la densa humedad, sus mechass enredadas caian sobre su rostro pálido y enfermizo. Su mirada incierta y sus pasos débiles decian claramente que estuvo acometido por *las calenturas*. Nadie se acuerda de aliviar las dolencias de estas criaturas desdichadas: los médicos viven lejos y siendo costoso hacerles venir, se deja este mal como crónico, y los que de él se ven acometidos, viven con él sin probar ningun remedio, hasta que la muerte acaba con ellos. Algunos abandonan su pais, pero son pocos. Otro guardian mas tenian las vacas, era un perro barbudo tan súcio como su compañero el vaquerillo, el cual pudo á duras penas encerrar al ganado en un establo insalubre, cuyo techo estaba rajado y con trabajo se habia cubierto con ramas secas.

Desde luego se notaba que el vaquero y el perro se amaban entrañablemente, como dos seres que han sufrido juntos las mismas penas. Cuán largos y tristes días de otoño é invierno habia pasado el pastorcillo bajo de algun árbol mirando aquellos silenciosos desiertos sin fuerza y sin calor, donde seguramente hubiese muerto de frio, si el perro cariñoso no le hubiese calentado con su propio calor, apretándole con la misma ternura que una madre á su hijo!

Cuántas veces tambien sentado el niño pasaba horas y horas con la cabeza apoyada en su mano débil mirando sin ver las aves que pueblan el aire, las vacas que se alejan, animal al parecer, insensible á cuanto le rodea, sin idea alguna, clavada la vista en los ojos de su perro.

Esta vida triste, aislada, puramente material llega á embrutecer al

hombre, le asemeja á los animales, apaga toda inteligencia: así viven y mueren miles de individuos: lo mismo que este muchacho ignorante de todo lo que distingue al ser racional sin tener conocimiento del bien ni del mal, de los derechos de cada cual, conservando unicamente cierto instinto que como á este niño y á su perro los estimulaba á cuidar del ganado poniendo todo su conato en que no se estraviase ninguna res ni comiese ningun retoño, siendo el complemento meterlo en la boyería donde se albergaban todos, vaquerillo, vacas y perro.

Cuántas criaturas existen de ese modo, completamente desheredadas de los privilegios que les ha dado el Creador del mundo sobre cuanto ha criado: unicamente iniciadas á la vida de hombre por el dolor y la miseria, y desperdiciando ese espíritu

que es el alma, nuestro lazo invisible con la divinidad, pura esencia que nos puede elevar hasta ella.

Tras del pastorcillo que al fin consiguió meter el rebaño en su establo, entró la moza del cortijo conduciendo á dos caballos medio éticos, que habia llevado á beber á un estanque vecino: venia montada en uno de ellos del mismo modo que si fuese un hombre; resultando de esta posición que sus enaguas se hallaban mas arriba de las rodillas que le servian de espuela para apresurar el paso de la pobre béstia.

Es indudable que la miseria y ciertos trabajos borran casi siempre los caracteres de fuerza, de energía ó de gracia, atributos particulares de la criatura que Dios se complació en crear, y ejemplo patente de ello era esa muger completamente degradada.

Era su cara abultada, de un color

indefinible, tostado y amarillento por sufrir siempre los diferentes rigores de las estaciones, su cuerpo medio torcido indicaba que el trabajo habia sido superior á sus fuerzas: vestia si esto puede decirse, unos súcios andrajos, sus cabellos cerdas se escapaban de una cofia que algun dia pudo ser blanca; tenia traza varonil, aire osado y voz ronca. Y esto se llamaba muger, palabra sinónima de elegancia, suaves contornos, delicadas fuerzas, de carnes blancas y tersas: muger! que siempre debia significar pureza, gracia y modestia, tal cual la vemos cuando una educacion esmerada cuida de su fisico y moral, y la engalana con dotes naturales y virtudes encantadoras.

La pobre moza del cortijo, abandonada por su madre como esta lo fué por la suya, y como otras mil lo han sido, sin educacion, sin conoci-

miento de lo que podia y debia ser, ofrecia un cuadro desconsolador, porque en condicion igual de embrutecimiento físico, la muger siempre causa mas lástima; por qué? porque esta muchacha privada de todo placer en esta vida, desfigurada por un trabajo improbo, sufriendo un cansancio continuo y siempre miserias, habia perdido hasta el dulce aspecto de muger.... doblemente degradada que el hombre en iguales circunstancias, y es natural que entristezca mas la vista de una muger tal como la hemos pintado, y cause su presencia una sensacion mas dolorosa.

Despues entraron dos mozos de labor, montados en los caballos que eran propios para este servicio, flacos como todos los habitantes que poco á poco se iban reuniendo: quitaronles unos malos arneses y los echaron en un rincon del patio atan-

do á los descarnados cuadrúpedos, sin siquiera quitarles el lodo que les cubria hasta el mismo pecho, en el fondo de la cuadra.

Entonces cogió el vaquerillo una gran cazuela, y limpiándola mal que bien con un poco de yerba, se adelantó hácia al cuarto del arrendador: subió los malos escalones, y poniendo la cazuela en el suelo, dijo con voz triste:

— Ya está el ganado en casa: aquí está nuestra cazuela...

E inclinando la cabeza adolorida sobre sus manitas, se sentó en la fria piedra, tiritando á causa de la temperatura ó mas bien por la fuerza de la fiebre.

Pasaron unos minutos y merced á la luz que brillaba vacilante en el dintel de la puerta, se pudo ver un brazo escueto con un cucharon enorme de palo en la mano, llenar la ca-

zuela de una sustancia alimenticia que no debo dejar de describir.

Esta masa se componia de agua, leche agria, cuajada, en la que se habian remojado pedazos de pan duro y negro, bolas de harina enmohecida, todo lo cual formaba una pasta negra. Al caer en la cazuela metia el ruido que una piedra: por supuesto esta comida hedionda estaba helada, y adviértase que el colono y su familia no comian otra cosa, siendo este alimento horrible repartido entre todos, amos y criados.

En cuanto vió el pastor su cazuela llena, se la puso en la cabeza y marchó á la Boyeria.

En el momento de llegar hallábase la moza del cortijo ordeñando la corta cantidad de leche caliente y espumosa que daban las vacas; leche destinada á hacer manteca para venderla; los infelices habitantes del

cortijo , consumian tan solo los residuos que, merced á la presion , eran extraordinariamente ágricos.

Resignada aquella pobre gente con el alimento detestable , ganado despues de un dia entero de incalculables fatigas, no sentia despertarse en ellos el menor destello de envidia aun cuando tenian ante sus ojos aquella leche caliente, saludable y bienhechora; la miseria era ya en ellos una segunda naturaleza , semejantes á esos desgraciados trabajadores que cubiertos de harapos pasan los dias tegiendo ricas telas de oro y plata sin desear tenerlas, en tanto que en su infeliz covacha solo ven hambre , miseria y desnudez.

Sentados estaban ya todos en el estiercol , que junto á la puerta se hallaba, cuando llegó el vaquero con la cazuela del rancho general, y comian al aire libre á fin de aprove-

char la luz del crepúsculo, única que en la habitacion se permitia, pues otra cualquiera se habria considerado como á un adorno de gasto superfluo.

De repente se oyeron dolorosos gemidos que partian de el rincon mas lejano del establo.

—Hola! dijo uno de los mozos, hé aquí al tio Jaime que empieza su cancion.

—Como es la hora en que viene la Coscoja á verle todos los dias.....

—Pobre! mejor cuenta le tuviera morirse de una vez que estar viviendo así.

—Sufre como un alma en pena.... Y que van ya dos años... vamos, no vale mas morirse?

—Y gracias á que el amo le hace dar alguna poca de paja en el establo y las sobras de nuestra cena, que si no acabaria lo mismito que un perro.

—Y Dios le pague al amo esa limosna, y le mejore la mala suerte que siempre le persigue, repuso la moza llamada la Robin. Dicen que el mayordomo del señor conde echa del cortijo al maese Chervin porque no puede pagar.

—Y á nosotros qué? repuso con acento brusco uno de los mozos. Mientras uno concluye como el tio Jaime, no dejará de tener un amo, y lo mismo dá obedecer á rey que á Roque.

—Cáspita! cuando uno piensa en que el pobre tio Jaime era de los mejores trabajadores! dijo otro patan...

—Pues ya veis..... tullido enteramente ahora...

—Las humedades de las lagunas le han puesto en ese estado.

—Y tambien de cuando fué pastor el rocío de las noches de otoño.

—Podemos consolarnos con que nos sucederá lo mismo en llegando á viejos y quizás antes... ¡Oh! y no es chanza, lo que es á mí las calenturas ya no me dejan...

—A todos nos llegará nuestro san Martin, repuso la Robin dotada de esa indiferencia que forma toda la filosofía de los pobres... Cuando los azadones se inutilizan á fuerza de uso, los tiran... Qué remedio?...

—Oh! claro es que ninguno... así lo quiere la suerte.

—Vive Dios que de todos modos no deja de ser una suerte muy triste la del pobre.

—Tanto como lo es.

—Bah! bah! dijo la moza, la suerte es suerte.

—Sí, lo que es tú, repuso un mozo, no haya miedo, aunque te vieras despedazar pedirias perdon y dirias que lo mereces.

—Si la suerte lo quiere así! y en prueba de que es la suerte, por qué nos sucede á tí, á mí y á esos lo mismo? replicó la criada con acento en que se marcaba la persuasión.

Quedóse corto el mancebo al oír este modo de explicar la fatalidad, rascóse la oreja y meneó la cabeza cual un hombre á quien no se ha convencido enteramente.

—Oye, te voy á hacer ver lo que digo, tan claro como dos y tres son cinco, prosiguió la moza sacando á plaza hechos que sirvierán de apoyo á su modo de pensar. Ordeñé la noche pasada las vacas, y he ahí la leche humeante aun, seis gansos á los cuales retorcí el pescuezo esta mañana, seis pavos de la Coscoja, veinte libras de manteca, cincuenta huevos, dos cuarteras del mejor trigo de la cosecha, un sollo que tendrá de peso unas quince libras y dos car-

pas que no valen menos, iran mañana al mercado....

—Y eso qué tiene que ver con la suerte?... repuso el gañan sin comprender.

—Espera hombre; con el trigo se hará un pan riquísimo, no es cierto?

—Toma! ya lo creo.

—Con la manteca y los huevos una tortilla escelente, no?

—Huy!

—Digo! y las sopas con leche?

—Como colarian en mi gaznate!

—Y el sollo con las carpas?

—Calla, calla, que me das dentera.

—En fin, y los gansos asados, dónde los dejamos?

—Muchos guardé cuando niño, pero nunca los probé, sabes que deben saber á gloria!

—Pues bien! prosiguió la Robin

con alargar la mano, tenemos de que hacer pan blanco, sopas de leche, tortilla, asado, frito y hasta una torta riquísima con huevo, harina y manteca, reunido todo habría para una comida soberbia, no es verdad?

—Una comida de boda! Será preciso casarse siquiera para regalarse una vez en la vida, pero veamos, todo esto, qué tiene de comun con la suerte?

—Eso te prueba nuestra suerte, puesto que teniendo tan cerca lo bueno, nos atufamos con ese maldito farrago, contestó en tono solemne la moza.

—Hum! murmuró el mozo mirando á su compañero, como queriendo interrogarlo, pero este dormitaba cediendo á la fatiga, y el vaquerillo en tanto tiritaba en presa á las horribles calenturas.

—Como la fisonomía del patan reveló á la criada que su raciocinio no le habia convencido añadió:

—Oye Simon, si nuestra suerte fuera la de comer esas cosas tan ricas, en vez de ese fárrago, las comeríamos, y cuando ni nosotros ni el amo las comemos, es porque nuestra suerte es de no comerlas.

—Pero, voto á sanes! repuso con desesperacion el mozo; para quién se hizo la suerte de comerlas?

—Para los señores de las ciudades, quienes las compran y con ellas se dan buen trato.

—Sí; y tambien son para ellos nuestras vacas, nuestras terneras, y nuestros carneros, sin que nosotros jamas catemos (1).

(1) En las obras de Jacques Bujault, verdadero catecismo del agricultor, que destella por todas partes admirable inteligen-

—Es ó no es cierto? preguntó con ademán triunfante la Robin? dí, no se lo comen todo ellos y nosotros nada?

—Demasiado cierto, repuso con tono lastimero el mozo y convencido por la criada.

—Su suerte les tocó buena, como nos tocó mala á nosotros: pero dejémonos eso, cuchara en mano y al avío.

Acercáronse todos como pudieron

cia de las cosas prácticas, se lee lo siguiente:

«La mitad del mundo ignora cómo vive la otra mitad; ni por ensueños se cree que existan en el departamento (hace alusion al de Deux-Sevres, mucho menos pobre que el de la Sologne) 270,000 individuos que no comen nunca vaca, ternera, ni carnero, siendo su solo alimento una libra de tocino por semana, bastando medio cuarteron diario para la manutencion de cada uno.»

En Sologne solo una fraccion muy pequeña de la poblacion agrícola puede aspirar á ese medio cuarteron de tocino por SEMANA.

á la cazuela hostigados por un hambre, contenida por el fastidio, colocóse la muchacha entre los dos patanes, y en frente el vaquerillo.

—Lo mismo que bolas de nieve cae esto frio en la barriga, dijo uno de los trabajadores, ya venia yo muerto, y con ese maldito mejunge acabo de helarme las entrañas.

—No les darian esta pasta á los perros del señor conde...

—Pues apenas estan mimados los perros! repuso Simon, cuando fui á llevar heno á la quinta, ví al señor Latrace que les estaba mojando una sopa, y no me deje Dios salir de este sitio sino tenían, cabezas de carnero, callos, riñones..... en fin de lo mejor.

—Ah! no todos podemos ser perros de caza, replicó la Robin con acento tristísimo en el cual no habia la menor ironía

Les parecía á los circunstantes tan natural el deseo de la muchacha, que nadie hizo la menor observacion.

Apenas quedaron silenciosos los cuatro, cuando volvieron á oirse los gemidos acompañados de una voz lastimera que llamaba á la Coscoja.

—El tio Jaime llama á la Coscojita, dijo la Robin; se conoce que el pobre viejo empieza á estar impaciente.

—Es raro, que no haya vuelto, tan tarde... y no es por la cena que la echo de menos, siempre le sobrará mas de la que ella necesita.

—Si come mas un gilguero, y si come es porque quiere, pues si no quisiera, añadió con misterioso acento Simon, no probaria un bocado.

—No diré lo contrario, contestó la Robin meneando la cabeza, como que es una hada; díganlo si no sus pavos que la conocen, la quieren

y la defienden como perros de presa.

—Ay del que se acerque al agujero donde tiene la Coscoja su cama! vive Dios! que á Silvestre por poco le dejan sin ojos los animalitos!

—Pues no le fué en zaga el sargento de los gendarmes, á poco estuvo de probar lo mismo por querer retozar con ella.

—No dudo que tiene hechizados á sus pavos, pero juro á Dios que apesar de eso me los comeria como mi suerte me los deparase para ello, segun dice la Robin.

Aquí llegaban de su pláctica los pobres criados, cuando un viejo seguido de un hombre entrado ya en años y de una muger que llevaba un niño en brazos entraron en el corral.

—No les conozco, dijo la moza, pero deben ser parroquianos de la Coscoja.

—Es este el cortijo donde vive la

Coscoja? preguntó uno de los recién-llegados.

—No lo digo? exclamó la Robin, querreis consultarla eh?

—Sí, buena muger, somos del Val, salimos de las faenas y venimos para hablarla.

—No puede tardar; deberia haber vuelto ya; pero si llevais prisa, idos hácia la acequia, á mano izquierda saliendo de aquí, que por ahí debe llegar.

Gracias, buena mnger, contestó el mas anciano, y sin hablar mas palabra salió del cortijo en compañía de los que con él habian venido.



IX.

LA COSCOJA.

LA Robin miraba atentamente á los que iban saliendo en busca de la Coscoja, y dijo en voz alta : cada dia se aumenta la fama de esta niña ; desde Val vienen á consultarla, y no dudo que dentro de poco hasta los habitantes de la Beauce vendrán á aconsejarse de ella.

—Y no es estraña esa afluencia, todos reconocen que está dotada de un poder sobrenatural.

—No hay duda, contestó la criada: y si no mirad como se conserva, no pasa un día por ella, es tan linda!

—Tiene el pelo tan lustroso y tan brillante!

—Y cómo se peina, con qué gracia se coloca coronas en la cabeza, y qué preciosos ramos hace!

—Ramos y cinturones graciosos que sujetan su delicado talle.

—Pues y los pequeños borceguíes de junco que teje ella misma?

—Virgen santa, qué ojos! ojos claros y serenos, como una mañana de abril, esos sí que están hechizados!

—No os maravilla los conocimientos que tiene? ella sabe si el día siguiente será claro, si lloverá, si granizará, si será nublado...

—Toma si lo conoce, mejor que el marinero mas esperto del Loire.

—Este es el motivo que hace que

todos acuden á tomarle parecer siempre que emprenden algo.

—Y no solo conoce el tiempo, sabe mejor que un viejo labrador la calidad de las tierras, el modo de estercolarlas, y el que oiga sus consejos recogerá buena cosecha.

—Así le sucedió el año pasado á maese Chervin, hizo cuanto ella le dijo y nadie segó mayor cantidad de granos.

—Pero al infeliz de nada le sirvió. En este tiempo, poco mas ó menos, concluía su arriendo; el mayordomo del señor conde que siempre está dispuesto á estrujarnos al ver esas magníficas mieses, impuso la ley del fuerte contra el débil; exigió por el arriendo un aumento de tercio y un cántaro de vino, ahora el amo no puede pagar y le echan...

—Por no haber escuchado á la Coscoja.

— Seguro, ella nunca falla. — Y nadie conoce las virtudes de las yerbas como ella: os acordais como en un tiempo calmó los sufrimientos del tío Jaime? luego, amigo, fué el mal aumentando, porque cuando á uno le agarra de firme, nadie puede con él.

— Pero en cambio ha curado muchos otros.

— Menos á los que tienen calentura, sus palabrás no bastan para curarlas.

— Para eso ya lo advierte ella, siendo las calenturas ocasionadas por las aguas estancadas, y los malos olores que despiden muchos pantanos de los que hay en esta tierra, ella no puede remediarlo.

— Bah! bah! dijo un carretero, riendo á carcajadas, qué patrañas! los pantanos dan calenturas? qué necedad!

— Si ella lo asegura, replicó la

moza, yo lo aseguro, porque no se puede equivocar; si para ciertas cosas está hechizada, yo creo que lo estará para todas.

—Puede, puede, contestó el carretero medio persuadido, quizás sea cierto.

—Vaya, dijo la Robin, por qué no ha de ser? pensad que cuando se le dice: Coscoja, tal cosa se ha perdido en tal punto, en tal otro, donde uno se acuerda, coge ella sus pavos, los guía, los manda que busquen el objeto extraviado y lo hallan, como sucedió con la caja de plata del mayordomo.

—Y también con el frasco de cobre donde llevaba la pólvora el guarda (1).

(1) Hemos presenciado dos veces un hecho semejante, y se atribuye á la costumbre que tienen los pavos de pararse delante de lo que reluce metiendo mucho ruido: esto explica los hallazgos citados arriba.

—No cabe duda que la Coscoja está hechizada.

—Toma! es claro.

—Y quién la gana á buen corazón?

—Nadie mejor que Huron puede decirlo, pues siempre que le persiguen, ella le avisa y le protege.

—Por eso desesperanzando cogerle, le han dejado ya.

—Huron es muy bueno; porque si él caza en vedado, cuando hay enfermos no les deja sin carne, para que puedan tomar caldo.

—Y hace en ello muy bien, pues si no mereciera protección no le avisaría la Coscoja.

—Se les ve andar juntos muchas veces de algun tiempo acá.

—Vaya! habrá hechizado al cazador también.

—Y quién lo duda! dijo con mucha candidez la Robin; compáresela

conmigo, véanse aquellos piececitos, aquellas manitas y aquella cintura tan delgada... Vamos, de por fuerza está hechizada.

—Y sino, mira como en vez de acostarse con nosotros en la cuadra se ha hecho ella una cama aparte con sus pavos.

—Eso te duele! grandísimo zorro! dijo la moza asestando un puñetazo á su vecino, quien arrimó al otro ganán un buen porrazo en las espaldas, pasando de este, que medio dormido alargó como por juego un puntapié al vaquero, que apesar de estar tiritando hizo por sonreirse y no suministró á nadie el golpe que en rueda habia circulado de uno en otro.

—Tú no harás como la Coscoja hé! la Robin? dijo Simon dando á la repugnante moza, y repitiendo.

—No es tan tonta esa para dejarnos solos en la cuadra.

—Toma! como que de algo le sirve. Saltó el de la izquierda, abrazando á su vez á la criada sin que el rostro de Simon revelára el menor síntoma de celos. El vaquerillo oia entretanto las chanzas groseras con la mayor indiferencia, y como estas duraron hasta que ya fué muy de noche pasaremos en silencio tan obscena conversacion.

Los restos de la cena se guardaron en un rincon, tapólos el niño con un cubo, á fin de que las encontrára sin suciedad alguna, la interesante Coscojita, cuya tardanza, si bien sorprendia á todos los mozos del cortijo no los inquietaba sin embargo. Y en efecto, debia ser así, pues cómo cupiera pasar zozobra por una hada ó poco menos?

En cuanto se cerraron las carcomidas puertas del establo, acostáronse sin desnudarse y revueltos en el

mismo monton de paja los dos mozos, la criada y el vaquerillo, apiñados unos con otros, á fin de estar mas calientes, pues entre aquellos infelices no se sabia que existieran camas, sábanas ni colchas.

Despues de esta esposicion nadie estrañará las escenas crapulosas y obscenas que han muchas veces lugar, ya durante las largas noches de invierno, ya tambien durante las ardorosas del verano, cuando las casas de labranza se hallan atestadas, durante la siega, de segadores entre hombres, mugeres y niños que duermen agrupados en un miserable rincón.

Tiene la sociedad acaso derecho alguno para exigir de unos seres criados cual animales de labor, otras costumbres que las dictadas por el instinto animal? Qué razon alegarse puede, para trazarles la continencia

de sus brutales deseos, el respeto á la vejez y á la infancia y la dignidad personal?

Por eso tantos infelices de estos abandonados á aquella existencia de miseria y embrutecimiento, sin conocer ninguno de los medios capaces de cultura intelectual, ni tampoco de purificar el corazón, ni ennoblecer el alma, pasan la vida por necesidad en el fango que así les enloda y les pierde.

Quizá los optimistas y los felices repliquen á estas razones, las que les dicta su desmesurado egoísmo: «Esa embrutecida raza acoge sin lamentarse su miserable suerte, y se revuelca hasta con placer en el cieno de una sensualidad harto salvaje; véase sino á los pobres del campo contentos con nutrirse con alimentos detestables y muy poco higiénicos, siendo así que ellos son quienes re-

cogen, crian y ceban diariamente y sin la menor codicia los elementos de la nutricion mas sana, apetitosa y tentadora. Qué ventajas se obtienen despertando en estas gentes apetitos que serian otras tantas necesidades, para ellos desconocidas? Nada; en cuanto han hecho un baito se tumban á la larga confundidos en un mismo pajar, dó yacen revueltos niños, hombres y mugeres; merecen tomarse en cuenta los incidentes de salvaje sensualidad que acontecer pueden en aquellos, digámoslo así, inmundos lupanares? La noche es para ellos una protectora, sus sombras dejan en el misterio lo que en el misterio quedar debe, y esa raza sufrida identificada con la esclavitud há ya muchos siglos que vive sino feliz, á lo menos pacíficamente; no defendais su causa mas de lo que estas mismas gentes lo hacen. Ved que

esa secta que teneis á bien presentarnos como tan desdichada, canta, rie y ama á su modo. No alimenteis la esperanza de ver al mundo apiadarse de su suerte.»

A tales razones contestaremos nosotros:

Por lo mismo que esas razas, no suelen comprender ni tener la conciencia de cuán grosera, salvaje y embrutecida es la vida animal en que se encuentran precisados á vivir; por lo mismo, repetimos, nosotros reclamamos en nombre de la fraternidad humana y de la dignidad de todo ser dotado de un alma, una educacion que haga penetrar hasta su corazon, todo lo horroroso y repugnante de semejante existencia.

Una educacion que dándoles á conocer SU FUERZA, SUS DERECHOS, y SUS DEBERES ponga estas clases desheredadas, en situacion de reclamar la

parte que les corresponde en los bienes y productos de lo que ellos mismos ayudan á hacer valer, parte que debe estar en proporcion directa de la fatiga, inteligencia y labor del que trabaja.

Nos objetarán sin embargo los optimistas y los que ya sacios de los placeres del invierno, eligen la primavera y el verano para sus escursiones al campo: con que objeto, por qué sacar á colacion las chozas ó casuchos húmedos é insalubres, las lagunas pantanosas y fétidas, los eriales desiertos? El cortijo mismo del Enebro presenta vistas pintorescas... Cabat ó Dupré tomarian de ellas cuadros sumamente risueños.

No cabe duda, la primavera y el verano hacen reverdecer los vegetales, todo es animacion, todo poesía pero deténgase un poco el viajero, prolongue su permanencia en aque-

llos países cuyos terrenos le ofrecen un colorido encantador, y verá que el sol hace con su ardor fermentar los montones de estiércol húmedo hacinados en los corrales, y que estos despiden miasmas pútridos que penetran en los pobres albergues harto faltos de aire, y que la canícula evaporando el cieno de los pantanos les hace producir vapores tan fétidos como las densas nieblas que cubren aquellas superficies, durante invierno y otoño. Esto hallaría el viajero, mas no lo halla, porque seducido por los adornos agrestes con los cuales engalana lo exterior una naturaleza pródiga, no penetra en lo interior de las chozas donde encontraría una población agrícola cuya existencia es un manantial de las mas tristes reflexiones.

Opinamos que la suerte, la vida y el bienestar de millares de criaturas

humanas no debe estar á merced del mal ó buen corazon de un hombre porque este sea dueño de una parte de la tierra.

Mr. Duriveau, por egemplo, es uno de estos hombres que por desidia, egoismo, ignorancia y avaricia deja las tres leguas de terreno que posee, habitadas por infinitas familias, abandonadas, esponiendo los infelices á la accion mortífera de las aguas embasadas; aguas que á utilizarlas por medio de canales, fertilizarian y fecundizarian á la par una tierra estéril y homicida, para cuantos á fuerza de sudores llegan á cultivarla.

No satisfecho Mr. Duriveau con perpetuar los focos corruptores, precisa á sus colonos á habitar en las emponzoñadas chozas que les hace construir con tierra y heno en los parages mas insalubres, viviendas húme-

das, en las cuales los infelices campesinos adquieran precisamente terribles enfermedades, hasta que una muerte prematura siega sus miserables existencias (1).

(1) Raras si bien muy honrosas excepciones confirman la generalidad de los hechos; — Mr. Vicente Caillard, muerto ya, ha sido el primero en hacer plantar su parte de Sologne abetos de Escocia y del Norte en muy vasta cantidad. Estos plantos han purificado y fertilizado un terreno hasta entonces estéril é insalubre. No contento Mr. Lorges con practicar la mayor caridad, ha puesto en ejecución inmensos desmontes y prestado notables servicios al mismo pais por el generoso impulso que dió á la agricultura.

Pero estos ejemplos y otros varios como el que está dando Mr. Menard no son mas que excepciones que no se ligan con ninguno de los vastos sistemas cuya iniciativa solo puede salir de un estado social constituido sobre bases *radicalmente democráticas*, porque solo él podria dar una satisfaccion entera y legitima á los representantes de los tres elementos de riqueza á saber: *trabajo, inteligencia y capital.*

Existe acaso ley alguna que obligue á este hombre á fertilizar lo que es estéril? Existe ley alguna para castigar su homicida indolencia ó avaricia? No; este hombre dispone segun le cuadra del territorio é impide la cultura.

Y sin embargo al lado de esto se toca una anomalía grandísima; si en una ciudad populosa hay una casa que no esté al nivel de las demás la ley se apiada de aquella falta de simetría, y sin entrar en polémicas obliga de grado ó fuerza al propietario y le hace derribar su casa. Y todo en nombre del bien general. Cuidado, que era enorme el daño! el peligro sin cuento á no acudir inmediatamente! La alineacion exacta, la vista de una calle mas ó menos nivelada era una cuestion de vida ó muerte! ah!...

Así la policía urbana atropella los

derechos incuestionables y sagrados de la propiedad, y precisa al propietario á que derribe su casa, su casa albergue quizás de una madre moribunda! de un padre anciano que vió en ella la luz, y que alimentándose con sus pasados recuerdos queria morir en ella.

Si esto vemos todos los dias, por qué esta misma sociedad, que tan á pechos toma los intereses del bien comun, se mantiene estoica en cuestiones de mucha mas gravedad? Por qué permanece insensible cuando se trata del bien estar del mayor número de sus hijos?

Esa sociedad debia ser tan rigurosa con Mr. Duriveau como lo fué con la lineacion, y debia decirle á este:

En nombre del bien público, de la humanidad ultrajada, y en nombre del Eterno, haced construir casas,

:

no cubiles , para que vuestros semejantes tengan un abrigo digno de ellos, haced que estos hombres infelices cultiven con lucro vuestras tierras, dadles una vida de hombre en fin, y no veais con impasible crueldad los efectos que produce vuestra criminal conducta. Si no evitais esta mortandad, si no cesais de ser el azote de vuestros semejantes, la sociedad os obligará á ello cual obligó al propietario de una casa vieja á derribarla, por temor de verla desplomarse y matar á transeuntes que indudablemente hubieran perecido.

En vano Mr. Duriveau contestaría :

Mis fondos no bastan para desmontar ó mejorar mis tierras, para hacer levantar casas salubres y viviendas dignas en vez de zahurdas.

Entonces la sociedad debía replicarle :

Las mejoras de parte del territorio, el que este se fertilice, y sobre todo la salud y vida de cierto número de familias, no deben sugetarse á el alta y baja de vuestras arcas ni tampoco á la mayor ó menor dureza de vuestro corazon. Sois acaso demasiado pobre para saber ser rico? pues bien, vended vuestras haciendas, la sociedad las comprará ó exigirá del nuevo comprador las garantías que vos no nos dais. Si la misma sociedad queda propietaria, ella hará el desmonte y trabajos necesarios, secundando en su interés propio el de los labradores, haciéndoles *sócios* y *participes*.

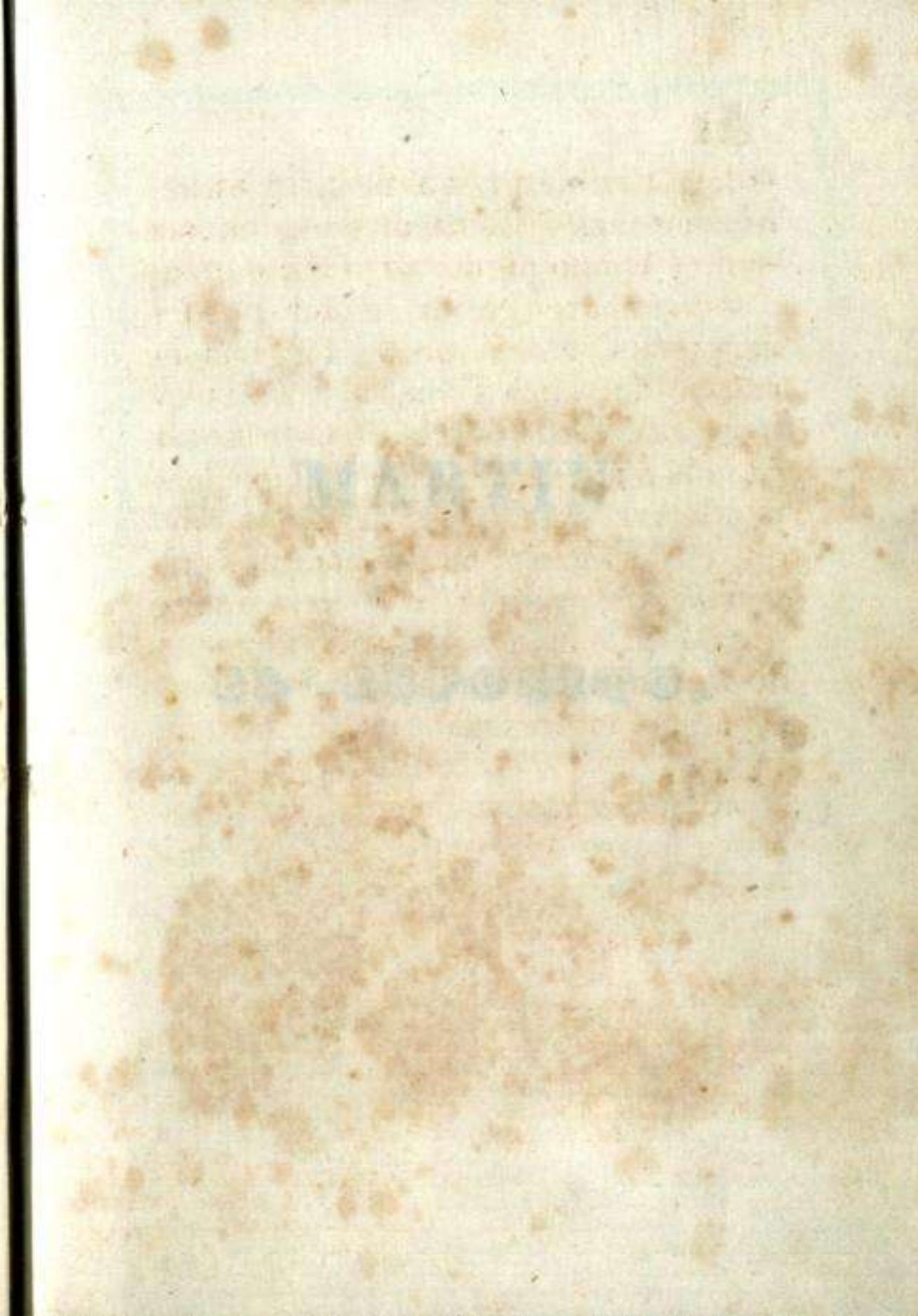
La *asociacion* sustituirá al egoismo estéril de un solo hombre y los pantanosos y estériles eriales se trocaran en terrenos fértiles, que en vez de sustentar á una poblacion raquí-tica, andrajosa y enfermiza, dará la

vida á otra alegre, animada y robusta, donde todos disfrutarán de los bienes que el Omnipotente para todos creó.

Sin embargo, es tal la fuerza de los acontecimientos, que no tardaremos en ver dar cima á tan balagüeñas esperanzas. Ojalá que los hombres que se hallan al frente de la nación puedan llevar á cabo, lo que no es difícil, la emancipación de las clases enteramente proletarias, sin emplear para ello sacudimientos, violencias ni medio alguno que pueda menoscabar los intereses de nadie.

Apenas acababan de cerrar la puerta los mozos del cortijo, cuando entró la Coscoja en el corral.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



vida á otra negra, animada y robusta,
 desde todas distanciarán de los bienes
 que el Creador para todos creó.

Con un tiempo, es tal la fuerza de los
 acontecimientos, que de las fatigas
 de la vida, darán a las almas un

que se llaman, y los hombres que
 se llaman, y los que se llaman, y los
 que se llaman, y los que se llaman, y los

que se llaman, y los que se llaman, y los
 que se llaman, y los que se llaman, y los
 que se llaman, y los que se llaman, y los

que se llaman, y los que se llaman, y los
 que se llaman, y los que se llaman, y los
 que se llaman, y los que se llaman, y los

que se llaman, y los que se llaman, y los
 que se llaman, y los que se llaman, y los
 que se llaman, y los que se llaman, y los

que se llaman, y los que se llaman, y los
 que se llaman, y los que se llaman, y los
 que se llaman, y los que se llaman, y los

que se llaman, y los que se llaman, y los
 que se llaman, y los que se llaman, y los
 que se llaman, y los que se llaman, y los

MARTIN

EL ESPOSITO.

MARTIN

ET RESPONDE.





La Coscoja.

MARTIN EL ESPOSITO,

ó

MEMORIAS DE UN AYUDA DE CAMARA.

ORIGINAL DE EUG. SUE,

traducida por **EL DONCEL.**

TOMO II.

MADRID—SOCIEDAD LITERARIA—1846.

Imprenta de D. Wenceslao Ayguals de Izco.

MEMORIAS DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS

ORIGINAL DE SU LIBRO

Tratado de la Fiebre

TOMO III

IMPRESA DE D. W. CRESPO Y CAÑA DE ISCO

X.

LA COSCOJA.



CABABA la Coscoja de encontrar á las gentes que para aconsejarse de ella iban á verla, á corta distancia del cortijo; pero queriendo la jóven llenar antes sus deberes rogó á sus rústicos *clientes* que la esperasen algunos momentos.

Las sombras del crepúsculo daban al cielo un color azul oscuro en

su cenit, donde fulguraban algunas estrellas, quedando aun en occidente esa transparencia luminosa que sella las veladas de otoño con melancólico y poético encanto, cuando entró la Coscoja en el corral; en medio de aquel fondo de pálida púrpura destacábase el rostro de la jóven; era de baja estatura pero sus proporciones perfectas; llevaba una especie de sayo con mangas perdidas de blaucuzca lana burda con anchas rayas negras, ceñido á la cintura por juncos finos cual hebras de seda; juncos que la Coscoja habia trenzado con maravillosa habilidad. Gracias á lo ancho del traje y á lo espeso del tegido, la ropa semitalar que vestia la jóven llegaba al nacimiento del cuello cayendo luego en graciosos pliegues hasta la mitad de la pierna: la corta longitud le preservaba del lodo de los pantanos; las anchas mangas no

llegaban mas que á los codos descubriendo los torneados brazos de la jóven, algun tanto tostados por el sol; sus piés de niña calzaban zuecos de álamo blanco ennegrecidos al fuego, color que tenia entonces todo el lustre del ébano, merced á la ablucion nocturna que todos los dias hacia la Coscoja en las aguas de un límpido riachuelo. Precisada por la miseria á ir con las piernas desnudas, se habia arreglado una especie de botitos, de junco tambien, que subian hasta la parte inferior de la rodilla bajando á la garganta del pié, preservado por el zueco, con la maestría de la criatura salvage: nada mas hermoso ni limpio que aquel tegido flexible y luciente, carcelero codicioso de la encantadora y torneada pierna preservada así del color rojo y arrugas que imprime en el cútis el contacto del lodo.

Apesar del frío, de la lluvia y apesar de los ardores de la canícula, en virtud de una costumbre singular, jamas llevaba la jóven nada en la cabeza; algunas veces tan solo, cuando los carrascales echaban flor, entrelazaba algunas de sus flexibles ramas en su pelo como para glorificar el nombre con que se la habia bautizado al hallarla en mantillas abandonada en un arenal y acostada en el centro de una mata de coscojales rosas. (El misterio de su nacimiento habia sido el mismo desde aquella época.) Sus cabellos castaños muy frondosos naturalmente rizados y separados en ondas eran de una tinta tan armoniosa que se perdia en la ligera sombra que proyectaba sobre la frente la espesa cabellera en la cual se agitaban algunas rosadas coscojas. Sútiles y negras cejas cual las pestañas desmedidamente largas y rizadas, franja

de sus párpados, coronaban los ojos de la Coscoja; tenían estos ojos muy grandes un color rarísimo, eran verde-mar; según la impresión que recibía la jóven, variaba el color de sus ojos, ora se volvían claros brillantes como el berilo, ora se tornaban de verde sombrío y límpido semejante al del mar, transparente siempre á pesar de su profundidad. Esta singular y mutable tinta daba alguna cosa extraordinaria á la mirada de la Coscoja, mirada que revelaba reflexión sin cuento, dotada muchas veces de extrema movilidad y brillo.

Sus facciones eran además notables por ser muy marcadas, y porque reinaba maravillosa armonía en el conjunto de la airosa criatura que acabamos de describir.

Su rara belleza algún tanto extraña merced á su original aliño, su gracia salvaje, su increíble maestría

para mil pequeñas labores, invencion
suya, su inteligencia admirablemen-
te viva y penetrante sobre varios a-
suntos, la sorprendente y afectuosa
obediencia de los animales que ella
guardaba, el don de adivinar, ó mejor
de preveer casi infalible, que parecia
ser calidad innata en ella con respecto
á las cosas rurales; todo este conjun-
to de inocentes escentricidades ha-
cian que la Coscoja pasara á los ojos
de los sencillos habitantes de aquel
pais desierto, por una criatura *hechi-
zada*; es decir sometida á la influen-
cia de un destino fijo ya desde el mo-
mento en que nació; pero al revés
de la generalidad de las costumbres
supersticiosas, lejos de inspirar te-
mor ó espanto, la Coscoja despertaba
en los ánimos sentimientos de im-
percedera gratitud, de sinceras
simpatías, porque la influencia un si
es no es sobrenatural que se le con-

cedia, no se daba á conocer nunca sino por medio de favores hechos á cuantos podia; la infeliz cuanto graciosa pavera, encontraba en su ínfima posición ocasiones de servir á muchos y de agradar á todos.

Al entrar la Coscoja en el corral del cortijo, no iba ni precedida ni seguida por su numerosa manada de negro y luciente plumage y de cabeza escarlata, pero sí rodeada por él. Dos enormes pavos ostentando orgullosamente su cresta y su papada de deslumbrante púrpura, sombreada por alguna tinta de vivísimo azul, se pavoneaban con ademán formidable haciendo como suele decirse *la rueda*, erizado el plumage y desplegando sus pobladas colas, soberbios abanicos de ébano barnizado con verde oscuro. Ambos se mantenían constantemente, uno á la derecha otro á la izquierda de la pavera; ya lanza-

ban con altivo continente amenazadoras miradas, que partiendo de sus ojos rojizos tenían mayor poder; ya graznaban con voz tan triunfante, insolente y provocativa, que parecían desafiar á cuantos se acercaran á su conductora, ora fuesen animales, ora hombres.

A la vista de esos dos monstruosos pájaros de tres piés y medio de altura y de cinco de circunferencia, de ala vigorosa, acerado pico y aguzadas espuelas, se comprendía perfectamente que Mr. Beaucadet, apesar de su valor, debió hallarse algun tanto embarazado para defenderse con la vaina del sable de tan rudos combatientes.

Todo aquel volatil ejército se paró á una señal de la Coscoja graznando de alegría ante la puerta del gallinero, del cual abrió la Coscoja el estrecho portillo solamente, á fin de

poder contar su manada; así pasaron uno á uno todos delante de ella por orden de estatura, y primeramente los mas jóvenes, sin precipitarse, con admirable disciplina, mientras que los dos colosales pavos que por su edad y adhesion gozaban de algunos privilegios, dejaban desfilar magestuosamente á sus compañeros delante de ellos, precipitando con algunos picotazos repartidos con suma equidad la marcha de los mas remolones, ó de los mas distraídos.

En cuanto toda la pavada se halló en su cuchitril, escepto los dos importantes personajes abrió la Coscoja la puerta del gallinero. Apesar de hallarse en aquel momento cubierta la fisonomía de la jóven por una tinta de profunda melancolía, una dulce sonrisa de satisfaccion vagó por los lábios de la jóven al ver el orden sorprendente que en verdad reinaba

en el recinto; la gente emplumada se hallaba simétricamente colocada según la estatura; los mas pequeños que habian sido los primeros en entrar, se habian subido á la percha mas alta de las tres que allí estaban; según se lo tenia enseñado la Coscoja. El instinto observador y la inteligencia de la jóven haciéndola adivinar la inconcebible educacion de que son susceptibles todos los animales, la habian llevado en su humilde esfera á fuerza de paciencia y dulzura á dar cima á tamaños prodigios.

Enteramente en lo alto del gallinero y en punto desde el cual dominaba todas las perchas se hallaba, si toda vez podemos espresarnos así, el nido de la jóven.

Desde muy niña ya la Coscoja, por un sentimiento precoz de pudor y de dignidad propia, rasgo que era uno de los que mas se destacaban en

ella, habia sentido una repugnancia invencible á acostarse en el lecho comun donde en aquel cortijo, como en todos los demas, se acuestan revueltos en el fondo de algun establo mugeres y hombres sin distincion de sexo ni edades. Habia obtenido la Coscoja del administrador del cortijo el permiso de construirse en la parte superior del gallinero, y contiguo á las vigas, un pequeño nicho semejante á un nido de golondrinas, al cual subia por las perchas con la agilidad de un gato. La niña hallaba á lo menos en aquella especie de nido cuyo tapiz era de musgo, hojarasca muy seca y yerbas aromáticas, un lecho sano y el aislamiento que convenia á su edad y sexo. Poco tardó en tener en su manada guardianes celosos y vigilantes, pues la burlesca aventura de Beaucadet, no habia sido única en su género. El año ante-

rior al de nuestra historia, un mozo del cortijo hostigado por la audacia de su brutal amor, habia querido penetrar de noche en el recinto donde dormia la Coscoja; pero la gente alada pegó tales graznidos, se dejó caer de todos los puntos de las perchas con tamaña furia sobre el temerario enamorado, que el mal andante lascivo se apresuro á tomar soleta, atolondrado por el estrépito, y asustado por aquellos ataques imprevistos.

Así que la Coscoja hubo cumplido con los deberes de todas las noches, cerró la puerta del gallinero, colocó cuidadosamente en una esquina, un cesto cubierto con hojas secas, que en la mano llevaba, y salió del corral para *dar audiencia* á las personas que iban á consultarla; esperábanla estas fuera del corral, sentadas en el tronco de un arbol caido no lejos

del enorme enebro que daba su nombre al cortijo.

Si en la siguiente conversacion se oye á la humilde pavera hablar un language que revele cierta educacion, una elevacion de alma rara y conocimientos, no solamente variados, pero sobre todo admirablemente exactos en cuanto se ligue á lo rural, nadie se admire, pues la mayor penetracion, las mas felices disposiciones no hubieran dotado jamás á una niña de su edad de este saber práctico, que solo pueden dar la mucha y continuada costumbre de los trabajos agrestes y el incesante estudio de las leyes y fenómenos de la naturaleza; porque la inteligente observacion de lo pasado, sirve casi infaliblemente para preveer lo venidero.

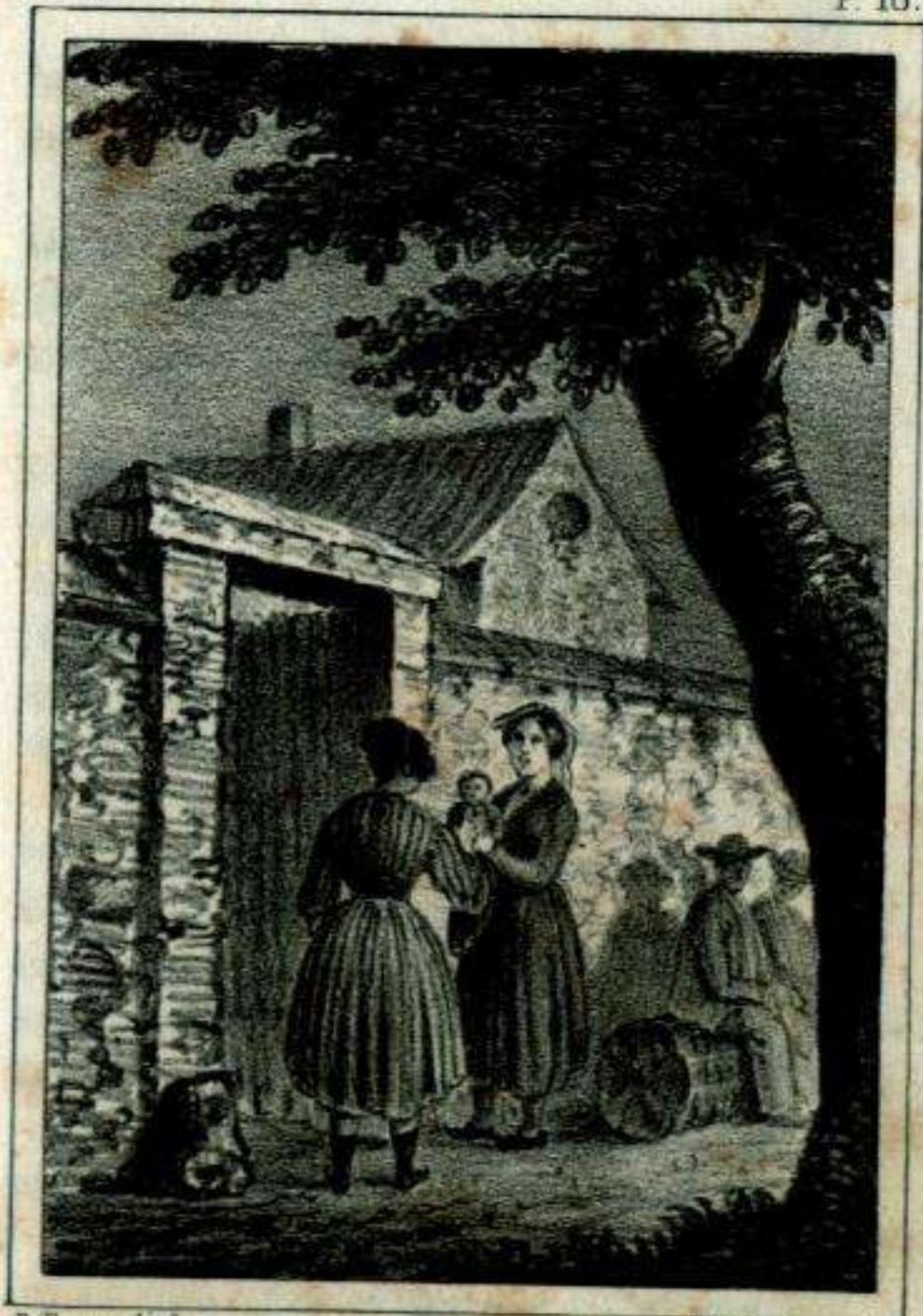
En una palabra y sin que quepa la menor duda, habia la Coscoja unido

con felicidad no comun los principios teóricos á los frutos hijos de una esperiencia muy superior á la suya.

De este modo y no de otro, puede comprenderse el estraordinario saber de la Coscoja, la seguridad de sus previsiones y la modesta sabiduría de sus consejos. En cuanto á los seres ignorantes y sencillos, cuyo oráculo era la Coscoja, debian ver y veian en ella á una criatura un si es no es sobrenatural ó *hechizada* como decian.

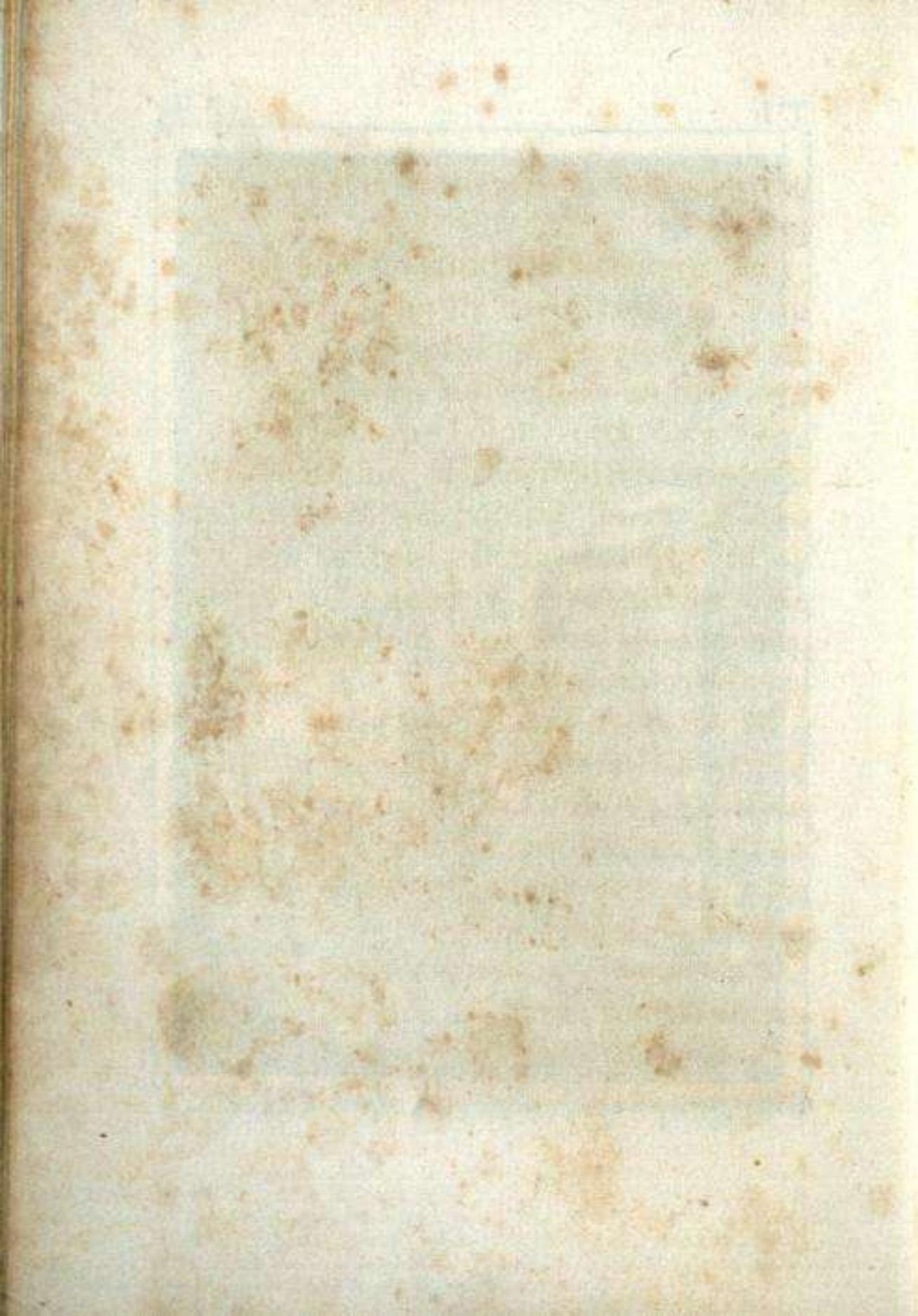
Los nuevos *clientes* de la pavera segun recordará el lector, eran dos hombres, uno de mediana edad otro ya anciano, peinando cabellos blancos y una muger jóven aun, que llevaba en brazos á un niño de cinco ó seis años; estos nuevos personajes se hallaban todos vestidos muy miserablemente.

—Qué me quereis, hija? preguntó



E. Perez lit.^o

Lit. de Ayguals.



la Coscoja con afectuoso acento á la muger.

Al oír esta pregunta los dos hombres se desviaron algunos pasos de su compañera impelidos por un sentimiento de discrecion asaz laudable:

—Ay! Dios mio! querida hija, contestó tristemente la muger.—Yo soy de Saint-Aubin; se dice en el valle que vos sabeis *palabras contra las enfermedades*, y vengo á pedirlos que habléis contra el mal que tiene mi pobre niño.

Y enseñó á la Coscoja su hijo cubierto de harapos; el pobrecillo estaba pálido y metia miedo de puro flaco; una somnolencia invencible pesaba en los hinchados ojos de la infeliz criatura.

La Coscoja al verle meneó tristemente la cabeza.

—Os han engañado, señora... yo no sé palabras ningunas para conju-

rar las enfermedades de los niños....

—Sin embargo, dicen allá en el valle, que en la última primavera hablásteis contra la enfermedad de todo un *ganado de corderos* y que casi todos salieron en bien.... haced por este niño enfermo lo que hicisteis por los *corderos*, hija mia, dijo con mucha candidez y acento suplicante la infeliz madre.—Voy á contaros cómo le ha venido el mal. Este angelito, hija mia, ha sido siempre menos robusto que sus dos hermanos mayores... pero en fin iba tirando... Como sabeis el invierno ha sido muy rudo... Mi pobre marido atrapó unas calenturas cuando en otoño estaba arrancando cepas, en un terreno pantanoso; estas calenturas no le han dejado pierna ni brazo sano... trabajaba á jornal; y no obstante, se las trampeaba como podia... Pero nuestra artesa quedaba sin nada las mas

veces y á no ser por algunos puñados de patatas que un vecino caritativo nos dió, hubiéramos muerto de hambre enteramente, y luego el último huracan del mes de febrero se llevó casi todo el rastrojo de nuestra choza... apenas se tenia en un hilo.... un pobre pariente vino al bosque por aquí, por esta parte del valle á cortar algunas retamas para cubrir el techo y algunas ramas de abeto para calentarnos; pero los guardas del señor conde prohibieron á mi pariente el tocar á nada... Y ya veis, entonces llovía dentro de casa como en el campo, por la noche sobre todo hacia allí un frio .. un frio, como si estuviese hecho hielo... Desde entonces mi pobre angelito se puso pálido, empezó á toser, á temblar... y luego, luego perdió las carnes como veis, añadió llorando la muger. Ah! mi buena hija... no espero sino es en vos.... vos

podeis lo que quereis... No teneis nada que hacer; con decir algunas palabras... Curadle su mal como curásteis á los *corderos*.

Varias veces habia estado la Coscoja á pique de interrumpir á la muger durante esa rústica y triste consulta, pero la bondosa jóven no se habia sentido con bastante fuerza para ello; en fin despues de haber mirado fijamente al niño y de haber cogido sus dos manecitas lívidas y frias dijo suspirando á la madre.

—A los corderos, hija... no les faltaba, ni la leche de su madre para alimentarlos, ni su lana para tenerlos en calor: su único mal consistia en estar encerrados dia y noche en un redil bajo, sin aire, lleno de estiércol... alli los pobres corderos se ahogaban y algunos morian (1). Díjele al

(1) Por una preocupacion harto necia y á fin de aumentar la cantidad de estiércol, se

colono: Para los corderos que tengais en la primavera, mucho aire, pasto y sol... de noche un establo abierto y fresco, los corderos respirarán un aire puro y no tendrán frio nunca estando junto á sus madres; los ciervos, los venados de los bosques se hacen robustos y crecen sin mas abrigo que el seno de sus madres y el de las encinas á cuya sombra los parieron..... Pero los hijos del pobre son mas dignos de lástima que los de las ovejas del redil ó que los de las cabras del monte; el seno helado de su madre no puede calentarlos... y cuando su leche se acaba no hallan las infelices criaturas su ali-

encierra aun ahora dia y noche á los corderos y demas ganado lanar en rediles infectos, casi enteramente faltos de aire: de esto emanen enfermedades en los órganos de la respiracion, y las mas veces muertes por asfixia con todos los síntomas anexos á esta clase de muerte.

mento en las llanuras ó en las selvas. El frío y el hambre son las causas del mal de vuestro hijo... de ahí procede... y contra ese mal. Ah!.... no tengo palabras.

—Entonces será preciso que muera, puesto que vos, hija mia, no sabéis palabras para su mal! repuso sollozando la madre.

—Le ha visto algun médico?

—Al pueblo no viene ninguno, nunca... está demasiado lejos y luego, qué! podríamos pagarle nunca... ni tampoco las drogas? No se hicieron los médicos para la gente pobre como nosotros.

Con silencioso enternecimiento miró la Coscoja al niño; sentía su corazón despedazado al pensar que iba á separarse de aquella madre infeliz sin darle una palabra de esperanza.

—Y sin embargo, repuso la Coscoja con reflexivo ademán; quizás se

salvaria con tan poco á ese pobre angelito! — Un vestidito muy caliente... una cama muy seca... y todos los dias leche pura y tibia...

— Buenas noches, Coscojita, interrumpió de repente una voz fuerte con jovial acento.

Volvió la jóven la cabeza y vió que se dirigia hácia ella con los brazos estendidos y risueño el rostro, un hombre alto, flaco y moreno, que llevaba un sombrero soloñes de ala muy ancha, blusa y polainas blancas.

— Consérveos Dios, añadió acercándose á la Coscoja, y consérveos largo tiempo para las buenas gentes, porque opino que sois algun tanto pariente del Todo-poderoso; cuando vos quereis no hay desgracia que se os resista.

— Qué hay de nuevo, maese Chouart? preguntó la Coscoja.

— Qué hay de nuevo? desde esta

noche ya está mi cosecha en el cortijo, trillado mi trigo..... No contaba mas que sobre unas cien fanegas y era ya mucho cuando me he encontrado con ciento veinte y dos... Cosa de vuestros hechizos y...

—Os satisface vuestra cosecha?

—Que si me satisface? á cada celmin de mas que echaba en el monton, decia por lo bajo: *gracias, Coscojita; gracias, Coscojita*.... como si hubiese pedido á Dios... como sí...

—Puesto que estais contento, maese Chouard, es preciso que me contenteis á mí tambien... repuso interrumpiéndole la pavera.

—A eso venia, y como dicen que vos no quereis dinero nunca por vuestras palabras... yo...

Interrumpióla de nuevo la Coscoja, indicándole la infeliz cuya mirada suplicante buscando los ojos de la jóven parecia decirle: vos que tanto

poder teneis , salvad á mi hijo !

—Ved aquí á una buena muger del valle , prosiguió la pavera , su chiquillo está muy malo estoy segura de que se le salvaria si tuviese una camita caliente , un buen vestido y un poco de leche todos los dias durante un par de meses... Pues bien ! maese Chouart , os ruego que deis á la madre una poca lana de la última de vuestras obejas , en un saco... este será el colchon... Vuestra muger tendrá algun refajo de fustan del cual se le podrán hacer dos al niño... este será el vestido. Separareis todos los dias un tarro de leche para ese angelito... irá su madre á buscarlo á vuestra casa..... Hacedlo , hacedlo , maese Chouart , añadió la Coscoja con dulce y penetrante acento ; hacedlo y yo seré quien os deba...

—*Sí... bien* , haré esto para esa pobre muger exclamó el del sombre-

ron, y lo haré con mil amores... pero y para vos! y para vos, Coscojita?

— Ya llegará el día en que otra infeliz muger os diga lo que yo quiero, repuso la jóven con melancólica sonrisa.

— Ah! estoy! dijo con aire de hombre que acaba de adivinar un pensamiento, un bien hecho á los otros es un bien que se os hace á vos.

Coscojita! Coscojita! no se equivocan, no. Estais hechizada.

— Ah! mi querida hija, dijo la madre cogiendo las manos de la povera y besándolas dos veces llena de gratitud. Mi hijo está ya medio salvado... Pero, añadió con timidez y titubeando, esto no basta, si quisiérais decir algunas palabras para conjurar su enfermedad, mi hijo se salvaria enteramente.

Creyó la Coscoja y muy acertadamente que sus consejos tendrian do-

ble autoridad y se seguirian mas al pié de la letra si los acompañaba con alguna particularidad misteriosa; por esto pareciendo reflexionar sobre la peticion de la pobre muger, quitó de sus negros cabellos con mucha lentitud unas coscojas que los adornaban, llevólas luego á sus lábios de coral que se agitaban cual si murmurasen palabras cabalísticas, y con ademan solemne que contrastaba mucho con su estatura y su rostro infantil tendió á la infeliz madre aquella rama verde y rosa diciéndole:

—Tomad esa rama de coscoja....

—Gracias, hija mia... dijo la muger tomando con cierta circunspeccion respetuosa el ligero arbusto.

—En cuanto tengais el colchon que maese Chouart os dará para vuestro hijo, cortareis esta ramita en siete pedazos.... ni en mas ni en menos..... recordadlo bien,

porque es de suma necesidad.

—En siete? repitió la muger escuchando á la jóven con devocion profunda.

—Mas para cortarla esperareis á que el sol se ponga, añadió la Coscoja llevando el índice á sus lábios á fin de dar con este gesto mayor valia á su recomendacion.

—Oh! sí, sí esperaré á que el sol se ponga.

—Entonces, prosiguió la *nigromántica*, metereis los siete trocitos de coscoja entre la lana del colchon y lo volvereis á coser.

—Y en qué parages del colchon será preciso colocarlos, hija mia?

—Tres en un extremo y cuatro en otro.

—Tres en un extremo y cuatro en otro, repitió la muger siempre con igual devocion.

—Con la sola diferencia que pon-

dreis un poco mas de lana donde esten los cuatro y en este parage deberá apoyarse la cabeza del niño.

—No lo olvidaré... hija mia.

—Pero, cuidado no olvideis, añadió con aire grave la Coscoja, que para que los pedacitos de la rama conserven el efecto de las palabras, es preciso que de quince en quince dias descosais y laveis perfectamente el colchon en cuanto salga el sol.

—Está bien, hija mia.

—Y que luego pongais la lana al aire libre durante siete horas.

—Cada quince dias..... durante siete horas... sí, no dejaré de hacerlo.

—Y dentro de un mes volvereis á verme; añadió con magestad suma la Coscoja.

—Oh !... volveré... volveré..... y será para deciros que mi hijo se ha salvado; contestó la pobre madre es-

trechando á su hijo en su seno y llena de esperanza.

Esta conversacion semi-cabalística parecia llenar á maese Chouart de profunda admiracion y despertar en él inocentes celos, porque los excelentes consejos que le habia dado la Coscoja no fueron acompañados de aquellas hermosas formas nigrománticas; iba sin duda á espresar su sentimiento, cuando los otros dos clientes, el viejo y el hombre de mediana edad se acercaron á su vez á la Coscoja.



XI.

LOS CONSEJOS.



os individuos mas iban á consultar á la Coscoja , uno de ellos , el anciano , parecia triste , y su hijo , hombre ya de unos cuarenta años tenia aire meditabundo é inquieto. La pobre muger se hizo á un lado á fin de no estorbar su conversacion con la

Coscoja y maese Chouart, el feliz colono que , gracias á los buenos consejos de la jóven , veia repletos sus graneros se apartó igualmente.

—Qué se os ofrece , padre mio ? dijo con voz cariñosa y dulce la Coscoja.

—Querida *santita* , exclamó el viejo , queriendo manifestar con este epíteto el respeto profundo y la confianza que le inspiraba la fama de la niña de los milagros. Vengo á pedirlos como á un ángel del Cielo que conjureis las tierras de labranza que poseo allá en el otro lado del Valle. Ya no hay paciencia... dentro de poco hará diez años que las heredé de un tio mio , y cada año es menor la cosecha , de tal manera que da lástima ; parece ser que mal año trae otro peor , y si los anteriores dieron poco grano , los dos últimos han remachado el clavo. De veinte fanegas

de trigo... qué he recogido? apenas cincuenta celemines. Qué mieses?.... algunas espigas delgadas, miserables... Bien puedo asegurar que cada simiente me ha dado un grano.... Maldita seas, tierra estéril! exclamó el anciano con desesperacion, dando una patada en el suelo.

—Ah! cuánta razon tiene padre, replicó el hijo, mal baya la suerte, todo va de mal en peor! Maldita sea la tierra que tan ingrata es con los cuidados y afanes del infeliz labrador! Maldita mil veces por su aridez, por su resistencia obstinada!

Al oir estas imprecaciones contra la *dañina intencion de la tierra* el rostro encantador de la Coscoja tornóse repentinamente triste y afligido, como si acabasen de ultrajar injustamente á un ser amado y respetado. Dirigióse al viejo la jóven y le reprendió con tono dulce y con

cierta exaltacion que aumentó su belleza, dándole un aspecto divino.

— Oh ! amad , respetad , bendecid á la tierra de Dios ! madre generosa que nunca se cansa de alimentaros : no os vuelve por cada grano diez espigas ? por algunas bellotas no os da un bosque de encinas ? Siempre abierto su seno recoge la semilla que el viento esparce , el hueso que cae del pico del pájaro , y la simiente que echais en vuestros sulcos para luego fecundarlo. Nunca , nunca la tierra es ingrata. Oh , jamás ! Si con el tiempo cansada de producir y eriar la pobre , se aniquila y se consume su savia , es porque madre pródiga ha dado mas de lo que podia , porque siempre se ha exigido de ella un trabajo sin tregua ni descanso... Oh ! tierra ! tierra santa y bendita ! cuándo te dejarán seguir tu destino , el que el Ser Supremo te fijó ! cuán-

do te dejarán á tí sola, libre de cubrirte de flores ó de mieses! cuándo verás á tus hijos amados y laboriosos vivir en la abundancia y la alegría?

No es posible pintar ni dar una idea de la actitud y espresion de la Coscoja mientras pronunciaba estas palabras: sus ojos grandes de color verde-mar, brillaban tanto como las estrellas que empezaban á verse en el firmamento..... Los últimos rosados reflejos del crepúsculo la circundaban y parecian rodear sus facciones celestiales de una aureola divina, mientras el corazon de la jóven ardia en fé y esperanza en la paternal bondad del Creador del mundo.....

La muger y su niño, el anciano y su hijo y el otro colono escuchaban atentamente y contemplaban llenos de admiracion á la Coscoja, pues para esta pobre gente sencilla y priva-

da de todo conocimiento, este lenguaje algun tanto poético, incomprendible para su torpe inteligencia era una especie de evocacion sobrenatural que hasta cierto punto aumentaba el prestigio singular que rodeaba á nuestra jóven.

Ella arrastrada un momento por una exaltacion natural de su carácter comprendió que para sus interlocutores era preciso hacer palpables los hechos, despues de un corto silencio, dijo dirigiéndose al viejo :

—No, no padre mio, la tierra nunca deja de producir, á menos que no haya producido demasiado y durante mucho tiempo.

—Producir demasiado! replicó el viejo con dolor acerbo y cólera al mismo tiempo. Miserable, estéril! Hace diez años que le pido, qué? una cosecha de trigo, esperando que una buena compense la mala anterior.

Si ha sido pródiga... lo fué escasa-
mente la primera vez... pero luego
cada año ha sido mas escasa, mas a-
vara... así es, santa del cielo, que
solo en vos espero, creo que si con-
jurais esa maldita tierra, los males pa-
sados se trocarán en bienes futuros.

—Escuchadme, padre mio, con-
testó con dulzura la Coscoja, des-
pues de un dia de trabajo incesante,
qué necesitais para reanimar vuestro
ánimo abatido? Alimento y descanso,
no es cierto?

—Justo, santita, eso por lo me-
nos.

—Sí, eso es por lo menos, como
vos decís, y es justo padre mio.....
pues bien esa pobre tierra que mal-
decís... le habeis dado despues de
cada cosecha alimento y descanso, es
decir, la habeis estercolado y dejado
algun tiempo sin trabajar?

—Un poco de estiercol si se le he

dado, pero descanso... nunca... No faltaba mas! exclamó el anciano, holgazana! Si produce poco, al menos produce algo... vale mas algo que nada.....

—Sí, padre mio, cierto es que vale mas algo, por insignificante que sea, que nada; pero mucho no seria mejor que poco?... Y ella produciria mucho, vuestra generosa madre, si se le diese abono y reposo... y no reposo absoluto, no es preciso, porque Dios es tan bueno que ha dispuesto que para la tierra, cambio de cultivo equivaliese á descanso...

—Cómo, cómo, querida santita? dijo el anciano cada vez mas sorprendido.

—Diez años hace que solo le dais á esa pobre tierra una *miagita de comida*, y le pedís trigo, trigo, luego trigo, y siempre trigo... siempre trigo... Qué ha sucedido, padre mio?

al fin la pobre nodriza se ha cansado, se ha aniquilado y ya no tiene jugo alimenticio.

El padre y el hijo se miraron indecisos y asombrados: eran ambos de esa clase de labradores que siguen sin raciocinio las costumbres de sus abuelos, esclavos de un hábito ignorante, labradores que abonan poco y de tarde en tarde, y no conocen ni remotamente la riqueza que encierra la agricultura, siempre y cuando se alternen con discernimiento los diferentes plantíos en un mismo terreno.

—Así es, siguió diciendo la Coscoja, que si en lugar de apurar vuestra tierra sembrando en ella siempre la misma cosa, si seguis mis consejos, yo os pronostico que pronto se llenarán vuestros graneros y rebentará vuestro bolsillo.

—Ay! de vos pende; santita del

cielo; hacedlo vos que todo lo podeis!

—Teneis unas cuarenta fanegas de tierra, no es cierto? cuarenta fanegas de tierra, debe haber parte buena, parte mediana y parte mala, eh?

—Tengo ocho fanegas de tierra que me producen poco, pero en fin ese poco vale mas que lo que me dan las otras treinta y dos fanegas.

—Bueno! si dierais á esas ocho fanegas, todo el escaso alimento que repartis entre las cuarenta?

—Oh! entonces podrian considerarse estercolados tan bien ó mejor que una huerta.

—Y entonces padre mio, en un año esas ocho fanegas de tierra; causandoos muchos menos gastos, mucho menos trabajo, os producirian cuatro veces lo que las cuarenta os dan ahora, mayormente si despues de haberos dado trigo, plantaseis al año siguiente patatas, al otro cente-

no, mas adelante trebol ;.... alternando así de un fruto en otro... porque yo os lo aseguro , lo que le deja exhausta á esta pobre madre.... no es criar á sus hijos, no seguramente. Siempre está dispuesta á sostenerlos, pero lo que la consume es producir siempre lo mismo , pues así agotais uno de sus recursos y no os aprovechais de otros mil tan fecundos ó mas que el otro. Creedme pues, llenareis vuestro granero con ocho fanegas bien cultivadas, y le tendreis vacío con cuarenta que lo estén mal.

—Y mis otras treinta y dos fanegas? preguntó pensativo el anciano.

—Las mejores dejadlas para pastos, criad en ellas algun ganado, este os dará estiércol, y sin estiércol no hay granos.

—Y mi tierra enteramente mala, qué haré de ella?

—Haced un plantio de pinos... de

este árbol hijo de nuestra pobre So-
loña.... y que ciertamente pudiera
apellidarse árbol de la Providencia;
su madera nos sirve para construir
nuestras casas, su hojarasca calien-
ta nuestros hornos, sus piñas nues-
tro hogar, y su savia da resinas; en el
peor terreno sale; crece sin ayuda,
sin necesitar cuidados, y á los seis
años produce ya prensando sus tron-
cos.

Estos sencillos consejos, pero tan
sabios, hijos de un estudio serio de
las localidades del país, conformes á
una esperiencia bien justa, eran tan
claros, tan lógicos y mas que todo
tan conformes á la práctica, que no
pudieron menos de hacer una impre-
sion fuerte en el ánimo del viejo;
pero la *costumbre*, esa palabra fatal
en la vida agrícola, luchaba fuerte-
mente con los sanos instintos del an-
ciano, que le impelían tenazmente á

seguir los consejos de la Coscoja; adivinando esta lo que motivaba su indecision llamó á Maese Chouart y le dijo:

—Qué consejo os di el año pasado?

—Ah! hija mia! exclamó el labrador, un consejo sin duda *hechizado!* Hechizado no hay mas! Yo labraba mucha tierra con mucho costo y mal, me digisteis, labrad poco y bien. Este año he gastado la mitad y he recogido triple cosecha; pero lo mas grande es esto: me faltaba estiercol... y el estiercol, como decis vos con tanta razon *es el pan de la tierra*, eh! como iba diciendo, yo no tenia estiercol y menos, dinero para comprarlo, ¿de dónde iba yo á sacar doscientos ochenta reales para cada fanega de tierra?... Entonces fue cuando me digisteis con esa vocecita dulce que teneis. «Maese Chouart,

«cuando llegue agosto sembrad cen-
 «teno, florecerá en octubre, enterrad-
 «lo entero con hojas, ramas, flores,
 «enterito en fin; no hay estiércol me-
 «jor ni mas barato: luego haced la
 «sementera sobre esta tierra así bien
 «nutrida, y vereis que cosecha reco-
 «geis.» Os creí, hice lo que me di-
 gisteis, enterré mi centeno en flor,
 casi sin gasto alguno, luego sembré,
 y cuando llegó la primavera salia mi
 trigo tan espeso como si fuese yerba
 de un prado, ahora acabo de trillar
 y entrojar, y puedo decir que cada fa-
 nega me ha producido diez cahizes...
 caramba es un resultado tan brillan-
 te como el que puede conseguir cual-
 quier labrador de la tierra fértil de
 Beauce!

—Cáspita diez cahizes por fanega!
 exclamó el anciano con un tono que
 demostraba á la vez un poco de in-
 credulidad y admiracion.

En este momento divisó la Coscoja al vaquerillo que corria hácia á ella.

—El tío Jaime os llama... os llama de un modo que parte el corazón; le dijo el niño á la jóven, nadie puede dormir en el establo oyendo sus gemidos.

—Corre y dile que ya voy, contestó la Coscoja cuyo semblante expresó súbitamente el dolor, corre; y luego volviéndose al anciano le dijo:

—Padre mio, el tío Chouart os dirá lo que él ha hecho..... su experiencia os servirá y os animará á hacer como él... no os arrepentireis de ello, y no volveréis á pedirme que conjure la pobre tierra, vuestra generosa madre... Pero os voy á decir unas palabras que pueden cambiar vuestra tierra estéril en tierra fecunda; esas palabras escuchadlas bien, padre mio, y no las olvideis.

Labrad poco... y bien.

Año nuevo.... cultivo nuevo.

Estiercol abundante, hace la tierra fértil.

Sembrad prados y mas prados...

Sin prados y pastos no hay ganado.

Sin ganado no hay estiercol.

Sin estiercol no hay mieses.

—Haced prácticamente todo eso, padre mio, añadió la Coscoja con voz dulce y conmovida, y no maldecireis en adelante la tierra que es sagrada y que Dios bendice.

Despues de haber pronunciado estas palabras fué la Coscoja á besar el niño que dormia en el regazo de su madre, apretó afectuosamente la mano tosca de maese Chouart con su manita delicada, saludó con un gesto lleno de gracia y de respeto al anciano, y luego marchando velozmente en direccion al cortijo... desapareció ligera y encantadora como una hada...



XII.

EL TIO JAIME.



ANTES de entrar la Coscoja en el abandonado establo, desde cuyo fondo el tío Jaime la había llamado exhalando profundos gemidos, fue á buscar el cestito que llevaba del campo, y que depositado había á la entrada del corral cuando sus clientes le salieron al encuentro; contenia el cesto soberbias moras silvestres de co-

lor violeta algun tanto rojizo; varias gotitas de su fuerte jugo habian dado una tinta purpúrea á los frescos pámpanos que guarnecian interiormente el cesto.

Colándose la Coscoja por una de las anchas grietas muy abundantes en aquellas paredes, entró en el establo.

Rielaba brillante y ovalada luna, uno de sus rayos penetrando por el hundido techo alumbraba débilmente la estremidad de aquella ruinosa pocilga.

Detúvose allí la Coscoja, porque de aquel lugar partian los dolorosos gemidos que varias veces llamaron la atencion de las gentes de la quinta durante su rancho. Los ojos de la jóven se fijaban en un cuadro que apesar de no ser nuevo para ella despertaba en su corazon una pena siempre bisoña.

Un lecho de paja de centeno cubria el húmedo suelo preservado de las lluvias y nieves por algunos haces de retama colocados en las perchas, y haciendo veces de techo en aquellos puntos en que las bigas harto claras y rotas se destacaban negruzcas por entre el azulado trasparente del firmamento alumbrado entonces por la amarillenta luz de la luna.

Encima de aquella pajaza sórdida, infecta, mas infecta y sórdida que la de los animales de labranza, agitábase débilmente una forma humana, traslado fiel de cuanto puede ofrecer mas horrible y desgarrador la vejez, la miseria y las enfermedades incurables, envuelta en algunas tiras de haraposa manta.

Imagínese un pobre anciano de ochenta años, tullido de tan raro y espantoso modo, que se hubiese podido atribuir su mal á un poder impla-

cable, que habiendo querido condenarle á permanecer perpétuamente con rostro y cuerpo encorvados, le hubiese herido de parálisis en el momento de cavar penosamente un surco.

Y sin embargo, no era un poder sobrenatural el que habia reducido á tan horrible deformacion á aquella criatura, imágen del Eterno; ese poder era tan solo hijo de la voluntad de un hombre esplotando al hombre.

Y no se le crea tampoco uno de esos fenómenos tan raros que la ciencia anota, y que ha podido con trabajo sumo descubrir. Quién no ha encontrado en el campo ancianos, hombres ó mugeres, arrastrándose apoyados en un palo, con el cuerpo hecho escuadra, de modo que su inclinada corva formaba casi un ángulo recto con los miembros inferiores, pareciendo soldados en aquella cruel

postura? Nada mas frecuente que esos desvios del busto en seres entregados á un trabajo incesante y superior á sus fuerzas.... aquellos cuerpos débiles ya, y debilitados mas todos los dias por un alimento insuficiente, perdiendo toda agilidad y toda energía, se quedan poco á poco doblados, conservando la posicion que les es mas peculiar; constantemente encorvados enmohécense sus articulaciones, sus gastados miembros espuestos al frio y á la humedad se paralizan; llegan los años y tambien la hora en que aquellos infelices aumentan el número de los mártires del trabajo.

Por cierto que si en una leyenda halláramos que un Dios vengador, á fin de castigar á un asesino y dejar á los hombres un egemplo terrible, le hubiese herido condenándole á conservar la posicion en que se hallaba

cuando tenia su puñal enarbolado y su cuerpo en actitud de cometer el crimen, añadiendo las siguientes palabras :

Vivirás... pero tu cuerpo maldonado quedará constantemente en la postura que tenias al disponerte á herir á tu víctima....

Por cierto, decimos que una leyenda así no dejaria de encerrar cierta moralidad, apesar de su rareza.

Tráiganse , no obstante , á la memoria las crueles paradojas de algunos hombres ociosos y felices, sostenidos por falsos sacerdotes y sábios economistas, quienes legitiman los egoismos mas implacables, proclamando que segun la voluntad divina, el hombre se halla en el mundo entregado para siempre al llanto, á la miseria, al infortunio, y nadie se admirará al oir que alguno de esos religiosos creyentes de la fatalidad diga

con respecto á nuestra leyenda :

—Proletarios de los campos! vuestra maldecida raza tendrá sin descanso la frente baja hácia esa tierra que vuestros sudores fecundan, tal es vuestro destino! Nuestro Dios os condena por nuestra boca á trabajo, miseria y sufrimientos eternos, y para que nadie pueda dudar de ello, muchos de vosotros heridos por la voluntad divina de una inmovilidad fija, llenarán su destino quedando para siempre encorvados, en la postura que tenían al cavar un surco, y serán símbolos patentes de la suerte invariable, que Dios marcó á vuestra raza maldita y desheredada.

Y si no se pronuncian palabras que tamaña barbárie encierran, luchas mas bárbaras aun han lugar todos los días.

El aislamiento, el abandono, un fin

miserable, una agonía las mas veces llena de torturas sin cuento despues de años y años de un trabajo mortífero, tal es la suerte que en nuestro estado social aguarda á los inválidos de la agricultura.

Para vosotros, instrumentos de la riqueza territorial de la patria, no hay prevision alguna tutelar, no hay porvenir, no hay interés.

Y sin embargo... ellos cultivan el trigo... y jamás comen pan blanco.

Ellos siembran los verdes pastos, engordan á numerosos ganados, y jamás comen carne.

Ellos recogen la cálida lana de las ovejas... y los infelices tiritan bajo mugrientos harapos.

Ellos preparan la leña que llena los hogares, la madera que cubre los techos... y mueren sin fuego y sin asilo.

En una palabra, para ellos solo

tiene el mundo indiferencia implacable, desprecio homicida, y son hartos felices aun, si encuentran, como el anciano tullido que la Coscoja protege, una pajaza abandonada en el fondo de un establo, donde puedan morir en medio de tremebundos males.

En cuanto el tullido anciano, envuelto en la paja, apercibió á la Coscoja, interrumpió sus dolorosos gemidos y volvió penosamente la cabeza hácia la jóven.

Lívido y horriblemente flaco era el rostro del octogenario mártir; sus medio apagados ojos brillaban tan solo, merced al fuego devorador de la calentura que los animaba; tendido de costado, sus huesosas rodillas estaban pegadas á su descarnado pecho; dos años hacia á corta diferencia que sus miembros se habian quedado como soldados en aquella posi-

cion, únicamente su mano derecha habia conservado la libertad de hacer algun movimiento.

Aquel anciano debia á la caridad del colono, asaz pobre tambien, aquel abrigo, y el corto cuanto grosero alimento que partia con las gentes del cortijo. Durante largos años el tio Jaime, este era el nombre del anciano, habia trabajado en la hacienda primeramente de labrador en desmontes; pero ese oficio rudo egercido en medio de pantanosos terrenos, habia desarrollado en él los primeros síntomas de su cruel enfermedad; satisfecho y seguro el colono de su celo y probidad, habíale confiado luego su ganado. Las funciones de un pastor, aunque activas no requieren como el cavar y los desmontes muchas fuerzas; conservó el tio Jaime el ganado hasta el dia en que tullido completamente y enteramen-

te hecho escuadra, cayó exánime en la pajaza que debía servirle de paño funerario. El aislamiento en que se le dejaba en el fondo del establo, lo agudo de sus incurables dolores, el convencimiento de no libertarse de ellos sino con la muerte, habían sumido al anciano en una apatía profunda, caracterizada sobre todo por un silencio terco: la sola persona con quien el anciano dejaba de ser taciturno, era con la Coscoja.

Algunos hombres, dotados por la naturaleza tan particular como maravillosamente *nacen* geómetras, astrólogos, pintores, músicos, etc. etc., Por cuál misterioso fenómeno esas privilegiadas organizaciones llegan y sobrepujan las mas veces sin el menor trabajo y desde la mas tierna edad el límite de ciertos conocimientos? Se ignora... pero es un hecho tan evidente como inesplicable.

El tío Jaime era una de esas organizaciones privilegiadas. Nacido *agricultor*, había presentido mucho tiempo hacia no solamente las mejoras sí que también las revoluciones que la ciencia y los estudios agrícolas debían hacer en el cultivo de la tierra (estudios y ciencia no aplicadas aun por desgracia á la espantosa ignorancia en que se deja marchar á la población de los campos); esperiencias numerosas que el tío Jaime había practicado en algunos piés de tierra, le habían convencido de todo el valor de sus ideas. Geólogo por el conocimiento de la acción de diferentes abonos comparados con los diferentes terrenos; naturalista por sus curiosas observaciones sobre la higiene y fisiología del ganado lanar; botánico por una clasificación y aplicación muy inteligente de los distintos abonos vegeta-

les, era el tío Jaime un tesoro de ciencia práctica... y ese tesoro lo había sepultado el anciano mucho tiempo hacía, y nadie, nadie había sospechado su existencia.

Lo que había originado este disimulo no era ni mala intención, ni egoísmo, ni tampoco esa especie de celos que comunmente se apodera del sábio y le hace esconder sus conocimientos con el mismo afán y cuidado que el avaro su oro..... no; el pobre Jaime había callado solo por indolencia, por incuria, hijo del convencimiento que tenía de la inutilidad de un pensamiento inteligente; y en efecto, qué móvil, qué interés podía animarle á hacer prácticas sus útiles observaciones? ¿Qué le importaba á él que las tierras de su amo produjesen mucho, poco ó nada? No se le aumentaría por eso su mezquino salario, ni su trabajo sería me-

nos penoso; (1) además el viejo labrador ni conocía ni podía apreciar su mérito natural, y por lo tanto ni remotamente soñaba en ser un novator. Sin embargo, como era un infeliz, ingénuo y bondadoso, quiso alguna vez contrarrestar la influencia perjudicial de la rutina, de esa maldita costumbre que fuerza á hacer y

(1) Nadie puede formarse una idea de los descubrimientos importantes, de las mejoras que muchos trabajadores podrian proporcionar á sus amos tanto en materia de fabricacion como en el modo de cultivar, si tuviesen un interes, una seguridad de recompensa ó de adelanto manifestándolos. Ya hemos hecho mencion en otra obra (el Judio Errante) de los resultados felices que ha conseguido uno de nuestros mas íntimos amigos el Sr. Camille Pleyel, el primer fabricante que ha ofrecido á sus obreros un interes en los beneficios y una especie de asociacion á su trabajo intelectual; de ahí ha resultado para él un conocimiento nuevo de ciertos medios prácticos, utilísimos ventajosos y nada comunes.

egecutar como nuestros abuelos, dió algunos consejos racionales, admirables, si se considera que su ciencia era innata, fruto de una madura experiencia: llamáronle loco y calló, resuelto á no repetir nunca lo que el sabia justo y bueno, pero que le esponia á la befa de los demas. Convenciónse que agricultor y pastor debia trabajar como sus compañeros en todo y por todo; luego llegó el dia que se quedó baldado sin poderse levantar de su miserable lecho, desde ese momento formó el propósito de no hablar y pareció condenarse á un mustio silencio.

Pasaron algunos meses de este modo, arrostrando una existencia cruel, sufriendo dolores acerbos, solitario, reducido á la impotencia, ahondado en sus reflexiones tuvo el anciano el remordimiento de no haber utilizado ese don privilegiado

que Dios le habia concedido y que pudo ser un gérmen de felicidad para los que le rodeaban.

Tenia entonces la Coscoja unos catorce años, y se esmeraba en cuidar cariñosamente al tío Jaime: este la queria por muchos estilos; encantábase su gracia y su talento natural, desarrollado de un modo extraordinario merced á la disposicion de esta interesante niña y tambien á la educacion que habia recibido del Huron, extraño maestro que en medio de su vida singular buscaba á la niña para cultivar sus instintos nobles, su alma pura y su rara inteligencia con amor igual al de un padre. Este hombre, hoy dia fuera de la ley, ó mas bien siempre espuesto á caer en las garras de los guarda-bosques, habia vivido anteriormente en una clase humilde y oscura, pero ejercitando sus facultades intelectuales, y

gozaba en transmitir á su tierna discípula lo que él sabia.

Tambien al tio Jaime le habia llamado la atencion la singular aptitud de la Coscoja, y la escogió para que ella fuese como si dijéramos la propagadora del tesoro de sabiduría que en él moraba, y que él sentia con tanto dolor no haber derramado entre todos los desgraciados para mejora de sus males... Así pues desde entonces á la Coscoja... solo á ella habló el anciano instruyéndola con una paciencia grande, con las máximas sencillas, lacónicas, claras, que era el conjunto sorprendente de un saber inmenso. La inteligencia superior de la jóven comprendió pronto lo que un método sencillo le hacia palpable, y presto se igualó á su maestro.

El tio Jaime que conocia mejor que nadie la tendencia supersticiosa, ó por mejor decir el *deseo de cosas*

sobrenaturales, tan peculiar en la gente del campo, le hizo prometer solemnemente á la Coscoja que nunca diria cómo habia adquirido los conocimientos que tenia; juzgó el anciano, y juzgó muy bien, que en boca de la encantadora niña, ya rodeada de cierto prestigio por su singular belleza, por sus atractivos, por cierta originalidad inherente á ella, serian sus consejos recibidos como oráculos; y la esperiencia demostró que no se habia equivocado; lo mismo que dicho por el octogenario tullido hubiese sido objeto de mofa, fué escuchado en la Coscoja con sorpresa supersticiosa, y mas adelante proclamados milagros los buenos resultados que coronaron el éxito de sus consejos. Tal era el secreto de la ciencia de la Coscoja.

Desgraciadamente mas adelante, el dolor, la soledad, la edad avanza-

da contribuyeron á debilitar la cabeza del anciano: perdió la memoria casi del todo, y si alguna vez un recuerdo atravesaba su imaginacion con la vivacidad de un relámpago, creia que esas especies de apariciones de tiempos lejanos eran sueños presentes: principalmente desde unos meses nada le distraia de su melancólica y profunda apatía, ni la vista de la Coscoja.

Sin embargo, dos veces el tio Jaime como saliendo de su letargo habia hablado con otras personas que con la jóven: la primera vez pidió con instancia que llamasen al conde Duriveau, dueño de la alquería, con quien queria hablar; mas como el conde se habia negado á ello con desden burlon, el viejo contestó solo estas palabras:

— *Hace mal, muy mal.*

Luego el pobre inválido pidió que

:

buscasen al cazador Huron , lo hicieron, y este vino.

Despues de una larga y secreta conferencia entre los dos, en la que repetidas veces se nombró á *Martin*, salió el cazador en vedado del establo pálido y conmovido.

Volvió al dia siguiente deseoso de hacer hablar de nuevo al tio Jaime, pero fué en balde, habia enmudecido.

Algun tiempo despues un desconocido que parecia un aldeano le visitó y desapareció sin que nadie del cortijo volviese á encontrarle; de resultas de esta visita el tio Jaime pidió que llamasen de nuevo al cazador, con quien tuvo una conversacion que duró gran rato. Un mes poco mas ó menos despues de esa entrevista (no hacia mucho tiempo) uno de los dos cuartos medio arruinados que formaban la habitacion del co-

lono, fué separado del otro por un pequeño pasadizo, y se hizo en él alguna obra á fin de poder hacer vivero aquel miserable cuarto; con este fin trageron de Vierzon, el pueblo mas cercano, algunos muebles sencillos y cómodos. Al cabo de una semana una tartanilla cerrada con unas cortinillas de lana, llegó al cortijo del Enebro, y de ella bajó una muger envuelta en un capotillo de aldeana y fué á instalarse en el cuarto, de donde no salia nunca, tan completamente solitario, que á no ser el colono que la recibiera y la Coscoja que diariamente la visitaba, nadie en el cortijo vió á la desconocida.

El tio Jaime instruido por el cazador no ignoraba este extraño acontecimiento, pero no se dió por entendido y siguió mustío y callado como de costumbre: únicamente el dia mismo en el cual están pasando los

sucesos que referimos pareció muy agitado.

Con cierta impaciencia febril, nada comun en su estado, llamó repetidas veces á la Coscoja, que de algunos dias á esta parte solia traerle un canastillo de moras, cuyo sabor agri-dulce le refrescaba y le agradaba.

—Tio Jaime, aquí teneis vuestras moras, dijo la Coscoja arrodillándose con respeto al lado de la cama de beno; perdonadme si os he hecho esperar... pero me han detenido algunas pobres gentes del valle que venian á pedirme consejo, y les he enseñado lo que vos me enseñasteis... me bendicen, me dan gracias, añadió la jóven con voz tierna y afectuosa. Ah! si supieseis cuanto me cuesta no poder decirles: es al tio Jaime y no á mí á quien debeis dar gracias y bendecir...

El anciano no se acordaba ya; ha-

bia llamado casi todo el día á la Coscoja, y con persistencia y privado de la memoria instantánea, miraba á la jóven con los ojos fijos é inciertos, que harto demostraban que miraba sin ver ni conocerla.

—Me habeis llamado, dijo la Coscoja con tristeza, quereis hablarme, tío Jaime?

—El tío Jaime no habla ya á nadie, contestó el anciano como delirando. Despues de un rato de silencio: quién le habla á él, y para qué ha de hablar? Cuando el *Huraño*, mi gran buey negro de testuz calva, murió de cansancio, hablaba acaso el pobre animal? y le hablaban á él acaso?

Estas palabras hacian palpable el trastorno completo que sufría el pobre viejo; la Coscoja suspiró, y esforzándose para distraerle de tan penosas ideas, le dijo:

—Acordaos, tío Jaime, de lo que sois, de lo que fuisteis; nadie como vos ha sabido descuajar un terreno, aun hoy día se cita vuestro incansable ardor para el trabajo, y en el valle se habla aun de vuestro vigoroso azadon, que en un día beneficiaba la cuarta parte de una fanega! os acordais?

—Sí, sí, contestó el anciano con cierto orgullo, queriendo como volver á aquellos tiempos. Sí, es cierto que mi azada pesaba el doble y era mayor que todas las de mis compañeros, y nadie la manejaba con mas fuerza sin interrumpirme nunca, tanto que á veces transcurría el jornal sin que yo mirase el Cielo... pero bah! á qué ir ahora á pensar en eso? Huraño era tambien un baey valiente y trabajador... en todas las yuntas de los alrededores era el único que solo tirase un arado y dejase liso en poco tiem-

po el terreno mas cubierto de cepas y espigones. Así como así, cuando las piernas le flaquearon le cupo igual suerte que á mí, allá en el rincon de la derecha del establo, allí concluyó. Huraño y yo somos una misma cosa, solo que él murió, y antes no se acordó ni de su juventud, ni de su fuerza pasada. Y no vale mas perder la memoria que verse reducido á lamentarse y á envidiar la suerte de Huraño?

—Pero tío Jaime, vos erais mas que un trabajador fuerte y valiente; pensad en todo lo que me habeis enseñado, en esas máximas que cambian los terrenos estériles en tierra fecunda... añadió la Coscoja con voz enternecida: pues qué, no es recompensa grata y dulce decirse uno á sí mismo: mi inteligencia, mi experiencia redundan en bien de todos, y son benéficos dones?

Los ojos apagados del enfermo brillaron de nuevo, y su rostro expresó aun contento y orgullo, y contestó:

—Cierto... en mi tiempo... supe muchas cosas... ah! si yo hubiera querido... si me hubiesen escuchado... sin duda la miseria se hubiese trocado en riqueza... la desgracia... en felicidad...

Interrumpióse de repente el anciano, que por grados se iba quedando mas abatido y añadió con amarga ironía:

—No, no era yo solamente, un robusto buey destinado al cultivo como Huraño... no me faltaba inteligencia... tampoco le faltaba esta á *Capitan*, mi último perro... con solo una señal detenía, guiaba ó precipitaba la marcha del ganado y lo defendía solo, mejor que una estacada la entrada de un bosque ó de un

campo... Sin embargo!... á pesar de ser un perro lleno de inteligencia y muy valiente ha muerto aquí entre mis rodillas, ciego, sin dientes... y casi hecho trizas por un lobo al cual habia ahogado... Mira! Yo, Capitan y Huraño somos lo mismo! las gentes malas dicen: Lástima no revienten esos ganapanes, esos que de nada sirven; las buenas dicen: pobre Huraño! pobre tio Jaime! pobre Capitan! En su tiempo aquel era un labrador! aquel un perro! aquel un buey! Mas hoy hélos á los tres en una pajaza estropeados por el *Deber* y sin servir de nada, á no ser para reventar cuanto antes.

Los ojos de la Coscoja se llenaron de lágrimas, nunca se habia quejado de su suerte con tanta amargura el anciano.

—Tio Jaime, dijo la jóven bajándose hácia él; qué no me conoceis?

soy yo, la Coscoja, yo que os quiero tanto, me han dicho que hace poco me llamabais... Qué me queriais? Hablad... vuestra hija os obedecerá.

Cual si un rayo de luz devolviera memoria y razon al anciano, brillaron sus ojos al oír las palabras de la Coscoja, pasóse el infeliz las manos por la frente y con voz débil contestó:

— Sí... es verdad... hija mia, te he llamado... Para qué? No lo sé ya.... Quizás para hablarte de un sueño que he tenido... Pero y por qué tardé tanto? añadió el anciano hablándose á sí mismo, por qué tardé tanto en tener ese sueño?

— Qué sueño? tío Jaime.

— Un sueño cual, segun creo, he tenido ya dos... hace mucho tiempo... mucho tiempo... dijo el enfermo tratando de recordar... Una vez... despues del sueño quise hablar al señor conde... No me equivoco, al

señor conde era.... no vino... hizo mal.... por qué ?.... no lo recuerdo... pero el cazador ha venido en su lugar... Y luego... el otro sueño fué... fué... no me acuerdo ya...

—Me llamábais para hablarme de vuestro sueño , tío Jaime? dijo en voz baja la Coscoja , á fin de no contrariar al anciano , pues bien ! contadmelo , os escucho , pero luego será preciso que comais estas moras que tanto os gustan y tan saludables son.

Llevó de nuevo el anciano sus manos á la frente , apretándola fuertemente , como queriendo detener la razon y la memoria que sentia muy próxima á dejarle ; á poco rato prosiguió con precipitacion :

—Sí , esto es..... Te llamaba todo el dia..... era para hablarte de mi sueño... Mira , soñaba..... que cuando estabas en mantillas te me

entregaron, y que yo te habia llevado allá... en el arrenal de las aves... cerca de los robles, y que yo te habia colocado en una mata de coscojales... tenias tú cinco años poco mas ó menos... y luego fingí haberte hallado allí por casualidad...

—Vos! vos! exclamó la jóven, no sabiendo si atribuirlo á un delirio del anciano, ó á un recuerdo de lo pasado: por esto sin duda añadió: Vos.....

—No sé... puede ser... puesto que sueño esto ahora...

—Pero estos sueños, tio Jaime... repuso la Coscoja sumamente conmovida por tan inesperada revelacion, pero estos sueños son quizás destellos de vuestra memoria, que de vez en cuando se despiertan en vos... Y quién me habia puesto en vuestros brazos?...

—Espera.... Era... un sugeto.....

un sugeto... no me acuerdo ya... y sin embargo, había en él algo que me chocó... Qué era eso?

Y la temblorosa mano del infeliz tullido, recorrió de nuevo su frente.

La pobre Coscoja, en quien subía progresivamente la turbación é inquietud, permaneció silenciosa, temiendo romper el hilo asaz débil que anudaba los inconexos pensamientos del anciano.

—Sabes dónde están las ruinas del horno... junto á la canoa del estanque?..... añadió el enfermo después de algunos momentos de silencio.

—Ah!..... murmuró la Coscoja al oír las últimas palabras del tío Jaime, palabras cuya aparente incoherencia parecía destruir todas sus vagas esperanzas, harto pronto formadas y harto pronto hechas realidades.

—Sí, repuso el anciano... sí, de ese modo lo ví en mi sueño... En lo

interior del horno abandonado... habia otro hornito, cuya boca estaba tapada entonces... espera que recuerde. Sí, esto es... entonces, levantando un ladrillo, yo oculté en aquel horno abandonado lo que el sugeto me habia remitido... diciéndome... Para dar esto... á esa niña, á la cual llamareis... Coscoja... esperareis á que tenga... esperareis... y por esta razon... hasta ahora... yo no... te habia dicho nada... y hoy hablo... porque... porque..... no me acuerdo. murmuró el anciano, cuya voz bastante clara en un principio iba apagándose por grados.

Habia en la revelacion del pastor un hecho tan marcado que la Coscoja exclamó :

—Sé donde está el lugar de que me hablais... sé donde están las ruinas del horno... sí, lo sé... puedo ir á buscar lo que vos ocultásteis allí? Se

liga esto al misterio de mi nacimiento? Oh! por compasion, tio Jaime! tio Jaime! un esfuerzo mas... responded...

—Ah! se me va la cabeza, dijo el anciano cerrando los ojos, y como rendido por los esfuerzos que acababa de hacer para recordar, á fin de referir á la Coscoja, lo que él creia un sueño, y que sin embargo era uno de sus raros accesos de memoria.

—Tio Jaime, gritó la jóven, con el cuerpo enteramente inclinado hácia la pajaza del anciano..... por Dios... esforzaos un poco... Ese sujeto era mi madre?... mi padre?... Sabeis si viven aun?

—Nada sé ya... murmuró con apagada voz el anciano.

—Una palabra tan solo... y mi madre?... y mi madre?

Agitó maquinalmente sus lábios el tio Jaime; algunos sonidos inar-

liculados salieron de ellos aun, mas, cerró luego los ojos exhalando profundos y dolorosos gemidos como si distraído un momento de sus padecimientos por su conversacion con la jóven, volviera á sentirlos con mayor violencia despues.

Cierta la Coscoja de cuán vanas serian sus instancias despues de nuevas tentativas y lazerada el alma viendo cuán impotentes eran sus esfuerzos para aliviar al anciano, aventó un poco la paja que le servia de almohada, colocó el cesto de moras de modo que él pudiese alcanzarlo con la mano, y agitada, temblorosa, conmovida salió del establo fija la mente en la singular revelacion del tio Jaime.

El brillo de una luz pálida, se veia aun en el cuarto del colono y la jóven apesar de su curiosidad por descubrir lo que encerraba el misterio-

so escondite, sobrepujó su impaciencia y aguardó á que toda la gente del cortijo estuviese acostada para ir á las ruinas del horno.

Por otra parte la Coscoja iba cada mañana y cada noche á casa de la muger desconocida que habia llegado de noche al cortijo y pasaba con ella largo rato.

En cuanto salió la jóven de las casuchas que rodeaban el corral, de aquella especie de circuito, fué á llamar á una puertecilla sita detras de la casa, y que daba al pantanoso estanque de que se ha hablado, y cuyas aguas abundaban mucho entonces.

Tambien en aquel momento, Beaucaudet, precipitando la marcha de su caballo y de su escolta, acercábase mas y mas á el cortijo del Enebro, donde se dirigia para prender á la Coscoja, acusada, ó mas bien sospe-

chada, de haber cometido un infanticidio, como se ha visto por la escena de la cueva de Huron, al seguir la pista del zorro.



XIII.

EL RETRATO.



ANTES de llegar al cuarto donde habia entrado la Coscoja, siguiendo las paredes exteriores del cortijo á lo largo del estanque, era preciso atravesar una pequeña y oscura escalera.

Ese cuarto, de humilde aspecto, era sin embargo lujoso

comparado con los desmantelados edificios del cortijo; un papel nuevecito cubria las paredes de argila recientemente rebosadas con yeso; una tira de sarga verde con festones á la antigua y galones amarillos, adornaba la alta chimenea de madera; un tapiz bastante grande se hallaba estendido junto al hogar y ocultaba los encerados ladrillos del piso; una buena cama, algunos muebles sencillos y limpios, componian el ajuar del cuarto, alumbrado solamente durante el dia por una vieja ventanita, cuyas vidrieras las formaban verdosos vidrios octogonales separados por cienicientos plomos.

Uno de estos candeleros muy en uso en el campo, compuesto de una vela cuya claridad dobla su fuerza al traves de un globo de cristal lleno de límpida agua, alumbraba aquella estancia y reflejaba su viva luz en

una muger sentada en un sillón cerca al hogar. Tan absorta parecía estar, que ni siquiera se apercibió de la llegada de la Coscoja, quien permaneció silenciosa é inmóvil en la puerta.

Tenia aquella muger, no lejos de ella, un pequeño cojín guarnecido con paño verde, en el cual se cruzaban, sujetos por infinitos alfileres, hilos blancos y sutiles, pendientes de los cuales estaban pequeños palillos de ébano; la empezada blonda que se veía en el cojín, revelaba salir de las manos de una excelente oficiala.

La señora Petra, este era el nombre de la muger, parecía tener unos cuarenta y cinco años; y debía haber sido extraordinariamente hermosa. El pelo partido y hueco, de negro azabache, cubierto, por una cofia cual la llevan las del campo, circumbalaba su frente sumamente morena

como su cutis; sus abiertos, brillantes y negros ojos sobrepujados por cejas finas y arqueadas, ora erraban en el espacio, ora se fijaban en dos objetos de que presto haremos mencion. El moreno rostro de la señora Petra estaba pálido y algun tanto enfermizo; lo flaco de su cara la hacia parecer mas larga y marcaba demasiado su nariz aguileña; en su boca de graciosísimo corte vagaba melancólica sonrisa, y su frente donde se marcaban profundas reflexiones, se apoyaba entonces en su mano. Llevaba la señora Petra un trage de campesina muy limpio, cuyo color negro hacia destacar mas la blancura de su cofia y de su cruzado pañuelo.

Un vértigo casi imperceptible agitaba simultáneamente algunas veces los labios y negras cejas de aquella muger; vértigo nervioso consecuencia de una enfermedad cruel.

La señora Petra habia estado loca durante muchos años. Su locura furiosa en un principio habia cambiado poco á poco de carácter: habia sucedido al frenesí, dolorosa é inofensiva melancolía. El tiempo y los cuidados llenos de solicitud, dieron por resultado una cura casi completa; la profunda tranquilidad de que la señora Petra gozaba desde su instalacion en el cortijo, habian consolidado enteramente su curacion.

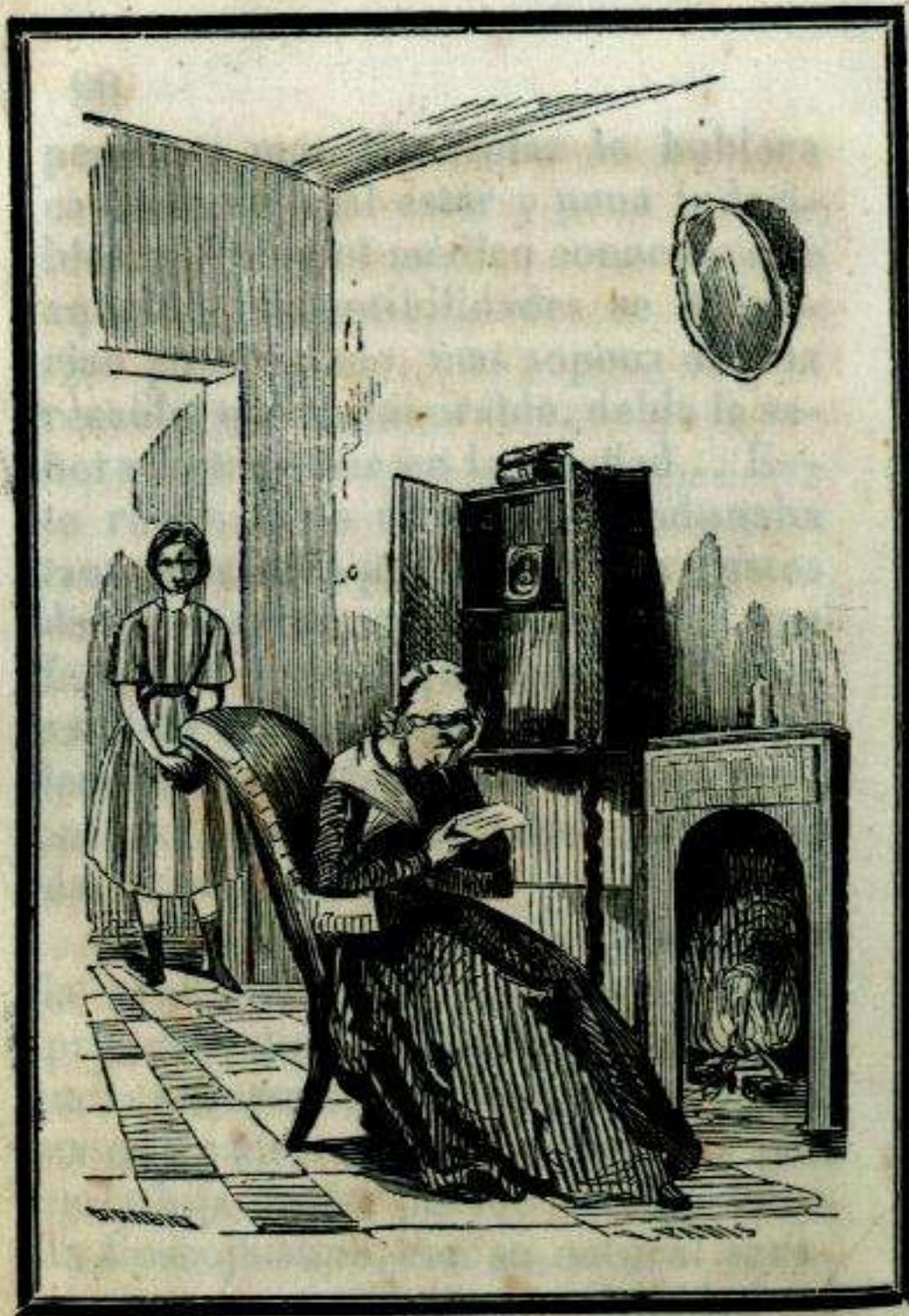
Despues de un estudio minucioso del carácter de aquella desgraciada, y sobre todo de las recelosas susceptibilidades que conservaba, á causa de su pasado mal, habia ordenado el médico contra las prescripciones ordinarias que pasase en la quinta algun tiempo en un aislamiento absoluto. Era tal en efecto, la humillacion que sentia al recordar su estado anterior, que hasta la presencia de las

personas mas benévolas le hubiera causado un mal estar y pena indecibles.—Habia el médico conocido que aquellas susceptibilidades se disiparian poco á poco, mas sopena de una recaida, quizás incurable, debia la señora Petra vivir en la soledad... Este régimen de curacion se adunaba tanto por otra parte, con los gustos de la enferma, que fué para ella una felicidad el tener que seguirlo. Jamas salia de dia, mas de noche, particularmente cuando la luna brillaba muy intensa, daba largos paseos á orillas del estanque.

Solo la Coscoja la veia, y solo ella la prodigaba mil cuidados. En los primeros dias acogió con desconfianza la enferma á la jóven, desconfianza que encerraba una vergüenza penosa hija de su pasado estado. Pero la Coscoja supo, con su natural agrado, y por medio de su asiduidad en



Faint, illegible text or a signature located below the main illustration.



.... oran dos retratos y dos cartas.

cuidarla, calmar poco á poco las malas prevenciones de la señora Petra. Corto tiempo pasó sin que esta sintiera una afeccion tierna hácia la povera, afeccion que contribuyó á consolidar la curacion de la pobre loca.

Gracias á la contemplática posicion de la señora Petra, permanecia la Coscoja en la puerta sin ser vista; los objetos en que se hallaban fijas las miradas de la enferma, eran dos retratos y dos cartas.

Uno de los dos retratos era una miniatura, y descansaba sobre sus rodillas, metido en una entreabierta cajita de tafileto.

El otro era una pintura al olio (de unos tres piés de alto sobre dos de ancho); estaba este cuadro como embutido en la parte superior de un mueble de nogal, en forma de cómo-

da, sirviendo efectivamente para este uso.

Representaba la miniatura un joven de treinta años, moreno, de ojos brillantes, de rizado cabello de ébano y audaz: mirando detenidamente faccion por faccion, se notaba una semejanza extraordinaria con las de la señora Petra, si bien la edad diferente y el aspecto de los individuos formaban cierto contraste: desde luego se comprendia la causa de este parecido por las significativas palabras que estaban grabadas en el marco del medallon, y eran las siguientes:

De Martin á su escelente madre.

El otro retrato, que pudiera mejor llamarse una interesante pintura (por los diferentes accesorios que le daban cierta importancia) llevaba es-

crito en lo bajo la fecha de 1845. Su marco magnífico de bronce cincelado y dorado á fuego, adornado con las insignias del poder régio, hacia una estraña contraposicion con la miseria aparente de este pobre albergue.

Este rico marco encerraba el retrato en pié de un monarca... de un soberano que gobierna actualmente un estado del Norte de Europa: su trage sencillo como el de un particular se componia de un frac azul, de un chaleco blanco y de una corbata negra.

El semblante del rey, aun jóven, espresaba á la vez capacidad, entereza y bondad; su dulce sonrisa era algo melancólica como si el conocimiento precoz del corazon del hombre le hubiese entristecido, sin por eso haber alterado las sanas intenciones del suyo; su mirada era penetrante y pensadora, pero el con-

junto de sus facciones era irregular; tenía los labios gruesos, la nariz larga, la cara ancha, siendo únicamente sus ojos de un hermoso color de lapiz-lázuli, que se armoniza tan bien con un pelo rubio muy claro, cortado cortito, muy liso y brillante é igual en un todo á su espeso bigote.

El aspecto general de esta figura era el de un hombre dulce, apacible y tan sencillo, que á no ser por su porte que daba á conocer una energía poco comun se le hubiera calificado de bonachon: su alta estatura y proporcionada, su pecho saliente, sus anchas espaldas, su cuello abultado, sus manos musculosas eran el símbolo de una naturaleza vigorosa y sana, mas bien plebeya que aristocrática.

Hemos hablado ya de los *accesorios* de ese retrato, eran muchos y harto singulares.

Colocados en el centro del fondo

oscuro y bituminoso del cuadro, veíanse dos altares, sin duda como indicios de una piadosa adoracion, sobre los cuales se dibujaba el perfil austero de dos bustos de mármol blanco, que se destacaban misteriosamente en una débil claridad, sello infalible de un eminente artista.

Uno de esos bustos representaba á Bruto:

El otro á Marco Aurelio.

El gorro frigio que cubria la cabeza de Bruto, era escarlata y estaba rodeado de una aureola brillante que parecia iluminar y hacer resplandecer los dos bustos puestos para mayor efecto en la penumbra, haciéndose así notable el aspecto severo de Bruto y la magestad divina de la ancha frente de Marco-Aurelio.

Imposible era no comprender que el rey que divinizaba á estos dos hombres tan distintos, al gran em-

perador y al gran tribuno, los creia á ambos merecedores de un culto respetuoso.

Y si se esplica uno esa santa admiracion de un monarca hacia Marco Aurelio, tipo del dios-hombre, alma pura y tres veces santa, que parece una emanacion, un reflejo de la divinidad, se hace mas incomprensible que un rey absoluto (todos los del Norte lo son) se incline con respecto religioso, hasta con idolatría, ante el tribuno indómito, imágen de las virtudes enérgicas, de la noble independendencia inherentes á toda alma realmente republicana.

Estos eran los dos retratos que la señora Petra, la misteriosa inquilina del cortijo de Enebro contemplaba con tan profunda atencion; de los cuales apartaba de cuando en cuando la vista con aire pensativo para leer de nuevo algunos renglones de

las dos cartas que tenia tambien puestas sobre las rodillas ; el contenido de una de ellas era el siguiente:

«Paris 20 de octubre de 1845.»

«Mi buena y querida madre. Dentro de pocos dias volveré á verte; mientras, ten paciencia, valor y esperanza ; sobre todo, no temas nada; Claudio te protege, y está segura que el colono es hombre de confianza; tú nunca sales de dia, y el conde Duriveau no visita nunca sus dependencias; y aun cuando por una rara casualidad fuese al cortijo y te hallases con él, no debes temer nada..... acuérdate que hace treinta años que el conde no te ha visto... y has sufrido tanto , pobre madre mia !..... estás tan demudada que le seria imposible reconocerte.»

«En breve conocerás mi proyecto,

sabrás por qué á mi regreso de mi viaje al norte, motivado por la tardía revelacion de Claudio, he conseguido, no sin muchos pasos, y merced á una recomendacion eficaz de uno de mis antiguos amos, entrar al servicio del conde Duriveau, como ayuda de cámara.»

«Y con respecto á esta circunstancia, madre mia, tampoco debes apurarte; el ensayo está ya hecho... estoy contento de él... delante del conde he sido impenetrable, no me he inmutado, y sin embargo, durante esta estraña entrevista, interiormente me repetia yo para sondear bien mi alma :»

«Este hombre que me interroga y me examina con tanta altanería... este hombre es mi padre... ignora que yo soy su hijo... el hijo de esa pobre niña de diez y seis años... que en otro tiempo por maldad... el ha...»

«Pero basta, basta, buena madre, ¿qué traerte á la memoria esos terribles recuerdos? Solamente juzga por la calma que he tenido en esta entrevista, que el dominio que tengo sobre mí mismo es grande, y por lo tanto, te lo repito, debes tranquilizarte... mientras ha durado mi conversacion con el conde, y aunque dominado mi corazon por mil emociones que hacian hervir mi sangre, mi impasibilidad no ha fallado ni un minuto, y he contestado á las varias preguntas que me ha dirigido el conde con la mayor serenidad, respeto y sangre fria, tanto que al punto sin mas formalidades me ha recibido.»

«Por otra parte, no vayas á exaltarte demasiado en la admiracion de ese poderoso imperio que tengo sobre mí mismo, porque mira, querida madre, la servidumbre, á la que

:

habia renunciado últimamente, pero que durante tan largo tiempo he soportado, me acostumbró de tal modo á encerrar mis impresiones en lo mas recóndito de mi corazon, que una impasibilidad aparente es ya para mí una segunda naturaleza.»

«Me preguntabas en tu última cómo el retrato que te he remitido (por prudencia, temiendo que me comprometiese el tenerlo aquí) se hallaba en mi poder. Lee la carta que te incluyo, y su contenido que respira tanta dignidad, tan tierna sencillez, te lo explicará todo. Al enviarte esa misiva, al pensar que tú, madre querida, la leerás; tú, cuya alma es tan propia para sentir y comprender todo lo que es noble y elevado, he experimentado, quizás por la primera vez de mi vida, un sentimiento de orgullo, considerando que tú te vanagloriarás de tu hijo... y ademas pa-

réceme una cosa grande el haber llegado yo, hijo del pueblo, hijo de una pobre trabajadora vilmente seducida, por el escabroso camino de una vida miserable, humilde y aventurera, á poder honrar mi cuna, y... Pero perdóname, madre mia, perdóname pues si este sentimiento de orgullo ha sido el primero; es tan fuerte, que me lo echo en cara..... Debo yo envanecerme, yo..... tú sí puedes hacerlo, si la conducta de tu hijo te parece buena y noble.»

«Adios, madre amada, pronto te abrazaré... puede que sea dentro de tres ó cuatro dias, porque mi *amo* marcha, al menos lo espero, pasado mañana para la Sologne, y como no podré ir á verte el mismo de mi llegada, por prudencia... me esperarás un dia mas.»

«Adios, pues, recibe mi corazon, tú, la madre mas idolatrada! Beso

con respeto tu frente venerable y tus manos.»

«Tú siempre afectísimo y respetuoso hijo.»

«MARTIN.»

La segunda carta que la señora Petra examinaba á menudo con maternal orgullo, habia sido dirigida á Martin por el rey que representaba el retrato (1).

(1) Siempre hemos creído útil probar hasta cierto punto la verosimilitud de ciertas ficciones, buscando en la historia general ó particular algun acontecimiento semejante, no para probar la realidad de nuestras composiciones, pero sí dar á conocer que no están fuera de las probabilidades humanas. Con este mismo objeto cito el ejemplo siguiente:

Una señora notable por las calidades sobresalientes de su ingenio, y por su esquisita sensibilidad, y que jamás tuvo la menor relacion personal con Federico Guillermo, rey de Prusia, dice en el prefacio de un libro titulado: *Este libro es del rey*, debiendo ella declarar que solo le ha dado ese titulo

«3 de agosto 1845.»

«Os debo la vida, Martin... y os debo mas que la vida.... Aceptad mi retrato como una prenda de mi gratitud, de la estimacion profunda que os profeso.»

«Pláceme recordar, y sobre todo, recordárosela á vos mismo, la causa de mi gratitud y la razon de mi sincero afecto.»

despues de haber sabido que el rey ha ofrecido de un modo solemne leer ese libro desde el primer renglon hasta el final. Es pues conveniente decir que este libro trata de la horrible miseria del artesano, habla con audacia generosa de esas mil cuestiones de emancipacion moral, que agitan sórdidamente los ánimos de los grandes y de los pequeños. Federico Guillermo cumplió lo ofrecido, leyó lo que una débil muger se atrevia á pedir para los desgraciados, animada á ello por una caridad evangélica, y sabemos de buena tinta que el rey comprendiendo el objeto elevado de ese libro, entabló con su autor una seguida correspondencia.

«Un año hace que una aventura singular nos reunió.... disfrazado y guardando un riguroso incógnito, no podíais vos adivinar mi clase, y me salvásteis de un peligro de muerte.....»

«Tuve deseos de conocer al que le debía la conservacion de mi existencia. Vuestra historia era sencilla; llegado á este pais con un amo á quien servíais, y luego cansado de esa penible condicion, le habíais dejado para volver á ser artesano; os dedicásteis al oficio que aprendísteis en Francia cuando érais niño, y os pusísteis á trabajar con afan para reunir el dinero necesario, á fin de poder regresar á vuestra patria.»

«En esto llega un individuo que me conocia personalmente, me nombra y me maravillo, os lo confieso, ver que delante de mi augusta persona (como se dice en la córte), ni os

turbásteis, ni me mostrásteis un respeto adulator; y lo que me sorprendió aun mas, fué que al par que vuestra actitud era natural, no manifestábais pedantería alguna; me llamó la atención el descubrir en un artesano un tacto tan delicado, una moderación tan singular, y sintiendo hacia vos un vivo agradecimiento, quise hablaros á solas. Entonces os pregunté con ansia qué podia hacer para manifestaros mi reconocimiento; no olvidaré nunca vuestra contestación.»

«—Señor, V. M. no puede serme útil en nada... soy jóven y robusto, no tengo familia, y con pocos dias mas de trabajo tendré lo suficiente para volver á Francia... pero aquí... en este pais tambien... hay artesanos que no son como yo jóvenes y fuertes, sin temores para el porvenir... muchos de ellos tienen una numero-

sa familia , son honrados , trabajado-
res y sufren mil duras privaciones;
acordaos de sus desgracias, mirad
con compasion la triste suerte que
les cabe, y aliviad los sufrimientos
de nuestros hermanos, y daré gracias
á Dios porque me hizo salvar vuestra
vida.»

«Pronunciásteis estas palabras con
el ardor de una alma generosa y con
firmeza, yo las oí con sorpresa inde-
cible, era la primera vez (os lo he
dicho despues) que apelaban á mi
corazon para que aliviase desgracias
que siempre considere como doloro-
sas, pero irremediabables..... la extra-
ña circunstancia que nos ponía en
contacto, realzaba en mayor grado
vuestra generosa peticion. Mas y
mas sorprendido al encontrar en vos
un desinterés y una grandeza de áni-
mo, que yo creía tan poco comun en
la gente de vuestra clase, me com-

plací en prolongar nuestra conversacion y desee que me contáseis las diferentes particularidades de vuestra existencia... Sin duda juzgásteis que mi deseo nacia en gran parte de una curiosidad indiscreta, y me hicísteis comprender que la confianza se inspira... pero no se manda; os hablé entonces de la miseria de esa gente que vos llamábais *nuestros hermanos*; esto no era ya asunto propio, era tocar á la causa de los que vos amais, era animaros á defenderlos; fuísteis mas que elocuente, porque hablásteis con sencillez, ternura y verdad, me citásteis cantidad de hechos que no tienen réplica: pocas palabras me pintaron cuadros desgraciadamente, idénticos á la realidad; tambien me habeis revelado cosas horribles hasta aquella fecha desconocidas para mí, y si esa primera entrevista no bastó para desarraigar mis invetera-

das preocupaciones, mis opiniones, mis convicciones, arraigadas en mí desde la infancia, puedo aseguraros que desde luego me causaron sensacion y me preocuparon vivamente.»

«Os confieso mis sospechas con tanto menor escrúpulo por cuanto vos mismo las habeis destruido; creí, aunque muy poco tiempo, que exagerándoos la importancia de la atencion que yo os habia prestado... quizás despertaria vuestro orgullo ó ambicion y que luego trataríais de pedirme algo; mas nada de esto sucedió. Sin que vos conociéseis nada, supe que al dia siguiente despues de nuestra conversacion, habíais vuelto á vuestro trabajo y que continuábais en él guardando un silencio absoluto sobre nuestro encuentro.»

«Quise luego volveros á ver; nuestras ocultas entrevistas fueron frecuentes y en ellas he apreciado cada

dia mas vuestra rectitud de principios, vuestro fondo y la elevacion de alma que os distingue; no os pregunté por cual encadenamiento de circunstancias extraordinarias os hallábais resignado á servir, cuando por vuestro corazon y modo de pensar me pareceis en mucho superior á los mas de los hombres. He respetado vuestros secretos.»

«Os he escuchado con fruto. Consentisteis á permanecer algun tiempo mas en mi patria, aceptando, única cosa que aceptar quisisteis en vuestra susceptible delicadeza, un trabajo manual que llenásteis con escrupulosa exactitud; nuestras relaciones ignoradas siempre, eran para mí una preciosidad; espósito, habíais probado todas las condiciones de la vida, todas las miserias del pobre pueblo; y luego vuestro estado en la servidumbre os habia puesto en contacto

con todas las clases de la sociedad, desde las mas encumbradas hasta las mas ínfimas. Nacido con espíritu pensador y de observacion, dotado de un juicio exacto y penetrante, habeis reflexionado profundamente sobre cuanto habeis visto, estudiando, por lo menos, tanto las causas como los efectos; escrupuloso y leal, nunca habeis minorado ni exagerado lo bueno ni lo malo de ese pueblo al cual os envaneceis de pertenecer: ya seguro de vuestra sinceridad, medité largamente sobre cuantas lecciones de vos recibí, lecciones variadas, verdaderas, patentes y que me habia sido imposible hallar hasta entonces, y nada encontré tan anómalo como la combinacion de una condicion cual la vuestra, con un talento y carácter como el vuestro.»

«Conducido por maduras reflexiones hijas de nuestras pláticas á un

nuevo sendero, sendero espinoso, peligroso... quizás, nuevos horizontes, aunque lentamente en verdad, se abrieron ante mis ojos, grandes verdades han iluminado mi espíritu.»

«He procurado no ser ingrato con vos, ya lo sabeis... y daros una prueba de gratitud segun la requiere vuestro corazon...»

«Habeis partido para Francia precipitadamente, me habeis dicho que un deber sagrado os llamaba ahí Con cuánta tristeza y sentimiento os he visto alejaros por largo tiempo... para siempre quizás!»

«Sin embargo, creo que me debeis una compensacion; si la encontráis justa, concededme una peticion que ya no me parece indiscreta.»

«Os acordais que una vez dudé, no de vuestra sinceridad, pero, sí de la exactitud de nuestros recuerdos, con

respecto á un hecho extraordinario del cual habeis sido testigo? A esto me contestásteis vos que era casi imposible que vuestra memoria os engañara, porque habia muchos años que escribíais una especie de memento diario de vuestra vida.»

«Debe esta vida haber presentado faces tan raras y condiciones tan diferentes desde vuestra infancia hasta hoy, que no dudo que su relato sencillo y sincero, como ser debe siendo vuestro, ofrecerá ancho campo á serias reflexiones... Me han chocado algunas palabras vuestras relativas á este asunto: la servidumbre, abriendo el santuario del bogar, os ha puesto en estado (me decíais) de conocer misterios que ni jueces ni médicos ni sacerdotes penetran... (Estos tres confesores del alma y del cuerpo) y la viciosa *constitucion de las familias*, observada desde tan buen punto de

vista (añadíais), os ha ofrecido los medios de aprender aunque penosos y rudos.»

«Confíadme estas memorias de vuestra vida... no es futil curiosidad la que me impele á pedíros las. La humanidad es la misma en todas partes: lo que pasa en Francia, pasa aquí; y para los hombres llamados á tener una grande influencia sobre las acciones de los demas, el estudio del corazon humano encierra poderoso y eterno interes; añadiré que deseo tambien leer vuestras memorias, porque quizás haya en ellas algo que me concierna ó que se ligue con mis acciones, y ademas porque esas memorias no se han escrito para mí, pues os conozco y sé que ninguna consideracion habrá podido, en cuanto se refiera á mí, alterar la independencia de vuestras convicciones.»

«No insisto mas; vos ya compren-

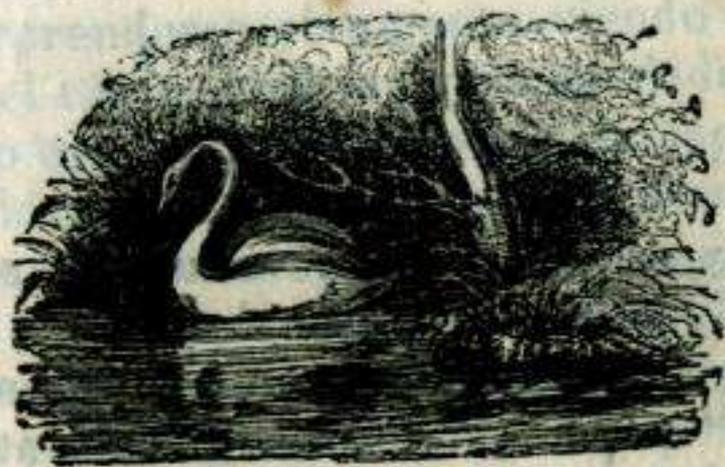
dereis las causas de mi reserva; y si rehusais hacer lo que os pido, estaré seguro de que una razon honrosa y que yo de antemano respeto, será el solo motivo que dicte vuestra negativa.

«Adios, y no dudeis jamás de la gratitud de vuestro afectísimo

«*** — ***»

He recibido vuestra carta número dos. Os doy las mas espresivas gracias por vuestros apuntes sobre la organizacion de los hospicios, es una cosa verdaderamente admirable; el nombre del grande hombre honrado, cuyo tierno genio salva así la vida de miralles de niños, nos era aun desconocido, mientras por una anomalia inesplicable, al primer cañonazo, el nombre y título del mas estúpido de nuestros matadores de hombres, con tal que haya pasado mucha gen-

te á cuchillo y devastado muchos pueblos, retumba en ocho dias de uno á otro extremo de Europa, y mil y mil veces lo proclaman y transfieren á la posteridad.





XIV.

LA CONFERENCIA.



ASORTA como estaba la señora Petra en la lectura de las cartas y en la contemplacion de los dos retratos de que hemos hablado, no se apercibia de la presencia de la Coscoja.

Despues de la incompleta revelacion del tio Jaime, revelacion tan interesante para la Coscoja, puesto que despertaba en ella la vaga esperanza

de descubrir el secreto de su nacimiento, merced á ciertos objetos ocultos mucho tiempo hacia en un horno abandonado, segun decia el anciano, sintió la jóven una impaciencia mezclada con angustias sin cuento; mas apesar de tan fuertes preocupaciones, no pudo menos, al entrar en casa de la señora Petra, de sorprenderse vivamente viendo ante sí el régio cuadro cuyos bordados de oro estaban hechos con toda esplendidez, y de fijar en él su atencion aunque por muy corto espacio; pues en cuanto hubo fijado un instante la vista en él, apartó los ojos encontrando poco digno de ella mirar por mas tiempo aquel retrato cuya existencia se le revelaba con una especie de sorpresa. La señora Petra no habia abierto nunca delante de la Coscoja la parte superior de la cómoda que encerraba el cuadro.

A fin de poner término á tan embarazosa posicion y de avisar de su presencia á la señora Petra, tosió dos ó tres veces la jóven; al principio casi imperceptiblemente, pero luego con mas fuerza, hasta que viendo inútiles sus esfuerzos, tropezó haciendo mucho ruido, con una silla. Levantóse bruscamente la señora Petra al repentino ruido, cerró las dos puertas del armario que formaban parte de la cómoda, trató de ocultar las dos cartas en sus faldriqueras; y volviéndose hácia la Coscoja, le dijo con voz apagada y alterada algun tanto:

—Buenas noches, hija mia... no os habia visto...

—Entré sin que me oyérais... contestó la Coscoja con alguna confusion al ver que habia sido indiscreta sin querer; he metido algun estrépito para que os apercibiérais de que es-

taba yo aquí..... disimulad.....

Tendió la señora Petra su mano afectuosamente á la jóven, quien la llevó á sus lábios.

—Habia ya pasado la hora á que acostumbrais venir, repuso la señora Petra; no os esperaba ya, hija mia.

Viendo la Coscoja en estas palabras un medio de llegar á la conferencia que tener queria con la señora Petra, respondió con acento conmovido:

—He tardado mas porque el tio Jaime... ha estado hablándome mucho rato... señora Petra.

—El tio Jaime? ese pobre pastor anciano y enfermo... del que tantas veces me habeis hablado?... No me digisteis que hacia ya muchos años que habia perdido la memoria y que no hablaba á nadie?

—Es verdad... señora... por eso me ha sorprendido..... y mucho

mas..... por lo que me ha dicho.....

La turbacion y el temor impresos en el rostro de la jóven no la dejaron proseguir. Admirada la señora Petra del silencio y emocion de la jóven, repuso:

—Qué teneis, hija mia?... Qué ha sucedido!... Estais pálida... temblais... permanecéis muda...

Despues de titubear por segunda vez, prosiguió la jóven:

—Señora... estoy sola en el mundo... á nadie puedo pedir consejo ahora... no me atrevo á obrar por mí sola... y vengo á buscaros...

—Hablad... hablad... contestó la señora Petra con afectuoso interes... no tengo grandes luces, pero os amo y esto me inspirará perfectamente.

—Oh! no es cierto que me amais?

—Sí, os amo... hija mia! os quiero como querria á mi hija si la suerte me hubiese dado una; pero esta

fué muy parca en darme la felicidad maternal. No he tenido mas... que un hijo... el mejor y mas digno de los hijos ; añadió la madre con orgullo.

Y luego dirigiéndose á la Coscoja, dijo con ternura suma :

—Pero ya lo veis , no tengo derecho para quejarme ; tengo un hijo que es todo mi orgullo , y vos me amais casi como amariais á vuestra madre , no es verdad , hija mia ?

—Sí , oh ! sí , como hubiera yo querido , idolatrado á mi madre ! Y como hablándose á sí misma , añadió luego la jóven á media voz . Ah ! no... á una madre se le dice todo .

Calló de nuevo la Coscoja y enjugó sus ojos llenos de lágrimas .

—Escuchadme , hija mia... hace algun tiempo que os encuentro inquieta ; dijo la señora Petra atrayendo á sí á la Coscoja y estrechándole

sus manos con cariño. Sí, hace algun tiempo que os hallo pálida, preocupada... y que sufris... tres dias há que no os he visto, y habeis cambiado tanto...

—He estado enferma, respondió con viveza y voz alterada la jóven; bien enferma, señora, os lo aseguro.

—Bien lo he conocido, estais tan mudada... y...

—Os ruego, dijo con voz casi suplicante la Coscoja, que no hablemos de eso.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Qué tenéis? ¿A qué esas reticencias, esa turbacion, esas lágrimas?

—No es nada, señora, respondió la Coscoja esforzándose en aparecer mas tranquila, las palabras que me dijo el tio Jaime, las esperanzas que ellas hicieron nacer en mí, creo que me hacen perder la cabeza... Perdonadme...

—Vamos, querida mia, dijo la señora Petra, besando á la Coscoja en la frente, tranquilizaos... hablemos de algo... Hace poco, tratando de vuestra conversacion con el pastor, me habeis pedido consejo?

—Sí señora, porque segun lo que me ha dicho el tio Jaime, tal vez llegará un dia en que pueda conocer á mis parientes...

—¿Cómo?

—Escuchadme, ignoro quiénes son mis padres... Tal vez ellos, forzados por la necesidad, se vieron obligados á abandonarme de este modo...

—A menos que no se robe á una madre su hijo por violencia ó durante su sueño, la muger que le abandona... es solo un mónstruo! exclamó la señora Petra con singular exaltacion, y por la primera vez, desde que hablaba con la Coscoja se co-

lorearon sus pálidas mejillas , y sus ojos brotaron fuego.

Apenas hubo pronunciado estas palabras la madre de Martin , arrojó la Coscoja un grito penetrante , cubrió su rostro con ambas manos y cayó de rodillas exclamando :

— ¡ Perdon ! ¡ perdon !

— ¿ Qué teneis , hija !... ¿ A qué pedirme perdon ? dijo la señora Petra viendo el horror , la desesperacion , el dolor pintados en el semblante de la jóven.

De repente creyendo adivinar la causa de su turbacion , á su vez suplicante , continuó con voz desfallecida.

— ¡ Coscoja ! Perdon , á mí me toca pedirnos perdon : inadvertidamente y arrebatada por un primer impulso tal vez he ultrajado á vuestra madre. Perdonadme , niña mia , he faltado al hablar así... ¡ Dios mio ! A veces.....

una jóven... burlada... abandonada...
 pierde la cabeza.... ¿Qué quereis?....
 El temor... la deshonra!....

—Oh! sí, la deshonra, eso es... esclamó la Coscoja estremeciéndose... es horroroso... la deshonra... y despues las burlas, los desprecios.... no estando habituada á ello! ¡Oh! la deshonra, ya lo veis... moriria de vergüenza.

Al conocer la Coscoja que estas últimas palabras hicieron estremecer á la señora Petra y que fijaba su vista en ella con inquieta curiosidad y sorpresa, se apresuró á añadir:

—Ya veis, señora... que habiéndome dicho el tio Jaime que podré tal vez conocer á mi madre, mi alegría ha sido inmensa... Oh! sí, muy grande... mas he reflexionado á poco y dicho: Si llego á encontrar á mi madre... á estrecharla en mis brazos... tal vez la cubriré de deshonra con

mi presencia... porque tal vez su falta haya estado hasta ahora oculta... olvidada, y yo... su hija... seré la que hará renacer su falta, su afrenta! Y sin embargo, ver á su madre... conocerla... Oh! Dios mio!... Qué hacer, señora? Es necesario que me aconsejéis... Pero, qué teneis!... os poneis pálida..... vuestras manos tiemblan...

— No es nada, nada, hija mia..... respondió la señora Petra con voz alterada y pasándose la mano por su abrazadora frente: vuestra emocion me conmueve... ademas, recuerdos..... si supiérais, oh! qué recuerdos! Pero no hablemos mas de mí, continuemos haciéndolo de vos. Entiendo vuestras dudas, y ellas patentizan vuestro escelente corazon; decidme solamente cómo ha podido el tio Jaime daros esas esperanzas de conocer á vuestros parientes?

—Varios antecedentes que pudieran darme á conocer el secreto de mi nacimiento, se hallan, dice, ocultos en las ruinas del horno que se encuentra á orillas del estanque.

—Y cómo ha sabido él..... todo eso?

—Por un sueño.

—Un sueño! pobre niña... y á un sueño de un infeliz viejo, abatido por los padecimientos, dais tanta fé?

—Lo que él llama un sueño, señora, es un recuerdo que ha traído á su memoria, como otros muchos.

—Pero no os ha dado mas aclaraciones?

—No señora... despues de esta revelacion, agotadas sin duda sus fuerzas, ha vuelto á sepultarse en su acostumbrado silencio.

—Mas quién pudo ocultar esos objetos?

—Él.

—Y cómo llegaron á sus manos?

—Una persona desconocida se los entregó... y nada mas he podido averiguar... porque ¡ ay ! al llegar aquí le abandonó su memoria...

—Es bien singular !.... dijo la señora Petra reflexionando, mas por otra parte... nada mas fácil que averiguar la verdad... en dónde se encuentra el escondrijo que os ha designado ?

—A dos pasos de aquí.

—En un monton de ladrillos, cubiertos de musgo y yedra... allí... cerca del estanque ?

—Sí señora, aquel era en otro tiempo el horno de la alquería ; hoy se encuentra arruinado y se ha construido otro cerca de la casa.

Despues de un momento de silencio, durante el cual las facciones de la señora Petra parecian frecuentemente agitadas por vértigos nervio-

sos que hasta entonces no aparecieran... dijo á la Coscoja :

—Escuchadme , hija mia , me parece debeis al punto aseguraros de la verdad de lo que os ha comunicado el tio Jaime. Las aclaraciones que hagais deberán dictar vuestra conducta. No es este vuestro parecer?

—Sí señora.

—La hora es oportuna: todos duermen en la quinta; por qué no os apresurais á ir á reconocer el escondite?

—Vos... soleis algunas veces..... salir de noche... si quisiérais acompañarme?

—Gustosa , querida mia !

En el momento en que la señora Petra se disponia á salir , la Coscoja la cogió con viveza de la mano , sus labios se entreabrieron como si fueran á hablar ; mas sin duda , cediendo despues á la reflexion , bajó con

abatimiento la cabeza, abandonó la mano de su protectora, lanzó un profundo suspiro y murmuró:

—No... las fuerzas me faltan... no me atrevo...

—A qué no os atreveis, hija mía?

—A referiroslo todo... Y sin embargo será necesario... porque, señora, no es por mí sola..... por quien anhelo conocer mis parientes...

—No es por vos, solamente?

—Venid, venid, señora, dijo precipitadamente la jóven, como si temiese ceder á un impulso de desconfianza involuntario; venid, lo que allí encontremos me decidirá á callar ó á decirlo todo.

Ambas salieron de la habitacion, bajaron la pequeña escalera y se hallaron fuera del edificio.

El cielo estaba sereno y puro. Brillaba la luna entonces en su mayor plenitud, por cima de la negra cor-

tina de los gigantescos abetos que se perdian á la vista; un vapor blanquecino se mecia sobre las dormidas aguas del estanque, exhalaciones metafísicas que se disipaban á medida que se efectuaba la lenta ascension de la luna, cuyos brillantes reflejos formaban del estanque una inmensa superficie de argentina luz.

Profundo era el silencio.

La brisa de la tarde, agitando las cañas, ya secas por el otoño, las hacia crugir con sus continuas ráfagas.... pero cuando de tiempo en tiempo cesaba este leve movimiento á voluntad del soplo caprichoso del aire, un oido atento hubiera podido escuchar á lo lejos... bien lejos... el sordo y cadencioso ruido de muchos caballos que á galope se aproximaban poco á poco.

Las dos mugeres se hallaban demasiado embebidas en sus pensa-

mientos para notar esta circunstancia, como tambien para admirar el imponente cuanto grandioso cuadro que presentaba la naturaleza.



XV.

REVELACION.



A señora Petra y la Coscoja llegaron prontamente á las ruinas del antiguo horno : solo quedaban como restos de él dos lienzos de paredes medio ruinosos que formaban un ángulo recto. En el centro de ellos aun se veia la boca del horno groseramente ta-

pada con tejas unidas con mezcla: merced á esta precaucion, su cavidad no podia servir de albergue ó emboscada á las garduñas, á los vesos ni raposos, ni á otros implacables enemigos de los corrales. La yedra y las espinas que cubrian la fábrica solo dejaban distinguir á la brillante claridad de la luna el semicírculo de ladrillos ennegrecidos y calcinados en otro tiempo por los torbellinos de llamas que salian de su boca.

A algunos pasos de estas ruinas, situadas sobre la orilla, espesas cañas, de que todo el estanque estaba rodeado, elevaban sus ya marchitos tallos; en medio de ellas aparecia sobre el nivel de las aguas, la parte superior de una compuerta destinada á derramar en un estenso canal cubierto de juncos las aguas del estanque, cuando se queria secar para pescarlo.

La agitacion de la Coscoja aumentábase por instantes. Los diversos incidentes de este dia, aquellos recuerdos que habia misteriosamente ocultado, mas que no obstante habian causado profunda impresion en su corazon; las medias-confesiones, la turbacion de la Coscoja causaba á la señora Petra una emocion extrema; porque desde que sanara, su vida habia pasado en la calma y aislamiento mas completo. Ella atribuia á las estrañas circunstancias de la velada la especie de atolondramiento febril que experimentaba hacia algunos momentos.

—Aquí es, dijo la Coscoja deteniéndose en el ángulo que formaban los dos lienzos de la pared del horno, y señalando su boca á la señora Petra.

Esta le contestó :

—No es malo el escondite, y ase-

guro que se pasaria mil veces por su lado sin recelar nada.

—Oh !... cómo me late el corazon, dijo la Coscoja temblorosa; aquí es, sin embargo.

—Creedme, hija mia, no os alimenteis con una demasiado pronta esperanza... Pero, apresurémonos... no sé si es la frescura de la noche, añadió la señora Petra con voz mas apagada, y estremeciéndose... pero todo mi cuerpo tiembla.

Apenas habia terminado estas palabras, cuando la Coscoja, con toda la energía y agilidad de una jóven criada en el campo, se armó con el resto de una viga, pisó los escombros, llegó cerca del orificio del horno, separó la yedra y espinos, y abrió fácilmente un agujero por entre la débil pared de tierra y tejas.

De repente á lo lejos, y como si viniese este ruido de la parte norte

del estanque, resonó en los aires el chillido del águila de Sologne, chillido que, debilitado poco á poco por la distancia, se hizo casi imperceptible.

Sin embargo, hirió el oído de la Coscoja que se incorporó atenta é inquieta.

—Qué teneis? le preguntó la señora Petra que nada habia oído, qué os ha sucedido, hija mia?

La Coscoja, siempre inmóvil y silenciosa, hizo con la mano una señal suplicante á la señora Petra, inclinó la cabeza y escuchó de nuevo con ansiedad.

Nada oyó mas; ya sea que el chillido no se repitiera, ya que fuera llevado hácia otro punto por alguna ráfaga de aire, que soplando de vez en cuando en direccion contraria, casualmente habia traído hasta allí y traía de nuevo el ruido cada vez mas

cercano de muchos caballos á galope.

—Querida mia, exclamó la señora Petra con voz que demostraba su angustia y sufrimiento, os lo suplico, apresurémonos, no me encuentro buena.

Estas palabras volvieron en sí á la Coscoja: en pocos momentos practicó un agujero, suficiente para poder penetrar en la sombría cavidad, pero la señora Petra cogiéndola por el vestido, le dijo:

—Hija mia... tened cuidado... en este pais se hallan serpientes venenosas... y si algun reptil se hallase oculto en esa concavidad...

—No temais nada, señora.

Al decir esto, se deslizó de entre las manos de la señora Petra á quien se oprimió el corazon al ver desaparecer á la jóven entre las tinieblas que formaban la vieja bóveda del horno.

En aquel momento, mas no podia oirlo la Coscoja, se dejó oir de nuevo, y esta vez distintamente, cercano, penetrante, el chillido del águila de Sologne.

—Un ave de rapiña... qué triste aullido... es de mal agüero, dijo por lo bajo la señora Petra temblando.

Despues, como si estas ideas hubieran redoblado sus temores por la jóven, se inclinó hácia la entrada del horno y gritó:

—Coscoja! hija mia..... habladme.

—Busco en todas direcciones, á lo largo de la bóveda..... y nada encuentro..... contestó tristemente la jóven.

—Estaba de ello segura, pobre niña, dijo la señora Petra.

Despues aplicando el oido hácia el lado de donde venia el viento, añadió á media voz:

—Es singular... se diria que se

acercan muchos caballos á galope.

Escuchó de nuevo y continuó:

—Son sin duda los potros de alguna quinta vecina, que permanecerán de noche en el prado, y retozan á la claridad de la luna.

De repente la jóven dió un grito penetrante.

—Qué hay? dijo la señora Petra horrorizada.... respondedme en nombre del cielo.

—He hallado una cajita.

Y casi al mismo instante, la jóven palpitante con su inesperada alegría, apareció á la entrada de la bóveda.

Un pintor hubiera de esta escena sacado asunto para un cuadro original y admirable.

La viva claridad de la luna iluminaba á la vez á la Coscoja puesta de rodillas á la entrada del horno y que traía entre sus brazos la cajita, las verdes hojas de yedra y las purpúreas

malezas del semicírculo cubierto de sombras entre las cuales resplandecía, inundado por una luz blanquecina, el rostro de la jóven, inmóvil, arrodillada, los ojos inundados de lágrimas y con una espresion de inefable esperanza.

Apesar de su agitacion, de sus inquietudes, y de la curiosidad mezclada de interés que le inspiraba el descubrimiento de la Coscoja, permaneció la señora Petra algunos momentos muda á la vista de tan delicioso cuadro.

—Gracias os doy, Dios mio; no me habia engañado el tio Jaime y tal vez voy á encontrar á mi madre! dijo la Coscoja con voz palpitante de emocion, despues de lo cual, dió un salto, se puso al lado de la señora Petra y añadió:

—Hé aquí el cofrecillo.

Solo era digno de atencion en el

cofre, su forma bastante elegante; su base era redonda y plana y ovalada su tapa; en algunos pedazos de tela que perdonára la incuria del tiempo y la humedad, se conocia habia estado forrado con sarga verde, sujeta á la madera con clavos pequeñitos de cabeza de metal, corroidos entonces por el verde cardenillo: debió aquel cofrecillo haber servido de estuche de coser, poco más ó menos semejante con el que anteriormente hemos visto en la habitacion de la señora Petra, cerca de su sillón.

Las cabezas de los clavos que aseguraban la sarga en su tiempo, despues de formar algunos toscos arabescos sobre la tapa, se centrizaba en letras, que decian:

PETRA MARTIN.

A la vista del cofrecillo la señora

Petra quedó estupefacta, y como tratando de reunir sus recuerdos; mas bien pronto al leer al brillante resplandor de la luna, un nombre que era el suyo, lanzó involuntariamente un grito.

—Dios mio! dijo la Coscoja, qué teneis?

La señora Petra sin responderle, tomó el cofrecillo para examinarle mas de cerca, y con temblorosa manosa, hosca mirada y voz entrecortada, exclamó sin atender á la presencia de la Coscoja:

—Es él.... es el mio... cómo le encuentro aquí? Lo habia llevado... á aquella... lo recuerdo bien... sí, á aquella casa... en donde se me condujo cuando aun no estaba enteramente loca.

—Vos... loca?... exclamó horrorizada...

—A aquella casa, continuó la se-

ñora Petra cada vez mas estraviada, á aquella casa en donde se me encerró tan largo tiempo, y que cuando salí... curada... lo recuerdo bien... pregunté... por este estuche... y otras cosas tambien... que guardaba, oh! que guardaba como reliquia, y me respondieron... que no entendian... lo que queria decir...

—Este cofre... os pertenece? exclamó la Coscoja, y en aquel momento una idea de loca esperanza pasó brillante por su imaginacion; si la señora Petra fuera mi madre! pero bien pronto recordó, que pocos momentos antes esta se habia lamentado de no haber tenido una hija.

No atreviéndose á hablar, aguardaba la Coscoja con inesplicable ansiedad, la aclaracion de este misterio.

La señora Petra habia colocado el cofrecillo encima de unos escom-

bros. Poniendo entonces en juego, no sin dificultad á causa del orin, un pequeño resorte casi imperceptible, que cerraba el estuche, lo abrió y sacó de él un viejo chupador de hueso, guarnecido de cascabeles, semejante á los que usan los hijos de los pobres.

—Su chupador!... exclamó la señora Petra, el chupador de mi hijo! lo creia perdido... qué dicha! lo he hallado...

Y despues de haber cubierto este juguetillo de besos entusiastas, volvió á colocarlo en el estuché; tocó despues su vez á una pequeña cartera de tafilete, guarnecida de adornos de plata ennegrecidos por el tiempo, y entre los cuales figuraba una corona de conde.

—La cartera... que dejó caer una vez su padre!... dijo, y que contenia aquellas cartas, aquellas funestas

cartas!... tambien están aquí los busos de madera esculpidos... por el pobre Claudio, el mejor, el mas desgraciado de los hombres. Oh, qué felicidad! mis queridos tesoros, mis sagradas reliquias, tan largo tiempo lloradas... os vuelvo á hallar!...

Y la infeliz cubria de lágrimas y besos aquellos obgetos con una exaltacion febril y peligrosa, pues que á sus sollozos bien pronto se siguieron movimientos convulsivos.

—Pero... esto... yo no lo habia dejado aquí, dijo de repente.

Y cogió entre sus manos una tosca bolsa de piel, que sin duda pasada de la humedad, al levantarla se rompió en fuerza del peso que contenia, y gran número de monedas de oro cayeron á sus piés.

—Oro!... exclamó con sorpresa, que cada vez iba en aumento, y añadió:

— Un pergamino!...

En efecto, hallábase liado á la bolsa un amarillento pergamino arrancado evidentemente de algun libro viejo.

— Tiene algo escrito!...

— Leed... oh!... leed... murmuró la Coscoja, cuyas ideas empezaban á confundirse en presencia de tan inesperados acontecimientos.

Merced á la esplendente brillantez de la luna, pudo leer lo que sigue:

«Este cofrecillo, y lo que en él se encierra, pertenece á la madre de mi hija que hoy cuenta cinco años... Me veo obligado á espatriarme y á abandonarla... la confio á un hombre fiel... Estos obgetos ayudarán un dia á mi hija, á encontrar á su madre si lo juzgo oportuno.... mas adelante daré nuevas instrucciones... Pero como tal vez haya sido bien pronto asesinado, estas palabras escritas me servirán de testamento... y en este testamento voy

á hacer una confesion que ha largo tiempo me oprime.»

«Yo que todo lo he arrostrado y despreciado... en este instante experimento un cruel remordimiento... He cometido un crimen atroz... que carece de nombre... es necesario que comience á espialarlo..... dando á conocer al que debe leer... esto... y que...

Al llegar aquí, se detuvo: la humedad habia penetrado y manchado el pergamino, muchas de las palabras estaban casi ilegibles y otras enteramente borradas, de suerte que sus últimas líneas no podian entenderse; sin embargo la señora Petra, cuya exaltacion iba cada vez en aumento, continuó arrebatada por una anhelante curiosidad, leyendo estas incoherentes palabras, como si ellas formáran un sentido completo.

«Era mene... pero..... da... resolu... la noche... fuí introducido por...

loca... pero tan bella y..... quer.....
 tambien..... horror de mi... al alba...
 entonces..... arrebatado..... l.....
 cofr.... sav..... me ha perseguido
 en todas partes hasta.....»

«Vuelto á..... para llegar... mi hi-
 ja.... la madre siempre loca no sa-
 biendo..... yo le sustrage.....
 nadie podrá decírselo... y... cuando
 ella haya.... por mi..... y tam..... y
 el nombre de..... á..... hija.....
 y el... mio.....»

El pergamino cayó de entre las
 manos de la señora Petra.

Esta nueva y terrible sacudida
 volvió, si así puede decirse, el natu-
 ral equilibrio á sus sentidos... á ma-
 nera de un edificio que arrancado de
 su base por una oscilacion profunda
 de la tierra, torna momentáneamen-
 te á su lugar por otra contraria os-
 cilacion, hasta tanto que una última
 le destruye con estruendo.

Por mas incompleto que fuera el sentido de aquellas palabras medio borradas, entendi6 Petra Martin bien pronto su significado... Un infame... herido por su infortunada belleza, habia abusado de su estado de insensatez: la Coscoja era el fruto de tan horroroso crimen, y ella, la sefiora Petra, habia sido madre sin escrúpulos, ni recuerdos.

A tan tremenda revelacion, el maternal corazon de esta desgraciada solo experiment6 un sentimiento, una alegría inmensa..... divina... tenia una hija... una hija... que podia estrechar contra su corazon.

Dominada por ese pensamiento, tendió los brazos á la Coscoja y exclam6:

—Sentia que iba á volverme loca no ha mucho... mas ahora ya nada temo..... Ven, ven, hija mia... tú me devuelves la razon...

Y la infeliz no mentia: hay situaciones dadas en las que una madre no quiere ni puede volverse loca.

—Vos!... mi madre!... exclamó llena de estupor la Coscoja, demasiado sencilla para penetrar el odioso sentido de las medias palabras que su madre habia leído en el mayor desvío...

—Sí, tu madre, yo soy tu madre, decia la señora Petra sollozando y llenando á la Coscoja de besos y caricias; lo demas ya nada nos importa... mira! tú eres mi hija..... qué mas nos hace falta? Oh! Dios mio!... y yo que no ha mucho decia: hubiera sido tan feliz con poder adorar á un hijo y á una hija... tenia un hijo ya..... Oh! un hijo sin par!... oh! cuánto amarás tú á tu hermano!

—Una madre! un hermano! murmuraba la Coscoja devolviendo á su madre lágrimas por lágrimas, caricias

por caricias, felicidad por felicidad.

Estremecióse de repente Petra Martin, y dijo con voz muy baja á la Coscoja, á quien tenia entre sus brazos:

—Te llaman!

—A mí, madre mia?

—Sí... mira, escucha...

En efecto, al traves de sables arastrando, pisadas de caballos, y gritos confusos, tumulto que iba en aumento y que ni Petra Martin ni su hija habian percibido, ahondadas hasta entonces en sus sensaciones, sobresalia la aguda y magistral voz de monsieur Beaucadet.

—Es preciso dar con la Coscoja, decia el sargento de gendarmes: en nombre de la ley que nadie debe ignorar, dónde está la Coscoja?... vengo á prenderla.

Es imposible pintar el movimiento de maternidad salvaje con el cual,

al oír á Mr. Beaucadet, la señora Petra estrechó á su hija contra su seno, acurrucándose en el ángulo formado por las dos paredes del horno, que proyectaban sombra asaz fuerte.

—Prender... á la Coscoja! gritaba la viril y escelente Robin.

—Os habeis vuelto loco... Mr. Beaucadet?... Prender á esa pobre-cilla! al ángel tutelar de Sologne!

—Dice bien, añadian los mozos del cortijo, prender á esa pobre-cilla... y por qué?

—Porque se la acusa de infan-ti-ci-dio, contestó Beaucadet en tono magistral, cortando las sílabas segun acostumbraba.

—Qué diablos murmurais? repuso la Robin; vaya, vaya, nos hablais en vuestra gerigonza.

—En otros términos, atajo de necios... contestó desdeñosamente el

sargento ; se prende á la Coscoja porque se le acusa de haber matado á su hijo.

Apenas acabó Mr. Beaucadet, dos gritos desgarradores partieron del ángulo formado por las ruinosas paredes del horno.

Con rapidez igual á la del rayo, apenas vió la Coscoja que Beaucadet se dirigia donde estaba ella con su madre, escapóse del convulsivo lazo con que su madre la sugetaba, y de un salto atravesó los escombros del horno, y desde aquella altura se precipitó en el estanque.

Cuanto acabamos de referir habia pasado en menos tiempo del que nosotros necesitamos para escribirlo.

Así que Beaucadet seguido por los gendarmes y mozos del cortijo, llegó al ángulo formado por las dos paredes cuya elevacion habia impedido ver la funesta accion de la Coscoja,

no encontraron mas que á Petra Martin.

— Con la cabeza caída, los brazos estendidos, contraídas las manos, fijos y medio cerrados los ojos, apretados los dientes, hallábase la desdichada madre en un espantoso paroxismo nervioso.

— Señora Petra... gritó la Robin precipitándose de rodillas junto á ella para suministrarle algunos socorros mientras los gendarmes la rodeaban.

— La Robin!... socorro! gritó de repente una voz que partia del otro extremo del horno.

Era esta de un mozo del cortijo, quien oyendo el ruido que hizo el cuerpo de la Coscoja al caer en el agua, habia corrido á la orilla del estanque en tanto que los demas actores de esta escena se dirigian hácia las ruinas.

— La Robin!... repitió el mozo.

La Coscoja se ha tirado al estanque... entre los juncos hay uno de sus pequeños zuecos... pronto! socorro, desengancha el bote... quizás se la pueda salvar aun.

Mientras se transporta á Petra Martin, que habia perdido el conocimiento, al cortijo, desenganchóse el bote, recorrióse en todas direcciones el estanque, y lo sondeó la Robin ayudada por mozos y gendarmes...

El cuerpo de la Coscoja habia desaparecido.

Prorumpiendo en sollozos, llevóse la Robin el zueco de la jóven cual si fuese preciosa reliquia..... volviendo luego en sí de repente dijo la muchacha:

—Somos unos estúpidos en llorar... una criatura hechizada como la Coscoja no muere... La volveremos á ver.

Despues de haber entablado proceso verbal sobre el suicidio, montó Beaucadet á caballo y se dirigió, metiéndole espuela, al castillo del conde, á fin de participarle tan funesta nueva.

Algunos momentos despues, el veterano que en todo el transcurso de aquel dia habia dado señales de impaciencia por la ridícula importancia que Beaucadet se daba, dijo á media voz dirigiéndose á su compañero y señalando al sargento:

—Hace muy poco que lo he visto... lloraba al montar á caballo..... vale mas así... siempre le habia creído con mas necesidad que mal corazón.





XVI.

LA MADRE Y LA HIJA.



IENTRAS pasaban los anteriores acontecimientos en el cortijo del Enebro, otras eran las escenas que habian lugar en la quinta de la Sabloniere, residencia de madama Wilson.

De vuelta á su casa, despues del malhadado dia de caza, se habian madama Wilson

y su hija metido en sus cuartos sin acordarse de la comida; no así monsieur Dumolard que apenas vuelto en sí del audaz ataque de Bamboche, opinaba con respecto á su estómago (que en aquel entonces encontraba muy vacío, merced á los sucesos de aquella mañana) de muy distinto modo que su hermana y sobrina. Por esto sin duda se hallaba muellemente sentado ó mas bien tendido en una butaca calentándose en la chimenea, y se hacia servir una comida digna de un padre *general*.

Acababa Rafaela Wilson de acostarse cediendo á los ruegos de su madre; una doncella de la jóven estaba á la cabecera. La señorita Isabel, de unos treinta años, no era linda, pero tenia cara espresiva é inteligente, hermosísimo pelo, ojos brillantes, delicadas manos, torneado pié y un talle de suma elegancia

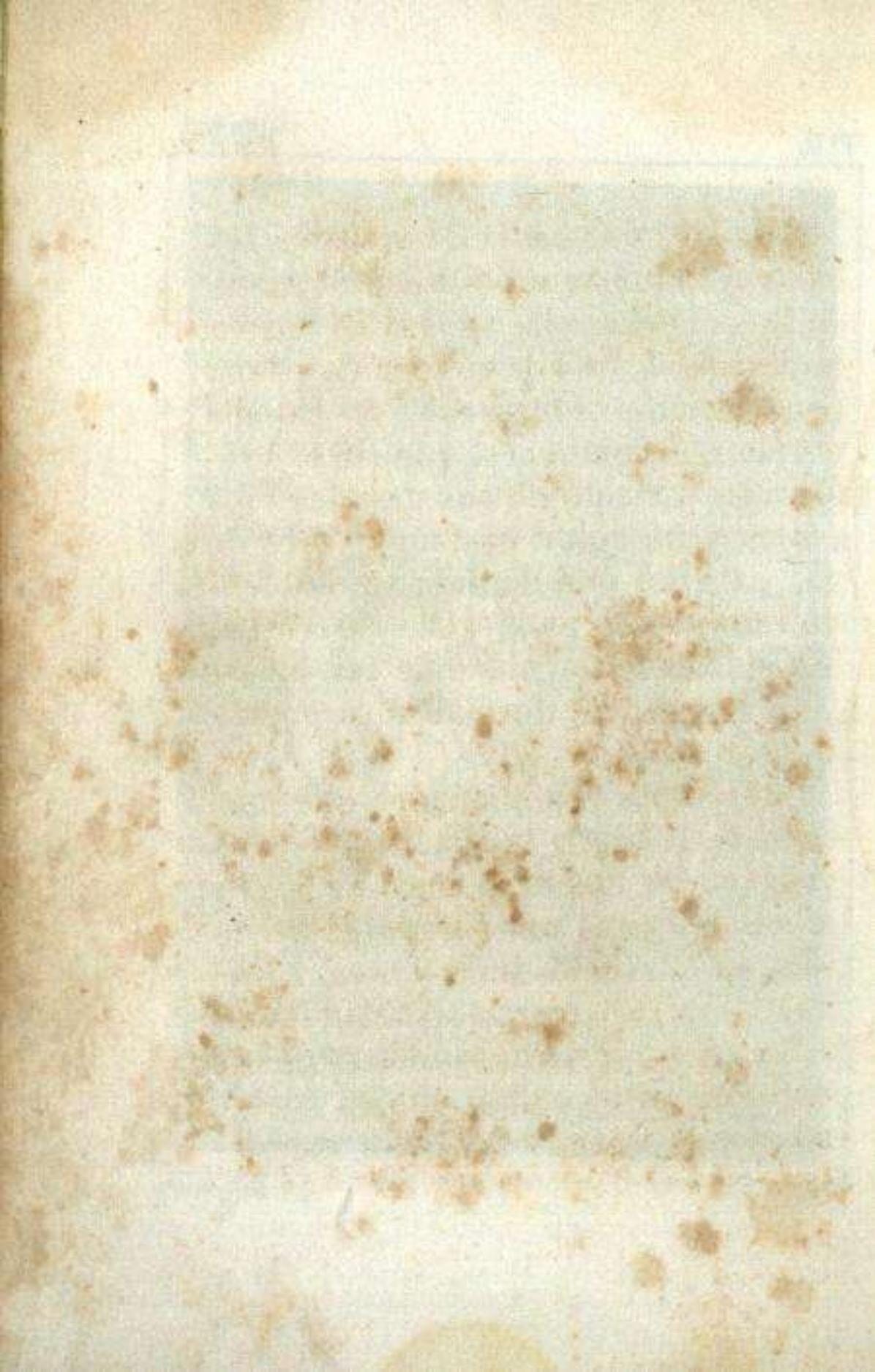
y esbeltez, realzado por un vestido negro muy sencillo pero de admirable hechura. Tan sorprendida como triste parecía estar la señorita Isabel notando el aire abatido de sus dos amas. Hizo madama Wilson una seña á la doncella, y esta salió de la habitación.

Madre é hija quedaron solas.

Ricos tapices de Persia en los que lucian grandes ramos de coronillas reales en campo blanco, adornaban el cuarto de Rafaela contiguo al de su madre; una luz medio velada por un globo de cristal de transparente opacidad, alumbraba la mitad de la estancia.

Habia trocado madama Wilson su trage de amazona por una bata de cachemir gris de lino, bordada con cordoncitos color de rosa claro, tegido fino y esponjoso que dibujaba los contornos de su cuerpo encantador.





Sentada en la orilla de la cama, tenía con inquieta solícitud una mano de Rafaela entre las suyas. El rostro hechicero de la hija cuyo cutis estaba generalmente sonrosado, se hallaba tan alterado entonces, que sin el brillo calenturiento de sus grandes ojos azules y el color castaño oscuro de sus cabellos ondulantes, se hubiese confundido la palidez de su rostro con el blanco de nieve de las blondas y batista que formaban su gorri-
to de dormir.

Interesante era el cuadro que presentaban la hija y la madre jóven, ó mas bien las dos hermanas, en la posición descrita; una luz dulce arrojaba su claridad incierta en aquel cuarto tapizado por ricas telas llenas de flores, é impregnado todo él de ese perfume inseparable que se siente hallándose cerca de mugeres elegantes y de gusto.

Esta era la vez primera que despues de la caza se hallaban solas las dos jóvenes.

—Sufres mucho... pobre angelito? preguntó madama Wilson á Rafaela.

La joven contestó con un suspiro doloroso, acompañándole de una trisísima mirada.

Cogió madama Wilson con sus dos manitas la cabeza, besóla muchas veces la frente y le dijo:

—Tú sufrir... ángel mio... tú..... oh! no sé lo que es tener ódio hasta ahora... pero el que te cause la menor pena... puede contar que mi animosidad será implacable...

La viva cuanto agasajadora fisonomía cambióse totalmente al hablar del ódio que sentiria, sus ojos alegres y serenos siempre brillaron con sombrío fulgor, su boca, asiento de agradable sonrisa, se contractó; hin-

cháronse las venas de su frente; y en fin fué tan amenazadora la espresion de su rostro, que Rafaela asustada exclamó:

—No le aborrezcas... mamá.... le amo tanto...

A estas palabras de Rafaela, revelacion de su incurable amor, ocultó madama Wilson por un movimiento brusco su rostro con las manos, y prorumpió en crudo llanto.

—Madre mia... mi querida madre... te rasgo el corazon, exclamó la jóven arrojándose al cuello de madama Wilson. Oh! cuán baja soy... cuán infeliz... él no me ama ya quizás, y yo..... yo te despedazo el alma.....

—No te ama ya! exclamó la madre enjugando bruscamente sus lágrimas con su mano! no te ama ya! y sus pálidas mejillas se tornaron purpúreas á causa de su indigna-

cion... Tú... tú... sufrir semejante desprecio... Tú, hermosa entre las hermosas... tú, hermosa... oh! sí, hermosa hasta realizar lo imposible, lo ideal... añadió madama Wilson levantando la voz, animada por el loco orgullo del amor materno; después de algunos momentos de silencio, añadió: él... no amarte mas! Tú ignoras lo que me ha costado... Interrumpióse madama Wilson; impedida por su primer movimiento iba á descubrir un secreto á su hija, secreto que queria ocultarle; apresuróse pues á añadir:

—No, no sabes tú cuántas inquietudes me ha costado ese amor..... Tranquilízate pues... ídolo mio.

—Ah! madre mia; somos novios desde nuestra salida de París... Y ya habeis visto... hoy ni una palabra, nada... algunas galanterías de costumbre; apenas se curaba de mí.....

distraído, indiferente siempre; oh! y esa indiferencia nada es en parangon de la escena... horrible, en la cual ha manifestado, cual lo hace siempre, tanto valor y tanto desden!... oh! esa muger... esa campesina... esa es el objeto de su amor. Vé aquí por qué no me ama ya... él la ama... y ella ha muerto á su hijo!... gritó Rafaela con acento en el que se marcaban ódio, celos y desesperacion indecible.

Prorumpió la pobre en crudo llanto luego, y se arrojó en brazos de su madre ocultando su hermoso rostro en su seno.

—Ah! compadecedme... despreciadme, repuso; apesar de todo, le amo... le amo siempre... quizas le amo mas ahora porque nunca me ha parecido tan hermoso como entonces; solo, tan jóven, tan débil, pero intrépido desafiaba desdeñosamente

la furia de los labradores que le amenazaban... sí..... madre mia..... maldecidme, añadió Rafaela levantando la cabeza y estendiendo las manos hácia su madre con suplicante ademán: maldecidme!... porque vos no lo sabeis todo...

Con brusco movimiento se incorporó madama Wilson, y con penetrante é inquieta mirada trató de conocer el pensamiento de su hija.

—He abusado de vuestra ciega ternura... de vuestra confianza sin límites... repuso Rafaela con abatimiento sumo.

Estremecióse madama Wilson al oír estas palabras, y el primer movimiento en ella fué retroceder y abandonar las manos de Rafaela; pero avergonzándose luego de haber podido poner en duda la conducta de su hija, á pesar de ver que esta se acusaba le dijo:

—Abusar tú de mi confianza?...
No te creo... no, angel mio...

Pronunció madama Wilson estas palabras con tamaña serenidad, que la jóven quedó muda y petrificada...

—No, tú no pudiste abusar de mi cariño! tu corazon cándido y bueno exagera alguna tontería... cual te exagera la frialdad de Escipion!.... Por lo demas, picaruela, añadió madama Wilson poniendo con suma gracia su rostro en contacto con el de su hija, concluirás por volverme tan miedosa como tú, porque cuando no ha mucho dijiste: *No me ama ya!* temblé... unos instantes... hacerme dudar de tí!... del poder infinito de tu belleza, de la adorable influencia de tu talento y de tu corazon... mira, no podria perdonarte... Vamos, señorita, venid acá á ver si con un par de besos cierro esos bellos ojos que tan mal ven las cosas y que tan malos

jueces son del amor del vizconde.

Y madama Wilson apoyó sus rosados labios en los blancos párpados de Rafaela.

Esta era la primera vez que la jóven admiraba dolorosamente el lenguaje de su madre.

La confianza y tranquilidad de madama Wilson despues de los incidentes de aquel dia, incidentes que tanta pena vertieron en el corazon de la jóven, llenaba de inquietud y sorpresa á Rafaela.

—Perdóname, madre mia, dijo al fin con cierto embarazo, si me admira verte dar tan poca importancia á todo lo que ha pasado hoy... y...

Interrumpió madama Wilson á su hija y con acento grave y tierno á la par:

—Escucha, querida mia, nosotras somos dos hermanas... voy á hablarte como muger casada... á tí, que

no tardarás en ser la esposa del hombre á quien adoras. Mira, hija mia, es preciso tomar el mundo tal cual es... las cosas como son. Tú te asustas... sufres de lo que llamas indiferencia ó frialdad en Escipion. ¿Qué quieres? Es un jóven de su siglo... de su época. Aunque muy jóven todavía, afecta..., y se lo he echado en cara delante de tí, sarcasmo y desdeñosa indiferencia por toda sensación de ternura. Se creeria parecer ridículo si debiese manifestar toda la solicitud de un novio... Y examinándolo á fondo, qué son estas afectaciones? apariencias... esterioridades..... que en nada alteran el amor profundo y santo que te profesa..... sí, porque te ama mas de lo que tú crees.... Además debo yo, yo que sé lo que tú vales, lo que tú eres... defenderle contra tus funestas dudas... ídolo mio... Elegiste

á Escipion , y le quieres tanto que estuviste á la muerte. Me hizo pedir tu mano por conducto de su padre... no será tu modesto dote lo que le haya seducido... mi fortuna es muy parca..... y cuanto posee tu tio está impuesto en renta vitalicia...

—Madre mia...

—Dios mio! hija de mis entrañas, conozco que todas las razones que me obligas á darte á fin de convencerte, son odiosas y mezquinas... Mas puesto que me privas de una confianza legítima, fuerza me es entrar en esos detalles por repugnantes que sean.

—Ah! madre mia, no son tan solo faltas de asiduidad las que me han hecho sufrir hoy...

—Te comprendo; piensas en ese fatal descubrimiento... en ese desgraciado niño... sobre este asunto, debo tambien hablarte como hermana... como amiga.. ó mas bien cual

madre que deja á un lado toda reserva, toda gazmoñería, puesto que se trata de instruirte y no de engañarte... Escipion vino aquí el año pasado con su padre, solo... no te conocia... Entregado al ócio de la vida campestre, encontraria á esa jóven y la enamoraria. Ella le habrá escuchado.. ya sabes lo demas... ahora mirándolo moralmente es una cosa mala, malísima... pero segun los juicios del mundo... de ese mundo en el cual tú y yo vivimos, lo de Escipion es lo que se llama un pecadillo de jóven... mañana sabrá todo Paris que Escipion ha tenido por querida una aldeana, sabrá el desenlace trágico de sus amores y sin embargo nadie cerrará la puerta de su casa al vizconde, no habrá muger ni hombre alguno que le reciba con menos amabilidad por eso... Aun mas, hija mia, ningun padre, ninguna madre le rehusará la

mano de su hija. Bien veo que todo esto te admira un poco, querida mía; pero hablándote ahora el lenguaje que cuando estuvieses casada oirias á los quince dias, haciéndote ver, en fin, las cosas bajo su verdadero punto de vista, hago justicia á la funesta idea que turba tu reposo.

—Así pues, mamá, dijo Rafaela con alterada voz palideciendo y temblando de piés á cabeza... así pues... en el mundo... no hay piedad alguna para la joven... seducida... abandonada... nadie condena al seductor.... nadie lo reprueba... todos le tienden la mano como siempre; en tanto que ese mundo cubre de baldon... de desprecio... á la víctima infeliz...

—Pobre angelito, esto es cruel, no cabe duda... injusto... fatal... mas qué quieres? Así es el mundo y es preciso tomarlo tal como es. La penosa escena que hemos presenciado esta ma-

ñana, vista bajo el prisma social, no tiene, bien lo ves, la triste influencia que tú le atribuyes... si es con respecto á tu felicidad futura, es aun menor su importancia.... porque un año atras, Escipion no te conocia... y te lo repito... ha hecho muy mal en seducir á esa jóven... pero en fin... por qué fué tan débil?... por qué no tuvo ella bastante virtud y bastante valor para resistir?... Es un castigo justo... de...

—Oh!... basta, basta, exclamó Rafaela interrumpiendo á su madre, es preciso ser muy baja! Oh! sí, mucho... porque oír esto y callarme... es ser infame.

Y dirigiéndose luego á madama Wilson, casi fuera de sí y con voz profundamente alterada, le dijo:

—Mira, madre mia... no debes hablar con tanta dureza de... las jóvenes seducidas...

—Rafaela... amor mio... qué tienes? Ese temblor!... ese mirar!

—Os digo, madre mia, que es preciso ser indulgente y compadecer á las jóvenes seducidas.

—Tu palidez aumenta... me asustas...

—Compadeced... Ob! compadeced de veras... á las infelices que no han tenido ni la virtud... ni la fuerza suficiente para resistir... á Escipion... lo ois, madre mia! lo ois?

—Cálmate.... Rafaela!.... vuelve en tí...

—El cielo os castiga, madre mia.

Esa desdichada á quien Escipion sedujo... era pobre... no tenia apoyo alguno... repuso Rafaela con horrible sarcasmo; por eso vos habeis dicho, como dirá el mundo, qué importa!... desprecio á la víctima... gloria al seductor!

—Rafaela !!!

— Su hijo ha muerto... ella morirá quizás también... quién se cura... de semejante muger? Un pecadillo del vizconde Escipion... Esto habeis dicho vos, madre mia... esto... y el cielo os castiga...

— Oh! Dios mio! Dios mio!

— Eco de un mundo egoista y cruel, no habeis tenido piedad alguna para la jóven aldeana... para la hija de las selvas... Y yo... yo, os digo que el cielo os castiga en vuestra hija... madre mia...

— Qué dices?

— Digo que también yo he sido culpable... mas culpable aun que esa desdichada criatura, porque yo no estoy sola, abandonada como ella.... Tengo una madre tierna... una madre adorada... de quien no me he separado desde mi infancia... Pues bien! yo engañé... á esa madre... á esa tierna madre...

—Oh! calla, calla...

—He abusado villanamente de su confianza...

—Rafaela... no sabes lo que te dices... estás loca... Rafaela, vuelve en tí!...

—No, no estoy loca... gritó casi en delirio la jóven; mas me volveré loca... si la vergüenza no me acaba antes...

—La vergüenza!

—Tampoco yo! tampoco yo he sabido resistir á Escipion!...

—Desdichada!...

—Qué importa?... Un pecadillo, una locura juvenil del vizconde Escipion... no es verdad, madre mia?... no es verdad que así lo dirá el mundo? murmuró la infeliz, cuyas fuerzas se habian agotado ya, y cayó sin movimiento en la cama ocultando su rostro entre las manos.



XVII.

AMOR DE MADRE.



ORTOS instantes han transcurrido desde la terrible revelacion de Rafaela, revelacion que hizo indudable el acento moribundo de la jóven.

Mas antes de anudar nuestro relato, digamos algo sobre madama Wilson.

Esta muger idolatraba á su hija; no tardaremos en dar abundantes

pruebas de esa idolatria ciega, apasionada y casi heróica.

Las personas que conocen lo que se llama vulgarmente *mundo*, y que lo han visto tal como es, tal como lo han hecho las consecuencias y necesidades del órden social presente, encontrarán quizás fuera de lugar el lenguaje de madama Wilson al hablar á su hija con respecto á la seducción de la Coscoja, pero este lenguaje es en sí conforme en un todo á las ideas, costumbres y tradiciones de este mundo.

Madama Wilson tenia sus razones, y razones escelentes, considerándolas bajo su verdadero punto de vista, para haber pintado la sociedad á Rafaela con tan crudos colores.

La pasión de la jóven habia nacido y llegado á su apogeo durante un viaje que madama Wilson hizo á Inglaterra con objeto de arreglar al-

gunas deudas que su marido, banquero americano, muerto en estado de quiebra, habia dejado pendientes. Por eso madama Wilson no habia podido escudar a su hija contra la passion tan loca y frenética que á su vuelta la habia puesto al borde del sepulcro...

No trató ya entonces madama Wilson de examinar ó discutir si el objeto que habia despertado aquel amor insentato era digno de él. Quiso ante todo salvar los dias de su hija casándola con el vizconde Duriveau. Ese casamiento presentaba increíbles dificultades, dificultades que para vencerlas fué menester toda la astucia, toda la fuerza de voluntad de madama Wilson... y sobre todo le fué preciso resignarse á un sacrificio admirable...

En una palabra, estaba demasiado envanecida madama Wilson de las ra-

ras calidades de Rafaela para no darlas una influencia irresistible y para no creer que Escipion ocultaba un amor verdadero, bajo una frialdad aparente y calculada... además Rafaela le amaba con ardiente frenesí, frenesí que podía matarla; por eso madama Wilson debia calmar los temores de su hija y tranquilizarla á todo precio, sobre un amor que formaba la vida de la jóven.

Tal habia sido la línea de conducta que habia seguido madama Wilson con respecto á Rafaela, hasta el momento en que esta acababa de hacerle una confesion penosa, pero completada luego por las siguientes revelaciones:

Habia el vizconde Escipion dado una cita á Rafaela pocos dias antes de que madama Wilson partiera para Inglaterra, y la jóven aprovechando un momento de libertad, acudió á la cita.

Rafaela y su madre permanecían mudas, tristes y anonadadas; apoyado el codo en el brazo de un sillón, parecía estar madama Wilson sumida en un dolor profundo; la infeliz fijaba sus miradas en Rafaela, miradas llenas de tristeza, piedad, amor é indulgencia...

Pálida, la cabeza baja, la vista fija y las manos cruzadas encima de las rodillas, se hubiese creído á Rafaela inerte, insensible... anchas lágrimas rodaban de tiempo en tiempo, y como desprendiéndose solas sin que un gemido las acompañára, por las mejillas de la jóven, blancas y frias como el mármol.

— Rafaela, dijo de pronto madama Wilson, pobre hija mia... escúchame...

A estas palabras que revelaban la ternura é indulgencia infinita del amor de madre, estremeciósese la jó-

ven y llenó de besos á la par que regó con lágrimas las manos de madama Wilson.

—Levanta la cabeza... ángel mio... cálmate... apenas puedo yo contener mi emocion... Tengamos valor... hablemos de tí... de nosotras...

—Os escucho, madre mia, dijo Rafaela procurando contener sus lágrimas.

—Como ves, somos dos mugeres solas, aisladas, y no podemos aconsejarnos sino de nosotras mismas; ya sabes lo que se puede esperar de tu tio.... nosotros debemos pues, querida mia, tomar una resolucion para el porvenir... Dijiste la verdad..... Dios me ha castigado por la crueldad con que hablé de la hija de las selvas... Dios me ha castigado... mas ciña á mí su castigo y le bendeciré... Un momento há me parecian sin fundamento alguno tus dudas con res-

pecto á Escipion... ahora me parecen insensatas, porque ahora me esplico á mí misma la aparente frialdad del vizconde..... esa frialdad era un deber que él se imponia en el interés de entrambos.

— Ah! madre mia, contestó muy abatida Rafaela, cuando Escipion se halló enfrente de aquel niño muerto, que era su hijo... su mirada era enjuta y arrogante..... Este recuerdo me anonada... me hace dudar de su corazon, y sin embargo, conozco que aun le amo. Si ahora faltase él á su palabra... él, dueño de mi honor y de mi corazon... Oh! ves, madre mia, este pensamiento es horrible!... horrible!... si el desprecio!... el abandono...

— Despreciarte!... abandonarte!... á tí!..... segun eso habré muerto yo!... exclamó madama Wilson con increíble energía. Oh! no, no, tran-

quilízate, hija mia. Escipion cumplirá su promesa... la cumplirá, porque te ama... la cumplirá..... porque es preciso que la cumpla, porque, oyes, no hay poder humano..... capaz de impedir este enlace...

—Ah! madre mia, si conociéseis el carácter inflexible de Escipion! Oh! si no me ama ya, nada le impedirá abandonarme, murmuró la jóven con doloroso abatimiento.

La ansiedad de Rafaela, la alteracion creciente que se marcaba en su fisonomía, desgarraban el corazon de madama Wilson. Conociendo esta la escesiva sensibilidad de la jóven, habia visto á su hija moribunda de amor, y queriendo hacerla entrever un porvenir risueño, se resolvió á hacerla una revelacion que hasta entonces habia tenido oculta por la modestia de su maternal adhesion.

Algunos instantes permaneció in-

decisa madama Wilson, no se atrevia á hablar, su rostro revelaba cuánto su corazón sentia, mas al fin se resolvió y dijo á su hija:

—Contéstame, ángel mio.... supón por un momento que antes de ceder á la pasión que te arrastró á tu delirio, un amigo... tu madre... te hubiese apartado del principio diciéndote: olvida tu amor.... lo hubieras olvidado?

—No, madre mia, primero la muerte.

—Y si ahora fuese preciso que olvidáras tu amor y que no pensases mas en esa unión?...

—La vergüenza y el dolor me conducirían al sepulcro.

—Sí, pobre niña mia, te creo, serías víctima de tu amor... pero yo te defenderé, yo te infundiré valor, yo te contaré diferentes sucesos que te animarán, que te darán fuerzas para

soportar la existencia ; te haré ver, hija mia, que tu matrimonio con Escipion no puede romperse, aun cuando él mismo se empeñase en ello; fijate bien en eso! ahora te explicaré lo que yo he hecho para asegurar ese casamiento, y...

—Cómo, madre mia!

—Sí, verás que si he vencido dificultades, al parecer insuperables, sabré ganar este pequeño combate... me miras atónita, bien mio... te lo contaré todo, aunque, á la verdad, me cuesta, porque eran cosas que tú debias ignorar siempre...

Volvió á callar madama Wilson unos pocos minutos, y al fin prosiguió espresándose con noble orgullo.

—Debo yo ruborizarme, porque te voy á confiar los sacrificios que me ha inspirado mi corazon de madre. Te acuerdas que despues del falleci-

miento de tu padre hice un viaje á Inglaterra, con el objeto de realizar, si era posible, algunos créditos dudosos y de mucha entidad, que si lograba recoger debian asegurarte un dote de consideracion, el cual seria sin duda un elemento de felicidad para tí, pues en la actualidad solo el dinero vale algo. Entre las personas que tuve que ver para mis asuntos, conocí un tal sir Francis Dubiey... á quien no dejaban de interesar mis reclamaciones, visitéle á menudo para tratar de ellas, y entonces pude apreciar el carácter noble, la delicadeza de sentimientos, la lealtad caballeresca de sir Francis; naturalmente, pronto nos profesamos la mas tierna amistad, y muy en breve conocí que otro sentimiento aun mas vivo llenaba mi corazon; y este descubrimiento, lejos de atormentarme, me llenó de gozo, pues yo era

digna del amor que inspiraba á un hombre tan distinguido ; ambos eramos libres..... y mi dicha podia redundar tambien en provecho tuyo, grata esperanza que aumentaba mi felicidad. Ay ! tristes recuerdos, á qué traeros á la memoria ? dijo madama Wilson con voz enternecida, fué un sueño rápido de ventura.

—Por qué llamas sueños lo que ha sido una realidad? observó Rafaela atenta á la relacion que le hacia su madre, y agradeciendo tanta confianza. Esta la estrechó largo rato contra su corazon, y suspiró profundamente: luego levantó la cabeza como deseosa de desterrar imágenes pasadas, y prosiguió :

—Ocupémonos de tí, hija mia..... Sabes que mientras estuve ausente, diariamente me escribias... de pronto cesa tu correspondencia, y tu tio me avisó que estabas mala en cama... vo-

lé á tu lado, y te hallé espirando.....

—Querida madre! comprendo tu sacrificio, abandonaste todo por mí, y amabas!...

—Escucha, querida, escucha. Te hallé ya casi en la agonía. Sollozando me confesaste tu amor, pobre hija mia! la idea de perderte me estremeció, te ofrecí unirte á Escipion, y como si esta palabra te diese la vida, te ví renacer en mis brazos, te salvastes! entonces comprendí que era preciso cumplirte esa promesa so pena de precipitarte de nuevo en un peligro de muerte, pues solo la seguridad de casarte con Escipion habia operado una crisis tan saludable. Ay! hija de mis entrañas! ignoraba yo entonces lo que despues supe, y no podia calcular cuán difíciles eran de realizar tus deseos.

—Por qué? acaso mi enlace...

—Ten paciencia, todo te lo espli-

caré. Tengo una amiga antigua que trataba con la mayor intimidad al conde Duriveau, padre de Escipion. La ví, y en una larga conversacion que tuvimos, me aseguró que el conde pensaba casar á su hijo con una riquísima heredera de una fortuna de tres millones, y que sabia de positivo era cosa casi hecha. Yo advertí que no era posible realizar este proyecto sin el prévio consentimiento del jóven.

—Qué decís? exclamó Rafaela.

—Se me aseguró que el conde Duriveau no retrocedia nunca, y que nada se podia esperar de la inflexibilidad de su carácter de bronce, y debia considerarse esa boda como cosa concluida.

—Pues qué, ya en esa época Escipion obraba de mala fé? Decidmelo, vale mas no conservar ninguna ilusion, dijo Rafaela con abatimiento.

—No, no, tranquilízate, no te engañaba, pero sin duda no se atrevía a oponerse abiertamente á la voluntad de su padre...

—Y por qué me callaste esta circunstancia?...

—Estabas tan débil, tan delicada, que temí que si te agitabas, si sufrías, volvieses á recaer gravemente enferma, y creí mas prudente no participar mi cruel incertidumbre y dejarte tranquila y confiada en mi palabra.

—Madre querida, dijo la jóven profundamente conmovida al ver cuánto habia hecho por ella su madre.

—Era preciso, hija mia, no dormirse y poner en movimiento mil resortes para conjurar tu desgracia, Valiéndome de la amiga de quien te he hablado, conocí al conde Duriveau y examiné atentamente al hom-

bre que sin saberlo era el árbitro de tu suerte y de la mia, por consiguiente...

—Despues madre mia...

—A los tres meses, dijo madama Wilson con orgullosa alegría, bien natural, el conde Duriveau de su motu proprio rompió las negociaciones con la familia poderosa, cuya alianza halagaba tanto su vanidad, y vino en persona á pedirme que consintiese en que te unieses á Escipion.

—Ahora sí que no entiendo, esplicame tan estraña mudanza.

—El enigma es sencillo, contestó madama Wilson con afable sonrisa, habia hecho que el conde me amase.

—El conde te ama! exclamó Rafaela.

—Sí, con locura, y apenas habian transcurrido dos meses euando de rodillas me rogaba que partiese con él su fortuna... y he aceptado...

—Tú, madre mia, dijo Rafaela asombrada.

—Sí, siendo condicion espresa que el mismo dia que me case con el conde, te unas tú á su hijo.

Fué tanta la sorpresa de la interesante niña, que durante algunos minutos no pudo articular una palabra; mas de pronto se arrojó á los brazos de su madre, diciéndole :

—Oh! tú, mi mejor amiga, madre adorada, comprendo cuán grande es el sacrificio que te inspiró el cariño que me tienes; has renunciado á la dulce esperanza de ser feliz con un ser digno de tí, y que amabas, y vas á unirte á un hombre que quizás aborrezcas, y esto por mí...

—No, prenda amada, no, contestó madama Wilson, queriendo desvanecer sus temores; no, te repito, yo solo veo en el conde el móvil, la causa de tu felicidad, y esto me hace

quererle... y mucho, mi agradecimiento es profundo, no asegura él tu dicha? además, bien mio, no te puedo ocultar, dijo ruborizándose un poco, pues su carácter sincero la impelia á ser franca, no te puedo ocultar que veo con cierto orgullo el imperio que tengo sobre el conde. Me envanece contemplar el cambio notable que hay en esa ruda naturaleza desde que supe inspirarle amor; y aunque es muy general ver esa pasión hacer prodigios en las almas enérgicas, á toda muger es grato decir: yo he hecho de ese hombre rudo, un hombre bondadoso, bueno y grande. Y luego cogió la cabeza de su hija, y dándole mil amorosos besos, añadió madama Wilson: ahora dime que estás ya tranquila, que he sabido aquietar tu agitado corazón; dime si crees garantías suficientes para tu porvenir, mi volun-

tad espresa de hacerte feliz, la palabra del conde, y principalmente el amor profundo de Escipion hácia tí, amor que nada puede romper ni impedir, sagrado, pues si lo olvidare, mancharia tu honor y el suyo. Díme, hija de mi alma, no comprendes que si yo he podido vencer tantos obstáculos, conseguir que el conde me ame con delirio, me será fácil llevar á cabo la obra de tu dicha, lo crees, dí?...

—Tú me lo dices, cómo quieres que dude, madre mia? exclamó Rafaela estrechándola contra su pecho, y ébria de esperanza y de felicidad... Sí, te creo, tus palabras han sido un dulce bálsamo que refresca mi sangre y calma mis inquietudes; pon tu mano sobre mi seno, sientes cómo late de contento, ves cómo palpita de dicha al saber que á tí sola te debe todo... gracias, gracias por tu con-

;

fianza , ahora que sé lo que por mí has hecho, te pagaré con usura... mi ternura se aumentará si es posible, mis caricias...

En esto se oyeron unos golpecitos dados con mucho sigilo en la puerta, y madama Wilson levantándose para ir del aposento de su hija al suyo, preguntó :

—Quién anda ahí ?

—Soy yo, señora, dijo la doncella Isabel.

—Hay alguna novedad ?

—Una carta del señor conde que han encargado se os remita con la mayor premura ; esperan la respuesta.

—Bien, dádmela, contestó madama Wilson á la muchacha, y estaos en el cuarto de la señorita por si se le ofrece algo.

Isabel se apresuró á ir cerca de la enferma, y madama Wilson abrió a-

presuradamente la carta que le fuera entregada.

Recorrióla con la vista, y dijo: No me he engañado! está confundido, medio loco! Cosa estraña es un amor tan grande! una pasión tan fuerte! en un hombre de esa edad. Tratándose de mí, el egoismo, la dureza que tiene con todas, su orgullo, todo desaparece. Es imposible que este hombre no haya sido primitivamente bueno; muchos desengaños debe haber sufrido para despreciar de tal modo las clases pobres y todo el que no es rico y noble. Personas que le conocieron en su juventud, aseguran que no ha habido nunca una alma mas pura y mas tierna... y hoy dia se ha trocado esa delicada sensibilidad en estóica dureza, en dura injusticia. Oh! qué penible mudanza!

Y siguiendo atentamente su lectura, con aire meditabundo prosiguió:

—Todas mis previsiones se cumplen. El conde deja entrever su desesperacion, teme que la horrible ocurrencia de la caceria, nos haga retroceder tanto á mi hija como á mí. Me suplica... que emplee mi influjo maternal para que Rafaela perdone á Escipion...

Una lágrima cayó de los ojos de madama Wilson al repetir estas palabras, y parándose un poco añadió:

—Oh dulce esperanza has muerto! recuerdos halagüeños... pero no debo ahora pensar en mí... ánimo, aprovechémonos de la disposicion del conde; suplica que consienta en que nuestros casamientos se efectuen el dia 15 del que entra... Ya no puedo vacilar... ayer aun no me hubiese decidido á aproximar ese momento fatal, mas hoy.... (y madama Wilson tornóse encendida como la grana, como si ella fuese la culpable) la

posicion de esa criatura desgraciada, de mi hija adorada, me obliga á no demorar por culpa mia esos matrimonios.

Volvió á seguir su lectura interrumpida.

—Me habla de una nueva desgracia, acaecida esta noche pasada, qué será esto? No quiere escribirmelo, temiendo causarme un pesar; pero me ofrece si consiento en recibirle mañana, como antes... referírmelo todo....

Voy á contestarle.

Pasó á un gabinetito que seguia á su alcoba donde se hallaba lo necesario para escribir. Concluia ya su respuesta al conde cuando de pronto se le apareció Rafaela demudada y pálida como un cadáver.

—Ay! muerta! exclamó la pobre jóven refugiándose á los brazos de su madre, muerta!....

—Qué es eso hija mia! que te pasa Rafaela, qué quieres decir?...

—Se ha suicidado... sabes quién? la infeliz madre del niño muerto!

—Cómo!

—Desesperada porque iban á prenderla, se ha precipitado al estanque!

—Pero quién te ha dicho.....

—Un criado del conde se lo acaba de contar á Isabel.

—Ah! esta es la desgracia á la que hace alusion el conde, no hay duda, repitió madama Wilson.

—Madre mia, madre mia! ves qué desgracia! es un castigo del cielo! esa muerte... tú lo verás, será el preludio de algun terrible acontecimiento. Ay! y cayó desmayada en los brazos de su madre.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

MARTIN

EL ESPOSITO.

... que es el alma que se
... de la madre del alma
... por que me
... al alma

MITHAM

... de la madre del alma
... de la madre del alma

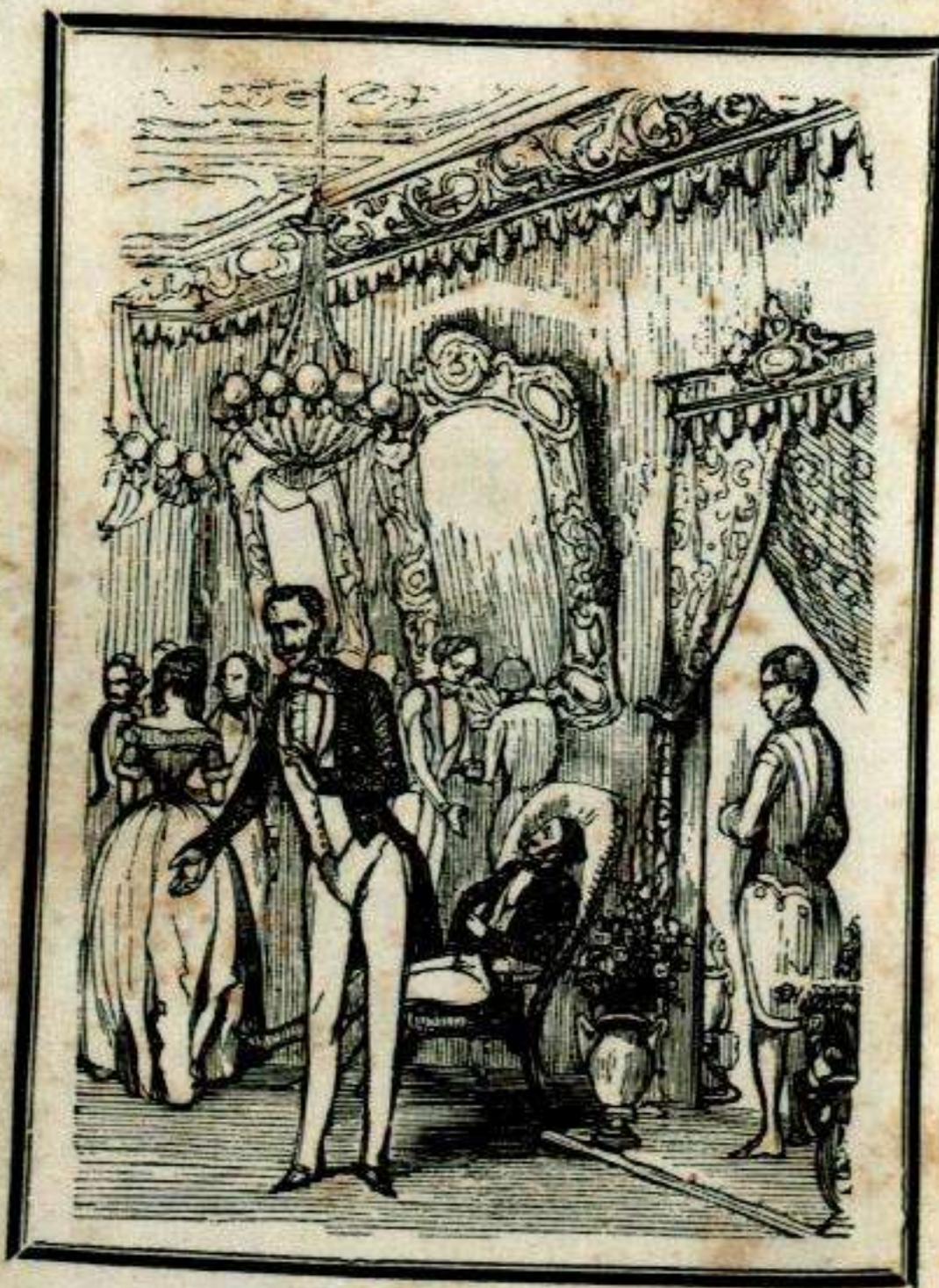
OFICIO DE LA

... de la madre del alma
... de la madre del alma
... de la madre del alma

... de la madre del alma



Il y a un tableau dans le salon qui représente le salon de l'empereur



Mohino estaba el conde por la conducta de Escipion.

MARTIN EL ESPOSITO,

ó

MEMORIAS DE UN AYUDA DE CAMARA.

ORIGINAL DE EUG. SUE,

traducida por EL DONCEL.

TOMO III.

MADRID—SOCIEDAD LITERARIA—1846.

Imprenta de D. Wenceslao Ayguals de Izco,

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

RECEIVED OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE SUM OF

DOLLARS

FOR

LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO LIBRARY

XVIII.

EL BANQUETE.



RETROCEDAMOS ahora y ocupémonos de los sucesos que ocurrían en Tremblay (residencia del conde Duriveau), la noche misma en que la Coscoja buscaba la muerte en el estanque del cortijo... noche de vergüenza y dolo para la infeliz Rafaela; pues en ella

confesó á su madre el deslíz que el mundo llama deshonra.

Apenas se halló de vuelta á su casa el conde sintió doblemente la ausencia de madama Wilson y su hija, que junto con el obeso Dumolard habia convidado, porque ademas de tenerse que privar de la hechicera viuda, se veia precisado á recibir á varios amigos vecinos suyos, cuyas esquelas de convite no habia podido retirar.

Ese mal tenia sin embargo sus compensaciones; aquellos vecinos, propietarios, ricos todos, hombres acaudalados, merced á los mil y un negocios espuestos en que se hallaban metidos, legistas algunos y jubilados los mas, eran electores influyentes, metidos en círculos políticos y varios habian dicho el año anterior, al conde:

«Azarosa es la época; esas ideas de

«derecho social, democráticas y ra-
«dicales, ideas muy despreciables por
«cierto, filtran y se propagan asom-
«brosamente en las clases trabajado-
«ras; es preciso que un partido enér-
«gico, compacto é inflexible anonade
«y rechace esas tendencias anárquicas
«que sin la menor duda nos llevaran
«á la republica, á los dias de terror,
«á la estincion de los agios etc. etc...
«Vos como rico propietario estais
«mas interesado que otro alguno en
«sostener el órden y la paz. Entrad
«en nuestra liga, sed diputado en
«vez del señor Lebrelin, hombre que
«si bien profesa enteramente nues-
«tros principios y se adapta á nues-
«tras intenciones carece de verdade-
«ro valor; formad vuestra candida-
«tura, el gobierno monárquico la
«sancionará, y en cuanto esteis en las
«cámaras, votais con nosotros para
«sostener y conservar el sistema que

«nos rige, sistema el mejor de cuantos imaginarse puedan.»

Mucho halagaban el orgullo del conde estos proyectos; mas herian la entereza de su carácter; aplicóse no obstante en llevar á cabo los consejos de sus amigos, y con este objeto empezó por ligar estrechas relaciones con algunos electores influyentes, recibiendoles á menudo en su castillo donde solia convidarles á comer; y el banquete de que nos ocupamos tenia por objeto inaugurar su regreso á Sologne.

Los desagradables incidentes de aquel dia, el temor de que Rafaela rompiera el concertado enlace, que aseguraba el suyo con la viuda, el motin á que dió lugar la insolente audacia de Escipion, la conducta de este que podia haberse difundido por el pais, eran sucesos muy dolorosos para el conde, pues ademas de verse

espuesto á la pérdida de una muger amada, se esponia tambien á ver destruidos todos sus ensueños políticos.

El castillo del Tremblay, edificado á fines del siglo XVII sobre el delicioso valle de Saaldre, que podia considerarse como un paraíso terrenal, en aquel miserable territorio, presentaba un aspecto casi régio. El fausto que en él desplegaba el conde era deslumbrador, sus trenes los de un príncipe.

Antes de llegar los convidados al salon de recibo, donde lucian magníficos dorados y muebles, segun el gusto del tiempo de Luis XIV, atravesaron los convidados una larga antesala en la que habia una docena de criados con sus libreas color castaño, galon de plata y pelucas empolvadas, siguiendo luego á otra pieza destinada para los ayudas de cámara y de allí á una galería de pinturas á

cuyo extremo se hallaba la puerta del salon de recibo.

Las cortinas de damasco verde que cubrian todas las ventanas y puertas, estaban corridas; millares de bugías puestas en infinitos candelabros de bronce dorado y arañas de lo mismo reflejaban su quebrada luz en los espejos de quince piés, y en gigantes-cos vasos de china, zócalos de rarísimas flores.

Acercábase la hora de sentarse á la mesa, y el conde sofocado en su pecho los disgustos de aquel dia, curaba solo de los honores de la casa, hospitalarias atenciones cuyo peso le dejaba su hijo.

Singular era el contraste que ofrecian este y su padre hasta en las cosas mas pueriles en apariencia.

Apesar de ser padre jóven, no era el conde partidario de las desaliñadas modas que seguia la juventud

en 1845: lejos de eso habíase vestido con mucho cuidado y esquisito gusto; las solapas de su frac azul turquí, con boton dorado, abiertas y caidas á los dos lados del pecho, descubrian un chaleco blanco de piqué muy ceñido á su talle, aun esbelto y elegante; el ancho lazo de su corbata alta de raso negro, se apoyaba en la parte superior de una camisa admirablemente bordada y sujeta en el centro de la pechera por tres perlas finas, ceñidas con brillantes engarzados en una oja de esmalte verde; el pantalon negro asaz ajustado dibujaba sus robustas cuanto elegantes formas, terminando en un pequeño pié que calzaba medias blancas de seda y zapatos de charol muy bajos. La morena tez del conde, sus negros cabellos, rostro espresivo, traslado de vigor, que realzaba el traje descrito, le permitian rebajar

impunemente quince ó diez años á los cincuenta que contaba.

Estos detalles podrán parecer pueriles, y sin embargo no dejaban de tener su objeto: hubiera creído el conde rebajarse á los ojos de sus convidados ó á los suyos propios, si para comer, aun estando solo, no se hubiera esmerado en su aliño; parecíale una falta muy grave, calzar botas por la noche en vez de zapato de charol y media de seda, y jamás lo hubiera cometido el conde; pues segun él, era una cuestion de dignidad personal que traducida al sentido figurado queria decir: Todo hombre que calza seda se mira mucho en andar por el lodo. No carece de cierta rareza esa manera de evaluar á un hombre, mas así lo interpretaba el dueño del cortijo del Enebro.

No así el vizconde Escipion, que lejos de seguir tan ceremoniosas tra-

diciones exageraba el desaliño y la comodidad que habia introducido las costumbres del club, de trueno y de mozas.

Por eso presentaba Escipion en su traje el reverso de su padre; su corbata negra estrecha cual cinta, dejaba sumamente holgado un cuello de camisa redondo y almidonado que rozando la parte inferior de las orejas descubria toda su garganta; su frac verde mezclilla, desmesuradamente ancho, en extremo corto de faldones se asemejaba mas á una casaquilla de caza ó de montar, que á un frac de sala; su chaleco escocés de suma longitud, cortado cual los que usan los lacayos formaba las caaderas y caia en un pantalon de cuadros grandes y fondo oscuro; pantalon que semejante á los que usan los marineros flotaba y cubria, tal era lo ancho de su estremidad inferior, has-

ta las puntas, sus botas de charol.

Ese era el traje del vizconde, traje que revelaba indolencia sin igual, aumentada todavía por un dejo, afectación y desenfado en las maneras, mucho mas fáciles de comprender que de trazar; la camisa entreabierta por la pechera, los puños ya ajados, doblados en parte sobre la manga del frac de la que salia su mano blanca, fina y enjuta como la de una muger enferma, y sus actitudes trasladado siempre de molicie, fastidio, indiferencia y arrogancia, eran otras tantas tintas, que apesar de ser toques delicados y casi imperceptibles y difíciles, sino imposibles de marcar, contribuyen no obstante á dar al retrato su verdadero tipo.

Siguiendo su inveterada costumbre entró el vizconde en el salon cuando ya estaban casi todos los convidados. Apenas su padre le vió con

tal desaliño acercóse á él y en voz baja y acento de amistosa reconven-
cion le dijo:

—Hubieras debido vestirte mejor; ya sabes que en los pueblos todo se nota.

—Mucho que sí! contestó en alta voz Escipion: vaya! ¿mira sabes que me avergüenza verte con ese pantalon de baile? así lo llevaria un galan jóven de la ópera cómica.

Mordióse los lábios de despecho Mr. Duriveau, y á no ser porque entraban á la sazón algunas personas que le fué preciso salir á recibir, hubiera sin duda estallado su cólera. No era menor el contraste que ofrecian padre é hijo en sus ademanes. El conde ya de pié junto á la chimenea daba conversacion á los hombres, ya inclinándose en el respaldo de las butacas que ocupaban las señoras echaba á estas algunas flores.

Tumbado Escipion, cual si estuviese en la cama, en un cómodo y ancho sillal con las manos metidas en los bolsillos del pantalon, la pierna izquierda cruzada horizontalmente sobre el muslo derecho, ora miraba al techo con aire de fastidio, ora bostezaba metiendo ruido, ora en tono zumbon dirigia algunas pullas á los pobres, cuya mala estrella les llevaba al lado del impertinente joven... No era mayor su urbanidad ó galanteria con respecto á las damas, examinábalas de piés á cabeza, en cuanto entraban por la puerta del salon flechándoles el lente sin ni siquiera destruir esa grosera curiosidad por medio de un saludo ó de alguna palabra galante.

Mobino estaba el conde por la conducta de Escipion durante aquel malhadado dia; la burla que de él habia hecho en la cacería en presencia de madama Wilson, las maneras necias,

impertinentes y afectadas del jóven, que enagenarle podian los votos de los electores, habian herido el amor propio del conde en grado tanto, que se hallaba hastiado ya de su papel de padre jóven. Sin embargo, era tamaño su miedo por las mordaces burlas que su hijo lanzarle solia, que resolvió dejar para mas tarde el tener con él una esplicacion fuerte, y que pusiese de una vez á cada cual en su lugar.

Recostado en su butaca apercibió Escipion al mayordomo del conde á corta distancia, y con el índice le hizo una seña para que se acercára.

Con respetuoso ademan acercóse el señor Lorenzo, hombre enjuto, moreno y de rostro inmutable y duro; en cuanto se halló cerca de su jóven señor le dijo inclinándose:

—Deseaba algo el señor vizconde?

—Tirad de esa campanilla, contes-

tó indolentemente Escipion, no sé en qué diablos piensan, no sirven la comida... y tengo hambre.

Llegóse el mayordomo junto á la chimenea y tiró de un grueso cordon de seda.

Abrióse casi al mismo instante la puerta del salon y apareció un ayuda de cámara vestido de negro, con calzon, media de seda y zapatos bajos con hebillas doradas.

Era Martin, el hijo de la señora Petra y del conde Duriveau.

Sorprendente era la semejanza del criado con la del retrato que este habia mandado á su madre: como en el cuadro tenia Martin la color morena, la fisonomía llena de gracia y revelando una franqueza sin igual, su mirada era penetrante y pensadora; á los ojos de la multitud nada habia de particular en el rostro del ayuda de cámara, mas á los de un observador

profundo no se les hubiera encubierto cierta represion, cierto esmero en disimular y encubrir sus sensaciones, como si luchase con la necesidad de aparecer cual debia en su presente situacion, y aquella represion y aquel esmerado disimulo se mostraron con mucha mas fuerza en el momento de asomar en la puerta del salon.

Sentado el vizconde frente á la puerta de entrada vió luego á Martin y le hizo otra seña para que se acercára.

Acercóse en efecto y con mucho respeto al vizconde... á su hermano... palpitante, conmovido el corazon, mas sin que nada revelase el rostro si bien le costaba mucho dominarse.

—Qué hacen? no comemos? le preguntó el jóven.

—No tardarán señor vizconde, van á servir la sopa...

—Pues meted prisa, que tengo hambre.

Saludó Martin y se disponia á salir, cuando Escipion volvió á llamarle.

—Martin! decid al repostero que hoy solo beberé vino de Oporto! Que ponga dos botellas á entibiar... á unos quince grados, ó sino nada, á la temperatura del de Burdeos ni mas ni menos.

—Está bien señor vizconde.

—No olvidarse de poner al lado de mi cubierto mostaza y pimientos de Cayena.

—Éstá bien repitió Martin, y despues de saludar salió.

La mayor parte de los convidados del conde, eran de aquellos que dicen mi parienta, y que apostrofán con el dictado de *elegantes* á los hombres ó mugeres que en moda suponen algo. Tomaban los mas de aquellos in-

dividuos necios, egoistas, fátuos y aduladores cuantas groserias decia ó cometia Escipion, por otras tantas galanterías; admirábales el desdeñoso aplomo del jóven é intimidábales á la par; no se atrevian á llamarle mas que por: *señor vizconde* y cual bajos palaciegos reíanse apenas abria Escipion los lábios; cosa que exasperaba á este pues no era hombre que la echára de agudo. En cuanto á las mugeres de aquellos ridiculos señores sucediales otra cosa muy diferente; estas detestaban al desdeñoso jóven sin dejar de mirar de reojo su interesante, rostro y hervian en despecho al pensar que no eran aun asaz bonitas ó *elegantes* para merecer de aquel insolente mozalvete una mirada de aprobacion ó alguna palabra de efimera urbanidad; ó mejor dicho, varias de aquellas hermosas resentidas debian salir del cas-

tillo de Tremblay fija la mente en el pálido y bello rostro de Escipion, en sus rasgados y espresivos ojos y en la sonrisa burlona, puerta que entreabierta descubria una magnífica dentadura, y por último, en aquella blanca y delicada mano que de tiempo en tiempo sacaba del bolsillo del pantalón para acariciar con indolencia suma el sedoso bigote rubio.

Abriéronse de pronto y con estrépito las dos hojas de la puerta del salón, y Martin con voz fuerte pronunció las palabras que la etiqueta marca para advertir que la sopa está en la mesa.

—Escipion, ofrece el brazo á la de Caramillo, dijo el conde á su hijo en tanto que él lo daba á otra señora.

A no haber Escipion tenido por máxima que nunca debia reirse, en calidad de hombre gastado, hubiera soltado una estrepitosa carcajada, á pesar de la seriedad del conde, en

cuanto oyó pronunciar el nombre harto grotesco de la señora Caramillo. Sin embargo, menos insolente hubiera sido la carcajada y menos burlesca, que la precipitación con la cual saltó de los hondos almohadones de su butaca para ir á ofrecer el brazo á la señora Caramillo, despues de haberla hecho una profundísima y cuanto cabe irónica reverencia.

La de Caramillo, esposa de uno de los electores mas influyentes tradujo la precipitación del jóven por deferencia hácia ella, ó como suele decirse, tomó los obsequios tal como suena en la palabra obsequio. Era esta señora una botigilla blanca, regordeta, de cabellos y ojos negros como el azabache, pero tenia las orejas algo mas coloradas de lo que debiera, la barba demasiado vecina de su lábio inferior, é iba tan cargada de adornos vegetales su cabeza, que esta,

parecia de estraordinarias desproporciones. Por lo demas nada se podia exigir á sus lábios, sus bellisimos dientes, como tampoco á la lánguida y amorosa espresion de sus ojos.

El señor Caramillo, el elector influyente, hombre ya calvo, de respetable aspecto, con anteojos azules, seguia muy envarado á su muger, sumamente hucco, viéndola colgada del brazo del vizconde, mientras que su dichosa mitad, rebosando satisfaccion y orgullo, bajo su vestido color de tórtola, engalanado con infinitos alamares, sentia el calor que abrasaba sus orejas, y por esto sin duda apretaba dulcemente con su torneado brazo, el brazo flaco del vizconde, temiendo tal vez que las demas damas, á quienes trataba de humillar con sus miradas altaneras, le robasen su tan envidiable caballero.

—Habrá intriganta! exclamó por

lo bajo otra de las señoras convidadas, esposa de otro elector menos influyente que Caramillo, mostrando á su marido con iracundos ojos á la envidiada cuanto aborrecida predilecta.

— Gachona mia, Caramillo puede disponer de treinta y siete votos, y yo solo de once... su muger, ya lo ves, debe ir antes que tú..... dijo con acento compungido y lastimero el filósofo marido.

— Eso no impedirá que si dais en la desgracia de votar por el padre de ese mozalvete, dejando al señor Lebrelin, yo os diga cuántas son cinco..... repuso la amostazada electora temblando de puro colérica, añadiendo con mayor fuerza luego: no quiero, lo oís, no quiero tener por diputado al conde Duriveau.

— Pero veamos, gachona mia, sé justa, dí, nos da estos festines de

Baltasar, con lacayos y ayudas de cámara que parecen príncipes el señor Lebrelin? ese es mas descarado que un perro, y desempeña pésimamente nuestros encargos de Paris; al paso que si el conde es diputado encargará á su mayordomo cuanto nosotros le pidamos, y como es un hombre millonario, sacaremos mejor desempeño y menos desembolso.

Apenas hubo pronunciado estas palabras el prudente elector, quedóse atrás, dejó pasar á su furiosa consorte y se perdió entre los demás grupos que seguian tambien en direccion al comedor.



XIX.

EL JARDIN DE INVIERNO.



ANTES de llegar al comedor, pieza vastísima, donde doradas molduras tenían mayor realce, debido al blanco artesonado, y cuyas paredes cubrían hermosos cuadros representando lances de caza de épocas varias, atravesaron los convidados del conde una galería pa-

ralela á la de pinturas, que hubiera podido considerarse como sala de armas, tamaño número de armaduras, antiguas y rarísimas armas en ella se encerraban.

Cuatro soberbios candelabros de plata mate, cincelada, sostenidos cada uno de ellos por grupos de figuras tambien de plata, pero pulimentada y brillante, que hacia muy buen juego con la parte superior, ostentaban su riqueza en el primer término, digámoslo así, de la suntuosa mesa. Cual pomposo árbol remataban esas lucernas, objetos verdaderamente hijos de una bella arte, en seis moldeados brazos, figurando cepas cargadas de pámpanos y racimos, trabajados con sumo primor, y cuyo conjunto formaba una especie de canastillo de plata, calado como fino encaje lleno de flores naturales, en cuyos vivos colores se reflejaban las luces

de las bugías , aumentando con este reflejo su brillantez.

Refrigeradores de cristal tallado, brillantes como rubíes, adornados con vides de filigrana, cuyos flexibles tallos, ensortijándose caprichosamente, se desviaban formando elegantes asas y sostenidos por grupos de figuritas también de plata, contenían el límpido vino de Champagne. La vagilla que adornaba la mesa era de extraordinario lujo, también de plata, y estaba en armonía con los candelabros y refrigeradores que, como objetos de mayor volúmen, herían la vista los primeros. Añádase á tamaña suntuosidad la feliz innovacion de reemplazar las sillas por cómodos siales, á fin de que los concurrentes pudieran saborear con mayor comodidad los manjares esquisitos, y admirar á la vez la maestría culinaria del esplendido conde, y se tendrá

una idea de lo que era aquella suntuosa comida.

El sinnúmero de lacayos distribuidos con discernimiento sumo, hacia que el servicio se efectuára con mucho orden y presteza. El perfume delicado de las flores, los vinos mas raros y esquisitos, servidos con profusion, cual los manjares mas apetitosos y ricos, y las innumerables luces de las bugías reflejadas en aquel Occéano de plata, despertaba el apetito á la par que daba mil nuevos incestivos á aquellos gastronómicos goces.

Estaba el conde Duriveau colocado en el centro de la mesa, teniendo á su derecha á la consorte del elector de mas valía, y enfrente á Escipion, caballero servente de la afortunada Caramillo; á la izquierda del vizconde se hallaba la electora, cuyo cándido marido confesaba ingenua-

mente (y no era solo) que tenia mucha mas cuenta nombrar diputado al conde que tan espléndidos banquetes les daba, que al señor de Lebrelin; sugeto poco sensual y menos pródigo aun.

Tan solo un hombre miraba con amargura y secreta tristeza aquel lujo régio; este hombre era Martin. La mente del ayuda de cámara ponía junto á tan fabuloso boato á tan increíble derrochar, la hórrida miseria en que gemian los naturales de aquella infeliz comarca, á quienes la falta de alimentos, la intemperie de las estaciones y las enfermedades diez-maban en la flor de sus años. Sí, el corazon noble de Martin latia tristemente al considerar la mísera situacion de aquellos desdichados á quienes hubiera podido hacer felices el conde Duriveau sin privarse de ninguno de sus goces; porque Martin,

reflexionaba con mucho acierto que *la riqueza impone deberes que es indispensable llenar para hacerse perdonar la ostentacion.*

Ninguno de sus secretos pensamientos se traslucia en su rostro sin embargo, y de cuantos criados allí estaban ninguno se mostró mas solícito ni mas exacto en el desempeño de sus funciones.

Apesar de la impaciencia que manifestó Escipion (el hermano de Martin) para que sirvieran la comida, y de las repetidas veces que dijo sentirse con hambre, comia poquísimo y lo poco que comia era sazónándolo con especias de las mas fuertes que apenas hacian mella en aquel paladar ya gastado; como en compensacion de lo parco que era en comer vaciaba las botellas cual si las echára en una cuba, cosa que podia efectuar sin el mas ligero temor. Nada le hacia

el Oporto, ese vino espirituoso cuyos vapores suben con tanta rapidez á la cabeza; y cuando cesaba de beber ofrecia copa de Champagne tras copa de Champagne á la de Caramillo, acompañando su ofrecimiento con descaradas declaraciones hechas á media voz. Temiendo la infeliz Caramillo pasar por gazmoña de aldea á los ojos de tan lindo petimetre contestó con repulgos en un principio á las libertinas espresiones del jóven; pero como siempre influyen en una muger los requiebros de un galan y una comida succulenta remojada con harta abundancia, perdió los estribos la pobre electora empezó por sonreirse, encendiéronsele los ojos, tornáronsele carmesies las orejas de puro encarnadas, y mas de una vez llevó la mano á los alamares de su vestido temiendo que rebentaran impelidos por la fuerza de sus palpitaciones,

sobre todo cuando Escipion apoyó suavemente su bota de charol, en el ligero zapato que calzaba el pequeño pié de la jóven, pié que permanecía quieto bajó aquella voluptuosa presión.

Conociendo el conde Duriveau la tendencia de los obsequios con los cuales su hijo abrumaba á la de Caramillo, y temeroso de alguna locuras, clavaba de vez en cuando en el vizconde una mirada de comprimido enojo; mirada á la que respondia el pervertido adolescente, con otra de altivo desden.

Estremeciéronse de pronto el vizconde, su padre y Martin que permanecía en pié detras de su amo, al oír un nombre que pronunció uno de los circunstantes.

Era este nombre el de Vascona; nombre que nuestros lectores han oído en boca de Beaucadet, al leer las

señas de Bamboche; y tambien en la de madama Wilson al referir el entusiasmo que inspiraba aquella artista admirable, *gacela y ruiseñor á la par.*

Apenas hirió aquel nombre los oídos del vizconde animóse su rostro y una satisfaccion, que en vano quiso abogar, se marcó en toda su fisonomia.

No así en la del conde; esta reveló penosa aversion.

Cual si aquel nombre despertára en Martin innumerables recuerdos anublósele el semblante, pintóse en él asombro y se quedó luego sumido en hondas reflexiones.

—Esperamos que el señor conde tendrá la bondad de dilucidar esta cuestion, puesto que acaba de llegar de París, dijo Caramillo.

—Que cuestion amigo mio? preguntó Duriveau.

—Sostiene el amigo Egilope, prosiguió el elector influyente señalando á su vecino, que la famosa Vascona, esa *dama* de la ópera de quien tanto ruido meten los periódicos, visita á las principales señoras de Paris y que no solamente estas la reciben, sino que la cómica se trata tú por tú con ellas.

—Si nos halláramos en una comida de hombres solos, querido Carmillo, y no tuvierais vos ribetes de escrupuloso, os contaria y eso aun muy quedito, quién es esa Vascona y lo que es, contestó el conde con una sonrisa de amargo desprecio; pero amigo mio, el estar en presencia de estas señoras no me permite ser mas explícito.

No pudo contenerse el vizconde y con el rostro como la grana y precipitacion harto marcada repuso:

—Mi padre es involuntariamente

el eco de rumores faltos de todo fundamento; vuestro amigo tiene razon señor de Caramillo; es cierto, muy cierto que las señoras de alta categoría y los hombres de mas valimiento social la reciben y visitan creyéndose muy honradas con tenerla en su casa, y que unas y otros, á cual mas, le demuestran con los mayores y mas finos obsequios cuán grande es la admiracion y respeto que en todos los ánimos difunde; yo, (añadió Escipion recalcando sus palabras) puedo ser en esta materia juez tanto mas imparcial por cuanto no tengo el honor de conocer á la señorita Vascona mas que por el entusiasmo que su talento ha despertado en mí.

Atónito miró el conde á su hijo, pues era quizás esta la primera vez que le oia espresarse con formalidad, palabras escogidas y acento de conviccion refiriéndose á una muger

sobre la cual se hacian los comentarios mas contradictorios. Unos, y no era de ellos el conde, veian en Vascona un modelo de virtud tanto mas meritorio cuanto que como actriz de muchísima fama se hallaba espuesta á mayores escollos, seducciones y halagos que otra muger cualquiera; otros creian á Vascona (y á este número pertenecia el conde) el tipo mas crapuloso de libertinaje y maldad, encubierto bajo máscara de refinada hipocresía; un conjunto singular de Mesalina y Cleopatra, teniendo á Vascona por reina cual las dos á quienes la asemejaban, si no por su cuna por su talento.

No fué solo el conde en estrañar las palabras y acento de Escipion, ni el único que trató de descubrir en la fisonomía del vizconde la procedencia de aquel singular armisticio de su tono siempre chocarrero.

Tambien Martin manifestó melancólica sorpresa al oír que el jóven tributaba su admiracion al talento y calidades de Vascona con tamaño convencimiento, dando una tregua á insolente desden, y tambien Martin clavó en el vizconde una mirada escudriñadora.

Reprochóse Escipion el haberse dejado llevar involuntariamente de su primer impulso, notando la manera con que su padre le miraba, y de haber hablado con lenguaje muy sencillo y natural en boca de cualquier otro; pero tan sumamente escéntrico en la suya, que necesariamente debia haberse notado; buscaba el vizconde un medio de borrar la impresion que sus palabras, relativas á Vascona, causaron en el conde, y derrotarle completamente, cuando la de Caramillo le sirvió á las mil maravillas en tal aprieto.

—Como defendeis á esa *actriz*..... señor vizconde!... dijo la dama á media voz y en tono agri-dulce.

Disculpóse victoriosamente Escipion de aquel tierno reproche, porque despues de algunas esplicaciones dissipóse la nube que oscureció la frente de la celosa Caramillo, y presto el borceguí que durante el elogio de la señorita Vascona se habia retirado bruscamente de debajo la bota de Escipion se volvió á colocar con timidez en su primitivo lugar.

Nada veia el señor de Caramillo apesar de sus anteojos azules, si bien por otra parte tampoco pensaba en observar nada; habia podido colocarse en la mesa junto á su amigo Egilope, y ambos á dos se despepitaban por comer de cuanto se les ofrecia, procurando adivinar despues lo que habian comido, pues los títulos raros que el maestre de sala daba á

cada uno de los platos, eran casi de todo punto desconocidos y enigmáticos para aquellos profanos convidados.

Errando en un mar de conjeturas y procurando adivinarlo todo comían los dos amigos de cuantos manjares les servían; y después de haber aceptado un poco de pastel del Rhin que había abierto vasto campo á sus comentarios, acababan de hacerse servir otro manjar no menos raro y se entretenían en saborearlo curiosamente, cuando se vió interrumpido en sus aventuradas suposiciones por la voz de Escipion que le interpelaba desde el extremo opuesto de la mesa.

La causa de la interpelacion del vizconde era la siguiente:

Después de haber apretado varias veces el pié de su vecina viendo que sus impertinencias se acogían con un

agrado que olia enteramente á *Regencia*, habíase inclinado ligeramente hácia su vecina y fijando en ella una mirada licenciosa y provocativa le habia hablado muy quedo..... Traspasaria sin duda todo límite el vizconde, porque la infeliz Caramillo á pesar de tantas circunstancias como se juntaban para hacerle perder física y moralmente la cabeza, no pudo contener un movimiento de indignacion.

—Bien! habia exclamado el vizconde con irónica frialdad puesto que rehusais hacer lo que os pido, voy á quejarme en alta voz á vuestro marido.

Estupefacta quedó la de Caramillo al ver aquel descaro, aunque le era imposible creer con bastante audacia al jóven para llevar á cabo su amenaza; pero cual fue el asombro de la infeliz muger cuando oyó que el vizconde gritaba:

—Señor de Caramillo, palabra.

Cesó como por encanto el susurro que emanaba de las conversaciones particulares á esta llamada de Escipion y todos los ojos se fijaron en Caramillo y en el vizconde quien prosiguió:

—Tengo que daros una queja señor de Caramillo.

—Y de qué? señor vizconde; contestó el elector con voz entrecortada y poniéndose encarnado desde la nuez á la frente, viéndose interpelado con tanto estrépito.

—Os declaro que vuestra esposa me rehusa cuanto le pido... no podéis por menos de regañarla... añadió Escipion con imperturbable sangre fría.

—Cómo es eso querida? dijo el elector dirigiéndose á su consorte, el señor vizconde te... te... pide... algo...

Y eran tamañas las gotas de sudor que se desprendían de la frente de Caramillo que sus azules anteojos se cubrieron de rocío; nada veía el infeliz al través de aquel azulado vapor; la turbación y la zozobra le anudaban la garganta; sin embargo hizo un esfuerzo y añadió:

—El señor vizconde se digna pedirte... algo... y tú... tú... se lo niegas... querida mía haces muy mal... muy mal...

—Ah! ois señora? dijo Escipion volviéndose hacia la de Caramillo, quien se sentía desfallecer bajo la presión de su engalanado vestido.

Dirigiéndose luego al marido Escipion añadió:

—Señor de Caramillo, rogad vos mismo á la señora para que no me haga un feo; quizás haga caso de vos... Oh! y si supierais lo que le pido!!

—Ya me presumo lo que será..... señor vizconde..... no puede ser sino alguna cosa muy..... amable..... y muy.....

El conde estaba en un potro; interrumpió á Caramillo y con risueño ademán le dijo:

—Voy á deciros lo que mi hijo tiene la indiscrecion de pedir á vuestra esposa con tanto empeño..... y lo que ella hace perfectamente en negarse á hacerlo; le pide para mí vuestro voto en las próximas elecciones.

—Vaya señor conde, exclamó el elector influyente; ya sabeis que mi voto y los de mis amigos son enteramente vuestros.

Dirigiéndose luego á su muger y en tono formal y de conviccion añadió:

—Os he repetido cien veces querida mia que el señor conde es nuestro candidato..... á nadie queremos

como no sea él..... Estamos cansados ya del señor Lebrelin..... Como no habeis dicho inmediatamente que si al señor vizconde?... Permitid que os lo diga... sois indisciplinable.

—Es verdad amigo mio, he hecho mal; contestó modestamente la de Caramillo.

Por la burlesca expresion que se marcaba en la fisonomía de Escipion vió el conde que su hijo iba á aprovecharse del hermoso fallo que habia pronunciado el marido. Por esta razon queriendo poner de repente coto á una zumba, que podia hacerle perder uno de sus principales electores y viendo felizmente que ya la comida tocaba á su término, elevó su voz el conde y dijo:

—Puesto que hablamos de elecciones, señores, asunto de tamaño peso para hombres graves, para hombres políticos cual nosotros so-

mos, permitidme proponer un brindis que espero acogereis todos favorablemente.

Dicho esto medio volvióse hácia Martin que permanecía en pié detras de su *señor*, á quien servia, asistiendo impasible á esta escena, y alargándole su vaso le dijo:

—Dadme vino de Chypre.

Cogió Martin una botella de cristal, colocada encima de una consola, y escanció en el vaso del conde ese límpido nectar de color de transparente topacio.

—Señores, dijo el conde levantándose: *á los propietarios!*.... únicos verdaderos sostenes, únicos realmente garantes de paz y órden, y únicos verdaderos representantes de nuestra bella Francia, puesto que nombran sus legisladores.

Animadas aclamaciones y estrepitoso choque de vasos acogieron estas

palabras que el conde habia pronunciado con varonil y sonora voz.

Algunos momentos despues salia el conde del comedor dando el brazo á la señora que habia estado junto á él durante la comida.

Imitó Escipion á su padre dando el brazo á la de Caramillo; encontraba esta muy descarado al vizconde, muy libertino y muy malo; pero ah! las péximas calidades de su bello *monstruo* estaban muy lejos de inspirarle un sentimiento de lejanía. La pobre sentia hasta cierta admiracion recordando la audacia y la sangre fria, con las cuales el vizconde se habia atrevido ante todos los convidados á quejarse al señor de Caramillo de sus negativas. Qué atrevimiento! qué presencia de ánimo! pensaba la morenita..... y tan jóven! tan hechicero! Añadiase luego á esto y como para dar pábulo á su insensato desva-

rió, aquel régio cuanto deslumbrador lujo para el cual parecia haber nacido tan á propósito Escipion, lujo que con tanta esplendidez doraba sus vicios; y en fin el adolescente, quien segun decia, encontraba en su calidad de hombre gastado, muy mal poner en ridículo la virtud de aquella sencilla criatura, tan rozagante por otro lado, habia al final de la comida cambiado sus modales, disculpándose de sus pretensiones demasiado precoces, haciendo recaer esta falta en el impetuoso ardor de una pasion tan repentina como frenética etc. etc...

En una palabra, cuando el vizconde se levantó de la mesa, sintió con triunfante y burlesco orgullo, que el brazo de su compañera se apoyaba enérgicamente en el suyo, y notó que los ojos negros de su víctima, generalmente vivos y brillantes, se balla-

ban entonces velados por una nube de voluptuosa turbacion y amorosa languidez.

—Segun veo, le dijo muy quedo el vizconde, estos señores y mi padre van á hablar de política mientras toman café en el jardin de invierno. Todas las demas mugeres, escepto vos, son feas ó tontas... me inspiran aversion... y vos teneis de ello la culpa... Por qué sois tan linda y hechicera?... Dejémosles pues... y vamos á ver la pajarera..... os gustará verla es muy bonita.....

—Oh! eso no, señor vizconde..... oh! lo que es eso, no!....

—Cuán ingrata sois! Si vos me pidieseis esto... qué digo! aun cuando fuera algo..... que me comprometiese..... como dejaros ir á mi cuarto por egemplo... pues bien! yo os lo concederia sin titubear! Ya lo veis... no me amais... como yo os

amo... dijo Escipion con melancólica amargura.

—Pero..... no os haceis cargo..... si él nos viese.....

—No temais... la pajarera se halla en el fondo de un invernáculo que da al jardin... Nada hay mas natural que el ir á verla... Todo se reduce á que estaremos allí mas solos... y la soledad con vos... debe ser lo ideal de la felicidad.

Al oír esta flor, bajó los ojos la demasiado sensible Caramillo, agitáronse sus alamares tumultuosamente, tan fuerte fué su palpitation, y el vizconde, sin que ella lo notara, le hizo, á guisa de burla, una mueca insolente é irónica.

Durante ese rápido diálogo, Escipion y su vecina de mesa habian, como los demás convidados, atravesado una sala de villar, con tres puertas vidrieras que daban á un inmenso

invernáculo que constituía el jardín de invierno, cuya temperatura era muy templada, merced á una estufa, era entonces tambien mas alta por las lámparas de madera rústicamente trabajadas, que sosteniendo innumerables bugías, alumbraban aquel agradable recinto donde tenían su estancia millares de plantas pomposas como geranios con hojas enredaderas, verbenas, cactus y ficoidas de todas clases. Los paseos circulares, enlosados con mosaicos de mil variados colores, circuian enormes grupos de camelias, rododendros, magnolias, mimosas, coscojas y otra infinidad de flores. Veiase en el fondo del jardín una gruta de rocalla, cuyas mohosas piedras desaparecian casi bajo la espesa red que formaban las ensortijadas hojas de pasionaria, glicineas y bignonias.

Una de las puertas de ese jardín,

situada frente á la del villar, daba á un invernáculo en forma de galería, terminando en rotonda, al centro de la cual se elevaba una pajarera magnífica poblada de rarísimos pájaros, aves todas que solo podían vivir en la atmósfera de las plantas tropicales.

Habían servido el café en el jardín de invierno; algunas de las señoras se paseaban y estaban otras en conversacion, sentadas en lo interior de la gruta, alumbrada por lámparas chinescas de infinitos y variados colores, en tanto que la mayor parte de los hombres agrupados en derredor del conde y como él en pié, saboreaban humeante moka.

Era tan plácida aquella noche de otoño, que se habían abierto muchas ventanas del jardín, que daban al parque del castillo; como la comida se había prolongado hasta muy tarde

reflejábase la argentina luz de la luna en un lejano río encajonada en frondosos cespedes y serpenteando en una inmensa pradera donde se elevaban en varios puntos, copudos abetos seculares. Una vasta espesura de arbustos, circumbalando esterriormente la fachada principal del jardín, llegaba á la altura de una de las ventanas abiertas junto á la cual estaban hablando Duriveau y sus convidados, mientras que Martin en pié y con una bandeja de plata sobredorada en la mano, llena de botellas, esperaba las órdenes de su amo.

Estremecióse de pronto Martin.

Acababa de percibir, á la luz de la luna la cabeza del Huron destacándose del fondo oscuro que formaba la espesura de agrupados arbustos debajo de aquella ventana; solo un momento estuvo visible el cazador pues desapareció en cuanto hubo

hecho á Martin una señal de inteligencia.

El Huron acababa de llegar con toda la velocidad posible del cortijo donde se habia encaminado y llegado por sendas estraviadas al mismo tiempo que Beaucadet y sus gendarmes.

Fue tan fuerte en Martin el estremecimiento, al ver la brusca aparicion del cazador, á quien sabia Martin animaban tantos motivos de odio hácia el conde, que aquel movimiento imprevisto y rudo, imprimiendo violenta sacudida á la bandeja que en la mano tenia, hizo rodar una botella hasta dar en un cristal que se hizo añicos.

El conde que hablaba con suma animacion á sus convidados entonces, volviése hácia Martin al oir aquel ruido y viendo los cristales rotos le dijo con mucha dureza:

—Cuidado... torpe.

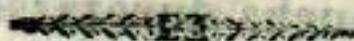
—Dispensad , señor conde... fue...

No le dejó proseguir Mr. Duriveau y con altanería añadió:

—Basta.... puesto que ni siquiera sabeis tener una bandeja en la mano, dejadla encima de aquella mesa y esperad mis órdenes.

Nada Martin replicó , puso la servilla en una de las mesitas rústicas colocadas en varios puntos del jardin y se mantuvo en pié á algunos pasos del conde.

Poco tardó el rostro de Martin en recuperar su acostumbrada impasibilidad, y tuvo bastante imperio sobre sí mismo para ahogar sus nuevos temores, viendo al conde anudar otra vez su interrumpida conversacion, apoyado en la abierta ventana bajo la cual se estendia la espesura donde se hallaba emboscado el cazador.



XX.

EL CAFÉ.

POR grados aumentaba la amargura y acritud con que se espresaba el conde Duriveau hablando con sus futuros comitentes; porque la conversacion política en un principio habia recaido naturalmente en un asunto que jamas trataba sin apasionada animosidad. El desprecio y aversion que

le causaban los vicios de las clases pobres.

Apoyado en la ventana del jardín de invierno experimentaba el conde algún alivio sintiendo la brisa de la noche refrescar su frente acalorada por la rencorosa irascibilidad con la cual entraba siempre en aquella discusión.

—Que mucho, señores, decía Mr. Duriveau, si también yo en mi juventud he tenido cual otro y quizás más que otro, corazón bondoso, mano franca y lágrimas á la mano. También yo he creído en las virtudes, en las inmerecidas desgracias de la canalla... he creído en la existencia de padres de familia faltos de trabajo, únicos báculos de niños de corta edad y de una muger enferma... he creído en la existencia de hombres que habían pasado cuarenta y ocho horas sin alimento alguno..... he creído en la

desdicha de las viudas, que sin tener el menor recurso, se veían precisadas á mendigar de noche en tanto que daban de mamar á un niño, y llevaban otro de la mano... he creído verdadero el llanto de infelices huerfanitas solas en el mundo, y abandonadas por las calles de Paris.... y he creído, en fin, en la existencia de jóvenes seducidas y enteramente entregadas á los horrores de la miseria.

Y encogiéndose luego de hombros el conde, con ademan de implacable desden, añadió:

—Pues bien, alivié estas miserias *interesantes* señores... Mas cuán necio papel estaba haciendo! El padre de familia falto de trabajo era un borracho infame echado de su taller; el desdichado que no habia comido en cuarenta y ocho horas salia repleto del bodegon; la viuda desconsolada daba de mamar á una muñeca de

carton y llevaba de la mano á un niño cualquiera. Las pobrecilas huérfanas de 12 años partian mis limosnas con pilluelos de su edad, con los cuales hacia ya mucho tiempo que estaban prostituidas, y las jóvenes seducidas y abandonadas salian madres de una casa de infamia y crimen!! Oh! juzgad, juzgad por tan ruda leccion!!

Es de todo punto imposible marcar el acento con el cual pronunció el conde estas palabras llenas de hiel, y que produgeron en el auditorio, como debian producir, una impresion vivísima.

—Tiene mucha razon el señor conde, dijo Caramillo en tanto que sus ojos buscaban por costumbre en todas partes, á fin de dar con su mujer que hacia ya rato habia desaparecido con Escipion; el señor conde tiene mucha razon, siempre es uno

víctima de sus buenos sentimientos.... hacer bien á tales canallas, es crear un atajo de ingratos.

Y dichas estas palabras el digno elector echó azúcar á su café con mucha compuncion.

—Una de dos, ó es fingida la miseria del pueblo, ó resultado de sus vicios, y entonces semejante miseria no merece piedad alguna, añadió sentenciosamente Egilope agitando el azúcar del fondo de su taza.

—Es evidente que no; repuso un fabricante retirado ya de los negocios, los buenos se enriquecen como lo atestiguan las cajas de ahorros; además léase todos los años el discurso de la corona. La prosperidad vá en constante y progresivo aumento.

—Nadie como el señor conde conoce la ingratitud de esas gentes. Esperto—crede Roberto, añadió un antiguo abogado. No ha sido cruel—

mente burlado, merced á su generosidad natural?

La pálida cuanto espresiva fisonomía de Martin no revelaba indignacion ni sorpresa al oír las palabras del conde Duriveau, pero sí amarga tristeza y casi dolorosa piedad. De vez en cuando lanzaba el ayuda de cámara inquietas miradas hácia la espesura donde continuaba acurrucado el cazador quien sin estar visible oía tambien toda la conversacion.

—Mas lo que no creeriais, señores, repuso el conde, que llevé mi necesidad hasta el punto de compadecerme de las decepciones que os he referido.

—Cómo! es posible señor conde?

—Tan posible que hablando á mi corazon llagado, me dije: dejemos en el lodo del embrutecimiento donde nacer y morir debe ese innoble populacho, y vámonos á mis posesio-

nes: allí encontraré á lo menos hombres sencillos, buenos y agradecidos..... á quienes no ha corrompido aun la crápula de las ciudades... allí podré, sin temor alguno, verter con generosa mano mis beneficios... Hay tanta virtud en el campo!!..... Llego pues aquí; mi padre un señor verdaderamente hombre...

—Oh! exclamó el señor de Egiptope con un gesto de profunda veneracion; oh!... un hombre en toda la estension de la palabra!...

—Mi padre prosiguió el conde habia prohibido á cuantos pasaran por sus tierras, bajo castigos muy severos é impedido por medio de numerosos guardas, tocar la leña seca caída de árboles muertos, espigar en sus campos, y rebuscar en sus viñedos; los colonos que se atrasaban en los pagos, eran despedidos al momento, y dos enormes dogos de los

pirineos tenían á su cargo recibir á los mendigos.

—Cáspita! exclamó Caramillo con gesto agri-dulce; y bajando luego la voz preguntó á su amigo íntimo:

—Dí Egilope..... ves por ahí á mi muger?

—No; contestó con impaciencia el interpelado; déjame escuchar al señor conde, habla como un abogado... qué hombre! Tenemos en él á un diputado que no se mordera la lengua... Este hablará mucho mejor que Lebrelin.

—Llego aquí, como dije, prosiguió el conde, entontecido con mis ideas de filantropía campestre. Encontrando al principio que mi padre habia obrado cual hombre sin entrañas, bago encadenar los dogos y animado por mi santo fervor me lanzo á practicar las siguientes hermosas teorías, probablemente inventadas

por algun Adan que no tendria sobre que caerse muerto. *El tímido indigente no debe llamar jamás en vano á la puerta del rico. Dejad que el infortunio humilde recoja en el campo de la opulencia. Sed con respecto á los niños lo que Dios con los pajarrillos que despues de la vendimia les deja aun donde picotear.* Como veis, tales máximas conmueven y se me saltan las lágrimas al recordarlas, añadió el conde soltando una sarcástica é irónica risotada... á los seis meses de ensayos filantrópicos, un egército de mendigos borrachos asaltaba mi castillo á todas horas, y mis colonos no me pagaban ya. El infortunio humilde cortaba mis mejores árboles, y apacentaba sus vacas en mis pastos en tanto que los pajarrillos del cielo en figura de asquerosos pilluelos, cazaban con redes mis conejos y saqueaban mis viñas; en-

tonces, y solo entonces fué cuando juzgué que era sumamente necio desempeñar en la tierra el papel de un Dios de bondad...

Estrepitosas carcajadas acogieron la precedente peroracion.

—Toma..... yo lo creo..... á un precio tal! salé demasiado caro el papel de un Dios de bondad! dijo el antiguo abogado, hombre que habia comido por veinte.

—Cuanto mas bueno es uno, tanto mas abusan de él, á mí me ha sucedido en pequeño lo que al conde, dijo con cierta prosopopeya Egilope.

—Egilope, le dijo en voz baja Caramillo empezando á sobresaltarse formalmente, dí, no ves á mi mujer?

—Te he dicho que no; contestó encogiéndose de hombros el primero.

—Dice muy bien el señor conde,

repuso otro convidado, con lo que á él le ha pasado, hay para fastidiarse de ser compasivo.

—Así me ha sucedido á mí, prosiguió el conde, esos abusos audaces que mi flaqueza fomentaba, me han abierto los ojos. En cuanto recuperé mi razon, es decir, el desprecio mas legítimo, á la mas legítima aversion hácia esa raza rencorosa, corrompida y embrutecida, he hecho, en cuanto ha estado en mí, pesar sobre ella una mano de hierro. Y desde entonces... todo ha vuelto á estar en órden. Encarcelo al primer tuno que se atreve á cortar un solo tronco de mis bosques! multo, y á falta de dinero, meto en la cárcel á la desgraciada que se atreva á hacer pacer una vaca en mis prados! Echo sin asomo de piedad á todo colono que se atrasa en el pago de los arrendamientos. Este era el método de mi

padre y este es el bueno En cuanto á los vagos, asaz necios para venir á tender ahora la mano á las puertas de mi casa... dos magníficos y feroces perros de Terra-Nova (excelente tradicion de mi pobre padre) reciben con sus colmillos á esa polilla audaz y hambrienta..... así pues creedme, señores, imitadme. Encerémonos en nuestro derecho legal. Y puesto que somos los que poseemos algo, tengamos energía, unámonos y no cedamos en nada. No haya concesion alguna, tenerlas seria reconocer ese tiránico é insolente *derecho* con que se creen los pobres para recibir socorros de los ricos.... Seamo simplacables, de otro modo sucumbiremos; y por mi vida! es preferible comer al lobo á que el lobo nos coma.

El acento de conviccion con que hablaba el conde, la animacion de su

enérgica fisonomía, su decidido ademán, causaron una impresión profunda en su auditorio; acogieron sus crueles sofismas que legitimaban y erigían en deber el egoísmo, con aprobación casi unánime...

Profunda angustia reemplazaba en Martín la penosa emoción que había manifestado al principio de la conversación del conde con sus convidados; fijando sucesivamente sus miradas ora en el conde, ora en la espesura de arbustos donde permanecía agazapado el cazador, espesura que merced á la luna que acababa de ocultarse por detrás de los grandes árboles del parque estaba en una completa oscuridad, parecía temer Martín que algún peligro amenazase al conde.....

Después de titubear un momento y aprovechándose de uno de esos sepulcrales silencios que acaban las con-

versaciones mas animadas, acercóse Martin á su señor que permanecía apoyado en el borde de la abierta ventana, y con acento de respetuoso interes le dijo :

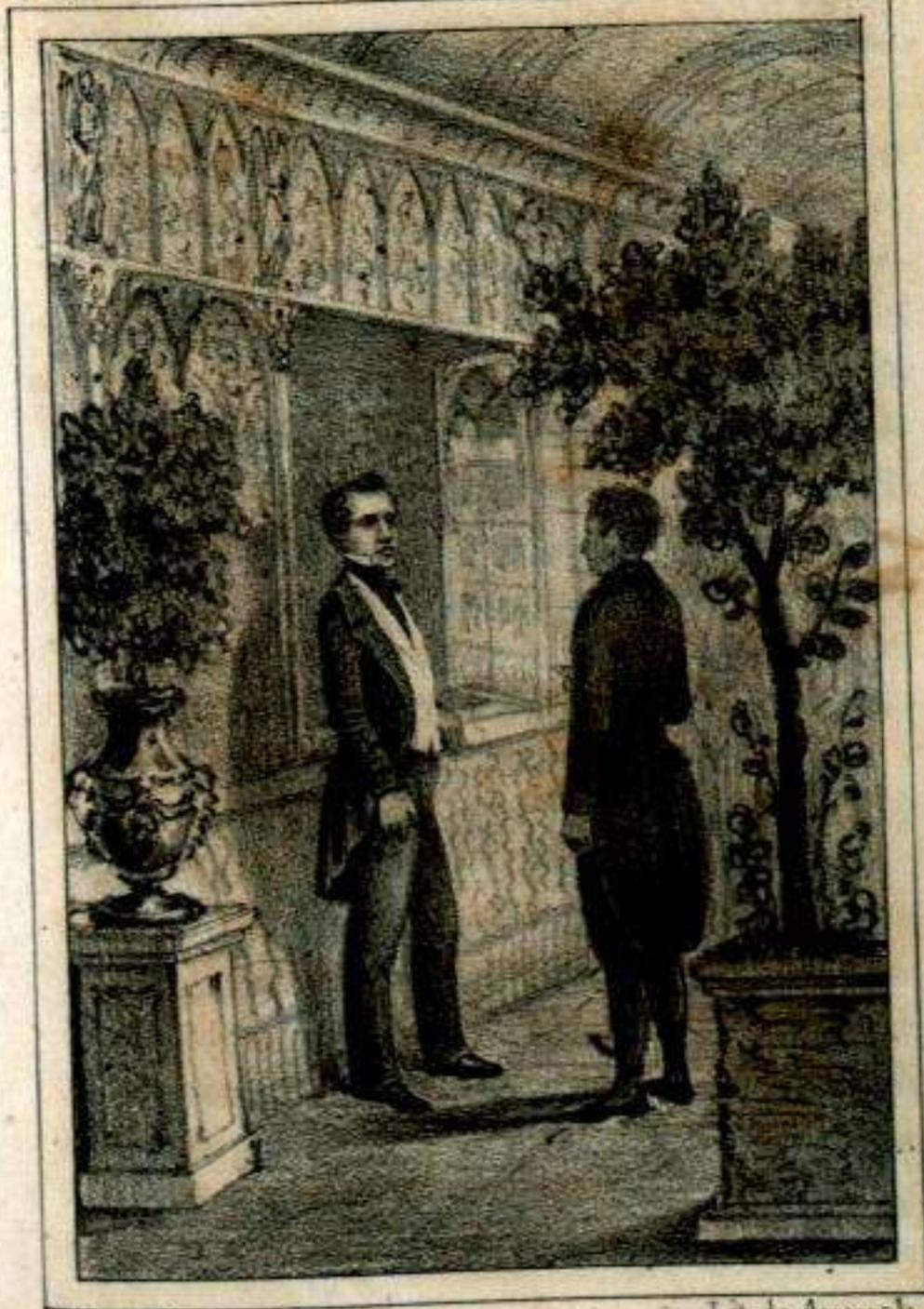
—El señor conde olvida quizás que el aire de la noche es húmedo... y quizás no es muy prudente que el señor conde...

Tan sorprendido como herido interrumpió M. Duriveau á Martin, contestándole con dureza :

—Sabed para siempre que yo no tolero la menor familiaridad, aun bajo pretesto de solicitud hácia mí... Recoged las tazas de esos señores.

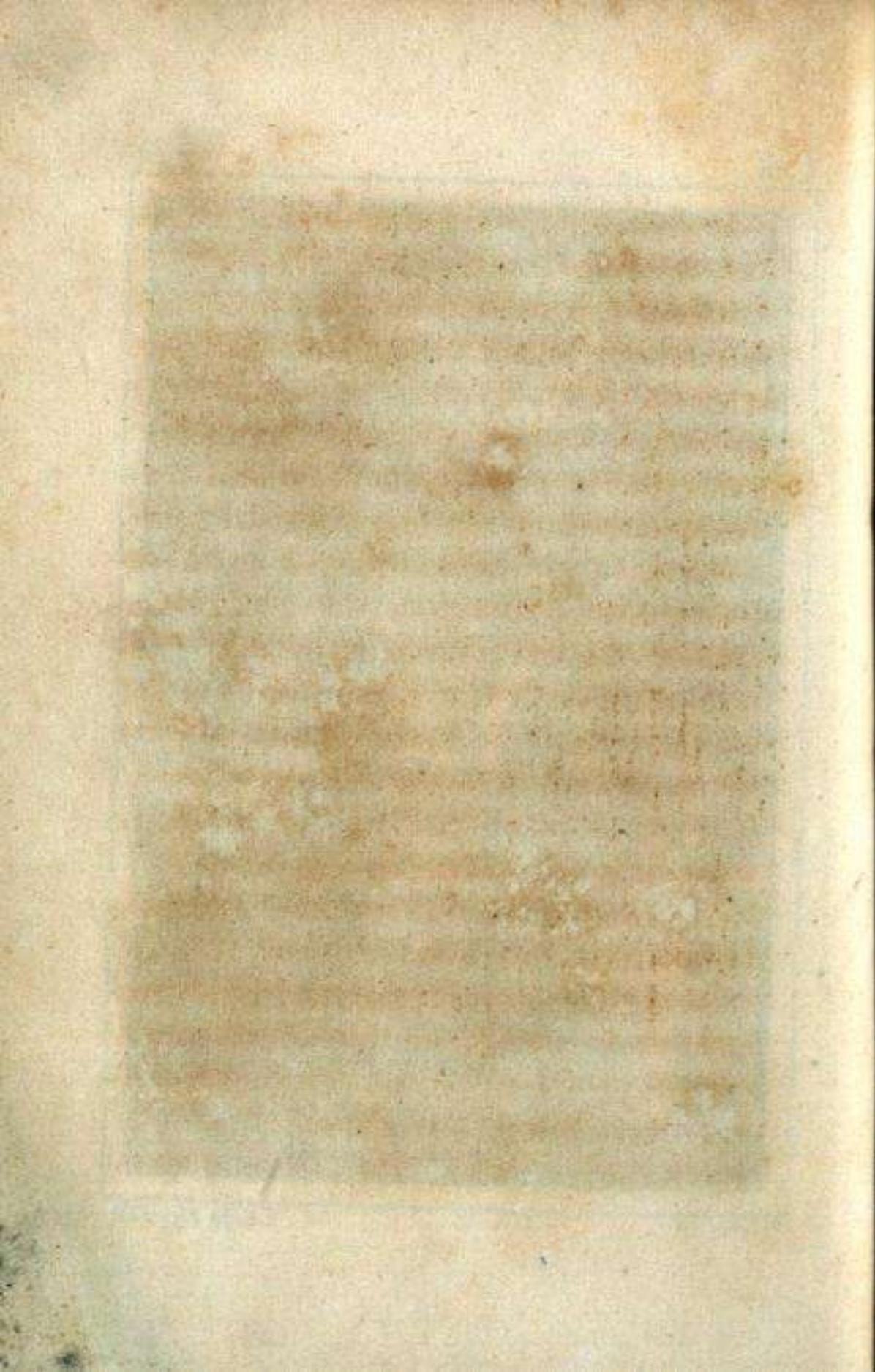
Inclinóse respetuosamente Martin sin desplegar los labios.

Despues de haber tomado y colocado en una bandeja todas las tazas, dejólas encima de una mesita junto á la cual permaneció inmóvil, pálido, fijos los azarosos ojos en la fúnebre



F. Perez lit.

Lit. de Ayguals.



espesura y con una ansiedad que aumentaba por momentos.

El áspero cuanto incisivo lenguaje del conde habia impresionado fuertemente á sus oyentes; sin embargo uno de ellos, el señor de Egilope, á pesar de su proverbial egoismo y de sus facultades intelectuales bastante limitadas, sintiendo que el resto de humanidad de su corazon se revelaba contra las máximas implacables del conde, le dijo timidamente:

—Permitidme haceros una pequeña observacion señor conde.

—Ya os escucho mi querido Egilope, contestó Mr. Duriveau.

—Como vos, señor conde, admito la condena sobre los vicios y corrupcion de las clases proletarias... Mas partiendo del principio demostrado ya de que el pobre no tiene derecho alguno á exigir socorros del rico..... no seria..... en ciertas circunstancias

dadas.... no seria sino un deber á lo menos político socorrer al pobre?... dando por supuesto que el pobre debe mostrarse humilde y agradecido por cuanto el rico haga por él.

No cabe duda que la caridad no es legalmente un deber para el rico, dijo el antiguo abogado, pero en fin hay algo de verdad en lo que dice Egilope.

—Sí, sí, dijeron muchas voces, porque en fin hay bastantes tunos entre los pobres.

—Es preciso tener cuidado en irritarles.

—Qué opinais vos sobre esto, señor conde?

—Ved aqui lo que pienso señores: contestó el conde con acento en extremo acerbo y espresivo: no solamente no es la caridad un deber para el rico, sino que la caridad es una cosa estúpida peligrosa y detestable.

—La caridad estúpida!

—La caridad peligrosa!

—Detestable la caridad!

Y todos miraban al conde llenos de estupor.

—Sí, señores, contestó Duriveau con imperioso y absoluto acento: sí, repito que la caridad es estúpida, que la caridad es peligrosa y que la caridad es detestable; y no soy yo quien digo esto... lo dicen grandes talentos cuya ciencia, cuyo genio admira la Europa toda y prueban cuanto dicen por hechos y matemáticamente. Estos génios son mi norte, mis santos; sus escritos mi catecismo y mi evangelio, y como buen creyente sé mi evangelio de memoria, he aquí textualmente lo que dice Malthus... San Malthus uno de los economistas mas admirables de nuestra época moderna, escuchadme atentamente señores.

Un hombre que nace en un mundo ya ocupado, si su familia no tiene medios para mantenerle ó si la sociedad no necesita su trabajo, ESTE HOMBRE NO TIENE EL DERECHO DE RECLAMAR ALIMENTO ALGUNO; ESTA REALMENTE DE MAS EN LA TIERRA; EN EL BANQUETE INMENSO DE LA NATURALEZA NO HAY ASIENTO PARA ÉL.

—En el banquete inmenso de la naturaleza... Ola! ola! ese Malthus es muy poético, dijo el antiguo abogado hombre que la echaba de literato, podria creerse un trozo de Fnelon.

—*La naturaleza ordena á este hombre que se retire*, añadió el conde prosiguiendo su cita, *y no tardará ella misma en poner en ejecucion su orden* (1). ¿No está eso bastante

(1) Cuando Malthus pronunciaba este discurso para el esterminio del género humano, contestábale Godwm:

claro, señores? añadió el conde con triunfante y amarga alegría, cómo! cuando esa naturaleza excelente, cual prudente madre reguladora de la policía, encarga á la señora Miseria de hacer evacuar ese exceso de población que desborda, iria yo... impelido por una generosidad mal entendi-

— «No, no es la ley de la naturaleza, no es «mas que la ley de un estado social muy ficticio, la que aglomera en un puñado de «hombres tan enorme superabundancia, y les «prodiga ciegamente los medios de entregarse a toda clase de gastos, á todos los gozces del lujo y de la perversidad, mientras «que la masa del género humano está condenada á fallecer en la inaccion ó por falta de «alimento.»

Para loor de Francia y de la humanidad, talentos célebres, profundos pensadores protestan con todos los medios que le sugiere su corazon y su vasta inteligencia contra el implacable sistema de los economistas, que admiten el mal como fatalidad, como un hecho que ya no tiene remedio alguno. M. F. VIDAL, escritor elocuente, lleno de

da, á contrariar las miras de la naturaleza!... Convengamos señores en que obrar así sería acreditarse de necio.

Cuantos oían al conde, se miraron sin desplegar los lábios, despues de aquella horrible cita.

—Cómo! dijo el señor Egilope,

erudicion y saber, lógico severo, animado de las intenciones mas generosas acaba de dar un golpe mortal á la secta económica en su obra titulada: *Reparticion de las riquezas*. M. PEDRO LEROUX uno de los talentos mas vastos y de los mas célebres filósofos contemporáneos, y cuyo carácter merece veneracion y fé, acaba de publicar en la REVISTA SOCIAL bajo el epigrafe de: *Capital y Trabajo* una admirable polémica contra esa escuela que curándose poquísimo del *derecho* se prosterna ante el *hecho* por horrible que sea, y lo legitima. En fin, la *Democracia Pacífica*, ese periódico redactado con tamaña independendencia, con tan ferviente conviccion, ese órgano incansable de las ideas sociales, ha hecho enérgicamente justicia á esas deplorables teorías económicas. (N. del A.)

como... Malthus... dice verdaderamente...

—Tendré el honor de mandaros mañana todas sus obras; dijo el conde, es una lectura excelente para los propietarios. Leed meditaed el Malthus señores, con esta sana lectura refréscares en vuestra mente la conciencia de vuestros derechos; en el encontrareis además las siguientes palabras que os invito á recordar cuando os tienta el diablo de la caridad: *Responda en este mundo cada uno de sí y para sí: TANTO PEOR PARA AQUELLOS QUE ESTAN DE MAS EN LA TIERRA; seria un trabajo improbo tener que dar de comer á cuantos se quejan de estar hambrientos; Y QUIEN SABE SI QUEDARIA LO BASTANTE PARA LOS RICOS teniendo como tiende cada dia mas la poblacion á traspasar todos los medios de subsistencia? LA CARIDAD ES UNA LOCURA, UN ESTIMULO PARA FOMENTAR*

LA MISERIA..... Y bien, señores, qué os habia dicho yo?

—En verdad, repuso el abogado enteramente convencido, que bajo este punto de vista la caridad es ilegal.

—Y obsérvese señores, prosiguió el conde con mas triunfante acento, que Malthus era un hombre escelen- te y un hombre de genio á la par; nada tenia de comun con esos inso- lentes y estúpidos reformadores con- temporáneos que sueñan lo que *debia ser* en vez de pensar en *lo que es*. Co- nociendo Malthus la verdad de las cosas no queria halagar ni engañar á nadie; lógico ante todo, convenci- cido de que las masas han sido, son y serán en todas épocas condena- das á la suerte mas infeliz, ha severa- mente prohibido á los pobres, en su admirable obra, el que tuvieran hijos; y le sobra en esto la razon; con qué

fin crear esa simiente de muertos de hambre? Marcus, discípulo de Malthus y de Adam Smith, economista no menos grande que el primero ha sido aun mas... consecuente: con valor sin igual ha propuesto suprimir los hijos de los pobres.

—Cáscaras! dijo Egilope rascándose las orejas, vaya que ese Marcus era un hombre...

—De talento rigurosamente lógico contestó el conde con acerada ironía. En fin San Juan Bautista Say, otro santo de mi almanaque ha dicho estas memorables palabras; meditadlas señores, y meditadlas sobre todo cuando los trabajadores de vuestros talleres se os vengán quejando del ínfimo estipendio de sus salarios:

Cuando son muchos los trabajadores que piden trabajo, la ganancia de cada uno de ellos declina **A SER MENOR QUE LA TARIFA NECESARIA PARA**

QUE TODOS TENGAN LO SUFICIENTE PARA MANTENERSE; PERECEN POR CONSIGUIENTE LAS FAMILIAS MAS LLENAS DE ACHAQUES Ó CARGADAS DE HIJOS. *Desde entonces disminuye el pedir trabajo, y como se pide menos, es menor el número de brazos, y por consiguiente aumenta el precio de los jornales.* En otros términos, segun se espresa Ricardo, otro santo de mi almanaque tambien, *el número de trabajadores se reduce á fuerza de privaciones.....* Nada mas fácil de comprender; la naturaleza no quiere aglomeramiento de poblacion y la mortandad hace en esto veces de agente de policia.

—Muy cierto, y ya que no puede ser de otro modo, dijo un oyente muy benigno, es preciso darse el parabien de no formar parte de los escedentes.

—A fé mia! nada mas evidente!

los economistas dicen bien: cada uno para sí.

—Peor para los otros.

—Es preciso hacer cuanto quepa para no ser de los otros..... y por lo demas, rueda la bola!!

—Donde estará mi esposa, Egilope? dijo Caramillo al oído de su amigo, quien preocupado con la idea de la desaparición de su muger, habia prestado poquísima atención á los discursos del conde.

—Déjame en paz con tu muger! búscala...

—Mientras esté hablando el conde no me atrevo... Bueno!... ya vuelve á empezar.

—Qué debemos sacar en limpio de todo esto señores? repuso el conde ufano por la profunda impresion que habia causado con su citas y comentarios; que es necesario, como os lo decia no ha mucho, sostenernos bien

unos á otros, los que poseemos algo, y no hacer jamas ninguna baja concesion só pretesto de piedad, con la cual se escudarian para derribarnos, porque compadecer á los que sufren, es acusar indirectamente á la sociedad y la sociedad no puede equivocarse jamas. Esto supuesto no nos hagamos nunca ilusion; entre los que poseemos y los que no poseen debe haber una guerra sin cuartel. Sea pues..... guerra! Los proletarios ya sean de las ciudades populosas, ya de los campos, sienten contra nosotros celos feroces, porque nosotros tenemos mucho supérfluo, y porque ellos carecen de lo necesario; esto es muy natural y yo haria lo mismo si me hallase en su lugar. Quisieran ellos, saquear nuestras casas, beber nuestros vinos, pascar en nuestros coches: esta bien, bajo su punto de vista ellos tienen razon, háganlo si

pueden, es un derecho de guerra leal. Mas que no se admiren los señores proletarios si yo á mi vez les pago odio por odio, si mi instinto de conservacion me ordena hacer todo lo posible para que esa fiera, cuyas fauces y aguzados colmillos temo, se vea sujeta rudamente y cuanto mas tiempo mejor. Por esto digo en alta voz, que ambiciono la legislatura á fin de concurrir en nuestros intereses y en los de nuestros hijos, á forjar la mordaza, el freno y las trabas que deben encadenar solidamente á la fiera... para que jamas tenga la fuerza, ni el deseo de desenfrenarse. Porque, señores, esa fiera las tiene muchas ganas á nuestras tierras, está famélica, y yo tengo la debilidad de querer que mi hijo sea mi heredero que el suyo, si Dios no dispone otra cosa, le herede cual yo heredé de mi padre. Mas la fiera de que ha-

blamos querria heredar de lo pasado, de lo presente y de lo venidero. Pero alto ahí... aun vivimos nosotros..... y..... por lo mismo brindemos al encadenamiento perpétuo de la fiera!

Y dirigiéndose el conde á Martin le dijo:

—Traed los licores...

Apenas habia Mr. Duriveau pronunciado estas palabras, cuando Martin pegando un grito de terror, lanzóse hácia el conde á quien apartó rudamente de la ventana, saltó por encima de la pared donde se apoyaba esta que tendria unos cuatro piés de altura á corta diferencia, cayó en medio de la espesura donde se habia ocultado el cazador, y desde aquel parage casi en el momento mismo salió un tiro que retumbó en aquel espacio tenebroso.

XXI.

LA PAJARERA.



CENEBAL fué el espanto y terror en los circunstantes al oír el tiro que retumbó tan cerca de la ventana del jardín de invierno; todas las señoras pegaron agudos chillidos y se precipitaron hácia las salidas del invernáculo. También varios convidados que rodeaban al conde, en el momento de la esplosion,

echaron á correr sin saber á donde, y uno de estos fué el señor de Caramillo; otros por el contrario se agruparon valerosamente al rededor del dueño de la casa.

Algun tanto agitado pero enérgico cual siempre, acercóse de nuevo el conde á la ventana de la que le habia apartado violentamente Martin; y despues de un movimiento de sorpresa y turbacion, no sabiendo por otra parte la causa de aquel escopetazo, con sangre fria y sarcástico acento que honraba mucho á su valor dijo:

No temais nada señores... es sin duda la señal de algun fuego de artificio... una sorpresa que habrán querido hacerme mis gentes.... solo me ha parecido que mi ayuda de cámara ha manifestado apresurarse un poco mas de lo regular en ir á tomar sitio.....

Acababa de pronunciar el conde estas palabras, cuando despues de algunos minutos de ausencia apareció corriendo Martin en una de las puertas del jardin, y con acento conmovido dijo, dirigiéndose al conde:

—Se ha fugado en la direccion del cortijo, he perdido sus huellas en la espesura del bosque.

—Quién? preguntó el conde.

—El hombre que estaba escondido allí, señor conde..... le habia apercebido á la luz de las lámparas del jardin, vi que se levantaba bruscamente de la espesura donde estaba agazapado... Quizás no traia malas intenciones; pero cediendo á mi primer movimiento no reflexioné; creyendo que el señor conde corria algun peligro, salté por la ventana á fin de coger al desconocido; he tenido una pequeña lucha con él, se disparó una pistola que llevaba; me pu-

se en su persecucion..... y.....

—Pero vos estais herido, exclamó vivamente el conde acercándose mas á Martin.

—Creo que sí... señor conde... en la mano... pero es poca cosa, la bala no ha hecho mas que rozar la muñeca.

—No importa, es preciso que os curen, dijo el conde y dirigiéndose á uno de sus muchos criados que atraídos por el tiro habian entrado en el jardin, le dijo:

—Vayan inmediatamente, ahora mismo, á buscar el médico de Salbris.

—Y ese malhechor que cara tenia? preguntó Egilope temblando de puro miedo, será quizás ese bribon, ese... Bamboche á quien se persigue por todas partes, y cuya filiacion se ha fijado en las esquinas.

Al saber Martin que Bamboche, cuyo nombre oia pronunciar por la primera vez desde su llegada á So-

logne era perseguido por todos lados, un estremecimiento de sorpresa hizo vibrar todos sus miembros y las palabras espiraron en sus labios:

Chocóle al conde la espresion de la fisonomía de Martin y le dijo:

—Qué teneis?

—Nada señor conde... nada... me siento un poco débil... la sangre que he perdido, sin duda...

—Habeis podido á lo menos ver bien el rostro de ese tunante? preguntó Egilope.

—Sí, señor, repuso Martin, era muy bajito... y muy jóven diez, y nueve años lo mas, añadió con serenidad, llevaba una blusa blancuzca y una gorra.

—Estas no son las señas de Bamboche, dijo el señor Egilope; mas puesto que llevaba una pistola, no puede ser mas que un asesino.

—Un asesino! y por qué razon

quereis que se me asesine, querido? dijo el conde con desdeñosa indolencia, á menos que sea una advertencia saludable de cierto corresponsal anónimo, añadió Duriveau sin explicarse mas y con forzada y amarga sonrisa. Vamos señores, eso no merece la pena de llamar vuestra atención; es un asunto del valiente Beucadet, el sargento de gendarmes, á quien haré venir mañana para hacerle mi declaración..... Id, Martin id á que os vean el brazo... En cuanto al miserable que os ha herido... aunque haya puesto piés en polvorosa, Beucadet le seguirá la pista, es un perdiguero muy listo, y estoy seguro que presto nos dará cuenta de él.

Durante las últimas palabras del conde habia sacado Egilope un papel de su faldriquera, y estaba leyéndolo con mucha atención cuando de repente exclamó:

—Ah! ved ahí una cosa sumamente extraordinaria.

Y viendo que el conde le miraba con ademan interrogativo; Egilope añadió:

—Persistia en creer que el hombre emboscado podia ser ese malhechor llamado Bamboche, y leia su filiacion que se ha distribuido en el pueblo, y que me dieron al venir á vuestra casa, señor conde. Las señas del tal, en nada se parecen al retrato que nos ha hecho vuestro ayuda de cámara del hombre que le ha herido. Pero lo curioso que hay en ello es lo siguiente: en la mesa hemos hablado de esa famosa Vascona de la cual tanto mal y tanto bien se ha dicho.....

—Y bien! repuso el conde poniendo ceño al oír el nombre de aquella muger.

—Leed señor conde, dijo Egilope

tendiendo el papel á Duriveau, quien lo tomó echando por él una rápida ojeada; vereis que el salteador Bamboche lleva marcadas en el brazo las siguientes palabras: *á la Vascona mientras viva su amor ó la muerte.*

—En efecto, ese miserable lleva escrito en el brazo el nombre de esa horrible criatura. Qué misterio! decia para sí el conde tan sumamente embebido en su sorpresa, que no reparó que en la filiacion decia, que el bandido llevaba tambien grabado en el brazo el nombre de Martin.

Vióse desembocar de pronto en uno de los paseos á Caramillo en medio de un tumulto asaz numeroso, que pálido, desencajado y rebosando ira, tenia asida del brazo á su consorte arrastrándola casi, en tanto que la pobre, llorosa, confusa y con la cabeza caída sobre su pecho salton, hubiera querido hallarse á

cien piés debajo de tierra segun vulgarmente se dice.

Detras y junto á los dos esposos seguia el vizconde con aire insolente y sarcástico, metidas las manos en los bolsillos de su pantalon; á alguna distancia detras de él, iban los otros convidados del conde tan asombrados de la audacia de Escipion, que guardaban profundo silencio interrumpido en algunas partes del grupo por un susurro hijo de palabras dichas de unos á otros en voz baja.

—Señor conde! gritó Caramillo con voz temblorosa, de puro colérico, y acercándose al padre de Escipion, esto es una infamia!... y os hago responsable...

—Puedo saber, caballero?...

—Os digo que vos sois el responsable, señor conde, exclamó el malhadado elector interrumpiendo á Mr. Duriveau; sí, vos sois la causa y

el responsable de todo; porque cuando se tiene un hijo como el vuestro... caballero, se le encierra... sí señor... se le pone bajo llave á lo menos cuando recibais señoras en vuestra casa.

—Pero caballero...

—Pero caballero, gritó con sumo enojo el elector, sabeis, sabeis... lo que acaba de pasar? Sabeis lo que me acaba de suceder, caballero? Sabeis señor mio donde he encontrado á mi muger?

—No sé nada caballero, dijo con frialdad el conde, abogando en su pecho, no sin mucho trabajo, el violento encono y resentimiento que despertaba en él aquella nueva calaverada de Escipion, pero si teneis que pedirme algunas esplicaciones os ruego, en el interes de ambos, que tengais la bondad de pasar á mi cuarto á fin de no dar publicidad á estas esplicaciones.

—No darías publicidad!...: exclamó Caramillo soltando una carcajada sarcástica, quisiera que mi voz se oyese desde aquí á Romorantin, á fin de poder proclamar con toda la fuerza de mis pulmones que mi esposa es una desventurada y que vuestro hijo es un...

Tocó Escipion con la punta del dedo en el hombro á Caramillo y le dejó cortado de repente diciéndole con acento claro y altanero:

—Un?...

—Volvióse bruscamente el elector hácia el vizconde, miróle al principio de arriba abajo con desprecio y enojo á la par, y cuadrándose luego resueltamente delante de él, gritó en ademán de valenton:

—Digo, caballero, que sois un hombre... un hombre repleto de pasiones adúlteras... indecentemente adúlteras!

Escipion que no reia jamás, no pudo menos de sonreirse y con benevolente gesto dijo á Caramillo:

—Bueno... proseguid ahora!...

—Cómo! qué prosiga? no soy vuestro criado caballero! No necesito vuestro permiso para...

—Caballero, dijo el conde, os lo ruego encarecidamente, ya que no lo hagais por vos, hacedlo por esta señora... poned coto á tan penosa escena... ademas, las apariencias engañan muchas veces... y creedme...

—Las que engañan no son las apariencias sino las mugeres! gritó con voz de trueno el elector mirando á la demasiado sensible Caramillo, cual si la quisiese pulverizar con aquel sangriento sarcasmo, apariencias!... añadió exasperado, apariencias! En cuanto oí el pistoletazo, montada la imaginacion por la historia del bandido á quien persiguen, me escapo,

abro la primer puerta que el acaso me depara... era la del invernáculo... atraviésolo corriendo... llego á una rotonda donde hay una pajarrera.... refúgiome allí.... al traves de una puertecilla oigo el roce de un vestido de seda y una voz... reconozco... la voz, doy un empellon á la puerta y me encuentro en un retrete, y en aquel retrete.... al hijo del señor.... abrazando á mi muger...

—Os repito caballero, dijo el conde, no pudiendo disimular su enojo y lanzando á Escipion una mirada terrible; os repito, que todo esto me tiene confuso; pero el escándalo que armáis es deplorable, en verdad!...

—Armo escándalo!... yo soy quien arma escándalo?... gritó Caramillo fuera de sí... Esto es ya demasiado... Ah! bien dice el refran, á tal padre tal hijo!...

—Caballero!

—Caballero! repitió el elector influyente con magestuoso y olímpico enojo, harto comprendereis que ni yo ni mis amigos políticos podemos tener por representante ante la Francia á un padre cuyo hijo nos ha...

—Nos ha... nos ha... dijo al elector su amigo Egilope.... habla por tí... Dí: te ha...

—Es verdad, mi pobre amigo.... contestó suspirando Caramillo, cuyo hijo me ha.....

El conde le interrumpió, y queriendo á toda costa poner fin á tan desagradable asunto, dijo al esposo ultrajado:

—Sea, caballero; por precioso que hubiera sido para mí vuestro sufragio y el de vuestros amigos políticos... renuncio á él. Espero que ahora comprendereis que lisonjeado como estoy por el honor que me dis-

pensásteis viniendo á mi casa, han llegado las cosas, con harto sentimiento mio, á un punto que debo temer deteneros aquí por mas tiempo.

— Venid... señora... venid, desvergonzada; dijo el elector con formidable voz, arrastrando tras sí á la desdichada Caramillo que hacia todo lo del mundo para desmayarse; mas su floreciente, predominante y lujuriosa salud se oponia á su deseo; faltábale á aquella inocente la maestría necesaria para fingir con verosimilitud un desmayo.

Dirigíase Caramillo hácia la puerta, cuando Escipion le dijo chocar- ramente:

— Hé! ya sabeis que cuando os acomode... estoy pronto...

Instruido el elector por algunas palabras que su amigo Egilope le habia dicho al oido, del significado de las

palabras de Escipion, contestó á este con suprema dignidad:

—No soy un espadachin, caballero, soy un esposo indignamente ultrajado.

—Ahora, añadió Escipion con gravedad burlesca, puedo declarar que el señor es víctima de una ilusion, y tengo que proclamar altamente la completa inocencia de la señora.

—Lo ois..... amigo mio? dijo tímidamente la de Caramillo á su marido.

—Linda garantía! exclamó el elector; venid, señora, venid.

Verificóse la partida de los convidados en medio de un silencio profundo y de mortal embarazo; la parte femenina de la asamblea que en general tenia celos de la de Caramillo, tenida en el pais por una ele-

ganta, no cabia en sí de gozo en aquella aventura, y manifestaba virtuosa indignacion. Entre los hombres, tambien algunos envidiaban á Caramillo, propietario mas rico que la mayor parte de ellos; otros habian defendido á la pobre muger; pero sus cuidados no tuvieron aceptacion sin duda porque se habia mencionado á cierto sobrino del marido, gigantesco teniente de carabineros que habia pasado muchos semestres en la Herótica (nombre de capricho dado por Caramillo á su quinta). En suma, hombres y mugeres tuvieron indecible satisfaccion en haber presenciado aquel enorme escándalo, que por largo tiempo debia hacer el gasto de todas las conversaciones de la comarca.

Dotado el conde de bastante imperio sobre sí mismo para contenerse hasta el fin, habia salido como me-

jor supo de la difícil posición en que se hallaba con respecto á los convidados, y había con mucha finura acompañado hasta la escalinata del jardín á la señora, que durante la comida estuvo á su lado.

En fin el último coche salió del castillo del Tremblay. En vez de entrar el conde en la casa, bajó la escalinata echando chispas de comprimida rabia, y contando que el fresco de la noche le apaciguaria su violenta escitación, y lograria calmarse lo bastante para tener con su hijo una esplicacion decisiva; esplicacion que había hecho mas indispensable aun el nuevo incidente, complemento de aquel malhadado día.

Héroe Escipion, por la mañana, de una aventura que debía producir en la población de la comarca una impresión fatal, acababa por la noche de llenar la medida enemistando con el

conde á las gentes de mas suposicion, de la alta clase de propietarios.

Así heria Escipion en lo vivo de las dos pasiones mas ardientes en el conde, su ambicion y su amor; su ambicion, porque la aventura burlesca del vizconde con la de Caramillo destruia los proyectos electorales de Mr. Duriveau, haciéndole perder los votos que podian asegurar el éxito de su candidatura; su amor, porque en un mismo dia debia verificarse su enlace con madama Wilson, y el de Escipion con Rafaela, y parecia que este á fuerza de frialdad y de escándalos, queria retardar ó comprometer una union que por sí sola llenaba los votos mas ardientes de su padre.

El conde se paseaba de arriba abajo con agitacion febril, y de cuando en cuando se apretaba la frente con violencia: luego clavó la vista en

el entresuelo, y miró con amargura irónica la claridad brillante que de él salía, y los numerosos criados que vestían su lujosa librea.

Estraño contraste para aquel hombre que, por la primera vez de su vida, aborrecía su opulencia, su posición elevada, sus títulos, sus bienes; porque todas estas distinciones que tanto amaba, que soñaba en su mente ver aun mas gloriosas en las generaciones futuras, por el brillo que le darian su hijo y sus nietos, todo lo iba á heredar un muchacho desmoralizado en la flor de su edad, un joven insolente, cuyos desprecios le causaban en aquel instante un sentimiento de ódio, ódio tanto mas vivo por cuanto aquel hombre, creyéndose superior á todos, comprendia intuitivamente que Escipion le dominaba con su helada calma, y esta debilidad que él solo se confesaba en lo

íntimo de su corazón, aumentaba el resentimiento que el conde sentía contra su hijo. Harto tarde conocía el error grave que había cometido en hacerse el padre joven, y veía con pesar profundo lo difícil que sería dominar el audaz carácter del vizconde, á menos que por un esfuerzo grande, cortase el mal de raíz, obligándole desde luego á someterse á la autoridad paterna, hasta entonces despreciada ó mas bien desconocida.

Un rayo de luz hirió los ojos del conde y al mismo tiempo un ruido de un sable arrastrando, unido al de unas espuelas, interrumpió sus penosas cavilaciones y le hizo volver la cabeza; un criado tenía una lámpara encendida en la mano, y alumbraba á Mr. Beaucadet, que bajaba con paso magestuoso las gradas del castillo.

Esta visita inesperada le causó tal

enfado al conde, que adelantándose hácia el sargento, le dijo con tono brusco:

—Qué se os ofrece?

—Señor conde, contestó Beauca-
det con aire sério y circunspecto, na-
da peculiar á su carácter... acaba de
suceder una desgracia.

—Una desgracia, cuál?

—Fuí al cortijo del Enebro para
formar causa á la muchacha llamada
la Coscoja, á quien se cree culpable
de infanticidio.

—Y qué?

—La infeliz sin duda era crimi-
nal, pues al verme con mis gentes...
se ha tirado al estanque.

—Dios mio!... exclamó el conde.

—Y se ha ahogado... añadió Beau-
cadet.

—Oh!... es horroroso, murmuró
Mr. Duriveau con aire aterrador, es-
condiendo su rostro entre las manos.

—He venido, señor conde, dijo Beaucadet para informaros...

—Bueno, bueno, dejadme.

—Pero, señor conde...

—Dejadme en paz, repito.

—Soy el órgano de la ley, observó Beaucadet hablando en tono magistral; por lo tanto puedo y debo obrar en su nombre. Acabo de saber, que esta noche un hombre emboscado ha disparado un pistoletazo á uno de vuestros criados.... Mi deber, señor conde, me obliga á entablar un proceso verbal y....

—Entablad mil, si os place; pero dejadme en paz, exclamó el conde fuera de sí, dando un fuerte tacónazo.

—Pero, señor conde, escuchadme, el criado herido se llama Martin, y sospecho que él..... Beaucadet no pasó adelante en su relato, pues el conde sin prestarle la menor aten-

cion, habia desaparecido por una de las oscuras calles del parque.

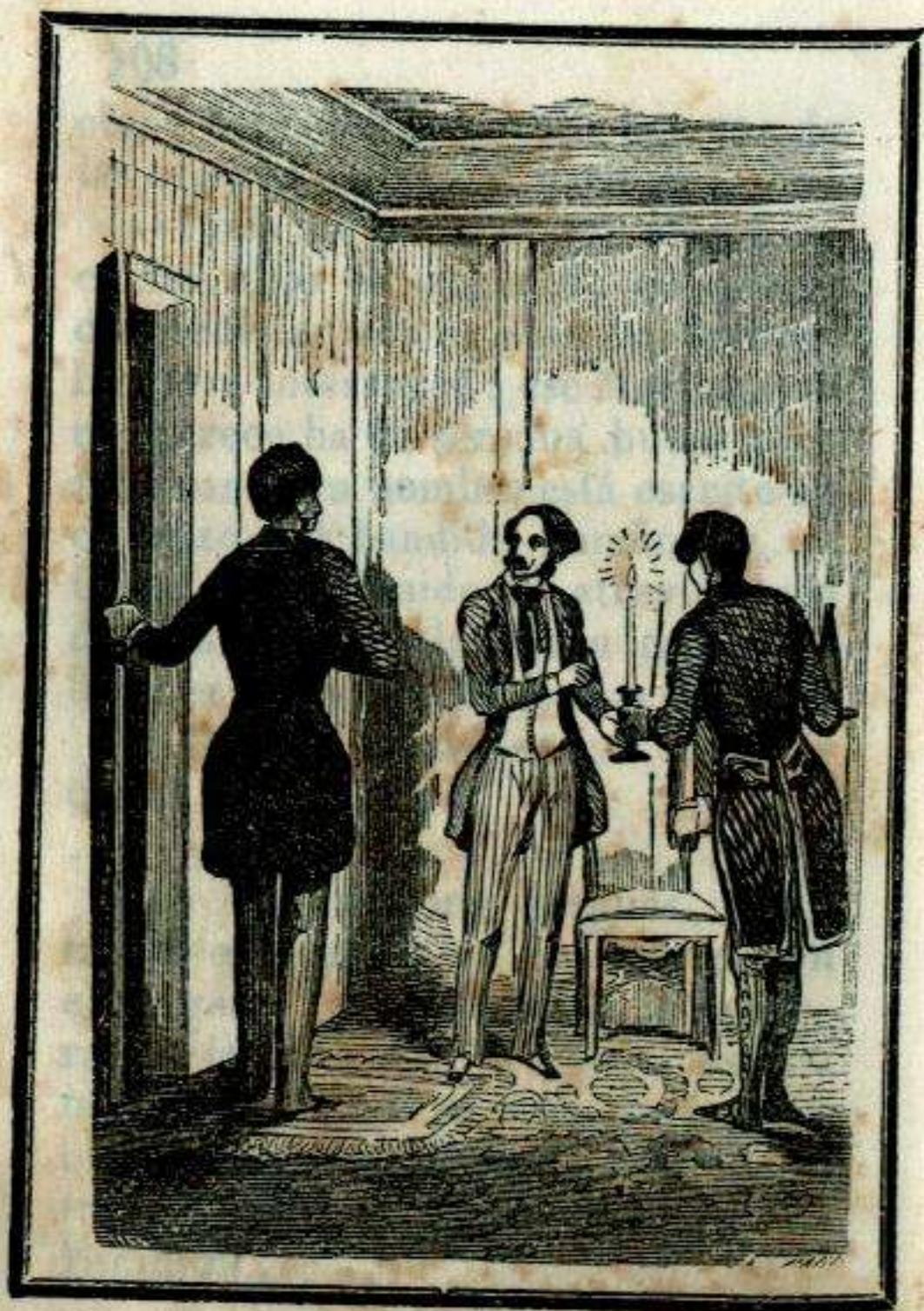
—Poco me importa que no me escuche, dijo el sargento; no quiero desperdiciar una ocasion tan favorable para interrogar á ese Martin, que me parece ha de ser una buena pieza, cuando su nombre está escrito en el brazo del bandido Bamboche..... tuno! no ha tenido el atrevimiento de cambiar un saludo con mis gendarmes! Tunante, tú me las pagarás!

Y diciendo esto regresó Beaucaudet al castillo.

Una media hora despues, poco mas ó menos, de su encuentro con el sargento, el conde subia la escalera de la fachada. Su rostro estaba muy pálido, pero su aspecto impasible: la primera persona con quien tropezó al entrar en el vestibulo, fué Escipion.



THE ...



Espera... estoy encendiendo mi cigarro.

El jóven iba á retirarse á su aposento y á encender su cigarro en el candelero que le presentaba su ayuda de cámara, que en la otra mano llevaba un frasco de rom en una bandeja de plata.

—Escipion... venid... tengo que hablaros, le dijo el conde con voz serena.

—Espera... estoy encendiendo mi cigarro.

—Lo encendereis en mi cuarto, contestó el conde sin alterarse.

—Escipion con el cigarro puesto en la boca, que no tuvo tiempo de encender, siguió á su padre por medio de los salones suntuosos y aun ricamente alumbrados, si bien ya desiertos, siempre con su aire desdenoso y negligente.

A poco abrió el conde la puerta de su habitacion particular, y tras él entró su hijo.





XXII.

PADRE É HIJO.



ORRIÓ el conde los cerrojos de su cuarto, pieza vasta, adornada con muebles de laca negra y oro, con tapices de damasco verde y alumbrada por tres bugías, cuya brillante luz debilitaba una pantalla de seda.

La fisonomía del conde es-

taba grave y severa; quedóse sin dirigir la palabra á su hijo y miróle de hito en hito.

Insolentemente recostado este de espaldas en la chimenea, hacia girar en sus lábios su cigarro, es verdad que sin encender, metidas las manos en los bolsillos de su pantalon, tambaleándose ya sobre una pierna ya sobre otra; su rostro encantador estaba mas pálido aun que lo regular, los párpados de sus grandes ojos melados, se inyectaban ligeramente, porque mientras trataba de poner á prueba la virtud de la de Caramillo, habia bebido vino de Oporto si cabe; pero cual se hubiera podido temer, no estaba ni por ensueños borracho; el vizconde ¡hacia ya mucho tiempo que no se embriagaba con el vino, estaba enteramente en su cabal acuerdo, tenia su cabeza despejada y lo único en él era hallarse *lleno*, se-

gun se dice hablando en la gerigonza de orgías; manifestábase en Escipion esa plenitud regularmente porque era mayor su desdeñosa sangre fría, su impertinente flema. Por esta razón, sin duda, mientras aguardaba que su padre tomase la palabra, encendió tranquilamente su cigarro en una de las bugias del candelabro colocado encima de la chimenea.

Arrancóle Mr. Duriveau el cigarro de las manos y lo arrojó al fuego diciendo:

—En mi cuarto no se fuma, caballero.

—Ah bah! repuso Escipion, mirando medio aturdido á su padre; y desde cuando no se fuma aquí?

—Desde que he resuelto ocupar mi lugar, y ponerlos á vos en el vuestro, dijo seca y rudamente el conde.

—Oh! oh!... repuso con frialdad

Escipion, acostumbrado á poner en ridículo los raros accesos de severidad que le daban á su padre; por lo visto vamos á representar alguna escena de Poquetin..... yo soy Clitandro ó Damis..... y héte aquí empeñado en egecutar el papel de uno de los dos bonachones Orgon ó Geron-te. Durará esto mucho? matarás á tu hijo á palos? Donde está Scapin para decirme: Confunda el cielo á vuestro padre, señor Damis! Maldito viejo! Cuándo heredaremos de ese infernal baboso?

Es imposible referir con qué impertinente aplomo espetó Escipion esa zumba.

Aunque no le sorprendiesen aquellos sarcasmos, que por tanto tiempo le habian hecho gracia, y que se hubiera propuesto no irritarse, cediendo el conde á un arrebató involuntario, dió un paso hácia su hijo, y

con amenazador ademán gritó:

—Insolente!....

—Bravo! no lo digo, ya empiece la escena del palo, dijo Escipion con mayor audacia, eh! hola?... vivo... un palo... venga un palo para el señor Geronte!

—Escipion!! gritó con terrible acento el conde, interrumpiendo á su hijo, y cogiéndole del brazo con temblorosa mano.

Luego, despues de algunos instantes de silencio, repuso con profunda amargura:

—Yo tengo la culpa.... he dado pábulo á esas desvergüenzas... he tolerado estas familiaridades... Es el fruto de la educacion que os dí... Esta última leccion es ruda... pero será provechosa...

—Bah! dijo Escipion, allá se ven todas las clases de educacion. Prevalha sido educado por un sacerdote, en

las faldas de su madre, y acaba de falsificar unas firmas que merecen un presidio; Havrincourt hace dos dias que ha salido de la escuela politecnica y no há mucho se le ha puesto intervencion para contener su prodigalidad... Vaya, confiesa que eres demasiado modesto, y que tu discípulo te hace honor.

—Basta... señorito, basta! no me conoceis aun; pero llegára ese momento, y vive Dios! desde hoy, desde ahora, os lo repito, cada uno volverá á ocupar su lugar... y sereis en adelante tan sumiso, obediente y humilde conmigo, como insolente y burlon habeis sido.

Escipion que rara vez se admiraba, quedó sorprendido; jamás las pocas reconvenciones de su padre habian resistido á una pulla; jamás hasta entonces le habia hablado su padre con aquella firmeza y resolucion de vol-

ver á tomar y mantener su autoridad.

—Segun eso, repuso el jóven mirando á Mr. Duriveau con ademan profundamente compasivo, y cual si le hubiera dado lástima verle descender á tan plebeya reprimenda, segun eso hablas formalmente?

—Muy formalmente, caballero.

—Es nuevo esto... pero muy poco agradable... Y dime por qué has escogido este hermoso dia para venir á *predicar* así, moralidad y autoridad paternal?

—Cómo! teneis la audacia de preguntármelo?... cuando no há una hora... un escándalo horrible...

—Vamos á ver, dijo Escipion encogiéndose de hombros, mírame sin reir... acuérdate de tu sublime aventura con la marquesa de Saint-Hilaire... aquella que nos contaste el invierno pasado cenando en case de Ceferina.

El recuerdo que despertaba Escipion dejó por un momento mudo y aterrado al conde.

—Vamos, no temas, le dijo Escipion con irónica benevolencia, no te recuerdo eso para reprochártelo..... al contrario... No te hagas el modesto... sería una necedad; tu lance era cien veces mejor que el mio, porque la marquesa era encantadora; si mal no me acuerdo estabas tú en el campo en casa del marqués, buen mozo y bello sugeto además; le habias ganado 2000 luises al Whist durante la velada y te sorprendió á media noche en el cuarto de su muger... vamos fué estupendo! sin contar con... al amanecer un duelo en el parque con el marqués, duelo en el cual le pegaste un balazo en el muslo de cuyas resultas se fué á morir á Italia... Mira, te he envidiado siempre ese lance... no es nada! Matar á tan

apuesto marido! yo que en toda mi vida solo he matado á aquel capitano, porque guiando mi tilburí le corté la cara con el látigo... vaya un hombre despreciable! picado de vi-ruelas, peludo como un oso, y que no llevaba medias... Puf! cuidado que se honra uno mucho matando á gente así!

No hallaba el conde una sola palabra que contestar... La leccion era terrible... en presa á su impotente rabia, llevó sus dos puños cerrados á su frente murmurando:

—Dios mio!... Dios mio!...

—Sabes lo que debieras haberme dicho tú con respecto á lo que llamas el *escándalo* de esta noche? repuso Escipion con implacable ironía, porque yo soy justo, me hago cargo de las cosas, y sé cuáles son los deberes sagrados de un padre. Debieras haberme diho: Cómo, hijo

mio, no te avergüenza!... una mugercita gruesa, rechoncha, con vestido lleno de alamares y que se llama Caramillo te ha... Entonces con mucho respeto yo te hubiese contestado: No hemos ido varias veces, oh padre mio, por un capricho de goloso gastado á comer morcillas en un bodegon, manjar verdaderamente de lacayo, pero que es apetitoso para comido una vez por casualidad? Esa disculpa te hubiera desarmado; tú me habrias dado tu bendicion y hubiésemos bebido luego una botella de rom á la salud de la marquesa de Saint-Hilaire Dulcinea de tus mocedades.

—Sea, contestó el conde procurando rehacerse despues de aquel golpe mortal. He hecho mal en hablar con ligereza de algunos desvíos de mi juventud, que hubiera debido ocultaros; pero esto ni os permite la audacia de reprochármelos, ni tam-

poco autoriza vuestra indigna conducta doblemente cruel para mí, porque vos no ignorábais cuál era el objeto de la comida.

—Diputado tú? Vaya, vaya, para ser buen diputado! te formalizas aun de muchas cosas...

—No tengo derecho para admirarme, de ver que no respetais ni mi casa ni mis proyectos, replicó el conde sin curarse de la burla de su hijo... mis egemplos os autorizan... y por consiguiente pase, añadió con profunda amargura, si este escándalo hubiera sido hoy el único...

—Cómo?

—Esa infeliz...

—Qué infeliz?

—Descubierta no há mucho... en la cueva.

—Y bien?

—Cómo... y bien? Es horrible!

—Qué?

—Vuestra accion...

—La de hacer un chico á esa mocita? Vaya! Si á este juego de paternidad precoz, tú debes darme diez tantos lo menos! porque segun me dijiste eras mas jóven que yo cuando *hiciste madre* (estilo del ambigú cómico), á una oficiala de encajes, fué tu primer capricho juvenil... que dió por resultado el que la jóven se volviera loca...

Profunda, inmensa, fué la alteracion del rostro del conde á ese nuevo golpe, á ese nuevo reproche mas fuerte que el primero; estremeciósese... y exasperado en fin por la inexorable y fatal lógica de su hijo, gritó:

—Pero bien, aquella no se suicidó desesperada!

Quién... se ha matado? preguntó Escipion.

—La Coscoja...

—Ella!

Y su pálido rostro se coloreó.

—Ella! repitió de nuevo, y copioso sudor bañó su frente.

—Sí... esta noche... han ido á prenderla acusándola de infanticidio, y entonces ella, muerta de vergüenza, fuera de sí, se ha tirado al estanque; ha muerto ahogada... ahogada!... lo ois? Ah! esto, á lo menos, abate vuestra audaz sangre fria, seductor imberbe, estóico fanfarron de vicios, gritó el conde cometiendo una imprudencia fatal, porque era aventurarse á exasperar hasta la ferocidad, el odioso cinismo del adolescente, como en efecto sucedió.

Una lágrima que involuntariamente habia humedecido los párpados del jóven, desapareció instantáneamente; su rostro que obedeciendo al peso opresor de un pensamiento cruel habia caido sobre el pecho, se

elevó de nuevo altanero é insolente; su alterada voz tornó á su natural vigor y con tono burlesco repuso:

—Con que.... esa chiquilla ha muerto?

—Sí... muerto... repitió el conde mirando atentamente á su hijo, muerta!... lo ois? Muerta!...

—Y qué? contestó con horrible calma Escipion, si tu cuentas tu hermoso duelo con el marqués... yo puedo contar que una muger se ha suicidado por mí... esto nos pone *una á una*.

—Mónstruo! gritó fuera de sí el conde.

—Mal jugador! dijo Escipion encogiéndose de hombros, y pausadamente añadió luego: Cuando *la moza*?

Dicho esto metió la mano en el bolsillo de su chaleco sacó un palillo y empezó á limpiarse los dientes.

Espantoso silencio reinó por al-

gunos momentos en aquella vasta habitacion. El hijo estaba triunfante por haberse mostrado tan impertérrito; anonadado el padre por lo que acababa de oír.

—Me espanta, dijo á media voz el conde mirando á su hijo, y luego con alterada voz, prosiguió: No... es imposible que esteis tan empedernido á vuestra edad... la costumbre de mofaros de todo y sobre cualquier cosa os ha llevado mas lejos de lo que queriais... esto es una broma.... pero una broma feroz... sentís haberla hecho... y...

Interrumpió Escipion á su padre y con increíble acento de superioridad le dijo:

—Lo que yo siento, es verte chapucear, con todo tu talento, cual haces en tu virtuosa charca! Tu posicion con respecto á mí es tan falsa, que echas desbarro tras desbarro.

Todo lo que ahora en ese arrebatado de virtud apellidas mis *vicios*, mis *escándalos*, mis *ferocías*, no han contrariado tus proyectos. Te has reído como un loco de mis calaveradas y les has dado pábulo citándome las tuyas! Dí, es ó no es cierto?

También esta vez sufriendo la consecuencia inexorable de la educación, y de los principios funestos que había inculcado á ese desgraciado niño... no daba el conde... no podía dar con una palabra para responder, porque Escipion decía verdad, y como abusaba con cruel alegría de su ventajosa posición, prosiguió hablando de su padre en tercera persona con un arranque de audaz desden:

—Magnífico!... porque se trata de la muger de uno de sus mas imbéciles electores, mi aventura es lo mas prosaico del mundo y no le ha faltado el grueso de los... alamares de la

electora para que este padre desnaturalizado me haya regalado los oídos con el grito de *adúltero!!* Sublime! estupendo!... Porque el desenlace de un capricho campestre hácia aquella virtud salvaje puede frustrar mi casamiento con Rafaela Wilson, viene ahora á moralizar en un género muy parecido al de los brutos de esa mañana, que me querian hacer ver la razon á garrotazos!

—Y aun cuando asi fuese! exclamó el conde; y aun cuando mi susceptibilidad, mi moralidad, si quereis darle este nombre, se irritase porque se trata de nuestros intereses, qué?...

—De mis intereses?

—Y quién os ha dicho que al desear ser diputado, no miro tanto por vuestro porvenir como por el mio? Y decidme no tengo el derecho de temer que el escándalo de esta ma-

ñana destruya vuestro casamiento con Rafaela Wilson?

—De veras! dijo el vizconde lanzando á su padre penetrante mirada; y si yo mudára de modo de pensar con respecto á esa boda?

—Cómo! exclamó el conde con secreto terror.

—Si... si no me acomodára ya casarme con Rafaela Wilson? repuso lentamente Escipion, lanzando á su padre otra mirada escudriñadora.

Nada el conde contestó.

Anublarónse sus ojos, la sangre de su cuerpo todo afluyó al cerebro..... mas sin embargo, procuró ocultar esa conmocion á los ojos de su hijo.

Es indispensable dar una corta esplicacion relativa al amor del conde.

Aquel hombre impetuoso, enérgico, amaba cual aman las gentes de su edad y de su carácter, cuando des-

pues de una vida sembrada de placeres fáciles ó efímeros, resienten por la vez primera, apesar de los años, un amor ardiente, profundo y avivado todos los dias, ya por las provocativas seducciones de un semi-abandono, ya por severas negativas que sin embargo no quitan toda esperanza. Porque es fuerza decirlo; madama Wilson amaba demasiado á su hija, y demasiado poco al conde, para no haber desplegado en aquella singular intriga todos los recursos irresistibles que una muger encantadora, coqueta, de talento, de mundo y sobre todo una muger que no ama, puede emplear para conseguir el fin del cual depende la vida de una hija adorada.

Todos los estímulos cuyo conjunto llega á hacer indómito, casi insensato, el amor que siente un hombre de mediana edad, cuando se cree corres-

pondido; la incertidumbre de haber hecho olvidar su edad á fuerza de cuidados, de talento, de asiduidad y de pasion; el convencimiento, fundado segun todas las apariencias, de verse amado por sí, en una época de la vida en la cual los hombres no suelen casi nunca obtener tal éxito; la ciega idolatría, en fin, que un hombre, y sobre todo orgulloso, resiente entonces hácia la muger cuyo amor parece legitimar las pretensiones del mayor y mas presumido amor propio, todos estos estímulos, decimos, habian exasperado la pasion del conde hasta los últimos límites de lo posible.

Ademas hay otra razon, grosera si se quiere, pero capital.... en semejante situacion; ese hombre á quien innumerables aventuras y el abuso de los placeres habian enervado por lo menos tanto como lo podian hacer los

años, sentia que su ardiente pasion le convertia en nuevo Jason. Esto parecerá demasiado material sin duda. Léanse atentamente los escritos del pensador profundo é inmortal llamado Molière, analicense sus piezas dramáticas y obsérvese luego lo real, lo que en el mundo ha lugar, y se verá que lo que sobre todo hace del amor de los viejos una pasion, terca, encarnizada, implacable, es el ardor sensual. Hay algo mas sério, mas exaltado y hasta mas tierno, teniendo en cuenta lo que aquel hombre sufre, que la pasion de Arnolfo á Inés? y sin embargo, puede darse algo mas lúbrico que aquella pasion?

Despues de lo dicho piénsese cuál debia ser la ansiedad de Mr. Duriveau, recordando no solamente los frios desdenes que Escipion hizo á Rafaela durante aquel dia, mas tambien el siniestro descubrimiento del

niño muerto, el suicidio de la Coscoja y la escandalosa aventura de la señora de Caramillo. Resistiría á tan rudas pruebas el amor de la señorita Wilson? Y si por un repentino cambio en el modo de pensar, ó un capricho, cual parecia darlo á entender, rehusaba Escipion aquel casamiento, y si la rápida emocion que apenas disimuló el vizconde al hablar en la mesa de la Vascona, cuando tomó su defensa contra su padre en términos dignos y graves, él que siempre tenia la mofa y el sarcasmo en los lábios, si aquella emocion era el indicio de una pasion insensata hácia aquella criatura de tantos y tan diferentes modos juzgada, pasion que quizás entonces desviaba á Escipion de cumplir la promesa dada de casarse con Rafaela, cómo decidir, cómo obligarle entonces á efectuar el proyectado enlace?

Perdíase en aquel caos el pensamiento del conde; aquellos momentos fueron para él horribles.

Impelido, aunque muy tarde en verdad, por el único interés de sus pasiones, tenía en fin aquel hombre la conciencia de su dignidad paternal por tanto tiempo desconocida, ultrajada... aquel hombre conocía en fin los vicios de su hijo; aquella era la primera vez de su vida que hablaba como padre, y su hijo á cada reproche le echaba en cara estas terribles recriminaciones: Qué vale la infamia que yo he cometido en parangon de la infamia de que te has vanagloriado delante de mí? Qué vale mi escándalo comparado con otros de que has hecho gala delante de mí? Aun mas, en virtud de su ciega pasión hácia madama Wilson, se hallaba el conde en aquel momento bajo la dependencia absoluta de su hijo, pues-

to que este podia hacer irrealizable el casamiento del conde, rehusando él casarse con Rafaela.

—Qué hacer? Dios mio! qué hacer? se decia á sí mismo el conde en su terrible angustia. Si Escipion rehusa enlazarse con Rafaela, y le hablo de la sinceridad y violencia de mi amor, me abrumará á sarcasmos! si invoco la autoridad paternal, me asesinará á pullas!...

Y aquel hombre imperioso, altanero, enérgico, aquel hombre que conocia por instinto, entonces, lo angusto, lo sagrado del carácter de un padre..... se vió en la dura necesidad de arrepentirse de haber hablado á su hijo un lenguaje digno y firme; aun mas..... seguro de no saber nada, de no obtener nada de aquel adolescente empleando la severidad, resolvióse cobardemente y temblando de rabia y cólera á volver á su

papel de padre joven, con objeto de ver si por aquel medio penetraba los designios de su hijo.

Todas estas reflexiones asaltaron en tropel la imaginacion del conde é instantáneamente; conociendo que Escipion no tragaria el anzuelo por hábilmente que manejase una transacion repentina, pero no queriendo al mismo tiempo dejarle adivinar la causa de aquel cambio rudo en actitud y language, dió el conde algunos pasos por su cuarto con ademan reflexivo y diciendo en alta voz de modo que su hijo lo oyese:

—Pues señor, no es esto para mí; y acercándose luego á su hijo añadió con acento cordial:

—Vamos... tronera... enciende tu cigarro.

A pesar de las precauciones del conde, no se le habia escapado al joven la impresion profunda que habia

resentido su padre al oírle hablar de la posibilidad de romper su unión con Rafaela, pero el vizconde creyó oportuno ocultar aquella observación, y cuando el conde con aparente cordialidad le hubo dicho:

—Vamos... enciende tu cigarro..... tronera.....

Entonces el vizconde arrimó su puro á la luz y dijo á su padre.

—Ahora te conozco; pero no ha mucho... te hubiese repudiado...

—Qué diablos quieres que te diga? repuso el conde con fingida sencillez; para todo hallas salida..... me bates con mis propias armas.... Desempeñaba lo mejor que podia mi papel de... Geronte, como dices tú, mala cabeza; mas segun las señas era un papel muy malo.

—Pésimo!... Eso te enseñará; pero tranquilízate... yo repararé la brecha abierta en tu candidatura... Es

preciso que seas diputado... ya verás, será cosa divertida... está dicho; irás á la cámara... y yo tambien... iremos todos.

—Tambien tú?... de veras!

—Ahora todavía, no, aun no soy un hombre grave como dice tu amigo Guizot; pero cuando te haya hecho pagar por un millon de deudas, cuando haya robado con mucho escándalo una duquesa y una muger política (sobre todo una muger política... debe ser un golpe maestro!) cuando haya matado un par de hombres en desafio... cuando fume guindilla porque ya me parezca hoja de rosa el tabaco mas fuerte, cuando beba alfileres, porque el alcohol me sepa á agua panada, y en fin, cuando no pueda mas, seré un hombre grave y entonces á mi vez me hará diputado tu amigo Guizot; en cuanto por su mediacion, yo sea jóven le-

gislador como d'Armenville y Saint-Firmin ya verás mi aplomo.

Y si no... oye:

Y bajos los ojos, pero la frente arrogante, dijo Escipion con desdeñosa petulancia realzada por la afectada humildad de sus palabras:

— «Pido á la cámara, ante la cual
«tengo el honor de hablar, por pri-
«mera vez, permiso para ofrecer mi
«humildísimo infimísimo y oscurísi-
«mo apoyo al *gobierno del rey...*» Y
terminando mi oracion ministerial
añadiré: «Podré lisonjearme con
«que la cámara se dignará disculpar
«mi tímida inexperiencia? me a-
«trevó á contar con esa bondad de
«la cámara..... porque por mucha
«que sea, jamás su benévola indul-
«gencia... igualará al profundo res-
«peto que hácia ella tengo...»

Volviendo luego á su voz natural
añadió Escipion:

—Y, despues de esto, llévenme los diablos si al año siguiente tu amigo Guizot, que se quita el sombrero ante los buenos parlanchines, no me nombra embajador cerca de..... la reina Pomaré. A propósito de la reina Pomaré, esta es una de las relaciones que te *hice contraer* el año pasado en Mabilie (1). Confiesa que estuve admirable cuando le dije: Rosita, te presento *papá*... cenaremos juntos con Mogador.... Pero, juicio! porque yo respondo de mi padre ante mis acreedores.

—Silencio! tronera, dijo el conde, quieres no hablar ahora de nuestras locuras de soltero?... nosotros! que vamos á casarnos muy pronto... pensaríamos en...

A pesar de su resolucion no pu-

(1) Baile donde suelen ir todas las de vida airada.

do ocultar el conde su ligera emoción, cuando lanzando á su hijo una mirada inquieta y penetrante á la vez pronunció estas palabras:

—Nosotros que vamos á casarnos muy pronto...

Miró fijamente Escipion á su padre, encendió con mucha lentitud otro cigarro y dijo:

—Oyes! á propósito de *nuestras* bodas... confiesa que has querido jugarme una buena?

—Cómo? yo he querido jugarte una buena, en esto del casamiento?

—Vamos á ver; hace muy poco tiempo que gracias á tí, se había arreglado mi enlace con la señorita Francheville d'Ormon; niña huérfana con tres millones de dote é hija de una de las primeras familias de Francia; el bocado era apetitoso... una huérfana... trae muchas ventajas... cincuenta mil escudos de ren-

ta... rehabilitan, y un gran nombre restaura, mayormente cuando es uno nieta de un mesonero de Clermond. del tio Du-riz-de-veau (1), que se pronuncia ahora Duriveau por corrupcion ambiciosa y ganas de parecer noble.

Aunque los sarcasmos que Escipion lanzaba con mucha frecuencia al origen de su familia, desagradaban siempre al conde, se hallaba este demasiado inquieto por las resultas de aquella esplicacion para enfadarse y contestó:

—Vaya, te entrego tu abuelo... el mesonero; pónlo segun acostumbrabas con toda clase de guisos; pero acaba de una vez, á dónde quieres ir á parar?

(1) Significa literalmente: mollejas de ternera.

—Cuando se trató de tan rico enlace, entonces me divertia yo (cosa que tú ignorabas) en hacer el amor mas romántico á Rafaela Wilson.

—Tú?...

—Sí, la veia en casa de su tia todos los dias cuando íbamos á pasar la mañana jugando con el imbecil Dumolard. Aquel amor de colegiala me tenia bastante *arrocinado*; pero el casamiento con los tres millones, la huérfana y el gran nombre, me agradaron mucho, consentí como ves en casarme segun tus deseos; lo que no me impidió proseguir haciendo la corte á Rafaela.... de repente corres el telon... se muda la escena... y la boda con los tres millones se hace imposible; los inmensos capitales de la señorita Francheville d'Ormon se reducen á créditos no muy claros; cambia la jóven de parecer, su tutor cambia tambien...

invenciones tuyas por supuesto... porque ya no te acomodaba aquel casamiento...

—Te aseguro...

—Y tú quieres ser diputado? Aprende á no interrumpir al orador; luego contestarás..... La señorita d'Ormon estaba encerrada en un convento, y por consiguiente me era de todo punto imposible ver ni saber nada por mí mismo. Así pues no me casé, no por esto me morí, pero quedé convencido de que el autor de mis dias me habia pegado una buena tostada por miras personales, y que con respecto á mí se habia erigido en Robert-Macaire dejándome el ridiculo papel de Gogo ó de Beltran.

—Escipion!

—No interrumpais nunca al orador. Poco tiempo despues de haberme quitado tan brillante proporcion, vuelves á hablarme de casamiento, y á quién

me propones? á Rafaela Wilson, á mi querida! Fortuna: Dios se la depare buena! Nacimiento: banquera, y por blason los cuartos de Dumolard... En cuanto ví que tú, tú me proponias semejante enlace con una jóven oscura, sin bienes de fortuna, me dige para mi sayo: Me la pega... pero *disimulemos*... y Escipion dijo la palabra *disimulemos* con acento de traidor de melodrama.

Palideció el conde, y sintió horrible angustia despedazarle el corazon, mas procurando ocultar sus sentimientos dijo:

—Prosigue...

—Hice algunas objeciones.... puramente por forma..... y os dije:

—Pero, padre mio, por qué romper tan brillante casamiento por otro tan mezquino?—Tranquilízate, hijo mio, me coutestaste, nada en ello perderás; te aseguro dejar á tu libre al-

bedrío cincuenta mil escudos de renta. Aparenté creer en esta generosidad del que me dió el ser, quien en resumidas cuentas me daba lo que era mio, fingí mucha gratitud y decidíme. Sigo disimulando en consecuencia, y como en un principio sospeché que la chiquilla Wilson habia manipulado en todo, y no me gusta ser el manequí de nadie, me armo de prudencia y redoblo mis protestas de ardiente amor. Hablo á Rafaela de nuestro próximo enlace, exalto su imaginacion, obtengo una cita, y suceda ahora lo que suceda... *ya he sacado raja.*

—Rafaela!

—Toma! repuso Escipion con impudencia increíble, sacudiendo con la uña del dedo meñique la ceniza del cigarro. Contigo, añadió el joven lanzando á su padre una mirada sardónica, proseguí diciéndote: me

casaré á fin de descubrir.... tu juego... no tardaste en enseñármelo, habia una sota marcada!... La madre te tiene muerto y esa buena señora, abusando de tu inesperienza, ha puesto probablemente por condicion de su casamiento contigo, el mio con su hija... Oh! ternura sin igual! Dos para dos, como en nuestra cena con Mogador y Pomaré. Pasemos al resultado moral de la intriga: solo mi voluntad puede *conducirte al altar con el objeto de tus adoraciones*; y Rafaela Wilson ha sido mi querida... Quién se ha llevado chasco de los dos tú ó yo?

—No lo has hecho del todo mal; dijo el conde disimulando admirablemente su secreto espanto. Pero has jugado por el honor de ganar; qué adelantas con haber sido el amante de Rafaela Wilson y de tener, según crees, mi boda en tu mano?

—Qué adelanto? Muy mucho. Poseo el secreto de tu pasión... solo mi voluntad puede satisfacerla y te hace cantar como se dice vulgarmente.

—Péximamente discurrido, chico.

—Mucho que sí?

—Seguramente; admito que rehusando casarte con Rafaela, impides mi boda con su madre, qué ventaja sacas tú de esto? Ninguna. Si sucede lo contrario á qué viene todo ese tren de pillería puesto que debes consentir en casarte?

—Ya... pero con qué condiciones... eso es lo que tú no sabes.

—Y estas condiciones?

—No seré yo quien las dicte?

—Pues quién?

—Una muger encantadora.

—Una muger? dijo sorprendido el conde.

—Sí, una muger que me adora, que se interesa mucho por mi porvenir,

pero como es muy original y sobre todo muy poco celosa de las *desposadas*... ha tomado á pechos discutir contigo... solo contigo y en secreto, las condiciones de mi casamiento y las cláusulas del contrato.

—Te chanceas... pero en fin... sea. Y cómo se llama esta muger cuyos gustos me huelen á escribanía?

—Bien dicho. El nombre de esta muger es: Vascona.

Cual si una culebra acabara de morderle, dió el conde un respingo; su fisonomía hasta entonces traslado de fingida cordialidad reveló indignacion, ira y horror á la vez.

—Segun eso es verdad... conocias á esa horrible criatura cuya defensa tomaste con tanto calor en la mesa?

—Há un mes que tengo tamaño honor, pero no quise decírtelo esta noche delante de tus electores.

—Así pues, gritó el conde con

:

mayor espanto, así pues conocéis á ese mónstruo de codicia, depravacion, infamia é hipocresía?

—Celoso! dijo Escipion encogiéndose de hombros, yo bien te hubiese presentado pero sabia... que estabas tan enamorado...

—Y quizás amais á esa horrible criatura...

—Como un loco; y al decir esto coloreóse el rostro encantador de Escipion y brillaron cual dos estrellas sus rasgados ojos. Y lo que en ella adoro no es sus dos maravillosos talentos artísticos, de jo estas admiraciones para los frenéticos espectadores de nuestro teatro. Sabes lo que adoro en Vascona? Lo que tú, como otros muchos aunque sin prueba alguna le reprochais; lo que adoro en ella es su indómita depravacion, su génio osado, infernal, tan admirablemente disimulado bajo una más-

cara de sin par hipocresía que la hace pasar por un ángel, y que le abre las puertas de las mugeres mas timoratas... de las altezas, de las emperatrices... Pero á mí, y solo á mí, ha confesado Vascona sus vicios, porque solo á mí ha juzgado digno de rendirle un culto idólatra! dijo Escipion con repugnante orgullo.

—Este infeliz está perdido... esa horrible criatura le ha seducido por la vanidad del vicio, murmuró aterrado el conde.

—Sí, lo que en ella idolatro, prosiguió el vizconde con exaltacion creciente, es el contraste de su alma negra como el infierno, con su angélico rostro coronado por cabellos de oro; y he defendido esta noche á Vascona contra tus acriminaciones, á fin de hacerla conservar siempre esa aureola de virtud que tanto nos admira y que tan fuerte-

mente deslumbra á las almas cándidas y timoratas. Comprendes ahora mi idolatría hácia ese demonio? pero ah!... la adoro platónicamente... porque ha aplazado *la hora de Dios* ó la hora del demonio, como ella dice, para despues de mi casamiento con Rafaela, casamiento del cual ella, Vascona, quiere arreglar á solas contigo todas las condiciones... Así pues ándate con cuidado, añadió Escipion con acento que revelaba inexorable amenaza. Complace á Vascona. Este es el precio que pongo á mi casamiento, y por consiguiente al tuyo... si no.... no.

Creia el conde conocer bastante los antecedentes de Vascona para ver en la pasion depravada que habia sabido inspirar á su hijo un abismo en el cual podia despeñarse no solamente su esperanza mas cara si que tambien el porvenir, honor y quizás,

hasta la vida de Escipion. De repente y cual si un recuerdo inesperado asaltára su imaginacion, dióse el conde una palmada en la frente y sacó de su bolsillo la filiacion que Bamboche le habia mandado por uno de sus convidados; en aquella filiacion, como no lo ignoran nuestros lectores, se leia que el fugitivo tenia entre otras señales las siguientes palabras escritas en el pecho encima del corazon:

Amor eterno á Vascona.

El conde remitió el papel á su hijo.

—Leed y vereis que esa infame ha sido la querida de un asesino... del bandido á caza del cual se andaba esta mañana en el bosque.

Leyó Escipion el papel, devolvióle en seguida al conde y contestó con frialdad suma:

—Qué prueba esto? que ese hom-

bre se ha hecho bandido y asesino quizás por ella... no me admira.

—Pues á mí sí, y me aterra por vos, exclamó el conde erguiéndose altivo con amenazadora mirada, gesto imperativo y actitud enérgicamente resuelta.

Y viendo vagar en los lábios del jóven una sonrisa burlona, añadió:

—Oh! basta de burlas, ni sirve hablar de Geronte y de Orgon! he sido imprudente, cobarde, criminal, sí, criminal; porque os he dejado pisotear en mí la dignidad paterna; pero os lo repito, basta ya; os digo que basta ya, lo entendeis? gritó el conde en un estado espantoso de indómita resolución. No se trata ya de pilladas insolentes ó infames que el mundo tolera y que yo he tenido, lo confieso, la bajeza de estimular con mi egemplo! se trata de un amor horrible que puede conducirnos á la

infamia , sí, á la infamia, porque amar á esa muger infernal es amar á sabiendas el vicio, la depravacion, y esponerse á llegar al crimen paso á paso... porque... E interrumpiéndose de pronto con un violento ímpetu de indignacion contra sí propio añadió el conde :

—En resumidas cuentas soy muy necio en entrar con vos en contestaciones . Puede acaso haber discusion sobre semejante asunto? Ignorais, sin duda, que atreveros á hacer gala delante de mí de vuestro odioso amor, que osar erigir por árbitro de mi destino y del de un ángel de candor vilmente seducido, á una criatura horrible..... ignorais repito que atreverse á tanto á los veinte años es merecer no ya la indignacion paternal...

—Si que tambien la del Padre-Eterno... y probablemente los rayos

de Júpiter, no es cierto? dijo mofándose Escipion.

—No, eso merece un encierro.

—Un encierro?

—Sí, exclamó el conde fuera de sí, y como me preciseis á ello, juro á Dios! que habeis de saber á qué sabe una casa de correccion, porque os faltan aun diez meses para ser mayor de edad! Una casa de correccion! lo ois? allí, en un encierro os sujetarán á la ruda disciplina del establecimiento, puesto que tantas veces habeis hecho escarnio de mi autoridad, y ya que los placeres, el lujo y espléndidos festines os han estragado, comereis el pan de una cárcel! La transicion es dura y os sorprende... así lo esperaba yo.

—Brusca? no mucho, dijo Escipion recobrando su sangre fria que por un momento habia flaqueado; vamos, seguimos un *crescendo* escelen-

te, de la comedia al drama, del drama á la casa de Correccion, os aseguro que buele todo esto á un artículo de la Gaceta de los tribunales.

—Teneis razon... pero yo cuidaré de que vuestro nombre no se inserte en semejante periódico, bien que este nombre sea el de un despreciable mesonero, contestó el conde con amarga ironía. Pues si este apellido merece vuestra mofa, yo no quiero, lo entendeis, que se empañe su lustre de honradez. Qué! os habeis figurado que basta nacer para adquirir el derecho de abusar de todos los goces que proporciona la opulencia; abuso que por una rápida pendiente os conduce á la mas honda depravacion?

—Estás diciendo el mayor disparate que has pronunciado en tu vida, dijo Escipion sin alterarse en lo mas mínimo, continuando en echar

lentamente el humo de su cigarro. Vos como yo, solo habeis tenido el trabajo de nacer, y sin mas os hallásteis rico y pronto á disfrutar la fortuna adquirida por el abuelo, de un modo quizás no muy honorífico...

Du-riz-de-veau, miserable usurero, que supo aprovecharse de mil ocasiones en tiempo del Directorio, pilló como el que mas de aquella época; quereis aun otros títulos de nobleza?...

—Me causa tedio vuestra insolencia, pero no me arredra, exclamó el conde. Ah! quereis condiciones, yo os las impondré, escuchádlas: no volvereis á ver nunca á la infame muger que habeis nombrado. Os casareis con la señorita Wilson para restituirle el honor que le habeis quitado seduciéndola vilmente.

—Siempre con el fin de que vos podais casaros con la madre? Con-

cienzudo artífice, trabajais con afan para devolver todo su brillo á una joya empañada, para conseguir en premio otra de un valor casi igual, no es esto señor mio?

—Os repito que os casareis con la señorita Wilson; para conseguirlo os encerraré en esta hacienda dos ó tres años y no ireis ni un solo dia á París. Confío que vuestra mansion aquí, donde podreis conocer el tierno afecto de una muger encantadora, dotada de mil prendas, mi vigilancia continua al par que severa bastarán para calmar esa perniciosa calentura de maldad, que bien mirado merece mas compasion que otra cosa, porque, gracias á Dios, en la edad que teneis no es aun..... vicio inveterado, pero sí una fatal exageracion, una manía... y para este mal hay cura, no lo dudeis, pues no solo los maniáticos curan, pero tambien

los locos... Tranquilizaos pues, yo seré vuestro médico.

—Muchas gracias... pero si yo me niego á unirme con Rafaela Wilson, ó lo que es sinónimo, si yo os impido que os caseis con su madre?... es árduo el caso, no?

—Os engaãais, no sois el árbitro de la suerte de un amor que ya confieso... oídlo bien..... de un amor del que me vanaglorío... porque este amor es honroso. Así pues, si definitivamente os rehusais á borrar con nobleza vuestra reprehensible seducción, sin rodeos y con lealtad le diré á madama Wilson lo que sois... y le hablaré del amor vergonzoso que os atrevísteis á confesarme; le haré palpar el destino horrible de su hija si llegase á ser vuestra esposa..... y como, ante todo, madama Wilson adora á Rafaela, se considerará feliz si puede salvarla de tamaña des-

gracia... y verá con alegría alejarse al hombre que iba á envolverlas en una existencia terrible. Esta prueba de aprecio y de confianza, no solo no será un obstáculo para mi enlace con madama Wilson, pero al contrario estrechará mas y mas los lazos del noble cariño que nos une. Seguro estoy que con vuestra profunda perversidad, no habiais pensado en esto, es lástima!

Escipion se encogió de hombros y recuperando la posicion superior que parecia haber perdido algun tanto en esta estraña y triste discusion, le contestó al conde con tono irónicamente burlon.

—Con pesar, uso de las armas excelentes que tengo, pero mi entrada es tan buena, que no puedo desperdiciarla... olvidais, y por eso os lo recuerdo, que Rafaela ha sido mi querida, y ademas no sabeis... lo que

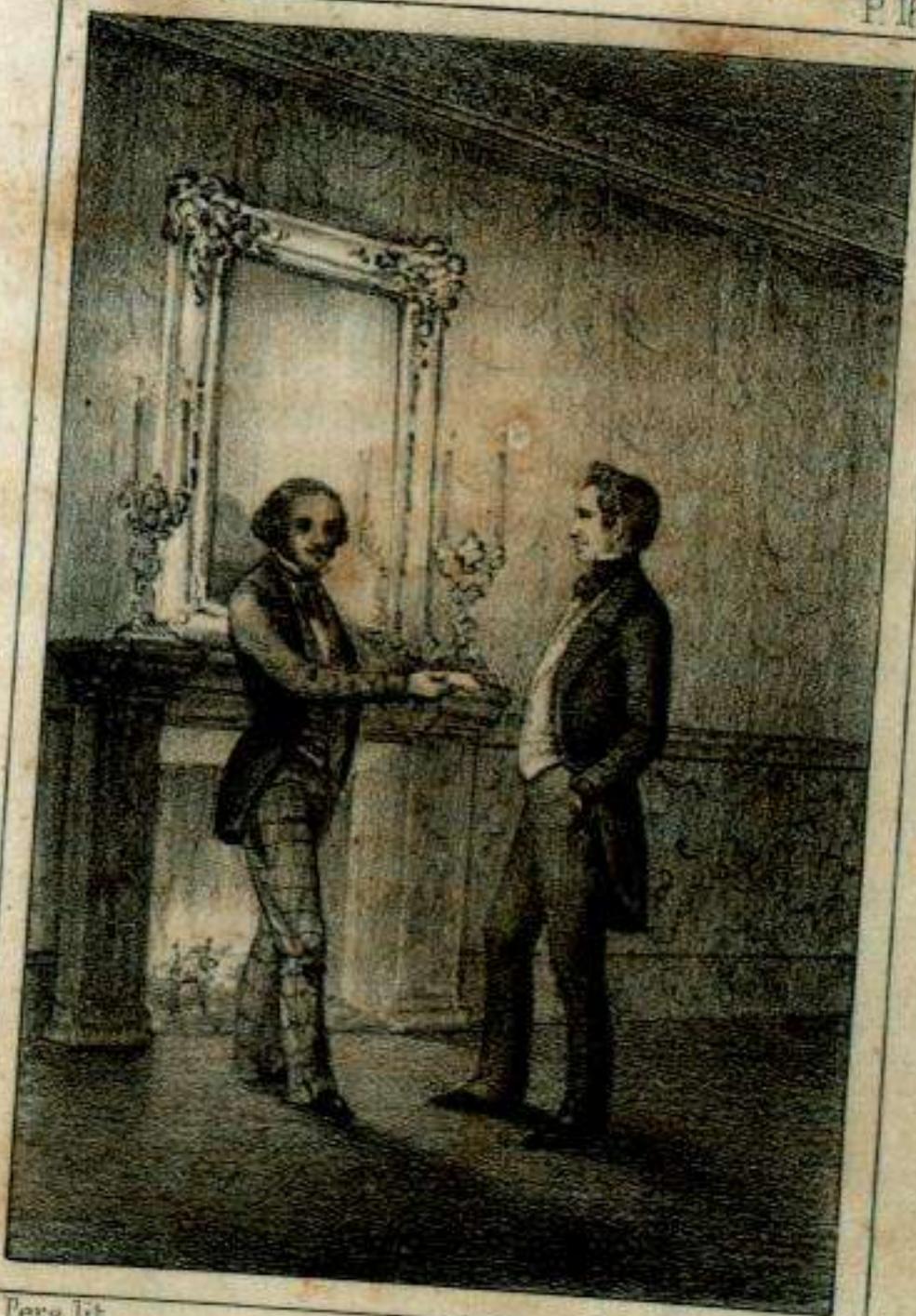
he descubierto en este billetito que la muchacha me ha entregado en la cacería. Ah! ignorais su contenido! esta pobre jóven me anuncia que muy en breve se hallará como la reina Victoria todos los años, en una *situacion interesante.....*

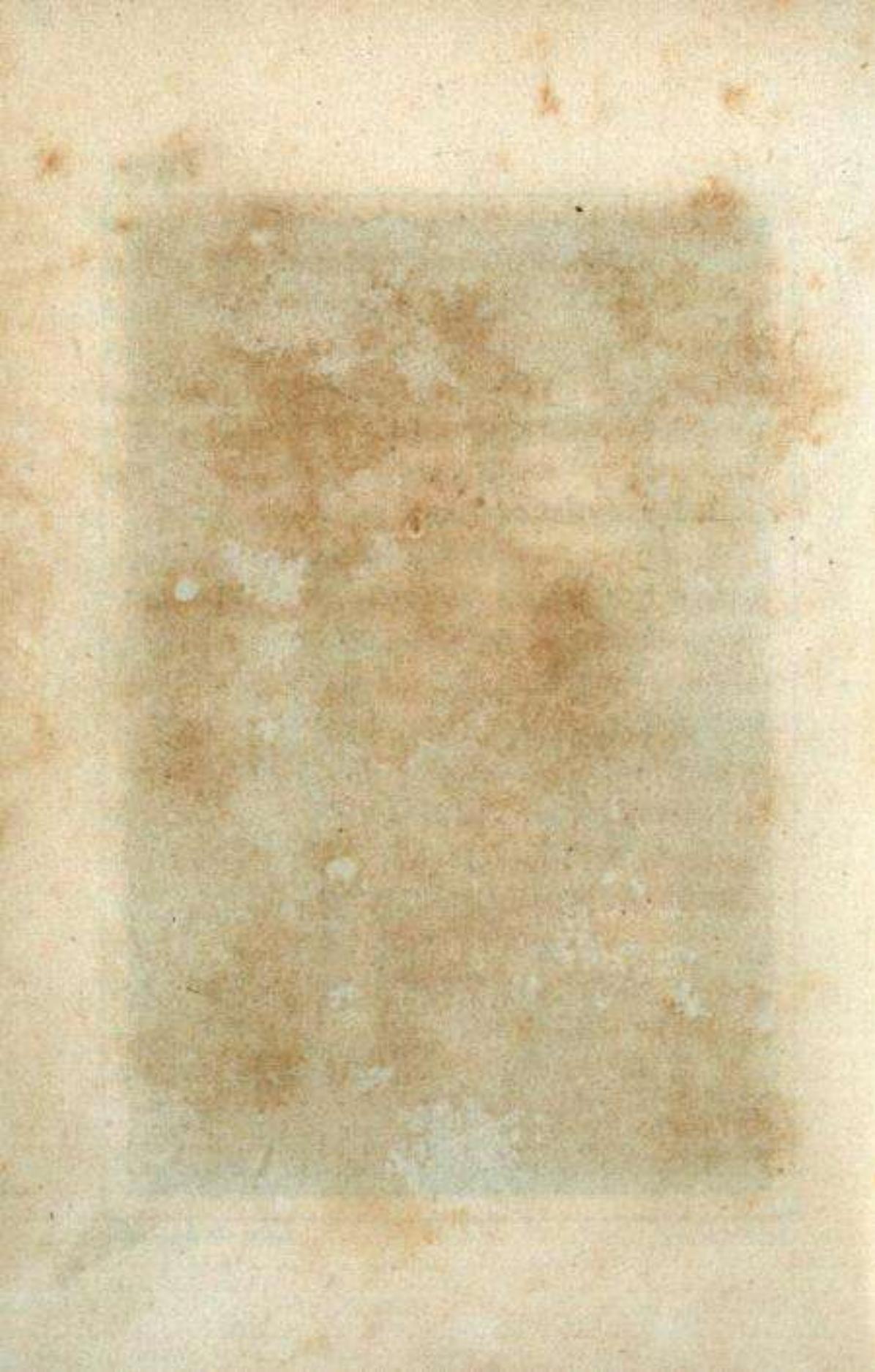
—Mentis! es una calumnia infame, comprendo su fin.

—Leed, contestó Escipion á su padre entregándole una cartita.

El conde leyó..... y durante unos instantes quedó aterrado.

—Escipion prosiguió: no hay pues duda que actualmente no solo para no morir de amor, pero tambien de vergüenza, Rafaela desearia á todo trance casarse conmigo..... y sea cual fuese lo que de mí le digais á su madre, esta, instigada por su hija, que puede muy bien contárselo todo, instará con mayor fuerza en su enlace conmigo y será condicion indis-





pensable para que se realice el vuestro... esto no tiene réplica y de pleno os hace depender de mí; ea, declaraos vencido y confesad que habeis obrado como un atolondrado, lo que no deja de tener cierto viso de mozalvete. En cuanto á la estúpida amenaza de una casa de correccion, es una pifia para un hombre de talento, como vos, una brutalidad sin objeto, nada mas.

El razonamiento de Escipion, por eso mismo que era justo, justísimo por lo que tocaba al casamiento de su padre, hacia mas punzante la insolencia de sus palabras; el conde se quedó petrificado, pero de pronto la sangre se le subió á la cabeza y exasperado por la impertinencia audaz de su hijo, por el resentimiento que su conducta habia amontonado en su corazon, pálido, fuera de sí, cediendo al impetu de su carácter violento,

mudo de rabia, se lanzó hácia Escipion con la mano levantada.

—Deteneos ! exclamó el vizconde sin pestañear mirando á su padre con ademán altivo, no se trata aquí de padre ni de hijo, pero sí de dos hombres iguales !!

Felizmente dos ó tres golpes dados en la puerta de la habitacion, hicieron caer el brazo del conde; enjugó este el sudor que copioso emanaba de su frente, quedóse un momento en silencio y luego con voz todavía alterada dijo:

—Qué hay?

—Soy yo, Beaucadet, contestó desde afuera la imponente voz del sargento.

—Es intolerable, caballero, que vengais á acosarme hasta en mi mismo cuarto.

—Se trata, señor conde, de un asunto de vida ó muerte.

Al oír estas palabras se adelantó el conde con precipitación á abrir la puerta, mientras Escipion volvía á encender otro cigarro, y se tendía indolentemente en una gran butaca.

—Decís que se trata de un asunto de vida ó muerte? preguntó con cierta vivacidad y aire misterioso el conde al sargento.

—Puede muy bien llegar hasta ahí... sí señor... si no se toman ciertas precauciones... pero yo soy ojo y mano de la justicia y no me dormiré...

—Pero en fin, qué es lo que ocurre? preguntó el conde ya impacientado.

—Teneis á vuestro servicio un ayuda de cámara llamado Martin?

—Sí.

—Uno que ha recibido esta noche una pequeña herida?

—Sí, sí...

—Acabo de interrogar al susodicho, que por varios motivos me era sospechoso.

—Martin?

—Sí señor, por las contestaciones ambíguas del referido sugeto, presumo que es individuo de una horda de bandidos de los cuales Bamboche (el tuno que se hizo saludar por mis gendarmes) es como si digéramos el gefe, y Huron y Martin los dependientes de este.

—Martin?... Qué locura! él... dijo el conde encogiéndose de hombros; los informes que me han dado de este hombre no pueden ser mejores.

—Pero vos, no sabeis sin duda, señor conde, que el dicho Martin es amigo íntimo de Bamboche, pues que este tiene pintado en el pecho el nombre de aquel; tened la bondad de leer esta nota, y las señas que en ella se hallan os probarán...

—Es cierto; contestó el conde recordando esa circunstancia.

—Toma, ese valiente Bamboche tiene pintados los nombres de Martin y Vascona en el pecho, dijo el vizconde disimulando la estrañeza que le causaba este suceso, bajo un tono zumbon y provocador, pues en el mero hecho de volver á pronunciar la palabra Vascona era una especie de nueva bravata contra su padre. Vaya, el señor Martin no está muy mal acompañado... pero quién os ha dicho, respetable sargento, que ese Martin es nuestro Martin.

—Debe ser el mismo, señor vizconde, contestó Beaucadet, la práctica de mi profesion me lo dice; y luego volviéndose hácia Mr. Duriveau añadió: Es pues preciso, señor conde, que disimulemos, solo la astucia nos puede sacar adelante! obremos con circunspeccion y atra-

paremos á esta canalla..... punto en boca... y no temais nada... dormid descansado..... Solo os aconsejo que tengais bajo la almohada un par de pistolas, una carabina, un buen cubillo de monte... en fin, cualquier arma, y antes de cuatro ó cinco dias yo respondo, á fé mia, que tendremos el hilo de la madeja, pues que se hallarán en nuestro poder, así lo espero, los dependientes de ese gran tunante, que tuvo la maña de hacerse saludar por mis gendarmes.

—Volved..... mañana... hablaremos, dijo el conde á Beucaudet, dando algunos pasos hácia la puerta.

—Mañana temprano estaré á vuestras órdenes, señor conde.

Y salió el sargento.

Durante esta conversacion se estuvo el jóven medio acostado en el sillón, fumando; solo de vez en cuando levantaba los hombros con aire

desdeñoso: despues de haberse marchado el sargento, le dijo á su padre con marcada ironía:

—Nos interrumpieron en el momento que hicísteis un gesto para amenazarme... creo... que ibais á levantarme la mano...

—Hice mal; perdonadme, dijo el conde con frialdad, la violencia no es una razon, ni convence. Mas vale que solo os diga estas sencillas palabras: dentro de quince dias sin imponerme condicion de ninguna clase, sin que salgais de aquí.... estareis unido á Rafaela Wilson.

—Ah! bah! me casaré, así nada mas, como quien bebe un vaso de agua?

—No hay mas... os casareis así, ni mas ni menos, contestó el conde con calma imperturbable.

—No teneis aquí á la mano alguna otra novia con quien desposarme

ahora? preguntó Escipion levantándose de la butaca.

—A nadie...

—Pues entonces, buenas noches, añadió el vizconde dirigiéndose hacia la puerta; puesta ya la mano en el pestillo se volvió y le dijo á su padre:

—Cuidado, eh! no vayais á soñar demasiado con madama Wilson, no sea que os cause algun mal rato.

El conde calló, Escipion salió del cuarto.



XXIII.

LA VENTA.



TRES dias han transcurrido desde que la Coscoja se tiró al estanque del cortijo de Enebro.

El sol descende á su ocaso. Reina en la quinta inusitado movimiento; los utensilios de labranza, carros, arados, arneses, todo se halla simétricamente colocado en un espacio fuera de los edificios; junto á él están

alineados á lo largo de una barrera hecha con estacas y travesaños de abeto las flacas reses y estenuadas vacas. Un poquito mas lejos, y acorralados en una cerca improvisada, se ven los soberbios pavos que pocos dias antes estaban aun confiados al cuidado de la Coscoja, como tambien los gansos y demás aves. Los huesosos y éticos caballos de la quinta están atados en varios árboles esparcidos en aquel local.

Las gentes del cortijo van de un lado á otro con atrafagado porte; trasportan unos, sacos de trigo, otros, sacos de avena, y unos y otros los depositan y arreglan al rededor de una romana fija á un travesaño y destinada á pesarlos.

Dos hombres con blusas azules por encima de sus fraques negros asistian á aquel insólito movimiento. Uno de aquellos dos hombres daba

órdenes al segundo; era su ademán arrogante y se daba suma importancia; el gorro á lo Perrinet-Leccrere (moda algun tanto olvidada) le caia hundido hasta las orejas; en la parte superior de su larga nariz se apoyaban un par de antiparras; llevaba en la mano una libreta en la cual, despues de haberlos examinado con ojo entendedor y palpado con mano no menos inteligente, inscribia el número de los animales del cortijo; concluida esta anotacion tocó el turno á los instrumentos de labranza que tambien fuerou inscritos en la libreta del de los anteojos; siguieron luego los sacos, despues de sabido el peso de los granos; y luego, en fin, los forrages que quedaban en el ruinoso granero del cortijo! contáronse todos los objetos, saco por saco, hogaza por hogaza, bajo la inspeccion de aquel hombre que no era otro que

Mr. Herpin, uno de los agentes de justicia á la vez esperto y alguacil en Salbris, acompañado de su escribiente, y preparándose ambos, por medio de una evaluacion aproximativa, al embargo de cuanto pertenecia á maese Chervin arrendador del Enebro. Un rótulo amarillo muy grande, sujeto con un madero saliente en la parte superior de la ruinosa puerta del corral, anunciaba que se procederia á la venta judicial de los objetos de manifiesto, el domingo próximo despues de la misa mayor.

Disponíase el *hombre del rey* á entrar en la casucha de maese Chervin, terminada ya la evaluacion de los enseres que encerraba la quinta, cuando una muger haraposamente vestida, pálido el rostro, rojos los ojos por el llanto que habian vertido, bajó precipitadamente las pocas, desiguales y mohosas piedras que con-

ducian á la puerta de la habitacion del colono; acercóse aquella muger con timidez al alguacil, juntó las manos en ademan suplicante, é interceptóle el paso diciéndole:

—Mi bueno y querido señor... os lo ruego...

—Y bien, qué? mas jeremiadas? nuevos lloros? repuso el hombre del rey con brusca impacencia. Qué diablos quereis que yo le haga? Debeis vuestro arrendamiento, no podeis pagarlo, el conde os hace embargar cuanto poseis y os echa del cortijo, está en su derecho.

—Es verdad, mi buen señor, es verdad... contestó la pobre muger, no podemos pagar... se nos embarga todo.... se nos despide.... no me opongo.

—No os oponéis? gracias por el permiso. Pero lo mismo fuera que os opusiérais. Digo! pues el conde es

nene que se deje intimidar? Para él no hay mas que la ley y su derecho... Quiere pagar lo que debe, y exige que le paguen lo que le deben y tiene mucha razon.

—Ah! Dios mio! Bien veo que tiene razon puesto que se nos embarga y se nos echa.

—Pues bueno! siendo así dejadme concluir el inventario, dijo el hombre del rey haciendo un movimiento para rechazar á la muger que le impedia subir la escalera. Es preciso que proceda ahora á la evaluacion de vuestros muebles... con esto habré concluido... se acerca la noche... y no quiero que se me haga tarde en esos bosques y pantanos..... porque no se ha podido echar todavía el guante á ese malvado Bamboche; anda aun por los alrededores á pesar de la persecucion, y no me gustan los malos encuentros.

Dicho esto el hombre del rey hizo otro movimiento para subir la escalera.

—No subais, mi buen señor! por Dios, no subais! exclamó la infeliz juntando las manos con terror.

—Y por qué no quereis que suba?

—Ah! Dios mio! mi pobre pariente está malo... tenia ya las calenturas cuando supo la muerte de la Coscoja... y luego... luego... la noticia del embargo... todo esto reunido le ha causado tanta pena, que desde cinco dias á esta parte no ha podido menearse. Y, mi buen señor, si os vé entrar en su cuarto el golpe será demasiado rudo para él.

—Tampoco es delicado maese Chervin! pues no se queja de las calenturas cuando come en mesa redonda, en los mercados de las ferias, ó cuando trinca de lo lindo con algun compañero. Vaya, es preciso hacer

el inventario de vuestro ajuar... acabemos...

—Mi buen señor, mi bueno y estimado señor... matareis á mi pobre pariente... yo os diré cuáles son nuestros muebles... pronto estará hecho...

—En verdad, dijo el alguacil viendo que el sol iba á ponerse, y pensando que tenia que atravesar mas de dos leguas de matorral sumamente desiertas, y de bosque no menos solitario que podia ofrecer un refugio excelente al terrible Bamboche; en verdad... es preciso que vuelva el viernes... esperaré hasta entonces para evaluar vuestros muebles; entre tanto los anotaré; vamos á ver?

—Tenemos nuestro armario de boda; dijo la buena muger lanzando un hondo suspiro.

—De nogal?

—Sí, mi buen señor... Ah! cuán bondadoso sois... yo...

—Qué mas?

—El arca del pan.

—Bueno: vieja ó nueva?

—Hace doce años que nos sirve.

—Qué mas?

—Una mesa de madera blanca, y dos escaños.

—Qué mas?

—La cama.

—La cama.... os la deja la ley....

Hay mas?

—No, no hay nada mas, es todo lo que tenemos, mi buen señor!

—Pues entonces hasta el viernes. Llamando luego á su escribiente el hombre del rey le dijo: Benjamin, vivo! démonos prisa; el sol se ha puesto casi, necesitamos mas de una hora para llegar al pueblo... Y el camino es muy desierto y poco seguro.

Diciendo esto, pusiéronse presu-

rosos en marcha alguacil y escribiente, saliendo presurosos del corral con el deseo de llegar á su cama antes de anochecer.

—Idos y ojalá que los demonios os retuerzan el pescuezo, pájaros de mal agüero!... les gritó la viril Robin, la moza del cortijo, en cuanto estuvo casi segura de que los dos hombres no podían oírla, porque también ella tenía esa clase de temor con mezcla de aversión, que inspiran los agentes de justicia en todas las poblaciones pobres.

—Así pues, el domingo por la noche, maese Chervin, el colono, estará lo mismo que nosotros, ganando veinte sueldos de jornal y sin más casa que su blusa como el caracol; dijo uno de los mozos arreando á los machos para hacerlos entrar en el establo..... para eso tanto valía no haberse tomado el trabajo de

ser arrendador treinta años... en resumidas cuentas le está bien empleado.

—Por qué le está bien empleado? preguntó la Robin.

—Toma!... es un amo, contestó el carretero.

—Y qué?

—Toma! siempre divierte ver fastidiados á los amos.

—En efecto es tan malo maese Chervin! dijo la Robin encogiéndose de hombros, puedes quejarte, un pobrete mas manso que un cordero, incapaz de meterse ni con un niño, nos ha pagado siempre nuestro salario privándose de muchas cosas para poder hacerlo.

—Y qué importa eso?..... siempre es amo... siempre es uno que manda... contestó el mozo con estúpida terquedad... qué quieres... á mí me divierte ver cascar á los amos...

Mucho irritó esa contestacion á la Robin; pero hizo soltar una carcajada á otro carretero quien repitió:

—Hi hi hi! Qué divertido es ver á los amos tocando tabletas!

—Y no hemos de tener siempre un amo? preguntó amostazada la Robin.

—Por lo mismo, prosiguió el gañán, tiene gracia verles humillados... anda... ya que hemos de tener amo siempre, que vaya este á ajustarnos por ferias donde nos tienen acorralados como si fuésemos terneras!

Nuevas, carcajadas acogieron esta ocurrencia.

A falta de razones mas convincentes, llena la Robin de enojo, empezó á repartir entre los risueños mozos, sendos puntapiés en las piernas gritando:

—Y qué sois mas que unos terne-

ros grandotes como borricos?

Los puntapiés que la Robin prodigaba á sus adversarios á guisa de argumento, produgeron mejor efecto que los mejores discursos, y el carretero jovial, en tanto que se rascaba las piernas, contestó cual si se hubiese tratado de una simple objecion:

—Tú piensas así, la Robin? bueno... pero yo tambien puedo pensar á mi modo...

—No, malas entrañas, tú no debes reirte cuando el pobre maese Chervin está en la desgracia.

—Yo me rio porque es un amo; sí, porque un gato es un gato y un perro es un perro.

—Qué gato ni qué perro?... dijo la Robin perdiendo la paciencia.

—Claro está, porque mira, la Robin, un amo es un amo... y un criado es un criado, esto es lo mismo que

perros y gatos viven bajo el mismo techo, comen en un mismo plato, pero son de distinto genio, *nada les hace amigos.*

.....
A través de la rústica ignorancia y embrutecimiento en la cual se hallaba condenado á vivir aquel infeliz, cual otros mil de su misma clase, entreveía su instinto esa triste verdad que si bien no les justifica, explica por lo menos la indiferencia, desconfianza y hasta aversion con que mira generalmente el trabajador agrícola al amo que le emplea. Porque como decia el gañan *nada los hace amigos* al amo y al jornalero, no hay entre ellos comunidad alguna, ni reciprocidad fraternal ni tampoco lazo alguno de asociacion; en una palabra, nada hace que el trabajador se interese en el bueno ó mal éxito de los plantíos de su amo: ora sea

abundante ora nula la cosecha..... es para el labrador lo mismo, el arrendador no aumenta ni disminuye sus salarios; lo mismo sucede con respecto al colono y el propietario; cuando aquel tiene las tierras arrendadas por un tanto alzado, bueno ó mal año, es preciso que el colono pague su arrendamiento, ó que se vea despedido; de modo que la desconfianza, la aversion instintiva que separa al peon del colono, separa tambien al arrendador del propietario...

En cuanto hubo partido el alguacil, subió la muger del colono la escalera que formada por piedras sobrepuestas unas á otras conducia á la habitacion de maese Chervin.

En ese cuarto, asaz vasto y de techo muy bajo, algunos tablones

puestos encima de estacas ennegrecidas por el humo sostenian dos hileras de quesos agrios y rancios, mientras que en el extremo opuesto las grietas del techo permitian ver al traves de espesas telarañas el heno que llenaba el granero.

No penetraba en el aposento mas luz durante el dia, que por una vidriera formando la parte superior de la puerta que era de quita y pon, pero desprovista de cristales.

Veíase en un lado del cuarto una chimenea alta, si toda vez podemos dar este nombre á un ancho tubo hecho de ladrillo, saliente en la pared y á unos cuatro ó cinco piés del suelo y por encima de un hogar, compuesto de una piedra enorme sobre la cual se encendia la lumbre como en una choza salvage; de modo que la menor ráfaga de viento rechazaba el humo hácia adentro arremolinán-

dolo en aquella pieza, harto mal sana de por sí.

A fin de sentir menos el húmedo y penetrante frío del otoño que invadía la estancia, habíanse echado aquella noche al hogar dos pequeños pinos, cruzados uno encima de otro y de modo que su parte superior menos húmeda se apoyara en la piedra, saliendo las terrosas raíces hasta la mitad del cuarto; pero aquella leña verde aun, carbonizábase en vez de arder y despedía acre y negro humo.

Veíase no lejos de la chimenea un arca para el pan, sumamente apolillada, y encima, en un tablon no menos carcomido, algunos pucheros inválidos; frente por frente estaba un armario de nogal, y por último, en el fondo de la habitacion una cama extraordinariamente alta compuesta de un gergon de tres piés de espesor y

un escuálido colchon de lana sin lavar; un banco de madera, una mesa coja y algunos escaños completaban el ajuar de aquella mansion que por ser de noche ya, alumbraba débilmente una vela encerrada en un viejo farol con puertecilla de alambre.

Tal era la habitacion de maese Chervin.... arrendador del opulento conde Duriveau, y tales son generalmente todas las viviendas, de los arrendadores de Sologne. Parecia estar dormido el colono mientras su muger arrodillada frente al hogar procuraba hacer echar llama á los humeantes tizones, soplando con todas sus fuerzas. No pudiendo conseguirlo acurrucóse junto al fuego, pegada la cara á las rodillas y volviendo de cuando en cuando la cabeza hácia la cama donde dormitaba su marido.





XXIV.

LA MUGER DEL COLONO.



E pronto exhaló maese Chervin un hondo gemido revolviéndose en su húmedo cuanto duro lecho. Tenia el doliente sesenta años, habia en su fisonomía honradez y dulzura, su tez era pálida y aplomada, tenia los ojos hundidos, blancos los labios, y su canosa barba sin afeitar desde mucho tiem-

po brotaba puntiaguda y espesa de su arrugado cutis.

Oyó su muger el gemido, y apercibiéndose del movimiento corrió á la cama diciéndole.

—Qué! no duermes pobrecillo?

—Ah! Dios mio! soñaba con el *señor del rey*. Se ha marchado?

—Sí.... queria subir aquí para anotar los muebles... pero le he rogado tanto que no te despertára que ha puesto en la lista los muebles segun yo se los he nombrado, y se ha vuelto.

—Así pues no hay remedio... todo acabó... murmuró gimiendo el colono... nada nos queda... Qué será de nosotros?

—Ah! no lo sé. pobrecillo.

—Y tan débil... las calenturas me han postrado. Ah! tambien yo me tengo la culpa... yo me tengo la culpa...

—Tú?

—Sí; porque el año pasado cuando ví la abundante cosecha debida á los buenos consejos de la pobre Coscojita, y que el intendente del señor conde me pidió una cántara de vino y un aumento por haber concluido el tiempo del arriendo yo no debí renovarlo á este precio... era indudablemente uuestra ruina porque antes con harto trabajo podíamos salir pié con pata... y por una buena cosecha que hemos tenido, gracias á la Coscojita, han sido tantas y tantas las malas por falta de dinero para cultivar bien! Así sucedió que se fué en la cántara todo el provecho. Ah! Bien decia mi difunto padre:

«No mejores nunca el cultivo, hijo mio, porque si el dueño de las tierras puede, te subirá en el arriendo doble de lo que te produzca la mejora.»

—Es preciso que el señor conde

necesite mucho, mucho el dinero para hacernos vender lo poco que tenemos y despedirnos despues de tantos años.

—Oh! es necesario creer que anda escaso... Ademas está en su derecho y en ley tambien, segun dice el *señor del rey*.

—Pero, y cómo lo haremos para poder vivir, una vez fuera de aquí? Tú estas ahora demasiado débil para trabajar á jornal y lo que yo puedo ganar en el campo... si encuentro labor, no llega á la cuarta parte de lo que necesitamos.

—Es verdad.

—Qué haremos?

—Ay! Dios mio!... no sé.

—Sin embargo, repuso la infeliz con cierta impaciencia dolorosa, despues de largo silencio, no podrán consentir, no, que dos pobres ancianos que nada tienen que echarse en cara se encuentren así, de re-

pente sin asilo, sin pan; no... no podrán consentirlo.

—Y quién, quién no lo consentirá?

—Yo no sé, pero criaturas honradas, hijas de un Dios de bondad, no, no deberian verse abandonadas de todo el mundo.

—Todos los desgraciados dicen de ellos lo mismo, pobrecita mia.

—Sí, repuso la arrendadora con amargo dolor, *vive si puedes, muere si quieres*, hé aquí nuestro refran.

—Seguramente, pero ello es así. A quién quejarse? De quién quejarse?... del señor conde?... Está en su derecho... nosotros no tenemos la culpa de no poderle pagar, ni él tampoco la tiene.

—Nos ha subido demasiado el arrendamiento, sin embargo.

—Estaba en nuestras manos dejar de firmar.

—Es cierto.

—Mira, el señor conde es señor (1) y nosotros somos arrendadores. Qué le importa á él que seamos desgraciados?..... no es hermano nuestro para ayudarnos.

—Es verdad, dijo la muger con humilde y cándida resignacion. Lo mismo sucederia si tuviéramos otro amo en lugar del señor conde.... No debemos acusarle; pero Dios mio! Dios mio! es muy cruel para nosotros vernos así... Y el tio Jaime á quien nosotros dábamos al menos un abrigo y de comer, qué hará el pobre, qué será de él ahora?...

Cómo ha de ser..... le hemos socorrido mientras hemos podido..... ahora nos echan... Pobre viejo! le

(1) En algunas partes de la Sologne, donde todavía no han penetrado las ideas liberales, llaman señores á los nobles y á los propietarios de las tierras.

sucedará como á nosotros... Dios nos amparará.

—No digo eso porque me pese haber gastado en él...

—Ya lo sé, ya lo sé, lo que siento es el poco dinero que he invertido en las aldeas... los dias de feria durante el mercado, cuando iba á vender nuestros frutos... Si tuviésemos ahora aquel dinero...

—Te acusas por un cuartillo de vino y una poca carne que habrás comido una vez á la semana, despues que los demas dias has ayunado siempre y trabajado sin parar?... Oh! no te acuses pobrecillo no!

—Sin embargo, un poco y otro poco... acaban por hacer mucho, y en aquellos dias, mientras yo me regalaba comiendo carne y bebiendo algunos vasos de vino, tú pobrecita, tú bebias, como siempre, malísima agua de pozo y comias pan negro...

pero la desgracia enseña... Oh! sí... enseña y...

—Escucha, saltó de pronto la arrendadora interrumpiendo á su esposo y escuchando atentamente.

Enmudecieron ambos ancianos y escucharon.

A poco rato, y por dos veces el agudo chillido del aguila de Sologne se oyó claro y distinto en medio de aquel silencio profundo.

—Es Huron el cazador, dijo la arrendadora, conozco la seña. Querrá hablarme quizás de esa pobre y querida señora Petra. Con tal que haya cesado la locura que volvió á darla cuando la muerte de la Coscoja... Ya lo sabrá Huron porque se interesaba siempre mucho por la señora Petra.

Como se oyó de nuevo el chillido, señal distintiva de Huron, cogió la muger el farol, salióse precipitadamente del cuarto, atravesó luego la

estrecha calzada que rodeaba el estanque llegó á las ruinas del horno y despues de levantar allí en alto su luz, por tres veces, apagóla y esperó.

La luna pura y serena; inundaba el estanque de argentina luz; poco tardó la arrendadora en ver el reflejo de una sombra humana destacarse en negro sobre aquella resplandeciente zona, ora andando de pié, ora agazapada, deslizarse y avanzando por entre los cañaverales en direccion al cortijo.

Algunos momentos despues salió el Huron de entre los juncos por entre los cuales habia adelantado y trepó la calzada donde trémula aguardábale la infeliz muger del arrendador.

— Ha venido Martin? preguntó el cazador.

En vez de contestar juntó la arrendadora las manos y exclamó:

:

—Virgen Santa!... sois vos, señor Huron, os creía escondido en los bosques; ignorais que Mr. Beaucaudet y sus gendarmes...

—Ha venido Martin? repitió el cazador con impaciencia interrumpiendo á la muger.

—No... señor Huron, no ha venido todavía.

Y luego, despues de haber titubeado un momento, añadió temerosa:

—No me atrevo á pedir os que entreis en nuestra casa... señor Huron, no sois vos muy aficionado á poner los piés en las habitaciones.

—Y el pariente? preguntó el cazador sin curarse ni admitir el ofrecimiento que le hacian.

—Ay! señor, repuso tristemente la arrendadora, mi pobre marido ha ido de mal en peor... No ha podido levantar cabeza desde el dia que vinieron los gendarmes á prender á la Coscoja

y que la pobrecita se ahogó.... todas estas cosas hicieron en él una revolución tan fuerte... ya se vé! la queremos tanto á la pobre!

—Ha muerto... oh! muerto; no pensemos en ello, apresuróse á añadir con sordo acento el cazador.

—Y cuando uno piensa que ni siquiera se ha podido hallar su cuerpecito.

—No, no se podía encontrar, contestó el cazador, hay remolinos en el estanque y uno de ellos habrá tragado su cuerpo.

Cual si quisiese mudar de conversacion añadió luego el cazador:

—Así pues el pariente sigue peor?

—Qué quereis, señor Huron, la muerte de la pobre Coscojita, el embargo y venta de todos nuestros muebles, que no se tardará en verificar, todo esto pone en la desesperacion

á mi pobre marido... oh! señor Huron, no sabemos lo que será de nosotros.

—Y la pobre muger que habia tenido valor para ocultar sus lágrimas á maese Chervin no pudo resistir mas y enjugó las que le caian con el reverso de la mano.

—Lo sé, el propietario de las tierras que teneis arrendadas os vende cuanto poseeis porque no podeis pagarle el arrendamiento... La justicia lo abona, dijo el cazador con amarga sonrisa... ahora vais á morir de miseria en un rincon; despues de cuarenta años de honradez!... Oh! sí... obran en justicia!... en justicia!...

—Ay! sí; es muy cierto que el señor conde está en su derecho...

—Que si esta en su derecho?... yo lo creo... el precio de vuestro arrendamiento os mata... La zaborra en

que se os ha acorralado es tan mala-sana, que habeis cogido calenturas incurables... la edad, la desgracia, los achaques han enervado vuestras fuerzas... justo es que ahora os digan..... fuera... fuera... largo de ahí canallas, y se os venderá cuanto poseais; felizmente vuestra piel está pegada al cuerpo, pues de no, el hombre del rey os la pillaría también... Pero qué remedio tiene?..... ninguno!... no es así?... vuestro dueño y señor está en su derecho...

—Ah, sí!

—Y sin embargo, no hay que guardar rencor al conde Duriveau?

—Oh! no!

—Ah, sí! oh, no! exclamó el cazador soltando una carcajada llena de ironía y hiel; hé aquí lo que cuentan; les desuellan vivos y nada: qué remedio tiene? os dicen, el carnicero está en su derecho... y en prue-

ba de ello nos arranca la piel...

—Decís esto de un modo, señor Huron!

—Es un hombre tan bueno el conde; y su hijo un jóven tan encantador! que ya veis; yo... yo..... les quiero mucho; pero basta, dejemos eso. Es preciso que maese Chervin no se deje abatir, ni se amilane en la cama; conviene que se levante, que ande, que se anime... aun no se ha efectuado la venta y de aquí á mañana... hay muchas horas.

—Cómo quereis que mi pobre pariente se levante y tome fuerzas si no puede comer nada, el cuajo le repugna...

—Es singular; repuso el Huron con el mismo tono sarcástico, porque hace sesenta años que no come mas que esto y trigo negro, amasado con agua de pozo...

—Oh! señor Huron, no es porque

el infeliz sea delicado, no... pero...

—Cállate, pobre oveja, dijo el cazador con acento donde se hermanaban singularmente feroz ironía y profundo enternecimiento; calla porque de no, me harías ser cruel con los lobos.

Dicho esto metió el cazador la mano en uno de los hondos bolsillos de su leviton, y sacó de él un faisán magnífico que aun tenia en el cuello el hilo de laton en que se habia enredado.

—Aquí tienes un faisán de dos años; lo harás cocer en la marmita durante tres ó cuatro horas, le echarás una pulgarada de sal y un manojo de tomillo; este caldo será para tu pariente el mejor que puede tomar un enfermo, y verás como luego puede servirse de sus piernas.

—Válgame Dios! y los guardas?... y los gendarmes? Han jurado acabar

con vos, oh! andad con cuidado... no os esponiais..... si llegaran á cogeros!

—Y cuando haya bebido el caldo del faisán, caldo sano y ligero, prosiguió el cazador sin curarse del espanto de la arrendadora, se encontrará mejor, porque si está enfermo es tambien de necesidad.

—Pero, este faisán pertenece al señor conde..... estaba en sus bosques... y la caza es suya... hacemos mal en...

—Tranquilízate; esta caza pertenece tambien á un Dios de bondad que lo crió para todos... ademas tu señor y dueño tiene mas del que puede comer; sus criados lo miran con repugnancia ya... lo mismo que los criados de sus criados... y hasta sus perros...

—Sin embargo, señor Huron.....

—Toma el faisán! no te digo que

amo, cria
que los t
añadiendo
rás comer
das... es un
y sabroso.

Al decir e
debajo del sol
gordas y de un pie
das ambas por un ja
en las orejas, de modo que el cazador
no tuvo mas que colgarlas á la mu-
ñeca de la arrendadora donde que-
daron balanceando al lado del faisán
que la buena muger seguia teniendo
cogido maquinalmente.

—Virgen santa! exclamó, cómo!
habeis ido á tender vuestras redes en
el estanque á pesar de tanto riesgo?

En este momento, gracias á su fi-
no y egercitado oído, percibió el ca-
zador un lejano ruido de pasos que
salia de la parte posterior del Corti-

os senti-
de un sal-
déjanos.
espues que-
a las ruinas
nduvo el caza-
no, meditabundo,
ora oído á los pasos
de Martin que se acercaba progresi-
vamente, ora lanzando escuadriñado-
ra mirada hácia la márgen opuesta
del estanque, en cuya direccion se
oia solo desde algunos instantes, el
lejano y creciente estrepito de una
cascada.

Apareció en breve Martin entre
las ruinas del horno, y en cuanto vió
al cazador que le salia al encuentro
corrió hácia él y se precipitó en
sus brazos.

FIN DEL TOMO TERCERO.



